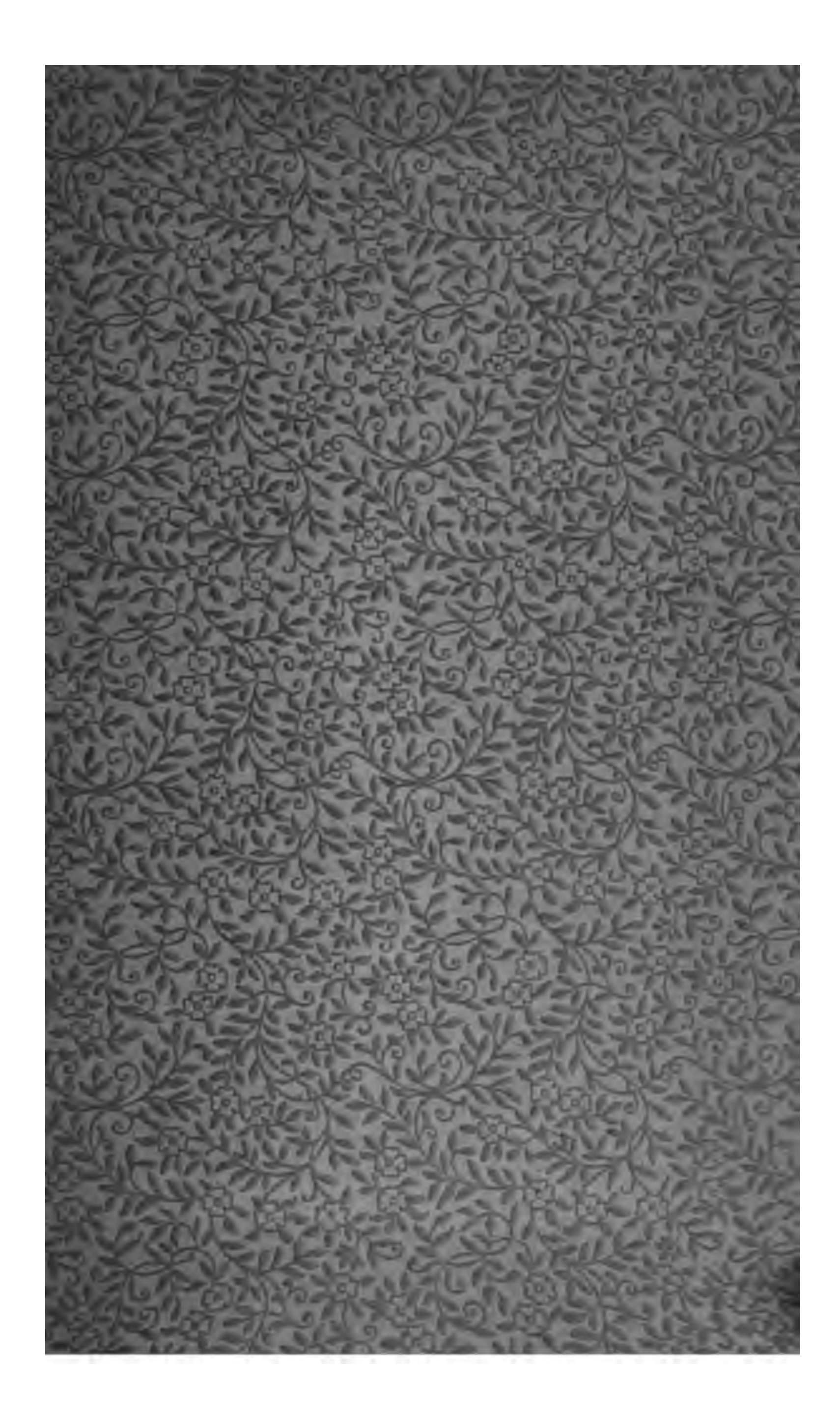




OBRAS

DRAMÁTICAS

DE D. F. MARTINEZ DE LA ROSA.



OBRAS

DRAMÁTICAS

DE D. F. MARTINEZ DE LA ROSA.

TOMO PRIMERO.

MADRID
CÁRLOS BAILLY-BAILLIERE
Plaza de Topete (antes de Santa Ana), número 10.

1861

ADVERTENCIA.

Desde que tuve uso de razon, sentí vivísima aficion al teatro, y una circunstancia casual contribuyó á que me dedicase despues á cultivar este ramo de literatura.

Habiéndome refugiado á la plaza de Cádiz, durante la ocupacion de Andalucía por el ejército francés, contraje relaciones de amistad con D. Antonio Saviñon, conocido ventajosamente en los teatros de Madrid por algunas traducciones de gran mérito, tales como la tragedia de la *Muerte de Abel* y *Los hijos de Edipo.* Su aficion al teatro era una verdadera pasion, que se fortalecia y acrecentaba con su estrecha amistad con el célebre Marquez, que tenia sus consejos en gran estima, compartiendo despues entrambos persecuciones y desgracias.

Saviñon, entusiasta admirador de Alfieri, estaba traduciendo á la sazon el *Bruto Primero,* original de aquel autor, bajo el título de *Roma libre;* argumento muy propio de aquella época, en que tan vivo se despertaba en el ánimo de los españoles el amor á la libertad, por tan largo tiempo comprimido.

Venia á veces Saviñon á leer al autor de esta obra la traduccion que estaba haciendo; y díjole este, como por via de donaire, que le compondria un *fin de fiesta*, por si el público salia muy apesadumbrado de la representacion de su tragedia.

Con esta intencion y propósito so principió la composicion de *Lo que puede un empleo,* que el mismo Saviñon graduó de una verdadera comedia; estimulando al autor á que la terminase.

El éxito que tuvo en el teatro fué muy superior al que uno y

otro pudieron prometerse; lo cual se concibe fácilmente, recordando la época en que se representó, primeramente en Cádiz y despues en los demás teatros de España.

La favorable acogida que tuvo aquella composicion, contribuyó á que el autor se determinase á tantear obra de más empeño; y compuso la tragedia *La viuda de Padilla*, á imitacion de las del célebre Alfieri, á quien se propuso por modelo, prendado de las bellezas que esmaltan las obras de aquel autor, y no conociendo bastantemente los defectos que disminuyen su mérito. Circunstancias de aquellos tiempos contribuyeron no poco á que se presentase con mucho aplauso, así en el teatro de Cádiz como en otros del reino.

Poco despues compuso el autor la comedia titulada *La Niña en casa y la Madre en la máscara*; siendo tal la situacion en que á la sazon se encontraba, que perdió el manuscrito que contenia el primer acto, y tuvo que componer los demás, sin saber siquiera su paradero.

Trascurridos algunos años, se representó con el mejor éxito, y el autor la dió á la estampa; llevando en su abono esta especie de salvaguardia.

No la ha tenido la tragedia *Morayma*, pues no sabe el autor si alguna vez se ha representado.

Las cuatro composiciones, que comprende el tomo segundo de esta Coleccion, se escribieron durante la permanencia del autor en la capital de Francia.

Ardia á la sazon, y muy viva, la lucha entre los *clásicos* y los *románticos*, y el autor contaba con muchos amigos en uno y otro campo; mediando tambien la circunstancia de conocer á algunos actores de merecida reputacion, y entre ellos, al célebre Talma.

Ya se dirá, en lugar oportuno, lo mucho que vaciló el autor, ántes de resolverse á dar en el teatro de Paris el drama histórico de *Aben Humeya*; siendo tal su desconfianza, al escribir en un idioma extraño y para un pueblo tan culto, que ántes de decidirse, consultó á varios literatos de reconocido mérito, y entre ellos á Mon-

sieur Guizot, que hace mencion en las *Memorias* que acaba de publicar; haciendo de la obra y del autor tales elogios, que sólo son disculpables por la benevolencia que inspira la amistad.

Largo tiempo vaciló el autor ántes de decidirse á componer la tragedia de *Edipo;* ya por el mal éxito que habian tenido las tragedias modernas que habian presentado en la escena este argumento, ya porque cabalmente por aquel tiempo estaba muy decaida la aficion al gusto clásico, de que la tragedia de Sófocles es el más cumplido modelo.

Fué tan pertinaz el deseo de componer un drama con dicho argumento, que al cabo se decidió el autor á emprenderlo; y lo bien que ha sido acogida su representacion en varios teatros de España, ha confirmado plenamente que no iba errado en su concepto.

Despues que el autor volvió á España, tardó algun tiempo en dar al teatro algunas de sus composiciones; verificándolo al cabo con la comedia *Los celos infundados ó El marido en la chimenea,* que se representó por primera vez en Granada, y despues en Madrid, esforzándose en ambas partes los actores para su acertado desempeño.

Lo mismo puede decirse, si es que no con mayor fundamento, de la comedia titulada *La boda y el duelo,* que áun cuando se habia compuesto algunos años ántes, no llegó á representarse hasta que se estrenó en el Liceo de Madrid por los socios de aquel útil establecimiento, que ha dejado en los amantes de la Literatura y de las Bellas Artes tantos y tan gratos recuerdos.

En aquel teatro se representó tambien por vez primera la comedia que lleva por título *El español en Venecia ó la Cabeza encantada;* ejecutándose con tal acierto por los aficionados que en ella tomaron parte, que pudiera servir á los actores de profesion como estímulo y modelo.

Esta circunstancia contribuyó en gran parte á los aplausos que recibió dicha composicion; aplausos de tanta mayor estima, cuanto que los tributaba una sociedad tan justa apreciadora del arte.

Alentado con esta prueba, creció la confianza del autor, y se

decidió á someter su obra al fallo del público, soberano juez en tales materias; y éste confirmó cumplidamente, en el teatro del *Príncipe*, en que se representó por primera vez dicha comedia, el juicio del Liceo.

La única composicion dramática, de las que comprende esta obra, que no se haya sometido hasta ahora al juicio del público, ni representada ni impresa, es la que lleva por título *Amor de padre*, compuesta algunos años despues de las demás, hallándose el autor en Nápoles, por via de distraccion en medio de graves cuidados.

Ya se dirá en lugar oportuno las circunstancias que á ello le estimularon, así como la causa que impidió que se haya representado, como estuvo próximo á verificarse.

Esta brevísima reseña bastará á indicar algunas circunstancias que han movido al autor á tentar varios géneros en tan difícil arte, llevado del anhelo de contribuir, en cuanto esté á su alcance, á que se cultive con fruto.

Al público toca decidir hasta qué punto se haya aproximado al fin que se propuso, sin que valgan, en tal materia, inútiles protestas ni disculpas baldías.

Es probable que estas composiciones hubieran ganado, más ó ménos, sometiéndolas al severo precepto de Horacio; pero ha faltado al autor ánimo y aliento para leerlas, cuanto más corregirlas; y ha preferido presentarlas en la misma forma que cuando por primera vez aparecieron.

LO QUE PUEDE UN EMPLEO!

COMEDIA EN PROSA.

ADVERTENCIA.

El vivo deseo de presentar en el teatro á cierta clase de hipócritas políticos, que so color de religion se oponen entre nosotros á las benéficas reformas me estimuló á emprender, como un mero pasatiempo, la composicion de esta comedia. Primer ensayo mio en tan difícil ramo, proyectada y concluida en el corto espacio de una semana y sin haber recibido ni correccion ni lima, no puedo lisonjearme de que tenga ningun mérito literario; pero habiendo merecido en el teatro unos aplausos, muy superiores á los que jamás pude prometerme; y habiendo hecho reir á costa de los que, por ignorancia ó por malicia, intentan desacreditar las nuevas instituciones, me he decidido á imprimirla, deseando contribuir de todos modos á que el público conozca á los enemigos de nuestra libertad.

PERSONAS.

DOÑA CARLOTA.
DON TEODORO.
DON LUIS.
DON FABIAN.
DON MELITON.
JUAN.

La escena, una sala de una posada de Alicante, con puertas á várias habitaciones, entre ellas una de don Fabian y otra de don Luis.

LO QUE PUEDE UN EMPLEO!

COMEDIA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON TEODORO Y DOÑA CARLOTA.

DON TEODORO.

¿Y así te vas, Carlota mia?... ¿Sin decirme nada?... ¿Ni una palabra, ni una mirada de amor?

DOÑA CARLOTA.

Deja, déjame, y no aumentes mi pena.

DON TEODORO.

Pero, ¿de dónde puede provenir mudanza tan repentina? ¿En qué ha podido ofenderte quien te ama más que á su corazon?

DOÑA CARLOTA.

¡Amarme!... ¡Ah! yo lo creia, y era feliz; pero al cabo me he desengañado, no sé si por mi fortuna ó mi desgracia.

DON TEODORO.

¡No te amo!

DOÑA CARLOTA.

No, no me amas; te lo repetiré mil veces. Quien no modera en mi obsequio la viveza de su carácter, quien por

frívolas disputas ha exasperado á mi buen padre hasta el punto de perder su concepto, de que me prohiba todo trato contigo, y hasta la esperanza de ser tuya algun dia...

DON TEODORO.

Pero, ¿qué ha pasado? Aclárame de una vez tantos misterios.

DOÑA CARLOTA.

Nada, nada: anoche, despues de irte, en medio de la acalorada disputa sobre esas malditas ideas liberales, que os han trastornado la cabeza, quedó mi padre suspenso por gran rato, con un semblante tan colérico, cual no le he visto nunca. Yo estaba á alguna distancia, sin atreverme á hablar una palabra ni á levantar los ojos para mirarle. De pronto se pone en pié, y con una voz terrible y amenazadora: «Hija, me dice, todo se acabó: no hay que pensar más en boda con Teodoro, si no quieres quitarme la vida: yo le creia un jóven juicioso y moderado, capaz de hacerte feliz; pero ya has visto: sus ideas son las peores del mundo; el trato con esos locos de liberales le ha quitado el juicio, y se ha vuelto un revolucionario... un jacobino...» ¿Qué sé yo?... Así... dijo una porcion de nombres, todos malos... todos malos...

DON TEODORO.

¡Inocente!

DOÑA CARLOTA.

Yo creí que se serenaria, y le hallaria por la mañana vuelto á su natural afabilidad y buen carácter; pero nada de eso: esta mañana se levantó más colérico y enfadado que anoche, me repitió el sermon en términos más agrios, y muy ajenos del amor que me profesa. «No quiero (me dijo) ni áun estar bajo el mismo techo que ese revoltoso afilosofado; ahora mismo voy á buscar otro cuarto, y á mudarme, aunque sea á la peor posada de Alicante; y ya que he despachado mis negocios, al primer viento nos vamos

á Cádiz en diferente buque... No quiero ir ya con ese loco y el iluso de su padre; para siempre acabamos, para siempre...»

DON TEODORO.

¿Y esa es la causa de tu esquivez y enojo para conmigo?

DOÑA CARLOTA.

¿Y te parece corta?... Cuando despues de haber perdido la mayor parte de nuestros bienes, y de abandonar nuestra casa por no someternos á esos feroces enemigos, prófuga con mi padre, no tenia más consuelo que ir en tu compañía, partir contigo todos mis peligros, los riesgos y penalidades de la navegacion... y al fin, tener el gusto de llamarme tuya... entónces, ¡entónces te empeñas en atormentarme, en hacerte aborrecible á los ojos de mi padre, en causar nuestra separacion, y quizá para siempre!

DON TEODORO.

¿Con que te mudarás á otra posada?

DOÑA CARLOTA.

Si mi padre me lleva...

DON TEODORO.

¿Y te embarcarás en otro buque?

DOÑA CARLOTA.

Si así me lo mandan...

DON TEODORO.

Ya se ve; llegarás á Cádiz probablemente ántes que yo... Allí habrá tanto jóven, tanto oficialito...

DOÑA CARLOTA.

¡Ah! ¡eso no!... Mi padre mandará en mi persona, en mi vida, más nó en mi corazon; ese es siempre tuyo.

DON TEODORO. (Estrechándole la mano.)

¡Carlota de mi alma! Guarda tu amor y tu constancia, que el enojo de tu padre pasará bien presto: es natural-

mente bondadoso, y sus defectos nunca nacen de su corazon, sino de los errores de su educacion, de las malas ideas que le han imbuido...

DOÑA CARLOTA.

Es verdad : mi padre es la bondad misma; pero al mismo tiempo, en llegando á tomar una resolucion, es tan constante en ella! Le ha hecho creer don Meliton que esas ideas liberales traen revuelta á España, y van á arruinar nuestra Religion santa... Ya se ve, mi padre, con su sencillez, cree todo lo que el otro le dice; y como le juzga tan sabio, y por otra parte, tú te acaloras en las disputas...

DON TEODORO.

Pero, ¿quién ha de tener paciencia, al ver á ese egoista abusar de la credulidad de tu padre, pagarle la hospitalidad y tantos beneficios con llenarle la cabeza de preocupaciones, hasta el punto de hacerle risible para con las gentes sensatas?... En fin, ya estoy resuelto; es menester tomar un partido, y quitarle las ganas á ese hipócrita...

DOÑA CARLOTA.

¿Qué piensas? Dímelo; no me ocultes nada.

DON TEODORO.

No causará más disgustos á la persona que más amo.

DOÑA CARLOTA.

¡Qué airado te pones! Por tu amor, no me ocultes nada... Mas ¡ah de mí!... álguien viene... Mi padre...

ESCENA II.

DICHOS. — DON FABIAN.

DON FABIAN.

¿Con que ello no ha de haber forma de que haga usted lo que su padre le manda? Será menester tomar otras medidas...

DON TEODORO.

Señor, una casualidad...

DON FABIAN.

Con usted no va nada, señor mio; yo reprendo á mi hija, porque soy su padre, y tengo el derecho de hacerlo.

DON TEODORO.

Por si yo era la causa...

DON FABIAN.

La causa á usted no le importa; ¿entra tambien en las ideas liberales, despues de revolver el mundo, revolver las casas de los hombres de bien, y hacer á las hijas inobedientes?

DON TEODORO.

Me parece que no merezco ser insultado.

DON FABIAN. (A su hija.)

¿Qué espera usted?

DOÑA CARLOTA.

Como estaba usted aquí...

DON FABIAN. (Imitando su voz con cólera.)

Como estaba aquí este caballero... Pronto, á su cuarto!

ESCENA III.

DON FABIAN y DON TEODORO.

DON FABIAN.

En fin, señor mio, es tiempo de hablar claro: ya puede usted olvidarse de que ha conocido á mi hija y á mí; y en no viéndonos ni oyéndonos, tan buenos amigos, cada alma en su palma. ¿Está usted?

DON TEODORO.

¿Y se podrá saber la causa de una mudanza tan repentina, despues de la palabra que dió usted á mi padre?

DON FABIAN.

Su padre de usted la sabrá ahora mismo, y usted tambien: ¡les parecerá que yo me muerdo la lengua! No, señor; la causa es muy sencilla, mucho... No quiero casar á mi hija con un liberal, y ver á mi yerno en tablillas.

DON TEODORO.

Usted es muy dueño de su voluntad, pero no de insultarme...

DON FABIAN.

Soy muy dueño de mi casa, de mi hija, y de no casarla con un hombre... Bien, que yo á usted no le culpo; los pocos años, esos malditos libros modernos, cuatro charlatanes que le han llenado de viento la cabeza... Pero su padre de usted, con cincuenta años á la cola, mucho mundo y dos baños de córte... y maldito si entiende una palabra... ¡Sobre que está abobado con esas reformas! Yo, por mi parte, le compadezco; pero no quiero que ni á mí ni á mi hija nos coja el carro: yo sé lo que pasa por ahí, y siento nacer la yerba... Sí, señor; ya les llegará á los liberales su san Martin; y entónces, entónces veremos quien ha sido el tonto... Por fin, ustedes harán lo que gusten; y en llegando el trueno gordo... ¡bomb! consolarse con las filosofías.

ESCENA IV.

DICHOS. — DON MELITON.

DON FABIAN.

¿No es cierto que tengo razon?

DON MELITON.

Yo, la verdad, no he oido lo que usted decia, pero desde luégo me atreveré á apoyarlo, confiando en la prudencia de usted...

DON TEODORO.

Y en su mucha bondad en franquear la sopa...

DON FABIAN.

No sea usted insolente, señor mio...

DON MELITON.

Es menester disculpar á estas cabezas acaloradas... El sufrir las desvergüenzas es propio de la moderacion y sabiduría.

DON FABIAN.

Muy cierto.

DON TEODORO.

¡Oh! el miedo es muy prudente.

DON FABIAN.

Déjese usted de bachillerías: nosotros vamos á cortar cuentas para siempre; ahora mismo, ahora mismo... — ¡Juan! ¡Juan!

ESCENA V.

DICHOS. — JUAN.

JUAN.

¿Mande usted?

(Fabian lo lleva aparte, y le habla en secreto.)

DON TEODORO. (Hablando bajo.)

Don Meliton, usted parece que se ha empeñado en indisponerme con el señor don Fabian, y en estorbar mi union con su amable hija...

DON MELITON.

Yo... jamás hablo mal del prójimo, ni falto á aquella caridad...

DON TEODORO.

Usted ve que acabo de cumplir veinticinco años, que tengo el genio un poco vivo, que amo con locura... ya us-

ted me entenderá; y que en un momento de pasion, si me empieza á hervir la sangre, y el diablo las carga... Como, por otra parte, no he de sufrir que impunemente me priven de lo que más amo, porque usted abuse de la ignorancia y sencillez de su padre, imbuyéndole unas ideas...

DON MELITON.

Cada cual tiene las que le acomoda; y ustedes, que tanto defienden la libertad de opiniones políticas, no debian ser tan intolerantes.

DON TEODORO.

Usted puede tener cuantas preocupaciones le diere gana, y rebatir las opiniones que crea desacertadas, pero si usa de armas prohibidas, y acusa de impiedad y libertinaje á quien le confunde con razones; si sigue ese sistema hipócrita, que tanto va cundiendo entre los suyos, y continúa inquietando á dos amantes que iban á ser dichosos... créame usted, olvidaré mi moderacion.

DON FABIAN. (Volviéndose hácia ellos.)

¿Qué es eso?

DON MELITON.

Nada; una mera disputa de literatura, sobre derivacion de unas voces griegas.

DON FABIAN. (A Juan.)

¿Estás?

JUAN.

Voy corriendo.

DON FABIAN.

Que al instante, que lo estoy esperando... Ahí en la botica inmediata, en el corro de noveleros...

JUAN.

Ya estoy.

DON FABIAN.

Que urge mucho, muchísimo.

ESCENA VI.

DICHOS, *ménos* JUAN.

DON FABIAN.

Parece que estaban ustedes un poco acalorados con la disputa.

DON MELITON.

Es resabio que nos ha quedado de las aulas: ¡como allí pueden tanto los pulmones!

DON FABIAN.

¡Ah, señor don Meliton! ¡qué lástima que no ocupe usted una cátedra!

DON MELITON. (Pavoneándose.)

Usted me confunde con elogios que no merezco.

DON FABIAN.

¡Si todos los que van á las Universidades sacáran el fruto que usted!

(Durante este diálogo está echando miradas malignas á Teodoro, que se muestra enfadado é inquieto.)

DON MELITON.

¡Ya se ve!

DON FABIAN.

Y no, que hay algunos que están por allá una porcion de años, gastan el caudal á sus padres, y vuelven tan ufanos, sin que nunca se les oiga ni una palabra en latin.

DON MELITON.

¡Cierto!

DON FABIAN.

Como es más fácil leer cuatro libretes en pasta (que el más grande cabe en un bolsillo de reloj) que no echarse al cuerpo las Pandectas con la glosa magna...

DON MELITON.

¡Seguro!

DON FABIAN.

Tienen la fortuna de dar con padres bobalitones que se cuelan ruedas de molino, y se contentan con cuatro bachillerías á la moderna...

DON MELITON.

¡El amor paternal ciega tanto!

DON FABIAN.

Yo... no me contraigo á nadie... porque cada uno allá se entienda... En echando el cuerpo fuera, y limpiando mi arroyo... ¡salud!

DON MELITON.

¡Seguramente! la murmuracion es un gran defecto...

DON TEODORO. (Con viveza.)

¡No tanto como la hipocresía!

DON FABIAN.

Pues, hablando así en general... como iba diciendo, ya no se escriben tantos tomos en fólio como antiguamente... Pero los jóvenes cada vez más hinchados.

DON MELITON.

Da lástima el oirlos.

DON FABIAN.

Empeñados en reformar el mundo.

DON MELITON.

Desprecian á los que tratan de desengañarlos.

DON TEODORO.

Señor mio, si tolero las impertinencias del señor don Fabian, porque respeto su buen corazon y compadezco la candidez de que usted abusa, estoy muy léjos de sufrir las malignas invectivas que usted me dirige. Válgale el hallarse en compañía de un sugeto á quien debo mil consideraciones, y no me exaspere hasta el punto de atropellar todos los respetos. Y usted, señor don Fabian, disponga lo que quiera con respecto á su hija, en la firme inteligen-

cia de que su corazon es todo mio, y que ni la autoridad de usted ni todos los obstáculos del mundo bastarán á estorbar nuestro enlace.

ESCENA VII.

DON FABIAN Y DON MELITON.

DON FABIAN. (Riéndose.)

¡Cómo va el pobre hombre!

DON MELITON.

Vea usted lo que son estos liberales, al instante se encienden como una pólvora, y allá va eso... Yo tengo la fortuna de refrenar tanto mi carácter...

DON FABIAN.

Eso es grandeza de alma.

DON MELITON.

Capaz soy de oir dos horas de desvergüenzas sin salir de mi natural mansedumbre.

DON FABIAN.

¡Esos liberales son gentes tan levantiscas y mal sufridas!

DON MELITON.

Estoy para decir que son peores que los franceses...

DON FABIAN.

No, amigo, eso no; ¡como los franceses! eso no: nada malo es capaz de igualarlos.

DON MELITON.

Tiene usted mil razones, y me ha corregido acertadamente: ¡en acordándome yo de que han quitado los beneficios simples!

DON FABIAN.

Yo olvido todo lo mio, que Dios á nadie le falta... Pero lo que han hecho con nuestro buen Rey, las atrocidades que cometen en los infelices pueblos...

DON MELITON.

Mi renta no era mucha, porque usted sabe que la capellanía estaba tan mal cuidada... Pero al fin, al fin, para pasarlo un hombre decentemente, si no hubiera sido por esos pícaros...

DON FABIAN.

¡Habiéndolos recibido como amigos, y asolar ellos á la pobre España!

DON MELITON.

Ni un olivo me habrán dejado... Dice usted bien; todo asolado, todo: me han dejado por puertas...

DON FABIAN.

¡Pagar así la hospitalidad y generosidad española!

DON MELITON.

Yo doy á usted mil gracias por las que me dispensa, y cuento siempre con sus favores...

DON FABIAN.

Yo no hablaba de eso, porque no gusto de repetir las cosas: usted sabe que miéntras tenga un pedazo de pan, le partiremos como buenos hermanos.

ESCENA VIII.

DICHOS. —DON LUIS.

DON LUIS.

¿Qué le ha dado á usted para traerme con tanta prisa? ¿Qué tenemos de bueno?

DON FABIAN.

Nada de bueno; mucho, y muy malo: su hijo de usted...

DON LUIS.

¿Le ha dado algun accidente? ¿dónde está?

DON FABIAN.

Todavía peor.

DON LUIS.

Vaya, despáchese usted... ¿Ha tenido algun lance?

DON FABIAN.

Repeor.

DON LUIS.

¿Me va usted á pegar un tabardillo, don Fabian ó don Diablo? ¿Qué ha sucedido? Vamos...

DON FABIAN.

Se lo diré á usted en dos palabras: su hijo de usted es liberal, y no quiero darle á mi hija.

DON LUIS.

¡Acabára usted de reventar! ¿Y para eso me manda una embajada, me hace venir desempedrando calles, y dejar una agradable compañía, en el momento crítico de leer las noticias que ha traido el correo de esta mañana? Usted está tocado de la cabeza, no hay remedio... ¡Para una friolera semejante?

DON FABIAN.

¿Con que á usted le parece una friolera?

DON LUIS.

Y grandísima.

DON FABIAN.

¡Friolera el acabarse la boda!

DON LUIS.

Como yo no iba á casarme...

DON FABIAN.

Pues en estos casos...

DON LUIS.

El chasco es para los novios.

DON FABIAN.

Me achicharra usted con esa flema.

DON LUIS.

¿Quiere usted un polvo?... ¿No? ¿Usted, señor don Meliton?

DON MELITON.

Por no despreciar el favor de usted...

DON FABIAN.

Pues, en verdad, que su hijo de usted ha sentido mucho mi resolucion...

DON LUIS.

La muchacha estará hecha una vinagre... ¡Esto de llevar palma! ¡Ya se ve; son tan pesadas las palmas!

DON FABIAN.

Yo he estimado á usted toda mi vida, y le tenia por hombre de más pulso... Pero ya está visto: con esos proyectos de reforma y los principiotes liberales se le ha trastornado el cerebro... Eso, dirá usted, que no son cuentas mias; pero como una prueba de nuestra antigua amistad...

DON LUIS.

Gracias.

DON FABIAN.

En lo que yo debo entender, y mando, ya he tomado mi resolucion; porque veo venir el nublado... y una hija no es cosa que se deba exponer... que al cabo, al cabo, si se vuelven las tornas, no es un grano de anís esto de tener un sambenito en la familia.

DON LUIS.

Aquí el señor don Meliton pudiera extenderle á usted una especie de profesion de fe, y en presentándose un no-

vio para la muchacha, sondearlo á fondo, á ver si tiene lo más mínimo de liberal... No, el proyecto es sencillo y fácil... con cuatro preguntitas estaba acabado el negocio: «¿Maldice usted de la libertad de imprenta?—Sí, maldigo.—¿No es mejor ser mandado por un bajá de tres colas, que tener Córtes y tanta baraunda?...» Así, por este estilo, una docena de preguntillas al alma... ¿No es verdad, don Meliton?

DON MELITON.

Usted lo dice por burla, pero yo lo creo con todo mi corazon.

DON LUIS.

¡Ya se ve, con esta maldita libertad de imprenta se descubren tantos pastelones!... Porque, así como suena, dura un enredo meses y meses, se cruzan las intriguillas, los empeños; y cuando se creia la cosa más secreta... ¡tras! tira el diablo de la manta, y con cuatro letras carcomidas, seis pliegos de mal papel, y un muchacho pelon que eche tinta en los moldes, se le planta una banderilla al lucero del alba. La cosa, por supuesto, que no es graciosa; y no extraño yo que pongan los gritos en el cielo.

DON FABIAN.

Acá no se venga usted con soflamas, que no nos mamamos el dedo... Esa libertad de imprenta va á perder á España, y ya está causando miles de escándalos...

DON MELITON.

Ya leyó usted el otro dia como ponian de tonto á un lector en artes...

DON FABIAN.

¡Bribonazos!

DON MELITON.

Esa libertad de imprenta es cosa de herejes; y si no se le cortan los vuelos... Pero todo se remediará: si este maldito poniente dejára de soplar, ya que ha concluido

usted sus asuntos, y nos pusiéramos en Cádiz en cuatro dias...

DON LUIS.

¡Buen refuerzo les espera!... ¡Ja! ¡ja!

DON MELITON.

Usted podrá reirse lo que guste; pero yo no dejaré de gritar contra esa diabólica libertad miéntras tenga el alma en mis carnes: ¡eso no! Primero es la conciencia que todos los respetos del mundo, aunque supiera indisponerme con mil personas, y acusar de jansenista á media España... ¡Bonito soy yo!

DON FABIAN.

¡Bravo! ¡bravo! Si no fuera por gentes como usted, ¿dónde íbamos á parar?

DON MELITON.

Hasta que me oigan los sordos.

DON FABIAN.

Duro en ellos; y al que le escueza, que tenga paciencia...

DON MELITON.

Que reviente.

DON LUIS.

Pero, hombre, ¿y la caridad cristiana?...

DON MELITON.

¡Primero la tendria con los franceses!... Vaya, perdonen ustedes, que no sé lo qué me digo; en tocándome á estos puntos...

DON LUIS.

Pues, serénese usted, y mudemos de conversacion: otro polvo...

DON MELITON.

Gracias.

DON LUIS.

Pues, mudando de registro, empecé á decir á ustedes...

DON FABIAN.

Nada tiene usted que decirnos; la boda se acabó, se acabó...

DON LUIS.

¡Si no voy á hablar nada de boda, ni con mil leguas! Empecé á decir, que cuando llegó la embajada me hallaba oyendo las noticias que ha traido el correo de Cádiz...

DON FABIAN.

Estaria usted tan contento, rodeado de liberales...

DON LUIS.

Cabalmente.

DON FABIAN. (Burlándose.)

¡Y gente gorda que habria entre ellos!

DON LUIS.

¿Me dejará usted proseguir mi cuento? Las noticias no caben mejores: se va restableciendo el órden...

DON MELITON.

¿No lo decia yo? Ese desórden de los liberales no podia durar mucho tiempo; ¿han dado fin de ellos?

DON LUIS.

Por el pronto se ha promulgado la Constitucion, sancionada por las Córtes; ha sido un dia de júbilo, de locura... El pueblo ha empezado á conocer sus verdaderos intereses, y á respetar las leyes que lo van á librar en adelante del látigo de sus opresores.

DON FABIAN.

¡El pueblo... ya va... el pueblo!

DON LUIS.

Sí, señor; el pueblo: ¿le parece á usted que es tan ciego que no ve la verdad cuando se la muestran? ¿O lo cree tan estúpido que no sienta los males que ha sufrido y que no conozca la causa de su infelicidad? Está usted muy equivocado; los que le enseñaban la linterna mágica y lo tenian

á oscuras para que no viera más que las figurillas que le presentaban, se han llevado un gran chasco, y pueden aprender otro oficio.

DON FABIAN. (Con ironía estúpida.)

Ya no es menester aprender oficio : con la nueva Constitucion á nadie le faltará qué comer.

DON LUIS.

Crea usted que no habrá tantos infelices.

DON MELITON.

¡Vaya, vaya!... No será menester ya ni sembrar los campos...

DON LUIS.

Por lo ménos, habrá ménos gorriones que se coman el trigo... ¡Habia en esta España tal plaga de langosta!... ¿He dicho algo, don Meliton?

DON MELITON.

No sé.

DON LUIS.

¡Tanto zángano!!!

DON MELITON.

Yo no me meto á averiguar vidas ajenas...

DON LUIS.

¡Cómo salta á la vista que hay pocos que trabajen!...

DON FABIAN.

Sí, con la nueva Constitucion vamos á vivir en la isla de Jauja... No hay remedio. ¡Vaya! es cosa que me lleva el diablo el oir á usted y á otros mentecatos, que no parece sino que hasta ahora hemos vivido como brutos... Yo, por lo que me toca, sé decir que cerré mis sesenta años sin haber oido en mi vida ni la palabra *Constitucion;* y no me ha hecho maldita la falta : he sido un buen padre de familias, he tenido once hijos y un malparto...

DON LUIS.

¡Hombre!

DON FABIAN.

Y un malparto de mi pobre Blasa me quitó el completar la docena... ¡Ya se acordará usted! fué poquito sonado!

DON LUIS.

No me acuerdo, á fe mia.

DON FABIAN.

¿Con que no se acuerda usted cuando malparió mi mujer, por aquel susto tan gracioso? Vea usted, don Meliton, que al ir la pobre á abrir un escaparate viejo, en que guardábamos nuestros cartapacios, vió saltar á una rata que le estaba royendo la ejecutoria!... ¡Y poquito ruidoso que fué el lance! Hasta el mala lengua del cirujano compuso unas coplillas que cantaban los muchachos por la calle, hasta que un alguacil lo tomó de su cuenta... Decian así... á ver si me acuerdo... así empezaban:

Sin mérito no hay nobleza;
Lo demás es papelon:
¡Pobre nobleza, si pende
De los dientes de un raton!

Y seguian las malditas coplillas por ese estilo, y cada dia cundian más, que si no se lo digo á mi primo el familiar, las hubieran plantado de letra de molde.

DON LUIS.

Pues de nada de eso me acuerdo; estaria entónces en Madrid.

DON MELITON.

¡Ay, amigo, y qué tiempos aquellos! ¡Aquello era vivir, y lo demás es chanza! ¡Bonita falta nos hacian las Constituciones! Yo lo pasaba como un duque, sin acordarme de las capellanías.

DON LÜIS.

Yo me consentí en ver á usted canónigo... como le veia tan introducido en casa de don Cosme...

DON MELITON.

En un tris estuvo; pero tuve la desgracia de que en los cinco años que le hice la corte no le cogí un rato de buen humor, y diga usted que estaba bien informado de mis méritos, porque cada dia le entregaba un papelon impreso; y por otra parte, era un buen señor, y me veia hecho un mártir, haciéndole la partida de mediator á la tia que tenia baldada, que era menester una paciencia de un santo. Yo, aunque salí de Madrid, nunca he dejado de escribirle, porque soy hombre agradecido, y me daba el corazon que siempre habia de hacer figura, y tendria en él un apoyo; y aunque el buen señor no me ha contestado nunca, porque me trata con confianza y no repara en cumplimientos, le he enviado al salir de Aragon dos cartapacios con seis memoriales cada uno, por si se extravía alguno en el correo, y ya le advertia que iba en compañía de usted, y las muchas prendas que le adornan, para que no le cogiera desprevenido nuestra llegada...

DON FABIAN.

Estimo los buenos oficios de usted.

DON LUIS.

Siempre es bueno hallar hecha la cama.

DON MELITON.

¡Hecha!... ¡Ahí es nada! De esta no escapa mi colocacion; que no siempre ha de andar uno á cargo de los amigos.....

DON FABIAN.

Déjese usted de eso... Pero, ¿qué hora será?...

DON MELITON.

Segun mi estómago, son las tres de la tarde.

DON LUIS. (Sacando su reloj.)

Hora y media va adelantado el reloj estomacal: yo tengo la una y veinte... ¿Será que ayuna usted?

DON MELITON.

Ayunar, no... lo que es ayunar... pero con tanto quebradero de cabeza, y los pasados estudios, siento siempre una debilidad á estas horas...

DON FABIAN.

Pues vamos á comer lo que haya. ¿Gusta usted acompañarnos? Lo cortés no quita á lo valiente.

DON LUIS.

Gracias por el favor de usted.

(Don Fabian y don Meliton entran en su cuarto don Luis va despacio al suyo, y al ir acercándose á él sale su hijo.)

ESCENA IX.

DON LUIS y DON TEODORO.

DON TEODORO.

¡Padre mio!

(Cogiendo la mano á su padre, y besándola afectuosamente.)

DON LUIS.

¿Qué es esto, Teodoro? ¡Qué descompuesto el semblante! Serénate...

DON TEODORO.

Esperaba con ansia el momento de hablarle á usted, para desimpresionarle de las malas ideas que le hayan imbuido contra mí...

DON LUIS.

¡Cuidado muy propio de veinticinco años! ¿Con que temias me llevasen á su bando un hombre bondadoso, pero preocupado, y un taimado egoista? No, hijo mio; conozco

el mundo más que tú; te conozco bien, y te amo como mereces.

DON TEODORO.

Ya sabrá usted que don Fabian me niega á Carlota, despues de habernos hecho tantas promesas...

DON LUIS.

¿Y bien?...

DON TEODORO.

Carlota, sin embargo, me quiere con la misma constancia...

DON LUIS.

Es muy buena muchacha...

DON TEODORO.

Ya... pero, si su padre se obstina... y no hubiera otro remedio... aunque sea un paso violento...

DON LUIS.

¿Qué quieres decir con eso?

DON TEODORO. (Con vehemencia.)

Que si usted me ama, si aprecia la vida de su hijo, si no quiere hacerme infeliz para siempre... Sí, no se debe perder instante; se pide auxilio á la Justicia, la depositan, manifiesta su libre voluntad, nos casamos...

DON LUIS.

Y haces infeliz á un padre... ¿No es eso? ¿Y perdemos un buen amigo, que lo ha sido muchos años de toda la familia; y arraigamos un odio para siempre, cuando habria otros medios suaves de componerlo todo?... ¿Parece que te has quedado un poco suspenso? ¿No era buen plan el que me proponias?

DON TEODORO.

Mi ligereza... el mucho amor que le tengo... desesperanzado de hallar otro partido...

DON LUIS.

¿Y por qué no pones tu suerte en mis manos? ¿Nada fias en la prudencia de un padre, ni en su mucho amor?...

DON TEODORO.

¡La quiero tanto! El solo recelo de perderla basta para quitarme el juicio.

DON LUIS.

No la perderás; será tu esposa, y yo tendré en mi vejez una hija más que me consuele.

DON TEODORO.

¡Ah, padre mio! Es tan obstinado don Fabian!.. Está tan preocupado por ese hipócrita!...

DON LUIS.

¿Pues hay más que desengañarle?

DON TEODORO.

Es imposible, imposible: no escucha la razon; el temor de faltar á la Religion lo hace sordo á todas las reconvenciones; en vano tratará usted de persuadirle.

DON LUIS.

Hijo, confia siempre en persuadir con la razon á los que tienen un buen fondo de alma y sólo pecan de entendimiento: un desengaño basta para volverlos de su extravío tan de buena fe como ántes erraron. Sólo son incurables hombres como don Meliton, que defienden las preocupaciones por interes y egoismo. Sin más patria, más Religion, ni más moral que su conveniencia propia, tienen siempre en los labios estos sagrados nombres, y aborrecen las reformas, porque se mantienen de abusos. Al contrario, los seducidos por su ignorancia y sencillez, como nuestro buen amigo, quieren siempre lo mejor, aunque tal vez se equivoquen; y en mostrándoles que sirven de instrumento á los malvados, se pasan al bando de la razon y la

justicia. Hijo, ven á comer tranquilo, que todo corre de mi cuenta, y serás dichoso.

DON TEODORO.

Estas palabras de bondad me vuelven la vida.

DON LUIS.

Vamos, hijo mio.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON TEODORO.

¡Dormir... dormir!... ¡estando enamorado y con pocas esperanzas! No es posible, Teodoro: ni vivirás ya tranquilo, miéntras no estés seguro de llamar esposa á tu Carlota... ¿Qué hará en este instante? Quizá ahora mismo su padre la está reprendiendo, y ella le está jurando no volver á hablarme, olvidar tanto amor... ¡Qué injusto soy! pero ¿cuándo no se halla inquieto un amante? ¿Qué estará haciendo?... Si pudiera verlo... (Acércase á la puerta, y mira por el agujero de la llave.) Allí está... ¡y qué hermosa! parece algo pensativa... Yo me determino á llamarla; seguramente su padre y su incómodo acompañante estarán durmiendo en la alcoba inmediata... nada me detiene. (Llama quedito.)

ESCENA II.

DON TEODORO y DOÑA CARLOTA.

DOÑA CARLOTA. (Abriendo la puerta.)

¡Teodoro!

DON TEODORO.

Sal, amor mio, sal al instante...

DOÑA CARLOTA.

Si despierta mi padre...

DON TEODORO.

Tanta timidez se aviene mal con el mucho amor: quizá en otro tiempo no hubieras temido tanto la reprension de tu padre.

DOÑA CARLOTA. (Saliendo del cuarto.)

Está tan colérico estos dias... tan irritado contra tí...

DON TEODORO.

Y por eso su humilde hija cree que no cumple con sus deberes si no se muestra esquiva con su infeliz amante...

DOÑA CARLOTA.

¿No me basta sufrir el ceño de mi padre? ¿Quieres tambien afligirme con injustas reconvenciones, en vez de consolarme y de sostener mis esperanzas? Me parece que siento pasos...

DON TEODORO.

No tengas cuidado: es mi padre.

ESCENA III.

DICHOS. — DON LUIS.

DON LUIS.

Esto es lo que á mí me gusta, ver á los jóvenes tan bien avenidos... Y luego que los padres se rompan la cabeza trazando planes, que riñan muy serios, que se opongan... ¿Muchachos y con amor? No hay más que dejarlos.

DON TEODORO.

Hacia un momento que nos hallábamos aquí...

DON LUIS.

¡Ya!... el calor del cuarto los ha echado á ustedes fuera... ¿No es así?

DOÑA CARLOTA.

Pues mire usted, hace un calor como si fuera una siesta de Agosto...

DON LUIS.

Tambien los disgustillos lo habrán hecho más insufrible; pero no es lo raro que ustedes no hayan dormido, que al cabo son las partes interesadas, se quieren mucho y están en todo el fuego de la pasion y de la juventud; pero yo, pobre de mí, que me acosté para sosegar un rato, y no he podido descansar ni un instante, acordándome de dos tristes enamorados... Y diga usted, que ya debia habérseme olvidado lo que son estos cuidadillos de amor; pero nada de eso; yo parecia el novio, cavilando y dando vueltas: proyecto por acá, proyecto por allá..... y todo ¿para qué? bien, que no es una friolera hacer dichosos á dos amantes y desengañar á un hombre de bien alucinado.

DON TEODORO.

¿Podremos esperar?...

DON LUIS.

Y muy pronto.

DOÑA CARLOTA.

En usted tengo otro padre: ¿me querrá usted como á hija?

DON LUIS.

Sí, Carlota mia; vivireis felices, y hareis ménos penoso el último resto de mi vida. Tu buen padre gozará tambien esta fortuna...

DOÑA CARLOTA.

¡Ay, señor!

DON LUIS.

No hay por qué suspirar: un desengaño bastará para volverlo á la razon, y yo me encargo de la empresa. Me parece, señores enamorados, que hago bien el papel de confidente; por ustedes no duermo, por ustedes salgo con todo el peso del sol...

DON TEODORO.

¿A qué va usted, padre mio?

DON LUIS.

Esa es mucha curiosidad; un poquito de paciencia, y confianza en mí. Pero ante todo, ¿cuál será el premio de todos mis afanes?

DOÑA CARLOTA.

Gratitud y amor por toda la vida.

DON LUIS.

Y me basta : nada más apetezco.

DON TEODORO.

¿Pero podremos saber?...

DON LUIS.

Ustedes podrán detenerme; pero quizá se malogre todo.

DON TEODORO. (Con suma viveza.)

Vaya usted con Dios, padre mio.

DON LUIS.

¡Qué prisa te das para despedirme!...

DON TEODORO.

Yo por que tarde usted ménos, y vuelva ántes...

DON LUIS.

Ya te entiendo; adios, hijos. Cuidado no sorprenda el señor don Fabian á los pobres novios, eche su reprension á la niña, y descargue una nube de piedra sobre el liberal enamorado.

ESCENA IV.

DON TEODORO Y DOÑA CARLOTA.

DOÑA CARLOTA.

¡Cuánta bondad!

DON TEODORO.

Tengo en mi padre al mejor de mis amigos; ¿quién no sacrificaria hasta la vida por un padre semejante? Si algu-

na vez mi ligereza y mis pocos años me extravían, léjos de reprenderme con aspereza ni de castigarme con el rigor de un tirano, me desengaña, me muestra la razon, me obliga á avergonzarme yo mismo de mis defectos, y á corregirme por mi propio interes. ¡Ah! ¡qué pocos hijos habria malos ni desgraciados, si fueran todos los padres tan prudentes!

DOÑA CARLOTA.

El mio es sumamente bondadoso, y me ama en extremo; ya sabes cuán feliz era en su compañía, admirando siempre su corazon compasivo. Nunca le ví irritado, nunca dejó de darme cuantos gustos apetecia; y por último, me concedió el que más anhelaba mi corazon, que era ser tu esposa... Sólo este egoista pudiera haber mudado su carácter, hasta el punto de hacer que mire con desconfianza á una porcion de gentes; que se haya entibiado la amistad que profesaba á tu padre, y que se oponga á nuestra union apetecida.

DON TEODORO.

Constancia, Carlota, que mi corazon leal me está anunciando que van á cesar nuestros disgustos.

DOÑA CARLOTA.

El mio, por el contrario, se halla cada vez más inquieto; quizá estás tú más tranquilo, porque me amas ménos.

DON TEODORO.

¿Volvemos á los celillos?

DOÑA CARLOTA.

Cuando se desea con ansia una cosa, parece imposible que se ha de llegar á conseguirla.

DON TEODORO.

¡Tengo tanta confianza en mi padre!

DOÑA CARLOTA.

En nadie debe confiar un amante...

DON TEODORO.

¿Ni en su querida?

DOÑA CARLOTA.

Ni en su querida, cuando no le tenga el amor que yo á tí.

DON TEODORO.

Todas dicen lo mismo...

DOÑA CARLOTA.

Pero no dan tantas pruebas...

DON TEODORO.

¿Has oido?

DOÑA CARLOTA.

Sí: se han levantado; vete, por Dios... Si nos encuentran juntos...

DON TEODORO.

Adios, no me olvides...

DOÑA CARLOTA.

Es inútil tu encargo: vete...

DON TEODORO.

No me olvides ni un instante...

DOÑA CARLOTA.

Que van á salir...

DON TEODORO. (Vase prontamente á su cuarto.)

Adios, vida mia.

DOÑA CARLOTA.

Me parece que me lo han de conocer en la cara.

ESCENA V.

DOÑA CARLOTA, DON FABIAN Y DON MELITON.

DON FABIAN.

¿Qué hacias aquí, Carlota?

DOÑA CARLOTA.

Oí un gran ruido de campanillas, como de coche de colleras, y salí por ver lo que era... la curiosidad...

DON FABIAN.

Por curiosear se han perdido más de cuatro niñas.

DOÑA CARLOTA.

Pues bien, no volveré á asomarme, aunque se hunda la posada.

DON FABIAN.

Con que oigas la llave del cuarto inmediato no podrás contenerte. No hay que poner la cabeza de novicia, ni hacerte la mogigata: ¿te parece que no conozco lo enamorada que estás de Teodoro?

DOÑA CARLOTA.

Nunca le hubiera dado entrada en mi corazon, si usted no hubiera consentido, y áun aplaudido, nuestros amores; si habiendo encontrado en él las mejores prendas y arraigado nuestro cariño con el contínuo trato, quiere usted que le olvide, exige de mí que sea veleidosa é inconstante; si me manda que finja indiferencia, cuando estoy más enamorada, me precisa á ser hipócrita y embustera.

DON FABIAN.

¡Bravo, señora doctora! ¡Habrá usted quedado tan hueca con su parrafito de filosofía! No se ha perdido el tiempo al lado del señor liberal... Esto es lo que yo digo, señor don Meliton; hasta á las mujeres ha llegado el contagio de estos malditos tiempos: con cuatro novelas y versillos ya las tiene usted hechas unas bachilleras, charlando como cotorras y mandando billetes á sus queridos, que merecen ponerse de estampilla... ¡Ay amigo! ¡Qué tiempos los antiguos! Ninguna escribia dos renglones á su novio, aunque la matáran; porque sus padres habian tenido buen cuidadito de que no supieran tomar la pluma en la mano, ni conocieran el A, B, C.. ¡Pero ahora, ahora!.. Ya

ha oido usted el párrafo liberal que me ha espetado esta mocosa, que si hubiera nacido en otra época, estaria haciendo un dechado en la amiga.

DON MELITON.

No tiene usted por qué enfadarse: esta señorita es muy dócil, y no hará más que lo que usted le mande. No extraño yo que Carlotita no conozca los poderosos motivos que obligan á su padre á separarla de ese jóven preciado de sabio. Las ideas liberales tienen un aparente brillo, que oculta el veneno y las hace agradables á los incautos, extendiendo su seduccion hasta al bello sexo. Pero los que, por nuestra edad y vastos conocimientos, sabemos quitarles su postizo oropel y descubrir lo pernicioso de esas doctrinas, que sólo contribuyen á favorecer la carne y la sangre y á convertir en república hasta el imperio del gran Mogol, debemos desengañar á los seducidos y aconsejar á los padres...

DON FABIAN.

Yo doy á usted mil gracias por sus buenos consejos; que si no ha sido por ellos, me dejo llevar de mi bobería, doy mi hija á ese atolondrado liberal, y al cabo de una docena de años me encuentro la casa llena de nietezuelos liberalitos, capaces de revolver un mundo. ¡Bonita la hubiéramos hecho! Tú tambien, Carlotita, debes dar las gracias á nuestro sabio amigo, y tener presente lo que acaba de decir magistralmente sobre los malos efectos de las ideas liberales. ¿Lo has entendido bien?

DOÑA CARLOTA.

¿Yo?...

DON FABIAN.

¿Yo? Sí, señora, usted; que siempre me estás quebrando la cabeza, hablando por los codos, y cuando es menester te estás callada como una muerta.

DOÑA CARLOTA.

Pero si yo no entiendo nada de carne, ni de sangre, ni de orópeles, ni venenos, ni de ninguna de esas cosas liberales... Yo queria á Teodoro, porque me gustaba, y le hallaba muy comedido en su conversacion, y me parecia muy hombre de bien, y me decia que me queria tanto, y que seríamos tan felices...

DON FABIAN.

¡Otra y, otra y, con dos mil diablos!

DOÑA CARLOTA.

Si usted se enfada mentiré.

DON FABIAN.

No quiero que mienta usted, sino que sea obediente, como Dios manda.

DON MELITON.

Me parece que estaríamos más cómodos sacando unas sillas...

DON FABIAN.

Dice usted bien, que en el tal cuartito estamos ahogados, y aquí respirarémos más libremente. Pero no se incomode usted. (Va don Meliton por las sillas.) Ya sabes lo mucho que te quiero (A Carlota), y que toda mi vida no he trabajado sino para hacerte feliz. Si quieres darme gusto y mostrarme tu cariño, trata con el mayor respeto al señor don Meliton y escúchalo como á un oráculo. ¿Estás?... y no que con ese silencio, esa cabeza baja y la carita avinagrada, me estás quemando la sangre.. ¡El diantre de estas muchachas, parece que están tambien de revolucion!

DOÑA CARLOTA.

Si no me ocurre nada que decir...

DON FABIAN.

¡Valías un Potosí para entrar en Cartuja!

DOÑA CARLOTA.

Bien, me esforzaré...

DON FABIAN.

Cuidadito conmigo, que no soy todo miel; y si llego á enfadarme, habrá fiesta de toros. (Saca don Meliton tres sillas.) Ahora pegaba bien (A don Meliton en voz baja.) un sermoncito, que la tengo más blanda que un guante, y podemos convertirla de un todo.

DON MELITON. (Tambien en voz baja.)

Descuide usted.

(Siéntanse todos.)

DON FABIAN.

Lo que hemos hablado muchas veces: las niñas no quieren creer que sus padres desean lo mejor para ellas, y saben lo que les conviene; nada de eso: llega un jovencito almidonado, les hace cuatro señajos, dice cuatro secretillos, su suspiro al canto, y si es menester, una lagrimita, y ya tenemos á las muchachas rabiando por casorio. Se ha puesto el mundo de manera que es menester morirse.

DON MELITON.

No es eso lo peor: sino que creo que hasta las mujeres se van volviendo liberales.

DON FABIAN.

Pródigas, debia usted decir.

DON MELITON.

Y si las mujeres se ponen del bando contrario, no hay remedio: triunfan los liberales, y quedamos frescos.

DON FABIAN.

Por eso urge más el desengaño, y no dormirnos sobre las pajas.

DON MELITON.

Ya tengo preparada una disertacion, con notas en latin, en que pruebo *usque ad evidentiam*, que todos los liberales huelen á azufre; y que la mujer que se casa con uno de ellos, aunque tenga un pilon de agua bendita junto á la cama, está expuesta á que una noche se la lleven las brujas.

DOÑA CARLOTA.

Las brujas!.. ¡Ah, ah! ¿Está usted en su juicio? Eso se dice para asustar muchachos.

DON MELITON.

Se conoce, señorita, que no las ha visto usted, como una tia mia, que murió de noventa y seis años; mil veces se lo oí contar; y que si no hubiera sido porque les descubrieron el nido y quemaron á seis docenas, hubieran llovido brujas como mosquitos.

DOÑA CARLOTA.

Todo eso será verdad; pero yo no lo creo.

DON FABIAN.

Calla, niña, que nosotros no tenemos talento para meternos en tantas honduras; y cuando el señor don Meliton lo dice...

DON MELITON.

¡Toma, si lo digo! Y lo voy á imprimir en llegando á Cádiz, con cada letra como un panecillo. ¡Y que vengan los liberales á disputárselas conmigo! que á la primera rociada que lleven, no les he de dejar hueso sano.

DON FABIAN.

Mucha falta hace usted por allá; es menester atacarlos de firme.

DON MELITON.

Capaz soy, segun me siento inflamado, de confundirlos á desvergüenzas.

DON FABIAN.

Metralla en ellos, y no darles cuartel hasta que pidan perdon.

DON MELITON.

¡Perdon!... ¡ya voy! ¡hasta verlos fritos! — Por eso me alegro, señorita, de la prudente determinacion de su padre de usted, que le ha libertado de verse mañana en un apuro. Teodoro parece buen muchacho, que al cabo yo no soy amigo de hablar mal ni de quitar la estimacion

al prójimo. Pero no es todo oro lo que reluce: esos principios á la moderna van corrompiendo insensiblemente el corazon, y podia usted, cuando ménos pensase, encontrarse gato por liebre.

DON FABIAN.

Eso mismo es lo que yo digo. ¿Me darás gusto en todo? Vaya, no hay para que afligirse: tú tienes juicio y no me darás que sentir. Pero el plomo de Juan tarda mucho en traer las cartas; ¿en qué se habrá detenido?

DOÑA CARLOTA.

¿Lo ha mandado usted por ellas?

DON FABIAN.

En cuanto acabamos de comer.

DON MELITON.

¡Pues si lo acabo yo de ver tendido en el banco de adentro, roncando á pierna suelta!

DON FABIAN.

No hay que encargarle nada; hasta que duerme los dos cuartillos de tinto es hombre perdido. (Levántase y se acerca á la puerta.) ¡Juan, Juan! ¿No te has de levantar hasta mañana?

ESCENA VI.

DICHOS.—JUAN.

JUAN.

Me habia quedado un poco vencido del sueño, con el humillo de la comida...

DON FABIAN.

Con el humazo de las botellas. Al fin, ¿no has hecho lo que te mandé? ¡Y yo, esperando las cartas con mucha paciencia! Esto es lo que sucede en teniendo criados antiguos y que toman mucha confianza. Lo mando por las cartas, no va; lo envio esta mañana á llamar á don Luis, y se está

por esas calles hasta las tantas, sin acordarse de comida ni de nada del mundo.

JUAN.

¡Vaya, señor; que no parece sino que me entretuve en la taberna ó en alguna cosa mala! Vea usted, señor don Meliton, que me arrimé al corro de noticias en que estaba don Luis, que al cabo, á todos nos interesa saber si se matan franceses, y allí se me pasó la hora, oyendo cosas buenas. Decian aquellos señores que las Córtes habian mandado que á nadie se ahorcase, porque todos somos hijos de Dios, y de carne y hueso, y por ser pobres no nos habian de colgar como á perros; y que á ningun infeliz lo pudrieran en la cárcel por frioleras, ni lo descoyuntasen en el potro como hacian antiguamente; y que en adelante, los reyes no harán en Espana sino lo que sea justo y regular, conforme Dios manda...

DON FABIAN.

¿Acabarás esta tarde? ¿Qué entiendes tú de esas cosas, majadero?

JUAN.

¿Y eso qué tiene que entender? Lo bueno se está cayendo de su peso; y lo que á uno le tiene cuenta, no necesita muchas retóricas para entenderlo.

DON FABIAN.

Anda, ve por las cartas, y vente al instante.

JUAN. (Yéndose.)

Si oigo hablar de las Córtes no vuelvo en dos horas.

ESCENA VII.

DICHOS, *ménos* JUAN.

DON MELITON.

Esto es lo que tienen las ideas liberales! las gentes simples, que no ven las cosas sino por el forro, creen que es

lo mejor del mundo lo que á ellas les acomoda. El pueblo es el mismo en todas partes, y si no se le ata corto se quiere subir á las barbas.

DON FABIAN.

Ese es el fruto de las filosofías, de las Constituciones, y de toda esa baraunda; y en el mundo siempre ha habido pobres y ricos, y ni los dedos de la mano son iguales, y allá van leyes do quieren reyes...

DON MELITON.

No, señor, que ya los modernos quieren señalarles hasta lo que deben gastar, que no parece sino que son niños de escuela y necesitan tutores.

DON FABIAN.

¡Herejías como las que se oyen en esos tiempos!

DON MELITON.

Pues no lo quiere creer la gente, y se burla de los que lo decimos. Porque dije yo el otro dia en la plaza que el Rey es señor de vidas y haciendas, por poco me silban; ahora lo que está de moda es la señora ley: todos deben ser juzgados conforme á la ley, los reyes deben gobernar arreglados á la ley... ¡Malditas sean las leyes, amén!

DON FABIAN.

Otro, por si falta, amén... Pero ¿á qué volverá el postema de Juan sin ir á lo que le he enviado? ¡Juan de dos mil santos! ¿no vas al correo?

ESCENA VIII.

Dichos.—JUAN.

JUAN.

Si el cartero ha traido las cartas: para usted no hay más que esta, que me la ha dado al salir la moza de la posada.

DON FABIAN. (Toma la carta y arroja el sobre.)

Si hubieras ido por ellas hace dos horas...

JUAN.

No hubiera ganado un par de cuartos el pobre cartero. (Vase.)

DON FABIAN.

Pues no conozco la letra; veamos lo que dice. (Saca los anteojos y lee.)

«Cádiz, 31 de Marzo de 1812.

»Señor don Fabian... y tal.

»Muy señor mio: Aunque no tengo el honor de haber »conocido á usted, lo que me seria de mucha satisfaccion, »por las noticias que me ha dado mi íntimo y sabio amigo »don Meliton...»

DON MELITON. (Se levanta y se arrima á leer.)

¿Qué dice de mí? Será algo bueno; lea usted, lea usted.....

DON FABIAN. (Lee.)

«Amigo don Meliton, que me escribió venia en compa»ñía de usted á esta ciudad, y que recomendaba sus pre»tensiones...»

DON MELITON. (Arrebatándole la carta.)

Está usted ya muy torpe para leer; yo la leeré más aprisa. ¡Ay, Dios mio! ¡Del señor don Cosme! ¡Qué bueno era aquel caballero! (Lee) «Sus pretensiones, lo he he»cho con tal eficacia, conociendo su mucho mérito, que á »pesar de lo revuelto de todo, se han servido nombrarle...» (Al llegar á estas palabras, pasa la vista por lo restante de la carta, y empieza á pasearse enajenado por el teatro, gritando:) ¡Ay, Dios mio!... ¡Sesenta mil del pico!... ¡Y con excelencia!... Excelentísimo señor!

DON FABIAN.

Señor don Meliton, ¿qué le ha dado á usted? ¿Ha perdido el juicio?

DON MELITON.

No me detengo en nada, aunque no haga viento; ¡por vida del Poniente!... Me voy á Cádiz corriendo..... quiero

cumplir con mi obligacion... ¡Mis sesenta mil!... ¡mis sesenta mil!...

DON FABIAN.

Acabe usted de sacarme de cuidado... ¡qué dice la carta?

DON MELITON.

Ya las cosas se van arreglando, y se echa mano de los hombres de mérito... Voy á ver la veleta; quizá ha empezado ya el Levante, y yo entónces no me detengo por usted ni por nadie.

DON FABIAN. (Deteniéndole.)

¿Quiere usted decirme lo que es?

DOÑA CARLOTA.

¡Parece que al señor don Meliton le ha picado la tarántula!...

DON MELITON.

Sesenta mil tarántulas son las que me han picado. — Vaya, oiga usted. (Lee.) «Conociendo su mucho mérito, que »á pesar de lo revuelto de todo, se han servido nombrarle »individuo del Tribunal Supremo, protector de la libertad »de imprenta, con tratamiento de excelencia y sesenta mil »reales de sueldo, por lo apurado de las circunstancias. »Lo cual me ha servido de mucho contento, por haber yo »dado todos los pasos; y sabiendo por dicho señor que »quizá se detendrian ustedes en Alicante para evacuar »asuntos propios, me he tomado la libertad de dirigir á »usted esas cuatro letras, deseoso de que llegue cuanto án»tes la agradable noticia al señor don Meliton, á quien no »las dirijo por ser usted persona más conocida en todo »Levante, y con ménos peligro de que se extravie la carta. »Con este motivo me ofrezco á la disposicion de usted, de»seoso de que apresuren su viaje, etc. — *Cosme Zugarra»mundi.*»

DON FABIAN.

¿Y quién es ese caballero tan reservado?

DON MELITON.

¡Con que no oyó usted á don Luis los favores que recibia yo en Madrid de ese caballero! ¡que hacia entónces y está haciendo ahora un gran papel!

DON FABIAN.

Pues aunque haga más papel que siete batanes, le digo á usted que es un solemne tonto.

DON MELITON.

¿Tonto?...

DON FABIAN.

Tonto, ó quizá un grandísimo pícaro. ¡Haber pretendido para usted un destino como ese! ¿Qué concepto le merece usted, que lo quiere ver de protector de la libertad de imprenta?... ¡La carta de desvergüenzas que le habia yo de enviar!

DON MELITON.

¿Está usted en su juicio?

DON FABIAN.

¡Como si fuera usted algun liberalillo de tres al cuarto! sin hacerse cargo de que la mucha prudencia y sabiduría que adornan á usted le hacen aborrecer esa diabólica libertad de imprenta y cuanto huela á moderno con cien leguas...

DON MELITON.

¡Sesenta mil reales!

DON FABIAN.

Creeria el muy bobo que iba usted á caer en ese anzuelo... mal conoce la probidad de usted...

DON MELITON.

De forma es, y de manera... si el viento mudára... En pocos dias llegaba á ver á ese señor...

DON FABIAN.

Para hartarlo de desvergüenzas...

DON MELITON.

Para darle mil millones de gracias.

ESCENA IX.

DICHOS. — DON LUIS.

DON LUIS.

Buenas tardes, señores.

DON MELITON.

Déme usted un abrazo, que en estos casos todos los disgustillos se acaban, y pelillos á la mar.

DON LUIS.

Pero ¿qué hay de bueno?

DON MELITON.

¡Ahí es una friolera! No sabe usted con el hombre que está hablando: lea usted, lea usted. (Dale la carta, y don Luis la lee en silencio.)

DON FABIAN.

Estoy aturdido sin entender á usted, ni saber lo que le pasa...

DON MELITON.

Pues es muy sencillo, que estoy loco de contento... Carlotita, á usted le apearé el tratamiento, que no quiero engreirme: nosotros, señor don Fabian, siempre amigos.

DON FABIAN.

¿Con que usted va á tomar el empleo?

DON MELITON.

A dos manos. ¡Pues... no, que seria uno tonto á los cuarenta años!

DON LUIS. (Devolviéndole la carta.)

No me atrevo á darle á usted la enhorabuena, porque creo que es insultarle: el destino es asombroso para hombres que piensan como yo, y ven en la libertad de imprenta el principal apoyo de toda justa libertad. Pero las opiniones son libres; y una vez que usted la juzga perniciosa y casi herética, no habrá dudado sobre el partido que debe tomar...

DON MELITON.

¡Yo dudar!... Nada de eso.

DON LUIS.

Con una simple renuncia del empleo cumple usted con su conciencia, y no se mezcla en cosas que cree opuestas á la hombría de bien...

DON MELITON.

La verdad, señor don Luis: yo esta mañana me acaloré un poco hablando de esa libertad, y quizá se me deslizára de la lengua algun disparate; cuando la legítima Autoridad dice que es buena, y la permite en España, sus razones tendrá, y no será tan mala como yo creia...

DON LUIS.

¡Declamaba usted tanto cóntra ella!

DON MELITON.

Todo es bueno y malo en este mundo, segun la clase de hombres que anda en ello: si pusieran á proteger esa libertad á cuatro liberales sin seso, seria la ruina de España; pero habiendo nombrado hombres de pulso, pongo la comparacion (aunque parezca mal que yo lo diga), no hay que temer. Además, yo no tengo que meterme á averiguar si es buena ó mala esa libertad: yo debo obedecer á las legítimas potestades, como me manda la ley de Dios, ya que me han dado ese empleo, sacrificarme por la patria, y trabajar por ella hasta el fin de mi vida.

DON LUIS.

Habla usted con mucha prudencia.

DON MELITON.

Ya, lo de ménos era renunciar el empleo, que todos los destinos no traen más que desazones; pero si renunciára, dirian las malas lenguas que era por estarme ocioso y hecho un holgazan como hasta ahora. Y por cierto que no ha sido culpa mia, que yo he puesto todos los medios para trabajar, aunque hubiera sido en una canongía; pero no

ha querido la suerte que hasta ahora haya sido útil al Estado... en fin, más vale tarde que nunca.

DON LUIS.

Me parece, don Fabian, que está usted cabizbajo y pensativo, sin tomar parte en la patriótica alegría de este caballero... ¿Qué tiene usted?

DON FABIAN.

Nada.

DON MELITON.

Ciertamente es extraño; pero no tenga usted cuidado, que en llegando allá tambien se calzará usted su gran empleo.

DON FABIAN.

Yo no quiero nada, nada.

DON LUIS.

Me parece que el señor don Meliton va desertando del partido de ustedes, y al fin se ha de pasar al bando de los liberales.

DON MELITON.

Yo siempre soy del que manda, como buen vasallo.

DON FABIAN.

En verdad que no era usted tan obediente hace algunas horas. Miéntras más amigos más claros: le confieso á usted que me he llevado un gran chasco: yo creí que usted aborrecia esas reformas y proyectos liberales, porque los creia contrarios á su conciencia, y ahora veo que con la golosina del destino le faltan á usted dos dedos no más para hacer la apología de la libertad de imprenta.

DON LUIS.

¡Conozca usted lo que puede un empleo!

DON FABIAN.

Para los hombres de bien no puede nada, si comprometen en ello las opiniones que han manifestado y aprecian más su buen concepto que el bajo interes. La verdad,

repito á usted, don Meliton, que me he llevado un gran chasco, y creia á usted más consecuente.

DON MELITON.

Yo hago lo que me acomoda, y no tengo que dar cuenta á nadie; sírvale á usted de gobierno.

DON FABIAN.

Parece que va usted alzando el gallo, y no há diez minutos parecia una ovejita. Pues yo para nada le necesito, que no pienso imprimir si no es alguna papeleta de convite ó de entierro.

DON MELITON.

Yo soy hombre agradecido; pero no me dejo pisar de nadie.

DON LUIS.

Usted es un grandísimo hipócrita, que ha tenido engañado á mi bondadoso amigo, que ahora empieza á conocerlo. Vea usted, don Fabian, por qué especie de hombre iba á romper nuestra antigua amistad y hacer infelices á dos pobres muchachos. Pero áun es tiempo de remediarlo todo.

DON MELITON.

A mí nada me importa, que ya, gracias á Dios, no tengo que estar á cara de nadie, y lo pasaré como un príncipe en tomando posesion de mi empleo.

DON LUIS.

Vaya usted á que extienda el título el mancebo de la botica inmediata.

DON MELITON.

¿Qué mancebo?

DON LUIS.

El mismo que le ha enviado la buena noticia.

DON MELITON.

¡Hombre!... ¿qué dice usted?... Acabe usted de explicarse...

DON LUIS. (Con admiracion y frialdad.)

¿Con que usted habia creido lo del empleo?

DON MELITON.

Pues ¿no está aquí la carta?...

DON LUIS.

Por señas que yo la he notado, valiéndome de lo que dijo usted esta mañana, y el mancebo de la botica me hizo el favor de escribirla, haciéndolo tan á mi gusto, que le regalé medio duro. Y le debe usted estar muy gradecido, que yo no le señalaba más que treinta mil reales de sueldo, y el muchacho fué tan rumboso que le dobló la tara.

DON MELITON.

Usted... se chancea...

DON LUIS.

Ahí cerca está el mancebo que no me dejará mentir; y la moza de la posada, á quien entregué la carta y una peseta para alfileres, con encargo de que dijese á Juan que la habia traido el cartero.

DON MELITON. (Recogiendo el sobre de la carta.)

Don Fabian ó don Macho, ¿no vió usted que el sobre no traia ningun sello?

DON FABIAN.

Si usted no lo vió y le interesaba, ¿me habia yo de parar en esas menudencias?

DON MELITON.

Yo... como habia escrito á don Cosme... y no conocia su letra... y el correo habia llegado esta mañana... Pero, de todos modos, señor don Luis, esto no se hace con ningun hombre blanco; y puede usted ir con sus chanzas pesadas á quien se las sufra; si no mirára que no quiero perderme. ¡Por vida de...

ESCENA X.

DICHOS.—DON TEODORO.

DON TEODORO.

¿Qué voces son estas?

DON LUIS.

Nada de cuidado; aquí el señor don Meliton que está á punto de desafiarme...

DON TEODORO.

Deje usted que yo le tranquilice...

DON LUIS.

¡Juicio! Teodoro; cuando los amantes están delante de sus queridas, no deben tratar más que de enamorarlas: ahí tienes á tu Carlota; dile algunas ternezas, que el señor don Fabian no está ahora para reparar en pelillos.

DON FABIAN.

Déjeme usted, que la burla ha sido tambien para mí.

DON LUIS.

La burla ha sido para el taimado egoista que la ha merecido; para usted no es más que el desengaño.

DON FABIAN.

Un poco picante...

DON LUIS.

Pero muy provechoso. Ahora empezará usted á conocer á muchos de los que tratan de extraviar al pueblo, inquietando á las gentes sencillas, y pintándoles como nocivas al Estado y contrarias á la Religion las más saludables reformas, sólo porque se oponen á su propio interes.

DON FABIAN.

Le juro á usted no llevarme otro chasco en mi vida.

DON MELITON.

Creo, señor don Fabian, que esta broma, que yo he pro-

curado seguir fingiendo lo mejor posible, no entibiará nuestra amistad...

DON FABIAN.

¿Quiere usted insultarme, despues de haberme expuesto á la risa de todos, y á que hiciera infeliz á mi hija? Vaya usted con Dios y no abuse de mi paciencia, que la culpa me tengo yo, por haber dado oidos á un hipócrita tan perjudicial.

DON MELITON.

¿Ello es que no hay remedio?

DON FABIAN.

Ni soñarlo.

DON MELITON.

Pues mire usted: ahora mismo voy á dar cuenta á la Justicia de que don Luis es un falseador de cartas, y voy á perder á todos ustedes... ¡Burlarse de mi! y si no tengo nada de que acusarlos, los delato á todos por fracmasones.

ESCENA XI.

DICHOS, *ménos* DON MELITON.

DON TEODORO.

Déjenme ustedes, que yo le haré ir más deprisa...

DON LUIS.

Estáte quieto; que harto trabajo tienen esas gentes con ser conocidas. La lástima es que no siempre hay cartas y empleos fingidos, ni todos son tan dóciles para recibir un desengaño, como lo ha sido nuestro honrado amigo.

DON FABIAN.

Y desengaño que nunca olvidaré.

DON LUIS.

¿De veras?

DON FABIAN.

Voy á darle á usted una prueba de mi conversion: Teodoro, abraza á tu Carlota.

DON TEODORO. (Abrazándola.)

¿Ves como han cesado nuestros males?

DOÑA CARLOTA.

¡Qué placer tan inesperado!

ESCENA XII.

DICHOS. — JUAN.

JUAN.

Nada más tengo que saber: señorita, cuidado con mi regalo de boda.

DOÑA CARLOTA.

Sí, Juan, y será tan cumplido como lo es ahora el contento de mi corazon.

DON FABIAN.

¿Y para mí no hay abrazo, Teodoro?

DON TEODORO (Acercándose.)

Con toda mi alma.

DON LUIS.

No se acerque usted, don Fabian; mire usted que el muchacho es liberal y huele á chamusquina.

DON FABIAN.

No me avergüence usted, ni me recuerde nunca mi anterior necedad.

DOÑA CARLOTA. (A don Luis.)

Ya llegó el feliz instante de que me llame usted *hija mia*.

DON LUIS.

Y con mil amores. — Pero ahora vamos á dar un paseo ántes que anochezca; los muchachos irán hablando de su boda, como es natural, y nosotros, aunque no conocemos

mucha gente en este pueblo, iremos notando en los que pasen algunos don Melitones.

DON FABIAN.

Creo que no faltarán.

DON LUIS.

Usted ya los ha conocido; ojalá á ¡ todos les suceda otro tanto!

FIN DE LA COMEDIA.

LA VIUDA DE PADILLA.

TRAGEDIA.

ADVERTENCIA.

Cuando emprendí la composicion de esta tragedia, por los años de 1812, acababa de leer las de Alfieri, y estaba tan prendado de su mérito que me las propuse por modelo: componer un drama con una accion sola y única, llevada llanamente á cabo sin episodios, sin confidentes, con muy pocos monólogos y un corto número de interlocutores; imitar el vigor en los pensamientos, la concision y energía en el estilo y la viveza en el diálogo, que encubren hasta cierto punto en las obras de aquel célebre autor, la falta de incidentes y la desnudez de sus planes; tal fué el objeto que me propuse, aunque convencido íntimamente de la dificultad de conseguirlo, y mucho más siendo aquella la primera vez que tanteaba mis fuerzas en una clase de composicion tan difícil.

Al haber de elegir el argumento, el deseo de que fuese original y tomado de la historia de mi nacion, y quizá mas bien las extraordinarias circunstancias en que se hallaba por aquella época la ciudad de Cádiz, en que á la sazon residia, asediada estrechamente por un ejército extranjero y

ocupada en plantear reformas domésticas, llamaron naturalmente mi atencion é inclinaron mi ánimo á preferir entre varios asuntos el fin de las Comunidades de Castilla.

Este argumento presentaba desde luégo notables ventajas, aunque contrapesadas con no menores inconvenientes: por una parte el término de una gran contienda, de que va á depender tal vez la suerte de una nacion, ofrece de suyo ocasion oportuna de desplegar caractéres enérgicos y violentas pasiones, cual acontece en las crísis de los Estados, sin que admita tampoco duda que la propia magnitud del cuadro contribuye á darle dignidad y nobleza.

Mas tambien es cierto, aunque á primera vista aparezca extraño, que no se despiertan con tanta prontitud y vehemencia los afectos del ánimo, cuando se presenta en el teatro un argumento de esta clase, por importante que sea, como cuando se excita el terror y la compasion, ofreciendo la pintura fiel de las desgracias que afligen á una ó á pocas personas, por lo comun no exentas de flaquezas ó culpas; en este caso, como que el espectador se coloca más fácilmente en la situacion de los desdichados, y siente con más eficacia la conmiseracion de los males ajenos y el temor de experimentarlos él propio; pero cuando se representa la catástrofe de un pueblo, hallando el interes de los espectadores campo más vasto en que en-

sancharse, se concentra á duras penas en un solo punto, y por consiguiente es ménos vivo.

Estas reflexiones, que se ven comprobadas en el *Caton* de Addisson y en la *Numancia* de nuestro Teatro, pueden aplicarse más ó ménos á esta composicion, en la cual se nota igualmente otra desventaja que ofrecen de ordinario tales argumentos; porque tratándose en ellos de una causa cuyo éxito no aparece ya dudoso, falta aquella incertidumbre, aquellos vaivenes entre el temor y la esperanza, que sacudiendo reciamente el ánimo, ablandan el corazon para que reciba los sentimientos propios de la tragedia: hasta la misma fortaleza y temple de alma del personaje principal, al paso que arrebatan la admiracion y respeto, parece que se oponen á la piedad y lástima; si no vemos llorar ni afligirse al mismo que padece el infortunio, ¿cómo hemos nosotros de afligirnos y llorar por su suerte?

Por no omitir nada de cuanto me ocurre con respecto al argumento de este drama, debo tambien decir, que si el amor y la galantería perjudicaron en sumo grado á los excelentes trágicos del siglo de Luis XIV, el inmoderado uso de la filosofía y de la política han dañado no poco, en mi concepto, á los de época más reciente; y que de este achaque, propio de los tiempos, adolece tambien esta composicion. Si me quedára de ello alguna duda, bastaria á disiparla lo que por mí propio he

observado al representarse el acto segundo: miéntras la viuda y el padre de Padilla se limitaban á abogar cada cual por el partido político que habia seguido, la misma gravedad del asunto y el peso de los argumentos lograban cautivar poderosamente la atencion del auditorio; pero no causaban aquella inquietud y angustia que tanto agradan en la representaciones trágicas; mas desde el punto en que, dejando aparte la causa general, aludian ambos interlocutores á las desgracias de su familia, y empezaba á oirse el lenguaje del corazon, en lugar de los discursos de la mente, al instante se percibian en el auditorio los síntomas más honrosos para esta clase de composiciones.

He creido oportuno indicar las ventajas é inconvenientes propios del argumento de este drama, por si este aviso pudiese ser de algun provecho á los jóvenes aplicados que se dediquen á la carrera trágica; más en cuanto al modo con que le haya desempeñado, á otros y no á mí es á quienes toca deslindar y calificar los aciertos que pudiere haber logrado y las faltas en que hubiese incurrido, limitándome á decir, como quien busca desconfiado de sí mismo el abono de otros, que esta tragedia ha sido recibida por el público con muestras de aceptacion y aplauso.

Representóse por primera vez en el mes de Julio del año de 1812, y en dias tan aciagos, que ni áun pudo salir á luz en el teatro de Cádiz, por el grave

riesgo que en él ofrecian las bombas arrojadas por el enemigo, que habian estado á punto de causar, muy poco tiempo ántes, la ruina de aquel edificio, lleno cabalmente de gran número de personas, por cuyo motivo se construyó, como por ensalmo, en el paraje más apartado del fuego enemigo, un teatro interino labrado de madera, y en él fué en el que se representó al principio esta tragedia. Cuando despues la suerte de las armas alejó todo peligro de aquella benemérita ciudad, y dejó libre y salvo el territorio de la península, se representó igualmente en el teatro de la córte y en otros del reino, con cuyas pruebas favorables alentado el autor, imprimió su obra en Madrid, á principios del año de 1814, insertando en aquella edicion, así como en esta, el siguiente *Bosquejo histórico de la guerra de las Comunidades.*

BOSQUEJO HISTÓRICO

DE LA

GUERRA DE LAS COMUNIDADES.

Fácil fué pronosticar, desde el reinado de los Reyes Católicos, el riesgo que iban á correr las leyes fundamentales de Castilla; pero al notar el desacuerdo y demasía con que empezó á gobernar su nieto D. Cárlos I, no pudo quedar duda de que la libertad tocaba á su postrer término si no acudian los pueblos á su socorro. Un monarca falto de años y escaso de experiencia, nacido y criado en país extranjero, ignorante de las leyes, de las costumbres, y áun de la lengua de la nacion que iba á regir; ministros flamencos, malvados y codiciosos, sacando á pública subasta los oficios y cargos, vendiendo las gracias del monarca, oprimiendo á los naturales, y colocando en los principales empleos á gente advenediza, que habia entrado en España como en tierra conquistada que iba á ser puesta á saco; sangrada Castilla de sus riquezas, y llevadas á naciones extrañas, no en cambio de comercio, sino como precio de injusticias; alzadas á puja las rentas de la corona, y recargadas las contribuciones más onerosas; amagadas las exenciones y libertades de las ciudades más favorecidas; menguados los privilegios de la nobleza, no en pro comunal de los pueblos, sino para quitar tambien ese freno á la desbocada codicia de los extranjeros; tal era el estado de desórden en que se hallaba el reino, por confesion misma de los historiadores más empeñados en acriminar el levantamiento de los castellanos.

Una circunstancia contribuyó á acelerarlo, colmando la medida

á la paciencia de los pueblos, sobradamente reprimida hasta entónces: elegido el rey D. Cárlos emperador de Alemania, para suceder á su abuelo Maximiliano, se aprestaba, de vuelta de las Córtes celebradas en Aragon, á ir á recibir la corona imperial, y convocó las Córtes para la ciudad de Santiago. Con esta resolucion se apuró el sufrimiento de los castellanos: ver á su Monarca desatender los clamores del pueblo, y en vez de reparar sus agravios partirse á naciones extrañas, dejando huérfano y desamparado un reino tan ofendido y esquilmado por los extranjeros; ver á éstos rodear al seducido Príncipe impunes y como en triunfo, aprestándose á abandonar un país en que sólo dejaban descontento y lágrimas, para llevar al suyo los frutos de su rapacidad; convocar las Córtes, no con el objeto de resarcir los perjuicios públicos, sino con el de exigir por despedida nuevas y más graves imposiciones que acabasen de enflaquecer el reino; señalar para la reunion de las Córtes (en vez de un pueblo en tierra llana de Castilla, cual fuera la costumbre) una ciudad junto al extremo de la Península, como para facilitar á los que habian saqueado el reino la conduccion de su presa, poniéndosela más cercana á los mares; en una palabra, cuanto podia ofender é irritar á una nacion pundonorosa, más acostumbrada á sobrellevar la opresion que el desprecio, tanto concurrió á encender los ánimos de los castellanos.

Mostráronse primero los síntomas del descontento y el anhelo de pedir la reparacion de tantos males en la ciudad de Toledo, acérrima defensora de sus fueros y libertades; y reunido su Ayuntamiento, hablaron resueltamente contra los abusos introducidos en el reino y el quebrantamiento de sus antiguas leyes; el regidor Hernando de Avalos (á quien señalan como primer incitador de las alteraciones de Castilla); D. Pedro Laso de la Vega, de ilustre alcurnia y aventajado mérito, y el célebre D. Juan de Padilla, héroe el más señalado en la historia de las Comunidades, y cuyo retrato copiarémos de su más encarnizado enemigo. *Siendo* Padilla *en sangre tan limpio, en cuerpo tan dispuesto, en armas tan mañoso, en ánimo tan esforzado, en juicio tan delicado, en condicion tan bien quisto, y en edad tan mozo,* que era el ídolo de Toledo, llevó tras sí el parecer de la mayoría, y se acordó escribir á las demás ciudades de voto en Córtes, á fin de que nombrasen comisionados que, unidos, pidiesen al Monarca la observancia de las leyes y la reparacion de los agravios, siendo las siguientes demandas la mejor

apología de su intencion y justicia, á saber: que el Rey no se ausentase, dejando el reino en tan lastimoso desconcierto; que no se diesen oficios ni cargos á extranjeros, contra lo dispuesto por las leyes; que no se extrajese moneda bajo ningun pretexto; que no se pidiesen nuevos servicios en las Córtes, y que estas se celebrasen dentro del término de Castilla; que no se vendiesen los oficios; que la Inquisicion mirase sólo al servicio de Dios, y no agraviase ni oprimiese á los pueblos; finalmente, que se administrase justicia. Tan acertadas súplicas fueron acogidas favorablemente por todas las ciudades, igualmente agraviadas que Toledo, y no ménos ansiosas de reprimir los desafueros de la Autoridad; solo Búrgos desaprobó el consejo; Sevilla no dió respuesta; y Granada mostró indecision y tibieza, recomendando la prudencia y la eleccion de circunstancias más oportunas. Pero Toledo, ufana con la aprobacion del mayor número de ciudades, envió comisionados al efecto, siendo el principal de ellos D. Pedro Laso; y llegados á Valladolid, donde se hallaba el Rey, suplicáronle les diese audiencia; á lo que les contestó, que despues se la otorgaria, puesto que á la sazon iba á salir para Tordesillas, con ánimo de visitar á la Reina, su madre. Siguiéronle, en efecto, y obtenida la audiencia en Villalpando, donde se les unieron los procuradores de Salamanca, representaron al Rey con la entereza de libres castellanos los agravios que padecia el reino, sin recibir otra respuesta del Monarca sino que en Benavente mandaria dársela, oyendo el parecer de su Consejo, el cual, para descrédito suyo y daño de los lastimados pueblos, calificó de delito digno de severo castigo el exigir el cumplimiento de las leyes, que el mismo Rey habia jurado en las Córtes de Valladolid. El mal aconsejado Monarca mostróse severo á los procuradores, reprendióles su atrevimiento, y volviéndoles desatentamente la espalda sin acabar de oir sus razones, les mandó que se presentasen al presidente de su Consejo, quien, desaprobando su conducta, les previno que en las Córtes convocadas para Santiago podrian pedir los procuradores lo que creyesen justo, y que ellos se abstuviesen de insistir en sus atrevidas demandas.

Firmes, no obstante, en su propósito y dignos de la confianza merecida á sus ciudades, los comisionados de Toledo y Salamanca siguieron al Rey hasta Santiago; y comenzadas las Córtes (el dia 1.° de Abril del año de 1520), hallándose el Monarca presente, confiado en contener con su vista á los procuradores más atrevidos y

ménos dispuestos á complacerle, manifestó el presidente la necesidad de la partida del Rey, la confianza que tenia en la tranquilidad del reino durante su ausencia, y la precision de concederle un nuevo servicio, para atender á los gastos del viaje. Enmudecieron todos los procuradores; y sólo los de Salamanca rehusaron denodadamente prestar el juramento ordinario, á ménos que el Rey les prometiese ántes acceder á las justísimas súplicas que le habian hecho. Esta franca resolucion fué tenida por desacato, y privados dichos procuradores de volver á las Córtes; no habiendo asistido á ellas los de la ciudad de Toledo por no haber querido esta concederles poderes amplios, cual pedia el Rey en la convocatoria, sino meramente reducidos á solicitar enmienda de las exorbitancias pasadas, y no á otorgar nuevas imposiciones. Los procuradores de Salamanca y los comisionados de Toledo insistieron con tal firmeza en sus reclamaciones, que irritaron el ánimo del Monarca, hasta el punto de mandarles salir de la córte y señalarles lugar para su residencia, como por especie de destierro, con cuyo rigor creyó el Rey sojuzgar los ánimos de los demás procuradores para que otorgasen el servicio pedido á las Córtes, trasladadas despues á la Coruña, sin advertir que tan destemplada severidad y tan injustos desaires iban á enconar los ánimos y á dar lugar á peligrosas alteraciones.

Y aconteció así: porque apénas llegó á Toledo la nueva del mal recibimiento que habian tenido sus enviados, y de lo desatendidas que habian sido sus súplicas, mostróse abiertamente el descontento general, mal encubierto hasta entónces; alteróse el pueblo; impidió á Padilla y á Avalos que saliesen de la ciudad y acudiesen al llamamiento del Rey, que les mandaba ir á su presencia; y ocupando el alcázar, que hubieron de abandonar algunos caballeros malquistos con el pueblo, comenzó aquel desasosiego turbulento y aquella falta de respeto á las Autoridades que suelen preceder á las revoluciones. Fácil hubiera sido al Monarca, si escuchára su propio consejo y no el torcido de sus cortesanos, sosegar á Toledo con su presencia, y quizá impedir de esta suerte el posterior levantamiento de Castilla; pero seducido por sus privados que, temorosos del enojo de los naturales y ansiosos de poner en salvo sus tesoros, nada anhelaban más que abandonar á España, determinó partir al primer viento favorable, ya que habia conseguido de las Córtes la concesion de un servicio de doscientos cuentos en tres

años, aunque contra el parecer de muchos procuradores, que reclamaron cómo escandaloso el exigir nuevos servicios ántes de acabar de cobrar los concedidos anteriormente, y de poner remedio á los males que aquejaban al reino. Rodeado de aduladores flamencos y de algunos caballeros castellanos, y dejando tras sí el descontento y la indignacion pública; abandonando á todo trance una nacion, cuyo gobierno era de más valor y cuantía que el de sus demás dominios y estados; confiando á las débiles manos del cardenal Adriano de Utrech las riendas de tan gran imperio, y sin tomar más precaucion para impedir ó sosegar las turbulencias que amenazaban que nombrar por capitan general al esclarecido caballero D. Antonío de Fonseca, se embarcó el rey Cárlos, y se hizo á la vela el dia 20 de Junio de dicho año de 1520.

La ausencia del Monarca fué la seña del levantamiento general, que se verificó en las principales ciudades casi en el mismo dia, como si para ello se hubieran concertado. Y era natural que así sucediese; porque siendo comunes los agravios, y habiendo visto desatendidas las justísimas quejas elevadas á oidos del Monarca con sumision y respeto, no pudieron al verle ausentarse reprimir por más tiempo su indignacion y enojo. Como las causas del descontento no conmovian solamente á la gente plebeya, sino tambien á los nobles, que se habian visto humillados por los orgullosos flamencos hasta el punto de reducir á muchos de ellos á la clase de pecheros, y de conseguir del Monarca que desairase á la nobleza de Castilla, dejando el reino bajo el gobierno de un extraño, no fué difícil que la llama de la insurreccion prendiese en todas partes, y se extendiese en un momento. Las resultas de la conmocion popular fueron tambien casi idénticas en todas las ciudades: irritadas contra los procuradores de Córtes que habian otorgado el servicio, los insultaron y persiguieron, llegando Segovia hasta el exceso de matar á uno de ellos; recelosas y descontentas con las personas que tenian las varas de justicia por el Rey, quitáronselas, y eligieron personas de su confianza, bajo el título de *Diputados de la Comunidad:* cosa muy natural en unas ciudades acostumbradas á nombrar su gobierno municipal: derecho importantísimo, principal causa del impulso de libertad que las animaba para reprimir las demasías del Monarca, y para haber puesto coto á los exorbitantes derechos de los señores. El temor de que cundiese este espíritu, tan contrario á sus privilegios, retrajo á muchos de éstos de abra-

zar el partido de las Comunidades; y los más se retiraron á sus castillos, deseosos de que los pueblos enfrenasen la autoridad real, pero descontentos de que hiciesen tan peligrosa prueba de sus fuerzas y poderío; otros nobles uniéronse á la Comunidad, ó por afecto al bien comun, ó para vengar resentimientos particulares, ó para saciar su ambicion en medio de tantas revueltas, y áun algunos lo fingieron cautelosamente para ponerse al frente del pueblo y quebrar con maña su ímpetu: Toledo, Segovia, Búrgos, Zamora, Madrid, Cuenca y Guadalajara fueron las primeras ciudades que se alzaron y pusieron en armas, mostrándose resueltas á recobrar con la fuerza lo que no pudieran con el apoyo de la razon y de las leyes; debiéndose notar que apénas cometieron uno ú otro exceso los pueblos levantados con voz de Comunidad, siendo cortísimo el número de personas perseguidas, de casas derribadas y de insultos cometidos contra la Justicia ó los nobles, á pesar de que los historiadores se empeñan en abultar algunos desórdenes, irremediables en el primer arranque del furor popular.

Llegó al Rey la nueva de estas alteraciones, y conoció ya tarde su desacuerdo en haber irritado á los castellanos; sucediendo entónces, como siempre, que si se levantan los pueblos para conseguir lo que de justicia se les debe y se les negó con tiranía, no basta ya el concedérselo, porque más parece sacrificio hecho á la fuerza, que cumplimiento de obligacion ó dón de generosidad. Olvidó el Rey esta importante máxima, y creyó apagar el incendio de las Comunidades accediendo á las principales demandas de Toledo: prometiendo que nunca se darian oficios á extranjeros; que no se cobraria el servicio otorgado en las Córtes de la Coruña á las ciudades que hubiesen perseverado leales, ni á las que se redujesen á obediencia; y que las rentas reales se darian por encabezamiento, como estaban en tiempo de los Reyes Católicos, y no por pujas exorbitantes, tan odiadas del pueblo. Estas concesiones, que dos meses ántes hubieran evitado los horrores y escándalos de la guerra civil, parecieron ya, por tardías, indicios de flaqueza ó lazos de asechanza, contribuyendo no poco á alzar á Castilla en manifiesta insurreccion la conducta del Consejo Real que, reunido en Valladolid con el cardenal gobernador, y tan poco apto para manejar el timon del Estado en tiempos borrascosos como habia sido poco justo para aconsejar en la calma al Monarca, determinó que se enviase para castigar á la ciudad de Segovia, la más desmandada en su

levantamiento, al alcalde Ronquillo, célebre por su dureza é imprudente severidad; acompañándole mil hombres de á caballo: odioso é inútil aparato para hacer justicia, y corto apresto militar para sujetar por fuerza de armas. Amenazada Segovia, y viendo ya dada la señal de la guerra, envió á pedir socorro á Toledo y á las demás ciudades alzadas, seguidas ya de Toro, Leon, Ávila y Murcia; en tanto que Ronquillo, hallando cerradas las puertas de la ciudad, asentaba juntamente su campo y tribunal á seis leguas; y manejando con igual desacierto que dureza la lanza guerrera y la vara de justicia, ora requiriendo y echando pregones, ora talando campos, interceptando bastimentos y ahorcando algunos infelices, ni causó respeto, ni infundió temor, ni logró más que acelerar el rompimiento de la guerra civil. Que apénas supo Toledo el peligro de Segovia, cuando envió tropas en su socorro, al mando de Juan de Padilla, y lo mismo hizo la villa de Madrid; empezándose entónces el concierto y trato entre todas las ciudades de voto en Córtes, para que, reunidos sus procuradores, tratasen de averiguar los males que trabajaban el reino, y de pedir al Emperador su pronta y radical curacion. Ávila fué la ciudad elegida para la reunion concertada, y donde se instaló la *Santa Junta*, compuesta de los procuradores de todas las ciudades de voto en Córtes, excepto las de Andalucía.

Al mismo tiempo que se reunia esta Junta para tener una autoridad que diese acertado rumbo á los negocios, caminaban las tropas de Toledo y Madrid á unirse en el Espinar con las gentes de Segovia; y juntas todas ellas, moviéronse contra Ronquillo que, débil para hacer frente, comenzó á retirarse. Sabida por el cardenal gobernador esta retirada, mandó al capitan general Antonio de Fonseca que fuese en su socorro con cuanta gente de á pié y de á caballo pudiese haber, y que sacando la artillería reunida en Medina del Campo, marchase á sojuzgar á los inquietos y á domar la altivez de Segovia. Salió, en efecto, Fonseca, aunque con disimulo por no exasperar los ánimos de Valladolid, irritados ya contra el cardenal y el Consejo, y reunido en Arévalo con Ronquillo y su gente, se encaminaron á Medina del Campo, con intento de sacar por fuerza la artillería, si no les fuese presentada de grado.

Firmes los de Medina en la heroica resolucion de no prestar armas para oprimir á sus vecinos, ni se dejaron intimidar por las amenazas ni seducir por las promesas; y negándose abiertamente á en-

tregar la artillería, colocáronla en las bocascalles, para usar en su defensa de aquellas mismas armas destinadas contra sus hermanos. Viendo Fonseca que las intimaciones eran infructuosas, mandó á sus tropas que embistiesen, y entrasen por fuerza á apoderarse de la artillería; mas no contó con el valor de un pueblo resuelto á perecer por sostener su propósito; y así, rechazado y sin esperanzas de lograr su intento, mandó el general poner fuego á algunas casas, para que, amedrentados los habitantes y corriendo á libertar sus haciendas y vidas, aflojasen en la defensa. Comenzó á arder Medina; cundiendo el incendio con tal ímpetu y voracidad, que calles enteras, plazas y monasterios quedaban abrasados por momentos; en tanto que los moradores, *como si sus casas fuesen de enemigos*, y mirando más por la honra que por la vida de mujeres é hijos, que perecian entre las llamas, veian imperturbables cundir el incendio, sin cuidar de atajarle ni distraerse un punto de defenderse contra los crueles sitiadores. Desesperados éstos, cargados de remordimientos y de infamia, y sin haber conseguido su intento, se retiraron con vergüenza, dejando abrasada la mayor parte de Medina, quemadas inmensas riquezas, almacenadas allí para la próxima feria, y causando la ruina de aquel heroico pueblo y de muchos hacendados y mercaderes de todo el reino.

Los vecinos de Medina, más encendidos con el resentimiento de su agravio que pesarosos de la quema de su villa, escribieron á las principales ciudades una sencilla relacion de su desgracia, capaz de arrancar lágrimas al más empedernido; y pidieron á la Junta de Ávila y á los capitanes de los comuneros que viniesen en su socorro, y se aprestasen á auxiliarlos para tomar una pronta y tremenda venganza. El mismo deseo se apoderó de casi todas las ciudades del reino, hasta tal punto que Valladolid mismo se levantó en Comunidad, y amenazó al cardenal y Consejo, los cuales, dudosos é irresolutos, desaprobaron la conducta de Fonseca, protestando que no tenia órden de cometer tal atentado, y le mandaron licenciar el ejército. Fonseca y Ronquillo, viéndose proscritos por el odio general, abandonaron á España, y partieron para Flándes á buscar acogida en el Emperador, que ya tenia levantadas contra su gobierno, no sólo ambas Castillas, sino Galicia, Astúrias y Vizcaya.

Los capitanes Padilla y Zapata, con la gente de Toledo y Madrid, llegaron á Medina el dia siguiente al de su incendio, miércoles 22 de Agosto de 1521, cobrando nuevos bríos con la vista de

tan triste espectáculo y de crueldad tan inaudita; y sacando la artillería, entraron de allí á algunos dias en la villa de Tordesillas, donde se hallaba la reina doña Juana, en cura por su demencia, segun unos, y en reclusion, tratada con abandono y dureza, si se ha de creer á los comuneros. Padilla y los demás capitanes presentáronse á S. A., que los recibió con afabilidad y agasajo; y manifestándole los males que agobiaban al reino, la ausencia de su hijo y la guerra civil ya encendida, rogáronle prestase su autoridad, para que á su nombre y al del Rey gobernasen estos reinos los procuradores de las ciudades que se hallaban reunidos en Avila, y se tratase de poner término á tanta calamidad. Convino en ello la Reina, y así lo publicaron los comuneros con testimonios judiciales, si bien es verdad que sus contrarios aseguran que nunca pudieron convencerla á que firmase cartas ni provisiones, y que su condescendencia y aprobacion nacian meramente de su apacible carácter y falta de juicio. Lo cierto es que el dia 10 de Setiembre ya se hallaban reunidos en Tordesillas todos los procuradores del reino, gobernándole *á nombre de la Reina y el Rey, sus señores*, usando del real sello, y con todo el influjo moral que debia tener en una nacion, acostumbrada al régimen monárquico, el ver al frente del partido popular á una persona que áun ocupaba el trono en compañía de su hijo, y que no ménos por sus desgracias que por los recuerdos de su madre D.ª Isabel, ídolo de los castellanos, era objeto de su veneracion y cariño.

Reunida así la representacion de casi todas las ciudades de voto en Córtes al influjo del trono, y alejada toda sospecha de querer negar la obediencia al Monarca, obligando la Junta á los procuradores á repetir el juramento sagrado de fidelidad, se fortaleció hasta un punto increible el bando de las Comunidades. Si hubiesen elegido un gobierno más á propósito que el de una Junta numerosa, poco apta para regir el Estado en tiempos de revueltas, y tan falta de concierto interior como plagada de las semillas de discordia que engendran los celos de los particulares y las rivalidades de las provincias, casi seguro era que hubieran acabado de desatentar á sus débiles enemigos, que, escasos de fuerzas y desconceptuados con los pueblos, ni sujetar podian ni ofrecer condiciones de reconciliacion. Porque era tal el crecimiento que habian tomado las Comunidades, que apénas habia ciudad ó villa que no se hubiese alzado en su nombre: hiciéronlo así Palencia, Alcalá de

Henares, Jaen, Ubeda, Baeza, Cáceres y Badajoz; miéntras que Búrgos, Salamanca, Avila y Leon levantaban gentes y las mandaban con sus capitanes. Sólo la Andalucía, no contenta con permanecer tranquila y neutral en contienda de tamaña importancia, formó la *Junta* llamada *de la Rambla,* donde los diputados de las más de sus ciudades plantearon una liga para mantenerlas sumisas, ofreciendo al Emperador contribuir cuanto pudiesen á apaciguar el levantamiento de Castilla.

Ni debe parecer extraño que así sucediese; porque Granada, sin ser áun más que una mezcla confusa de conquistadores y conquistados, y destrozada por la persecucion que la avaricia y la supersticion fomentaban contra la mayor y más rica parte de sus moradores, era mala apreciadora de la libertad, que no habia gustado, y no podia tener ánimo para sustentarla; y el reino de Sevilla, oprimido por la desmedida preponderancia de la casa de Medina Sidonia, apénas manifestó con una leve conmocion en la capital que no era del todo insensible al deshonor que le amagaba por su indiferencia hácia el bien general de la patria.

Aunque en esta época se veia en su mayor robustez y grandeza el bando de la Comunidad, ya por otra parte empezaban á manifestarse los presagios de su decadencia y ruina en la desunion de la nobleza y del pueblo. Si hubiese habido concierto y hermandad entre ambas clases y hubieran trabajado de consuno para poner coto al poderío de los reyes, no cabe duda de que lo habrian conseguido, y de que un régimen templado, semejante al que ha hecho libre y feliz á Inglaterra, nos hubiera ahorrado tres siglos de servidumbre y de desdichas. Pero, por desgracia, el egoismo y ambicion de los grandes y señores, y la imprudencia y falta de política de parte de los comuneros, hicieron que la nobleza se declarase contra la causa de la libertad, prefiriendo ayudar al Monarca para oprimir á los pueblos, áun con peligro de sus propios privilegios, á la grata satisfaccion de renunciar algunos de ellos para gozar de la felicidad comun. El levantamiento contra sus señores de algunas ciudades y villas, que no pudieron dejar de comparar su opresion y pobreza bajo el yugo feudal con el estado próspero y floreciente de las ciudades libres; la imprevision con que los comuneros restituyeron á alguna ú otra ciudad las villas y lugares que ántes les pertenecieran, diciendo: *que habian sido despojadas por los reyes pasados, y dados á los caballeros que tiránica-*

mente los poseian; las peticiones de algunos diputados de la *Santa Junta*, que pretendian *que en Castilla todos contribuyesen, todos fuesen iguales y todos pechasen;* en fin, otras mil circunstancias que lastimaron el orgullo de la altiva nobleza, todo contribuyó á que mirase esta con ceño el levantamiento de los castellanos, y advirtiese que, si no se unia al Monarca y le prestaba sus fuerzas, el pueblo estaba dispuesto á labrar su felicidad, no ménos con la disminucion de los excesivos privilegios de los señores, que con la justa templanza de la potestad de los reyes.

Contribuyeron tambien en sumo grado á empeñar á la nobleza contra el bando de las Comunidades los despachos del Emperador, llegados por los mismos dias, en que nombraba por gobernadores de estos reinos, juntamente con el cardenal, al condestable de Castilla y al almirante, que á la sazon se hallaba en Cataluña; con lo cual, satisfecho el desaire que habia sufrido la nobleza castellana con la preferencia dada á un extranjero, y confiado el mando de capitan general al conde de Haro, hijo del condestable, cobró aliento y bríos la desmayada causa del rey Cárlos.

Entre tanto los comuneros, llevados de una mal entendida benignidad, muy frecuente en las juntas populares y propia del carácter de la nacion, se contentaban con deshacer el Consejo que se hallaba en Valladolid, dejando en libertad á sus individuos, y sin más que apercibirlos, lo mismo que al cardenal gobernador, para que no siguiesen ejerciendo la autoridad real.

Por esta misma época escribió la Junta una carta al Emperador, refiriéndole lo acaecido en estos reinos; y protestándole que el mejor servicio de su persona y el deseo de afianzar el cumplimiento de las leyes fundamentales, habian causado el levantamiento de los castellanos, siempre leales á su monarca y ansiosos de que se remediasen los males públicos, á cuyo fin se estaba extendiendo una representacion á S. M., que, si mereciese su aprobacion, restituiria el temple y vigor á las enflaquecidas leyes, y atajaria para lo porvenir la arbitrariedad y los abusos.

Esta representacion, dividida de 118 capítulos, tenia por objeto: 1.°, pedir la vuelta del Rey, y que revocase el poder dado á los gobernadores, perdonando las demasías de los pueblos y aprobando su conducta, por haber sido para mejor servicio suyo y bien general de estos reinos, sin intentar jamás pedir al Papa que le absolviese de la obligacion de cumplir lo que pactase con sus pue-

blos, segun las torcidas opiniones que en aquellos tiempos cundian acerca de la autoridad pontificia; 2.°, cerrar la entrada al influjo extranjero, mandando revocar las cartas de naturaleza dadas, prohibiendo conceder ningun oficio ni cargo sino á naturales de estos reinos, vedando al Monarca el casarse sin consentimiento de las Córtes ó permitir la entrada en el reino de tropas extranjeras, bajo ningun pretexto; 3.°, afianzar la libertad y el respeto debidos á las Córtes, previniendo que las ciudades enviasen á ellas sus procuradores por libre eleccion, exenta del influjo del Gobierno; que cada brazo ó estado nombrára por sí un procurador; que éstos no pudiesen recibir ningun cargo ni merced del Monarca, para sí ni para su familia, bajo pena de muerte y de perdimiento de bienes; que no se cobrase el servicio concedido en la Coruña, ni se otorgasen otros en lo sucesivo; que cada tres años se reunieran las Córtes, sin necesitarse la convocacion del Monarca, á fin de que cuidasen de la observancia de las leyes y de los capítulos acordados, pudiéndose reunir libremente los procuradores, sin que el Rey les nombrase presidente que les impidiese cuidar del bien de la república; 4.°, aliviar al pueblo, suprimiendo empleos, estableciendo economía en los gastos de palacio, arreglando las posadas ó alojamientos, previniendo que las contribuciones se diesen por encabezamiento y no por pujas; 5.°, minorar la preponderancia de la nobleza, mandando que ningun grande pudiese tener en la casa real oficio que tocáre á la hacienda y real patrimonio; que se revocasen las donaciones de villas y lugares, de rentas y servicios, mandadas restituir por el testamento de la reina doña Isabel, y las hechas despues de su muerte; que el Rey ni sus sucesores no pudiesen enajenar bienes de la corona; que no se diesen tenencias ni alcaldías á señores de título y estado; que siendo en daño de los pecheros el gran número de cartas y privilegios de hidalguía, no pudiesen concederse en adelante, ni valieran los dados despues del fallecimiento de dicha Reina; 6.°, arreglar la administracion de justicia, pidiendo al Rey que despidiese los malos consejeros que tenia; que ordenase visita de los tribunales de cuatro en cuatro años; que no pudiese por cédulas de privilegio trastornar la forma de los juicios; que diese los cargos de Justicia por merecimiento, y no por favor; que no enviase corregidores á las ciudades y villas, sino pidiéndolo ellas, pues les bastaban los alcaldes ordinarios; que se arreglasen las apelaciones, y los jueces de revista fuesen diferen-

tes de los que pronunciasen la primera sentencia; que no se señalase á ningun juez salario ni ayuda de costa de bienes confiscados; 7.°, poner linde á los abusos de la autoridad eclesiástica, prohibiendo publicar bulas ni indulgencias sin permiso de las Córtes; estableciendo cierto arreglo en su predicacion, para que no se forzase á los vecinos á tomarlas ni se les apremiase con excomuniones, habiéndose de emplear los dineros que de ellas se sacasen en los objetos para que fueren legítimamente destinados; vedando á los jueces eclesiásticos exigir más derechos que los que se acostumbraban en los juzgados reales, y castigando á los prelados que no residiesen en sus diócesis la mayor parte del año con pérdida á prorata de los frutos; 8.°, proteger el aumento de la riqueza nacional, fijando el valor de la moneda, y por medio de leyes exclusivas, segun las ideas que entónces se tenian de economía política; 9.°, ordenar la recta administracion del Estado, prohibiendo la venta de oficios, y el dar espectativas durante la vida de los que en la actualidad los desempeñasen; mandando que ni jueces ni regidores pudiesen tener más de un oficio; que se tomase residencia á cuantos hubiesen manejado en los últimos tiempos varios ramos de Hacienda pública; que se cuidase de redimir los juros vendidos al quitar, volviendo el precio de su enajenacion; y se prohibiera al Monarca hacer donaciones de bienes que no hubiesen venido aún á su poder, y ménos de los que hubiere pedido, como pertenecientes á la corona real, sin haberse pronunciado todavía sentencia contra los poseedores; en fin, que se estableciesen cuantas reglas dictase la sana política, amaestrada con los recientes males y desengaños, para impedir que en lo sucesivo se repitiesen.

No es posible omitir dos observaciones, que saltàn á la vista del ménos reflexivo apénas lea los anteriores capítulos: una de ellas es, que la nacion española tiene la gloria de haber sido la primera que mostró en Europa tener cabal idea de monarquía templada, en que se contrapesen todas las clases y autoridades del Estado; y esto en una época en que la Francia, que quiere apellidarse maestra en ciencia política, habia ya casi perdido la memoria de sus *Estados generales;* y en que Inglaterra, con iguales pretensiones á tan pomposo título, se hallaba tan atrasada en la carrera de su libertad, que tardó más de un siglo en alzarse al punto de saber en aquella sublime ciencia, que era comun en España por el tiempo de las Comunidades. La otra observacion es, que el modo de juz-

gar imparcialmente en esta gran contienda entre una nacion y su monarca, no es atender á hechos particulares, á acusaciones recíprocas ni á demasías cometidas por uno y otro partido, sino meditar los capítulos propuestos por la Junta para que sirviesen de *ley perpétua* ó fundamental del reino, y ver en ellos la justicia de las peticiones de los castellanos y la tiranía con que el Emperador se negó á otorgarlas, llevando á tal extremo su rigor, que á duras penas pudo salvar la vida el mensajero encargado de entregarle la carta de las Comunidades, y diérase por contento de que le encerráran en un castillo; con cuyo atropellamiento no osaron presentarle los capítulos los comisionados de la Junta, que llegaron á Bruselas con este propósito y desistieron de seguir hasta Vórmes.

Ni fué esta la única muestra que dió el Emperador de aspirar á un dominio absoluto, desembarazado de todo freno; ántes por el contrario, hizo que se pregonasen por traidores los promotores de las Comunidades, mandando *que fuesen juzgados sin proceso ni tela de juicio*, sin emplazarlos ni oirlos, *anulando las leyes en contrario, usando de su poderio real absoluto como señor natural de estos reinos.*

En tanto los gobernadores, queriendo reducir á los comuneros por fuerza de armas, trabajaban en levantar gentes; convocaban á los nobles, dispuestos ya por su propio interes á ayudar al Monarca; pedian dineros, traian socorros de Navarra y conseguian del rey de Portugal que prestase cincuenta mil ducados y concurriese á esclavizar á Castilla, como si no le bastase el haberse negado á patrocinar su libertad. Al mismo tiempo que se fortalecia el bando de los gobernadores con la llegada de caudales y gente de guerra, lograba el condestable entrar en la ciudad de Búrgos, seduciéndola con promesas de traer la aprobacion del Emperador para ciertos capítulos concertados, miéntras que el cardenal, fugado de Valladolid y unido con algunos consejeros, rehacia en Medina de Rio-Seco la descompuesta máquina del gobierno, de acuerdo con el condestable y su hijo, el conde de Haro, que se hallaba reuniendo el ejército en la villa de Melgar.

No se descuidaban por su parte los comuneros en aprestarse á la defensa pidiendo socorros á las ciudades y villas alzadas y nombrando por capitan general á don Pedro Giron, primogénito del conde de Ureña, creyendo por este medio atraerse á los nobles, y amenazando con la nota de traidores á los que no patrocinasen la Comu-

nidad. Mas este nombramiento, de que tanto bien se prometian, no causó más efecto que disgustar á don Juan de Padilla, que volvióse á Toledo, ó por rivalidad ó por hallarse en grave riesgo la vida de su mujer, con cuya ausencia se desbandó mucha de la gente reunida, y se prepararon las desgracias que poco despues sobrevinieron.

A punto de rompimiento estaban ya ambos partidos, cuando llegó el almirante á donde el Consejo se hallaba, y ora por amor á la paz, ora por enflaquecer con dilaciones y arterías el bando de los comuneros, logró entrar en trato con ellos, viniendo á Torrelobaton tres ó cuatro procuradores de la Junta, que malgastaron algunos dias en tantear medios de concordia, hasta que cerradas todas las vias de reconciliacion (difícil de ajustarse entre pueblos cansados del sufrimiento y un príncipe codicioso de poderío desmesurado) empezaron á moverse los ejércitos de una y otra parte.

El de las Comunidades se presentó delante de Rio-Seco á fines de Noviembre, y allí perdió algunos dias en hacer alardes, trabar escaramuzas y presentar batalla al ejército de los grandes, que no quiso aventurarla hasta la llegada del conde de Haro, que traia refuerzos de gente escogida, con cuya reunion y hecho más poderoso el ejército de los gobernadores, dudaron si convendria entretener la guerra sin arriesgar combates, y sólo molestando al contrario con rebatos y correrías, ó moverse contra él con ánimo de pelear, como al fin resolvieron. Mas á tiempo que ya don Pedro Giron, viendo su gente escasa de mantenimientos, habia movido el campo hácia Villalpando, villa cercada que le abrió sus puertas y entregó su fortaleza, por ser él sobrino del condestable, su señor.

No bien supo el conde de Haro el camino que llevaba el ejército de la Comunidad, cuando resolvió aprovechar la ocasion que la imprudencia ó la traicion de su caudillo le ofrecia para libertar á la Reina; á cuyo fin dividió en dos trozos el ejército, y cayó sobre Tordesillas á principios de Diciembre. Defendian la villa, en custodia de la Reina y de la Junta, algunos caballeros con gente de á pié y de á caballo, y los cuatrocientos clérigos que habia traido para pelear en defensa de la libertad el célebre Acuña, obispo de Zamora, cuyo temple de alma, superior á todos los trances de fortuna, le hacia sobrepujar en su vejez el arrojo y denuedo de la juventud más lozana. Con tan buena defensa, y resuelta á seguir el ejemplo de Medina, la villa de Tordesillas no escuchó ninguna propuesta de los sitiadores, ántes se apercibió á resistir á todo trance; y dada la señal de com-

bate, comenzó con tal encarnizamiento la embestida de la villa, y fueron tantas las muertes y el destrozo del ejército de los gobernadores, que los más de los caballeros desesperaron del buen éxito de la empresa y aconsejaron retirarse. Pero el conde de Haro, sin aflojar de su propósito despues de cinco horas de experimentar la resistencia más obstinada, descubrió un portillo por la parte de la villa más descuidada de los sitiados; y haciendo entrar por él á algunos soldados atrevidos, con gran ruido de cajas, tomó posesion de una parte del muro, y comenzó á trabarse dentro de la villa la más ciega pelea, con tal heroismo de los sitiados, que pegaron fuego á algunas casas para detener el ímpetu de los enemigos. Mas todo fué en vano: ya habian entrado en la villa muchos caballeros y gente de guerra, habian preso á nueve ó diez individuos de la Junta (que no pudieron fugarse como los demás), y se hallaban apoderados de la persona de la Reina.

Golpe mortal fué para las Comunidades la rendicion de Tordesillas: deshecha la Junta, perdida la autoridad que le daba el obrar á nombre y por mandamiento de la Reina, desanimado el ejército, descontentos los pueblos, y sobre todo esparcida la desconfianza y discordia entre los caudillos y capitanes, todo anunciaba el desconcierto y peligro de la Comunidad. Era tal el descrédito de Giron y la insubordinacion de su ejército, que lo viera desbandarse al primer encuentro ó penalidad que sufriera, si no lo llevára á la ciudad de Valladolid, de donde salióse él cautelosamente, y se pasó al bando de los gobernadores, abandonando un partido que habia abrazado por ambicion, y que vendió traidoramente, segun voz pública de aquellos tiempos y el testimonio casi unánime de los historiadores.

Tantos desastres juntos bastáran á deshacer cualquier partido ménos firme y resuelto que el de las Comunidades; pero eran castellanos los que le sostenian, y era la libertad la que los alentaba. Así es, que apénas se reunieron en Valladolid los miembros de la Junta fugados de Tordesillas, y los que habian ido en el ejército como celadores de la conducta de Giron cuando tomaron las riendas del gobierno, escribieron á las ciudades y villas para que reparasen las recientes pérdidas, y mandaron llamar á Juan de Padilla, quien apénas lo supo partió sin demora con la gente de guerra que tenia reunida, á pesar de hallarse en el corazon del invierno, y llegó á Valladolid á reanimar con su presencia las esperanzas de Castilla. Encargado del mando del ejército por voz y deseo general de las tropas y

del pueblo (aunque la Junta estaba inclinada á encomendarlo á don Pedro Laso, que nunca perdonó este desaire), ordenó Padilla su ejército y lo extendió por la comarca de Valladolid, donde fueron frecuentes las escaramuzas con las tropas de los gobernadores, haciéndose unos y otros gran daño, talando campos, tomando villas y lugares, y sin escuchar nunca palabras de paz, á pesar de haber venido á esta sazon un legado del Papa y un enviado del rey de Portugal á tentar medios de concordia.

Tomaba vuelo segunda vez la causa de la Comunidad: á su nombre se habian levantado las merindades de Castilla la Vieja, capitaneadas por el conde de Salvatierra y por otros caballeros principales; el reino de Toledo, más alterado que nunca, mantenia tan encendida la guerra en toda Castilla, que determinaron los gobernadores mandar para reducirle al prior de San Juan con buena copia de gente; y al mismo tiempo la ciudad de Búrgos, viendo que no habian sido aprobados por el Emperador muchos de los capítulos concertados con el condestable, se rebelaba contra él y le ponia en tal estrecho, que hubo de reunir caballeros y gente de guerra para mantenerse en la ciudad y tomar posesion del alcázar.

En este estado se hallaban las cosas de estos reinos á principios del año de 1521; y aumentado el ejército de los comuneros con los socorros de várias ciudades, determinó Padilla emprender alguna accion que le ganase crédito y nombradía; con cuyo ánimo movió el campo y lo asentó sobre Torrelobaton, villa del almirante bien fortificada y provista, á corta distancia de Tordesillas, donde tenian los enemigos la mejor parte de su ejército. Inútil fué la obstinada defensa de la villa y la llegada del de Haro en su socorro: á los tres dias de las más recias embestidas y con grave pérdida de los combatientes, fué entrada la villa y puesta á saco por la tropa de la Comunidad.

Ufano Padilla con el triunfo, celebrado con grande alegría por todas las ciudades comuneras, determinó alojar allí su ejército, creyendo reducir al mayor apuro el del Rey cortándole los caminos y quitándole los bastimentos; pero no conoció el ardid de los gobernadores, que, viéndose flacos en opinion y fuerza, y cercados de ciudades enemigas, insistieron con ahinco en volver á entablar los tratos de paz, interrumpidos con la toma de Torrelobaton, y alcanzaron de la Junta una tregua de ocho dias, que empezó á correr desde el primero de Marzo. Algunas dificultades se allanaron en este breve

término con intervencion del enviado de Portugal, y tratando por parte de los comuneros don Pedro Laso, á quien acusan de perfidia sus contemporáneos, cuya sospecha justificó despues con su traidora fuga á Tordesillas. Mas todas las negociaciones fueron infructuosas; porque los gobernadores sólo ofrecian instar al Emperador para que otorgase algunas peticiones de los comuneros; y éstos, desconfiando de promesas tantas veces quebrantadas, pretendian que se obligasen los grandes y señores á sostener con armas las justas demandas que el Rey denegase; y que en prueba de sinceridad y buena fe, les diesen por rehenes algunas fortalezas y personas principales.

Rota al fin la mal guardada tregua (que no produjo á los comuneros sino gran desbandada de gente, ó ya enriquecida con el saqueo ó descontenta por falta de paga), trabóse de nuevo la guerra con frecuentes salidas y escaramuzas, pero sin reencuentro ni cosa notable. Padilla, ó sobradamente afecto á conservar lo que habia ganado, ó quizá no previendo los riesgos á que su inaccion le exponia, ó lo que es más verosímil, esperando los socorros de gente de várias ciudades y algun caudal para poder salir en campo, se contentaba con inquietar á los enemigos; y los gobernadores, viendo menoscabado el ejército de los comuneros, compuesto de siete mil infantes y cuatro mil caballos, trataban sólo de reunir el suyo, viniéndose el condestable de Búrgos con la gente que allí tenia. Lograron, en efecto, la meditada reunion, llegando el condestable á Peñaflor, cerca de Valladolid y no léjos de Tordesillas, de donde salieron á unírsele el almirante y los grandes, dejando buen presidio en la villa en guarda de la Reina; y junto ya el ejército, hicieron reseña de él, y vieron que llegaba á más de seis mil infantes escogidos y dos mil cuatrocientos de á caballo, sin otros mil y quinientos que despues se les reunieron.

Fiado en la aventajada calidad de sus tropas, no ménos intentó el conde de Haro que cercar á Padilla en Torrelobaton; mas apercibido éste de su peligro, y conociendo su falta en haber permanecido dos meses en dicha villa, resolvió con los demás capitanes marchar prestamente, enderezándose hácia Toro, con ánimo de esperar allí los socorros que debian llegarle. Tomado este acuerdo, salieron los comuneros de Torrelobaton ántes de amanecer del dia 23 de Abril, dispuesto en buen órden su ejército, que cerraba Padilla con la caballería para detener á los imperiales, que adelantaban la suya en su seguimiento. El de Haro, que iba al frente, de-

jando atras la infantería, picaba vivamente la retaguardia del ejército de los comuneros, sin poder desconcertarlos en más de dos leguas; hasta que, dando vista á Villalar, resolvió atacarlos, notando algun desórden en su vanguardia, y creyendo que la lluvia, que les daba en el rostro y el lodo á la rodilla, les impedirian pelear á ley de buenos soldados. Acometió el Conde con denuedo, sin recibir mayor daño de la artillería de los comuneros, ora por impericia, ora por traicion, como algunos pretenden; y rompiendo á duras penas la caballería enemiga, digna por su valor de más próspera suerte, dió sobre la infantería, que, desbaratada y confusa, se puso en vergonzosa huida. Quinientos de los comuneros habian ya perdido la vida, y la fuga de su infantería ponia fuera de duda su total vencimiento, cuando Padilla, seguido de los más esforzados capitanes, repitiendo su nombre y apellidando *libertad*, se arroja á los enemigos, penetra por sus cerrados escuadrones, arranca de la silla con su lanza al insigne vizconde de Valduerna, atraviesa con ella á un escudero, y corre en busca de la muerte, ya que no del triunfo; hasta que al fin, estrechado por todas partes, quebrada la lanza y sin uso la espada, herido y sin fuerzas, cayó el valiente caudillo, y se rindió á sus contrarios juntamente con otros capitanes.

La misma noche del aciago 23 de Abril, dia tan funesto á la libertad castellana, intimaron la sentencia de muerte á Padilla y á sus compañeros, áun no descansados de la refriega; y al dia siguiente le sacaron á ajusticiar, lo mismo que á Juan Bravo, capitan de Segovia, y á D. Francisco Maldonado, que lo fuera de Salamanca, suspendiendo por algun tiempo la muerte de D. Pedro Pimentel, de la misma ciudad.

Cercano ya á su postrera hora, escribió Padilla dos cartas, que no pueden leerse sin acongojarse el corazon: una ternísima, dirigida á su mujer, *cuya pena le lastimaba más que su muerte*, y con un sentido recuerdo de su padre Pedro Lopez, adelantado mayor de Castilla, que siempre habia seguida la causa del rey Cárlos; y otra, escrita á Toledo, su patria, con ánimo tan levantado y expresion tan valiente, que muestra la heroicidad de aquel caudillo, ufano de la gloriosa muerte que le aguardaba. Caminaba á ella tranquilo, aliviado con los consuelos de una conciencia pura y de una Religion santa, cuando al publicar el pregonero que los condenaban por *traidores*, oyó á Juan Bravo replicarle con indignacion: «Mien-

tes tú y quien te lo mandó decir; traidores no, mas celosos del bien público sí, y defensores de la libertad del reino;» á lo que contestó Padilla con serenidad y templanza: «Señor Juan Bravo, ayer era dia de pelear como caballeros, y hoy de morir como cristianos.» Llegaron en esto al lugar del suplicio, y allí entrambos amigos se disputaron la honra de morir ántes por la libertad: «Degüéllenme á mí primero, gritaba enternecido Juan Bravo, porque no vea la muerte del mejor caballero que queda en Castilla;» y así fué ejecutado. Despues llevaron á Padilla á la picota, y al ver á su amigo sin vida: «¿Ahí estais vos, buen caballero?» dijo con profundo dolor; y rogó al verdugo que le apresurase la muerte.

Así acabaron estos caudillos; y la nueva de su castigo y de la rota de Villalar, extendida velozmente por toda Castilla, causó tal espanto y desmayo en las ciudades levantadas, que todas se allanaron al Rey y rogaron el perdon á sus gobernadores; *pasando el ímpetu de las Comunidades*, segun la hermosa frase de un historiador, *como furiosa avenida de nublado repentino.*

Sólo la ciudad de Toledo no vaciló un punto en su propósito; y era tan brava y cruel la guerra que en este reino mantenian las gentes del prior de San Juan, encargado de reducirle, y las del obispo de Zamora, empeñado en su defensa, que cada dia se aumentaba el encarnizamiento de entrambos partidos. Ni la destruccion de várias villas y lugares, ni el incendio de la iglesia de Mora, donde pereció gran número de personas, ni la ausencia del obispo Acuña (que fué cogido despues y preso hasta la venida del Emperador, que mandó darle garrote) fueron bastantes á desanimar á Toledo, alentada en su firme resolucion por la entrada de los franceses en el reino de Navarra, y por las alteraciones de la *Germania* de Valencia.

Increible parece que una ciudad tan alborotada como estaba á la sazon Toledo, una mujer sola, la viuda de Padilla, desamparada de todos y sin más autoridad que la que le daba su grandeza de ánimo, se granjease tal amor y respeto, *que todos la acataban, no como á mujer, mas como á varon heroico. Tirana de Toledo* la llama un historiador, no hallando otro nombre para expresar el sumo poderío que en aquella ciudad ejerciera; llegando este á tal punto, que nada se resolvia sin su acuerdo ni se ejecutaba sin su mandato. Con mostrar al hijo del malhadado Padilla y presentarse al pueblo, aplacaba su furor en los tumultos, sostenia su constan-

cia en la adversidad, le alentaba en el abatimiento, y le conducia al heroismo. A hechicería de su esclava tuvieron que atribuir sus enemigos el predominio que tenia en todos los corazones; y valiéndose de la credulidad del pueblo, trataron de robarle su amor, persuadiéndole tan torcido concepto, para que no sucediese, ni una sola vez, que dejase la supersticion de perseguir con calumnias á los promovedores de la libertad. Tan amante de esta como enardecida con el deseo de vengar á su esposo, la viuda de Padilla, sobreponiéndose á la flaqueza de su sexo y al quebrantamiento de su salud, cuidaba de la defensa de Toledo, ordenando frecuentes salidas para entrar mantenimientos, que escaseaban mucho por haber los enemigos adelantado su real hasta el monasterio de la Sisla, al mediodía de la ciudad, para aquejarla con el hambre y estrechar más su cerco. Con vária suerte pelearon durante el asedio combatientes y combatidos; hasta que, como saliesen éstos un dia en busca de provisiones, dieron tan de repente sobre el real enemigo, que lo entraron por fuerza, desbaratando su gente y poniéndola en fuga. Pero como, poco sujetos á la disciplina de la guerra, se entregaron al robo tan desordenadamente, que apercibiéndolo el prior de San Juan y otros caballeros reunieron algunos soldados ya recobrados del espanto y acometieron á los comuneros con tal ímpetu y presteza, que sin ser parte á defenderse perecieron muchos, y otros corrieron á la ciudad llevando consigo la confusion y el miedo.

Grande fué el desmayo en los moradores de Toledo al saber el destrozo de los suyos, y sin que nada los contuviese, trataron con el prior la entrega de la ciudad y recibir justicia por el Rey, con tal de que se concediese perdon á cuantos en Toledo se hallasen, y no se exigiesen alcabalas ni otros derechos hasta que debidamente se examináran las cédulas de exencion que la ciudad tenia.

Bajo estas condiciones, que prometió el prior traer confirmadas por el Rey, se concertó la paz por el mes de Setiembre de 1521; mas aunque parecia la ciudad sosegada, y tornaron á ella los que se habian ausentado por temor de las alteraciones, comenzaron á suscitarse rencillas y desavenencias entre éstos y los que se habian quedado, los cuales se gloriaban de que á ellos se debia el recobro de alguna libertad; estando siempre tan inquietos los ánimos y tan ligeros de poner en armas, que por todas partes amenazaban nuevos y peligrosos disturbios.

En este estado de zozobra permaneció algunos meses Toledo, me-

diando frecuentes tratos entre un comisionado del prior y la viuda de Padilla, que demandaba algunas cosas justas, pero no estipuladas en los conciertos de paz, que al fin vinieron confirmados por el Emperador. La noche ántes de publicarse esta confirmacion, con la cual creian *que el pueblo consentiria el yugo,* salió por la ciudad un tropel de gente gritando: *Padilla y Comunidad,* á cuyas voces se conmovió Toledo, llegando á punto de pelear uno y otro partido. Mas recobrado el sosiego, no se contentaron el prior y el arzobispo de Vari con pregonar al dia siguiente, 3 de Febrero de 1522, lo concedido por el Emperador, sino que, para buscar pretextos de oprimir al pueblo y de castigar á los malcontentos, dispusieron sacar á ajusticiar á un infeliz, cogido en el pasado tumulto; con lo cual se volvió á alterar la ciudad, saliendo muchos á libertar por fuerza al reo en el acto de conducirle al suplicio. Prevenida y dispuesta ventajosamente la gente del arzobispo, acometió á los amotinados al desembocar por las estrechas calles; y despues de dispersarlos, con algun derramamiento de sangre, cercó por todas partes la casa de la viuda de Padilla, donde ella se defendió con los más esforzados de su bando, hasta entrada la noche, con la singular ventura de lograr salir encubierta, y refugiarse en el vecino reino de Portugal.

Con la ida de esta mujer heroica acabó la guerra de las Comunidades, llevando á tal extremo su encono los que habian triunfado á nombre del Rey, que quitaron la vida á algunos de los perdonados, culpándoles de los recientes alborotos; y mandaron derribar las casas de Juan de Padilla, sembrarlas de sal, y levantar un padron de infamia. ¡Tanto puede el odio de los esclavos contra los amantes de la libertad!

NOTA.

El autor ha consultado para este bosquejo histórico las siguientes obras: *Crónica del Emperador D. Cárlos*, por Pedro Mexía. MS. —*Relacion de lo que pasó en estos reinos despues de la muerte del rey D. Fernando hasta que se acabaron las Comunidades*, su autor Pedro de Alcocer, escritor contemporáneo, vecino de Toledo. MS. —Sandoval, *Vida y hechos del emperador Cárlos V.*—*Epítome de la vida y hechos del emperador Cárlos V.*, por el conde de la Roca. —*Robertson's History of the reign of the Emp. Charles V.*—*Vita del invittissimo è sacratissimo imp. Car. V., descritta dall S. Alfonso*

Ulloa.—*Discursos históricos de la M. N. y M. L. ciudad de Murcia*, por el licenciado Francisco Cascales.—*Epístolas familiares y razonamientos del ilustrísimo Guevara, obispo de Mondoñedo*, predicador y cronista del emperador Cárlos V.—*Historia de Segovia*, por el licenciado Colmenares.—*Alteraciones de Castilla en tiempo de Cárlos V.*, copia de Juan Pablo Mártir Rizo, en su *Historia de Cuenca.*—*Apología de la ciudad de Sevilla contra Mártir Rizo*, por don Francisco Morovelli.—Ferreras, *Historia de España.*

LA VIUDA DE PADILLA.

TRAGEDIA.

PERSONAS.

LA VIUDA DE PADILLA.
PEDRO LOPEZ DE PADILLA.
DON PEDRO LASO DE LA VEGA.
MENDOZA.
HERNANDO DE ÁVALOS.
MIEMBROS DE LA JUNTA DE TOLEDO.
UN NIÑO, *hijo de Padilla.*
PUEBLO.
CONJURADOS.

La escena en Toledo.

El teatro representa un salon del Alcázar.

Los comuneros cruz roja al pecho, los imperiales cruz blanca.

LA VIUDA DE PADILLA.

TRAGEDIA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

VIUDA, MENDOZA.

MENDOZA.

Tened, señora, suspended los pasos:
De infausta nueva triste mensajero.....

VIUDA.

¿Qué os detiene? Decid : ya no hay desgracias
Que abatir puedan mi constante pecho.

MENDOZA.

Las hay, las hay cual nunca: al sol naciente,
Desde los muros hemos descubierto
Las enemigas huestes, que se acercan
A la invicta ciudad; del largo asedio
Cansada su altivez, viendo con ira
Resistir sola la inmortal Toledo
Al soberbio Monarca, cuando España
Se rinde humilde á su pesado cetro,
Al asalto se aprestan, anhelando
Dar con la ruina de tan noble pueblo
Fin á la gran contienda. El duro plazo
Llegó, no hay que dudar...

VIUDA.

No el fuerte aliento
Nos falte, amigo, cuando más lo exigen
La patria y el honor. Ultimos restos
Del partido infeliz que defendiera
La libertad del castellano pueblo,
En el último trance, digna muestra
De constancia y valor hacer debemos.
Asi lo pide la espirante patria:
Asi los nobles héroes que cayeron
En Villalar; mi malogrado esposo
Asi lo pide con terrible acento,
Desde el atroz cadalso.

MENDOZA.

La esperanza
De llegar á vencer alzó á los pueblos
Contra el yugo de Cárlos, que insufrible
Hicieran codiciosos extranjeros;
La esperanza del triunfo en los combates
Animó á nuestros ínclitos guerreros;
La grata persuasion de ser vengado
Mitigó de Padilla los tormentos;
Mas la esperanza se negó á nosotros.....
¿Pues qué nos queda ya?

VIUDA.

Nos queda un pueblo
Resuelto á perecer.

MENDOZA.

¡Cómo os engaña
El corazon magnánimo! Toledo
No es ya la que ántes era: harto gloriosa
Sostuvo de la guerra el grave peso;
Harto tiempo luchó: muertes, horrores,
El hambre atroz que despobló su suelo,

No abatieron su indómita constancia.
Pero ya vana contra el hado adverso
Juzga su resistencia : al acercarse
Las enemigas tropas, no se oyeron
Hoy, como siempre, las sublimes voces
De *vencer ó morir;* triste silencio
Reinaba en los confusos ciudadanos,
Que mirábanse atónitos, temiendo
Descubrir el terror, y los sollozos
Procurando encerrar dentro del pecho.
Ya vacila, señora, la constancia
De la heroica ciudad; temed, os ruego,
La última prueba.

VIUDA.

¡Yo temer!

MENDOZA.

La ruina
Evitad de la patria : al hijo tierno
De la muerte salvad ; si en vuestras manos
Su suerte puso la infeliz Toledo,
No la arrastreis al hondo precipicio.

VIUDA.

Si vengarme juró, su juramento
Cumpla constante.

MENDOZA.

En vano lo intentára :
Abandonada, débil, sin aliento,
Fuerza es ya que se postre; España toda
Oprimida la ha visto en duro cerco
Sin alzarse en su ayuda; escarmentada
Tiembla Castilla ; el valenciano inquieto
Ya lidia apénas; Aragon sumiso
No ve su ruina, cuando ve los fueros
De Castilla violados; todos ceden...

Cedamos ya, cedamos. — Los primeros
El grito dimos de gloriosa guerra,
Cuando sordo el Monarca á los lamentos
De la mísera España, holló sus leyes,
Apoyando en la fuerza sus derechos;
Los únicos ya somos que lidiamos
Por defender la libertad: postreros
Seremos en ceder... ¿qué más exige
De nosotros el santo juramento
Que en las aras hicimos de la patria?

VIUDA.

¡Qué más exige!—¡Tú, que compañero
Fuiste del gran Padilla, lo preguntas
A su esposa infeliz!... Si no vencemos
Debemos perecer.

MENDOZA.

No me intimida
La muerte, no; de un inocente pueblo
La total destruccion, tantos millares
De víctimas sin fruto, el crudo incendio
De la gloriosa patria de Padilla,
Sí, me cubren de horror; yo os lo confieso.
Por vos tambien, por vuestro tierno hijo,
Que cual padre eduqué, por tantos deudos
Y amigos tiemblo, sin que tenga á mengua
Su destino llorar.

VIUDA.

Sublime esfuerzo
Habemos menester, en vez de llanto.
Si luce por desgracia el sol postrero
De la española libertad, con gloria
Acabe, no vilmente; á duro precio
Compren el triunfo, y el Monarca altivo
Reine sobre las ruinas de Toledo.

MENDOZA.

¿Y serán todos héroes?

VIUDA.

Bien conozco
Cuánto puede el terror; los viles medios
Del oro y seduccion que han prodigado
Los enemigos sé; y hasta recelo
Que el mismo Laso, por vengar su orgullo,
Nos abandone... Pero allí le veo;
Quedaos vos con él : ante mi vista,
Quien me vengue ó perezca sólo quiero.

ESCENA II.

MENDOZA, LASO.

LASO.

¿Por qué, decidme, esa mujer altiva
Huye de mi presencia con desprecio?...
Harto tiempo sufrimos su insolencia,
Y ver sumiso á un valeroso pueblo,
Adorando cual leyes sus caprichos.
No el amor de la patria ni el deseo
De la española libertad la animan :
Vengarse anhela, y á su orgullo ciego
Lo sacrifica todo.

MENDOZA.

Ese lenguaje
Jamás de tí escuché...

LASO.

Llegó ya el tiempo
De descubrirte el corazon : unidos
Desde la tierna infancia con estrechos
Vínculos de amistad, tu cierta ruina
Vengo á evitar, si escuchas mis consejos.

MENDOZA.

No me importa la vida...

LASO.

A mí me importa
Conservar un amigo. — El duro extremo
Llegó de decidirnos; ¡ solo un dia
Nos queda, un dia! y vuelan los momentos.
Aun podemos librarnos; áun se puede
Librar la patria de su fin funesto.

MENDOZA.

Si es con infamia, Laso, no prosigas.

LASO.

Sólo es infame quien en grave riesgo
Deja á la patria, si salvarla espera;
Pero ya no es posible : en ira ardiendo,
Se acercan los contrarios orgullosos,
El asalto anhelando y el saqueo...

MENDOZA.

Lo sé.

LASO.

Cuanto se aumenta su osadía,
En nuestra gente crece el desaliento...

MENDOZA.

Lo sé tambien.

LASO.

¿Y quieres locamente
Buscar tu perdicion?

MENDOZA.

Abrazar debo
La suerte de mi patria.

LASO.

Si se arruina
Por una estéril gloria, no debemos

Acompañarla hasta el sepulcro. — Inútil
Es toda resistencia.

MENDOZA.

Nada temo,
Ni esperanza ninguna me sostiene :
¡ Tanto es difícil contrastar mi pecho !
Si me alcé contra Cárlos, seducido
No fuí por la ambicion de nombre eterno,
Por sed de mando ó de venganza inútil ;
Su triunfo vi desde el fatal momento
En que rotas las huestes de los libres,
En Villalar cobardemente huyeron.
Allí miré vencida, encadenada
La castellana libertad ; y al tiempo
Que espiraba Padilla en el cadalso,
La vi lanzar su postrimer aliento.
Murió, de entónces, para mí ; si inmóvil
Permaneció la célebre Toledo,
Al postrarse rendida España toda
Del Monarca á los piés, con harto duelo
Contemplé de mi patria el heroismo,
Su inevitable destruccion previendo.
La preví ; mas lidié, lidié valiente,
Padecí los rigores del asedio,
No por la libertad ya sepultada,
Y sólo por mi honor. — En el estrecho
Ambito de estos muros resistian
Mis amigos é ilustres compañeros,
Halagados de vanas ilusiones ;
Y yo debí seguirlos, aunque cierto
De su engaño y su muerte, que era infamia
Abandonarlos en tan duro empeño.
Al fin llegó, llegó el tremendo dia
De sepultarnos juntos ; si resueltos
Están á perecer bajo las ruinas

De la heroica ciudad, su arrojo ciego
Ni condeno ni alabo, mas le sigo;
Le seguiré hasta el fin.

LASO.

Síguelo, y presto
Verás el fruto; síguelo, y tus lares
Verás arder; los sacrosantos templos
Por tierra derribados; los ancianos,
Y jóvenes, y niños, y guerreros
Perecer confundidos entre escombros...
Ni fuga ni piedad: el crudo hierro
Inmolará implacable á cuantos logren
Escapar de las llamas.

MENDOZA.

¡Qué tormentos
Sufre mi corazon!

LASO.

Por una vana
Sombra de honor, asesinais cruentos
Mil y mil inocentes; sus clamores
Contra vosotros alzarán; el cielo
A tí y los tuyos pedirá su sangre.

MENDOZA.

¡No!... amigo, no: si del abismo horrendo,
En que va á hundirse la infelice patria
La pudiera apartar, dócil el cuello
Tender le aconsejára al grave yugo,
Antes que perecer: así sincero
Lo confesé á la mísera viuda
Del inmortal Padilla. — Mas dispuesto
Estoy á todo trance; mi destino
Para siempre enlacé con nudo estrecho
Al de la amada patria.

LASO.

¿Y si se rinde?

MENDOZA.

Entónces...

LASO.

No : te engañas; ya no es tiempo
Entónces de humillarse; negra infamia,
Atroz suplicio, bárbaros tormentos
Te aguardan sólo.

MENDOZA.

¡Oh Dios!

LASO.

Víctima débil
De la ajena ambicion, caerás envuelto
En la ruina comun de los facciosos.

MENDOZA.

Mostraré mi inocencia... justo el pueblo
Mi muerte estorbará...

LASO.

¡Triste el que fia
En el vano favor del vulgo inquieto!
Los mismos que defiendes con tu sangre,
Cargado te verán de duros hierros
Sin levantar la voz ; ellos, tranquilos,
Te verán arrastrar hasta el sangriento
Suplicio, y callarán. — ¡Qué! ¿Te horrorizas?
¿Lo dudas, y vacilas?... Mis postreros
Avisos oye, y tiembla al escucharlos.—
¿Me juras por tu honor guardar secreto,
De que penden mil vidas, y la tuya,
Y la salud ó destruccion de un pueblo?

MENDOZA.

Lo juro por mi honor.

LASO. (Mostrándole con misterio un pliego.)

¿Lees ahí tu nombre?

MENDOZA.

Si.

LASO.

Tu muerte has leido.

MENDOZA.

¿Qué misterio
Es este? ¡Tú traidor!

LASO.

Cuando á salvarte
Solícito he venido, con denuestos
No insultes mi amistad. — Sin resistencia
Las puertas van abrirse de Toledo
A las tropas del Rey; muchos caudillos
Ofrécense á rendirse los primeros,
Seguros del perdon; y los soldados,
El pueblo todo imitará su ejemplo.
¡Ay dél si no le imita! ¡si imprudente
Intenta resistirse! ¡Qué escarmiento
Se le prepara á España con su ruina! —
Elige, pues: ó ayudas mis intentos
De calmar á la plebe bulliciosa,
Y te salvas, salvándola; ó el cuello
Darás á la cuchilla en un cadalso.
¡No hay perdon para tí! Sólo yo puedo
El hacha suspender, ya levantada,
Ya pronta á descargar...

MENDOZA.

¡Tú intercediendo
Por mí con esos bárbaros verdugos!
¿Y eres tú Laso?

LASO.

Sí, soy quien primero
Osó desafiar el poderío
Del Monarca ambicioso; quien los fueros

Reclamó de Castilla en su presencia,
Ufano de su cólera volviendo
A levantar á España contra el yugo.
El mismo soy, el mismo; á nadie cedo
En amor á la patria, en sacrificios...
Por ella tras la muerte en cien encuentros
Corrí; por ella refrené mi orgullo,
Sufrí su ingratitud; y al ser pospuesto
A Padilla en el mando de las tropas,
Mi enojo sepulté dentro del pecho.
Le odié, es verdad; pero su gloria y fama
Jamás oscurecí; su fin sangriento
(Léjos como á rival de serme grato)
Sentí cual castellano caballero. —
Pero muerta la patria, y destruida
La ansiada libertad, ¿no debí, cuerdo,
Procurar poner fin á inútil guerra?
Mis servicios, mi honor, mi nacimiento,
¿Humillarme vilmente consentian,
De una débil mujer, al loco imperio?
No. — Si sumiso me mostré, la patria
Agradecerme debe el fingimiento,
Para mí más costoso que la muerte:
Por salvarla fingí, sufrí desprecios,
Pacté con mis contrarios... ¿Qué más quiere
De mí la patria? ¿Qué?... ¿Callas? ¿Suspenso,
Me miras y sollozas? — Si mañana
No es toda ruinas la infeliz Toledo,
A mí lo debe, á mí, que la clemencia
Del vencedor obtuve.

MENDOZA.

¿Y pide, en premio
De su clemencia bárbara, mi vida?

LASO.

La pide, sí, la pide; el fatal pliego

Te lo anuncia terrible; los parciales
De esa altiva mujer, para escarmiento,
Van todos á morir.

MENDOZA.

¡Todos!

LASO.

Tú solo
Alcanzarás perdon.

MENDOZA.

Muriendo ellos
¿He de comprar mi vida con la infamia?

LASO.

Sálvate, por piedad...

MENDOZA.

A tan vil precio,
Nunca, Laso, jamás.

LASO.

¿Quieres tu ruina?
¿Te obstinas en buscarla?

MENDOZA.

Si tu intento
Es impedirla, sálvalos á todos:
Ese es de conservarme el solo medio.

LASO.

A todos salvo, si mi intento ayudas...

MENDOZA.

¿Cómo? Di pronto: manda, y te obedezco.

LASO.

Aconseja á la esposa de Padilla
Que escuche la razon, y no al extremo
De arruinar la ciudad lleve su enojo;

Habla á los más osados comuneros,
Desarma su furor, insta, convence,
Ofréceles clemencia, si al inquieto
Pueblo apaciguan; con el dócil vulgo
Emplea tu elocuencia y valimiento:
Da, promete, amenaza...

MENDOZA.

Todo en vano.
La esposa de Padilla, mis consejos
No escucha, sólo atenta á su venganza.

LASO.

Sálvala, á pesar suyo; aparta al pueblo
De tan vil sumision; déjenla sola,
Y la verás desfallecer. — Te ofrezco
Interceder por ella, disculparla,
Redimirla de afrenta; y que serenos
Goce en su patria sus futuros dias...
¿Exiges más de mí? ¿No la aborrezco,
Y la salvo por tí? ¿No salvo al hijo?...

MENDOZA.

Tuyo soy... Laso, tuyo...

LASO. (Abrazándole.)

Contra el seno
Estrecha, estrecha á tu mejor amigo;
Mañana, al abrazarnos, ya más quieto
Latirá el corazon, ahora turbado.

ESCENA III.

MENDOZA, LASO, ÁVALOS.

ÁVALOS.

¿Cómo aquí tan lejanos os encuentro
Del bullicio y clamor en que ahora hierve

La ciudad toda?... Aun más terrible riesgo
Que las contrarias armas nos amaga :
Acaba de llegar un mensajero
Del enemigo campo...

MENDOZA.

¿Y qué nos trae?

ÁVALOS.

O paz ó destruccion; pero temiendo
Nuestra eleccion heroica, nos envian
Por mensajero...

LASO.

¿A quién?

ÁVALOS.

A quien Toledo
No puede ver sin lágrimas y pena ;
A quien más puede cautivar su afecto,
Y hacer que se desplome su constancia :
Al padre de Padilla.

LASO.

¿Será cierto?

MENDOZA.

¡El padre de Padilla!

ÁVALOS.

Hácia este alcázar
Sus tardos pasos viene dirigiendo,
Seguido de una inmensa muchedumbre ;
Cércanle en torno nobles y plebeyos,
Mujeres, niños, jóvenes y ancianos;
Y arrasados en lágrimas, volviendo
Acá y allá los ojos con ternura,
¡Hijos! ¡Hijos! va el triste repitiendo.
Hablar anhela el infelice padre
A su nuera infeliz, ántes que el pueblo
Y la Junta le escuchen.

LASO.

Pues ya cerca
;es nos le anuncian y el estruendo,
á la mísera Viuda, (A Mendoza.)
;ibirle vamos. (A Ávalos.)

ÁVALOS.

Vamos luégo.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

LASO, LOPEZ, ÁVALOS.

LOPEZ.

Amigos, sostenedme: apénas puedo,
Combatido de afectos tan contrarios,
Mover la débil planta... Mil memorias
Del hijo que perdiera, el triste cuadro
Que me ofrece Toledo, sus horrores,
Su ruina y orfandad, á cada paso
Mi pié detienen.—Con la faz llorosa,
Quien me anuncia la muerte del hermano,
Quien la del padre ó la de caros hijos,
A guerra tan cruel sacrificados.

ÁVALOS.

¡Dichosos, pues murieron por la patria!
Libres vivieron, libres espiraron.

LOPEZ.

¡Dichosos!... si; no vieron á sus hijos
Perecer con infamia en un cadalso,
Cual yo, mísero padre...

ÁVALOS.

Ni la ruina
De la vencida patria presenciaron,
Ni su vil servidumbre, ni el orgullo
De su fiero opresor.

LOPEZ.

Hernando, Hernando,
¿Aun no está satisfecha tu venganza
Con tanta asolacion, con tanto estrago?

ÁVALOS.

Mi venganza lo está, mas no la patria.

ESCENA II.

LASO, LOPEZ, ÁVALOS, VIUDA, *su* HIJO, MENDOZA.

VIUDA.

Señor...

LOPEZ.

¡Hija!... mi pecho conturbado
Palpita al pronunciar tan dulce nombre...
¡Hija!... ¡nieto del alma!... objetos caros
A Padilla infeliz... una y mil veces
Dejadme que os estreche entre mis brazos...
¿Mas qué miro?... ¿Rehusas abrazarme?
¿Desdeñas mis afectos?

VIUDA.

Agraviaros
No debe la esquivez, que me es tan propia:
Acostumbrada á padecer tan largo,
Casi insensible á fuerza de desdichas,
Los tiernos sentimientos he olvidado.
Los olvidé por siempre: inmóvil, yerta,
Sin aliviar mi pena con el llanto,
Con quejas ni suspiros, cual estátua
Escuché de mi esposo el fin aciago.
Desde entónces mi pecho empedernido,
Sólo abierto al furor, ha desterrado

Cuantos afectos gratos y suaves
Templar pudieran mi dolor amargo:
La amistad, el amor, la piedad santa,
La ternura materna... Hijo adorado,
Si nunca ves mi rostro cariñoso,
Culpa, culpa tan solo á los malvados
Que asesinaron á tu padre. ¡Impíos!
¡Hasta el ser tierna madre me vedaron!

LOPEZ.

Lo serás, hija mia... ya el momento
De acallar las pasiones es llegado,
Y de escuchar á la razon. —Unidos,
Las pasadas desgracias olvidando,
Gozarémos de paz...

VIUDA.

¿Qué decís? ¿Ceden,
Desisten de su empresa los contrarios?...

LOPEZ.

Con la paz brindan, y arruinar pudieran.

VIUDA.

Yo desprecio su paz.

LOPEZ.

Vengarse airados,
Les fuera fácil...

VIUDA.

Vénguense: ¿qué esperan?

LOPEZ.

Esperan evitar el fiero estrago
De este pueblo infeliz. —Tantas familias
Huérfanas ya... los muros arruinados...
Sin vida los caudillos más valientes...
Los tristes moradores empuñando,
Con flaca diestra, las cansadas armas,

Y ya los vencedores amagando
Con el próximo asalto... ¡Oh, Dios piadoso,
Aleja de mi patria tantos daños!...
Laso, amigos, dejad unos momentos,
Dejad llorar á un padre desgraciado,
Solo, en presencia de sus hijos...

ESCENA III.

LOPEZ, VIUDA *y su* HIJO.

LOPEZ.

Libres
De testigos inútiles, más franco
Seré contigo; escucha tú más dócil:
Escúchame, hija mia... y no perdamos,
En recíprocas quejas importunas,
Tan preciosos instantes. —Si engañado
O prudente seguí las reales armas,
Lo decidió el suceso; y es en vano
Ventilar si fué justa vuestra causa,
Pues que la suerte ya la ha condenado.
Quizá fué disculpable, y áun plausible,
Vuestro primer ardor; pero dos años
De combates, de incendios y exterminio,
Bastan para escarmiento y desengaño.
Lidiar sin esperanzas, arruinarse
Y no salvar la patria, temerarios
Del cielo resistirse á los decretos,
No es fortaleza, es frenesí.

VIUDA.

Juramos
Ser libres ó morir; y el cielo mismo,
Que dió el injusto triunfo á los tiranos,

Nuestro voto aceptó : pues que nos veda
El ser libres, nos manda que muramos.

LOPEZ.

Ten el labio ; no insultes imprudente
Al cielo con tus voces : irritado
De tanta y tanta sangre derramada,
Sólo la paz prescribe, que entre hermanos
Jamás debió romperse.

VIUDA.

No lo eran
Los que á la patria mísera cargaron
De cadenas ; sus crudos enemigos
Llámense, y no sus hijos... ¡Castellanos
Y ansiar la esclavitud!... No, no lo eran.

LOPEZ.

Cuando yerma la patria y desangrado
El reino en ocho siglos de combates,
Apénas respiraban del insano
Yugo agareno, ¿entónces más furiosos
Contra nosotros mismos desnudamos
El acero homicida, de la patria
El afligido seno destrozando?...
Duélete de su mal, y no redoblen
Sus mismos hijos su mortal quebranto :
Duélete, que harta sangre, hartos horrores
Le costó sacudir el yugo extraño.

VIUDA.

¿Y el propio ha de sufrir?... Por ocho siglos
Decís que nuestros padres batallaron
Por rescatar la patria ; ¿y ahora, esclava,
Entregada á merced de los tiranos,
La dejarán sus vergonzosos nietos?

LOPEZ.

No te atormente ese recelo vano

De ver morir la libertad querida;
Mas si su triste fin fuera llegado,
¿Lo evitára Toledo con su ruina?...
Sé cuerda, sé prudente: atropellando
La autoridad del César victorioso,
Provocando su cólera insensatos,
Mal vuestra causa defendeis. Vencida
Cayó la patria; y sólo ya de Cárlos
Pende su libertad ó sus cadenas;
Si blasonais de libres castellanos,
Buscad en la clemencia del Monarca
Lo que hallar no pudisteis batallando:
Con sumision, con súplicas y ruegos,
Quizá... tal vez...

VIUDA.

Seguid; mas vuestro labio
Se niega á proferir falsas promesas:
Haceis bien; la honradez de castellano
No debeis desmentir, ni en tanta cuita
Con fingidos consuelos insultarnos.
A fondo conocemos la clemencia
Del vencedor, y cuánto con el llanto
Alcanzan de sus reyes las naciones,
Cuando yacen sus fueros sepultados.
Lo sabemos; por tanto, arrepentidos
De inútil lloro y de clamores vanos,
Por defender las moribundas leyes,
A las inciertas armas apelamos.
La fuerza, sí, la fuerza es el escudo
Contra la atroz violencia.

LOPEZ.

Afable, humano,
¿No oyó Cárlos las quejas y amenazas
De la altiva Castilla, confiando
En su antigua lealtad? ¿Con mil insultos,

Con muertes de inocentes ciudadanos,
Con la inquietud del alterado reino,
No se vió á la contienda provocado?
Si recurrió á la fuerza, ya imprudentes
Armábanse los pueblos rebelados...

VIUDA.

¡Nunca es rebelde una nacion entera!

LOPEZ.

Lo fué España...

VIUDA.

Lo fueron sus tiranos.

LOPEZ.

España juró á Cárlos obediencia...

VIUDA.

¿Y él nada nos juró?

LOPEZ. (Despues de una breve pausa.)

Dócil, sin años,
Falto de prevision y de experiencia,
Por consejeros pérfidos guiado...
¿Aun quereis más disculpas?

VIUDA.

Más justicia.

LOPEZ.

Él os la hará.—Piadoso, el desacato
Olvidará de su nacion querida;
Volverá á vuestro seno, ya adornado
Con la imperial corona de Alemania;
Escuchará las quejas, los agravios
De sus pueblos, cual padre bondadoso;
Perdon, mercedes, gracias...

VIUDA.

Anhelamos
Recobrar nuestros fueros, no sus gracias...

LOPEZ.

Fiel guardará las leyes...

VIUDA.

¡Qué engañado
Vivís, señor!... Humilde, sometida,
Adoraba Castilla sus mandatos,
Y el Monarca las leyes insultaba,
En su poder inmenso confiado.
Resistimos, lidiamos, nos vencieron;
¿Y ahora será más justo?... ¡Sus agravios
Nunca perdona el déspota que triunfa!
Padilla, Pimentel, y Maldonado,
Y Bravo, y otras víctimas ilustres
En el suplicio atroz lo están mostrando.

LOPEZ.

No te complazcas en doblar mis penas
Recordándome al hijo: bien grabado
Tengo en el pecho su fatal destino.
Pero, pues ya no existe, los conatos
(Como obsequio más grato á su memoria)
A este inocente niño dirijamos.
En él nuestra gloriosa y noble estirpe,
En él la imágen de su padre amado,
Nuestra esperanza y único consuelo
Debemos conservar.—Si pide en vano
Su salvacion la mísera Toledo;
Si el clamor no te mueve ni los llantos
De tantos infelices, que ya sienten
De la próxima muerte el crudo amago;
Si el existir te enoja... ablande al ménos
Tu duro corazon desapiadado
Este inocente huérfano... Afligido,
Fijos en tí sus ojos, estrechando
Tu mano con sus manos cariñosas,
Parece te suplica el desgraciado

Que preserves su vida... ¿Y quién guardarla,
Quién podrá serle escudo en el estrago,
En el incendio y ruina de Toledo?
Entre el confuso horror, cuando mezclados
Caigan los vencedores y vencidos;
Cuando ardiendo los techos, desplomados
Sepulten miles víctimas; entónces
Querrás salvarle, y lo querrás en vano.
Entre escombros y ruinas confundido,
Oirás su débil voz, á ti clamando
Que por piedad la muerte le apresures...
Por siempre en tus oidos con espanto
Resonarán sus últimos acentos,
Por siempre los derechos ultrajados
De madre vengará naturaleza,
Tu endurecido seno atormentando.
Madre desventurada... no á tu orgullo
Sacrifiques deberes tan sagrados;
¡Salva al hijo infeliz: sálvale ó tiembla!

VIUDA.

¿A qué guardar su vida?... ¿A que postrado
La pida por merced á los verdugos
De su mísero padre? ¿A que heredando
La infamia con que manchan su memoria,
Miserable, proscrito, en reino extraño
Un asilo mendigue con su madre?...
Y áun ménos infeliz, que si inhumanos
Le obligan á pisar el triste suelo,
Con la paterna sangre mancillado.
¡Cuánto penára entónces! Abatido,
Su nombre con vergüenza pronunciando,
Quizá oyera decir el inocente,
Al pasar junto á indignos castellanos:
«El hijo, el hijo del traidor Padilla...»
¡Traidor!... Mienten los viles que fallaron

Su injusta muerte... mienten sus verdugos...
Sus asesinos mienten...

LOPEZ.

¡Qué inflamado
Tu rostro centellea! Calma, calma
Tan ciego frenesí.

VIUDA.

¡Traidor llamaron
Al mejor caballero de Castilla!...

LOPEZ.

Culpa fué del destino, injusto y vario:
Por héroe le aclamáran si venciera;
Y vencido, traidor le apellidaron.

VIUDA.

¡Traidor mi esposo!... Tan horrendo nombre
No sonará en mi oido... ¡Esposo amado!
Lo juro por tu sangre derramada
De Villalar en los funestos campos;
¡Lo juro por la sangre que vertieras
En el suplicio atroz!—Hijo... muramos;
Que ya tu padre nos mostró el sendero
Que debemos seguir, y salpicado
Nos le dejó con sangre... ¡Antes la muerte,
Que ver á sus verdugos inhumanos!

LOPEZ.

¿Matas al hijo por vengar al padre?

VIUDA.

Juntos pereceremos por vengarlo.

LOPEZ.

Mujer cruel... tú sola, tú el verdugo
Eres de mi familia; tú al cadalso
Llevaste al hijo, por orgullo ciego;
Y por ciega venganza al nieto amado
Condenas á morir.—Tiembla, que impune
No dejarán los cielos sacrosantos

Tan bárbara crueldad; tiembla, que nunca
Los clamores de un padre desdichado
El cielo desoyó... ¡Su justa ira,
Yo su venganza imploro!

ESCENA IV.

VIUDA, LOPEZ, MENDOZA.

MENDOZA.

Convocados
A este alcázar los miembros de la Junta
Ya llegan; y á las puertas agolpado
El pueblo todo, entre mortales dudas
Y de opuestas pasiones agitado,
La decision espera de su suerte.
Allí piden la paz; allá bramando,
¡Guerra! ¡guerra! apellidan furibundos;
Todo es clamor, y confusion, y llantos
De mujeres y niños, y amenazas
De la alterada plebe... Con mostraros
Quizá se aquietará; venid al punto:
La esposa y padre de Padilla infausto
Respetará Toledo, y más tranquila
Escuchará de su destino el fallo.
Venid, venid.

LOPEZ.

Corramos, hija mia,
A calmar su inquietud; y piensa, en tanto,
Que quizá de tu voz pende su suerte.

VIUDA.

No sé ceder.

LOPEZ.

Fuerza es ceder al hado.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen los MIEMBROS DE LA JUNTA *sentados en sus sillas.* ÁVALOS *de Presidente.* LASO *á su derecha.* LOPEZ *en pié con parte del* PUEBLO. LA VIUDA DE PADILLA *en el lado opuesto, con su* HIJO, MENDOZA *y otra parte del* PUEBLO.

ÁVALOS.

Pueblo ilustre, corona de Castilla:
Con ruina ó servidumbre os amenazan
Vuestros contrarios: ¡elegid!—Mi labio
Colorear no sabe las desgracias;
Sin temor las refiere el hombre libre,
Y un pueblo libre es digno de escucharlas.—
Oireis vosotros mismos las propuestas,
Que con poder y á nombre del Monarca,
Os hace el sitiador; vosotros mismos
Entre el perdon y duras amenazas
Podreis optar. La Junta que elegisteis,
Y veis en vuestro seno congregada,
Su poder os devuelve, y os convida
A decidir la suerte de la patria.
Despreciamos la vida; mas tememos
Tantas aventurar: no diga España
Que la ruina causamos de Toledo,
Por hacer más gloriosa y celebrada
Nuestra ruina.—Morir en un cadalso,

O perecer lidiando en las murallas,
Son los solos partidos que me quedan:
Fácil es mi eleccion. Pero culpáran
Justamente mi esfuerzo temèrario,
Si al correr tras la muerte, os arrastrára
A fenecer conmigo. — Toledanos,
¡Tremendo es este trance! Una palabra
Os arruina por siempre, ó para siempre
Con vil cadena vuestros cuellos ata. —
Esta heroica ciudad, vuestros mayores,
Los sacros votos, la adquirida fama,
Tanta sangre vertida, todo, todo
Vuestra virtud, al decidir, reclama;
Decidid: libres sois. — ¡Habla ante el pueblo,
Oh noble mensajero! En él descansa
Su suerte; la respuesta ha de ser suya:
Suyo será el honor, suya la infamia.

LOPEZ.

¿Que hable al pueblo mandais?... ¿Será posible,
Que al contemplar la ruina de su patria,
Mueva la torpe lengua un triste anciano,
Por la edad agobiado y la desgracia?
Hablen por mí las míseras viüdas,
Que aquí me cercan de dolor postradas;
Hablen tambien los infelices padres,
Que vieron perecer en las batallas
A sus queridos hijos, al impulso
De español brazo, de españolas armas...
Hablad todos por mí, pues que sois todos
Víctimas infelices de la larga
Guerra civil... ¿Quién hay de entre vosotros,
Que no lamente pérdidas infaustas
De haciendas y de amigos y de deudos,
Sacrificados á la sombra vana
De loca libertad?... Si hay uno, acaso,

Que no se vista luto, y que llorára
Tan solamente ajenas desventuras,
Ese la voz levante, ese á las armas
Os anime, seguidle á la defensa,
Volad tras él... ¿Mas dónde, dó se halla
Ese español feliz?... Sólo con llanto
Me podrá responder la triste España. —
Dos años de destrozos y de horrores,
Muertes, asaltos, lides obstinadas,
Hambres, incendios... cuantos crudos males
El cielo airado en su furor derrama,
Todos ¡oh España! sobre tí cayeron.
Cediste, al fin cediste... ¿Por qué causa
Sólo Toledo resistió tan ciega?...
Toledanos, amigos, mis palabras
No os ofendan; son hijas del afecto
Que siempre tuve á mi querida patria.
Al ver sus muros casi destruidos,
Al mirar sus campiñas arrasadas,
Por todas partes destruccion y ruina,
Solitarias sus calles y sus plazas;
Y á vosotros, que ilesos escapasteis
Del filo agudo de las recias armas,
Arrastrando la mísera existencia,
Por el hambre cruel atormentada...
Si á vista de tan graves infortunios
Hablase más prudente, no os amára.
¡Ay! con dolor y llanto, en vuestro rostro
La mortal palidez miro estampada,
Y el sello del sepulcro... ¡ay! no crueles
Querais morir y sepultar la patria.
La patria por mi boca os lo suplica:
La patria moribunda y desmayada,
Al borde ya del precipicio horrendo...
Salvadla, sí, corred... Pío el Monarca

Vuestra pasada ceguedad perdona :
Con los brazos abiertos os aguarda,
Como padre á sus hijos; la clemencia
Su justo enojo y su rigor desarma. —
Pero si ciegos preferís su ira
Al perdon que os ofrece; si cerradas
Hallan las puertas sus leales tropas,
Que ya los flacos muros amenazan,
Entónces... ¡Ay de la infeliz Toledo!
Sólo su nombre existirá mañana.

LASO.

¡No será así!... Perdona, pueblo heroico,
Si del amor llevado de mi patria
Osé el primero hablar. Yo fuí el primero
Que al ver las santas leyes quebrantadas,
Imperturbable ante el excelso trono,
Reclamé noblemente su observancia.
Desde entónces mi suerte fué la vuestra :
Nadie me ha adelantado en las batallas;
Ninguno me ha excedido en sacrificios...
Perdonad, si al mirar que está cercana
Vuestra ruina, á ninguno ceder quise
El placer y la gloria de estorbarla. —
No es mengua ya el rendirnos, pues en vano
Los fueros sostuvimos con las armas;
No es mengua el procurar salvar las vidas,
Dejando salvos el honor y fama.
Aun callaba Castilla sus agravios,
Y el acero Toledo desnudaba;
Miéntras luchó Castilla, combatimos;
Cayó rendida, y con invictas almas
Por seis lunas sufrimos el asedio,
Horror y muertes, hambres y batallas.
¿Qué más, Toledo, falta á tu heroismo?
A tu gloria inmortal, ¿qué más le falta? —

¿Eliges arruinarte?... Yo ante todos
Presentaré mi pecho en la muralla
A los contrarios filos; yo el primero
Aplicaré las teas incendiarias
A mis propios hogares, y alto ejemplo
Os daré de valor entre las llamas. —
Pero tantos ancianos respetables,
Los tiernos hijos, las esposas caras,
Los ínclitos guerreros, todos, todos,
Sin provecho ni gloria de la patria
¿Habrán de perecer? ¿En nuestra sangre
Anhelamos saciar nuestra venganza?
¡No, compatricios, no! Lidiar debimos,
Miéntras brillaba un rayo de esperanza;
Pero buscar frenéticos la muerte,
Arruinar la ciudad en que descansan
Las cenizas de padres y de hermanos,
La que nos vió nacer, la que dió á España
Tantos héroes y triunfos... tal locura,
Tanta crueldad no cabe en vuestras almas.
En paz dichosa del perdon gocemos,
En paz dichosa, que las hondas llagas
Cure á la patria mísera... En nosotros
Su vista fija la infeliz España;
Y con su mudo ejemplo nos exhorta
A implorar las piedades del Monarca.
¿Las imploramos?... Sí; ya tu silencio
¡Oh noble pueblo! con señales claras
Tu prudente eleccion me está anunciando:
¡Feliz silencio que á mi patria salva!

(Silencio general.)

VIUDA.

¡Calla ahora, calla la inmortal Toledo!...

(Despues de una breve pausa.)

Cárlos triunfó: Castilla es ya su esclava. —

Triunfó, mas no de mí: ceded vilmente,
Mendigad la clemencia del Monarca,
Que una débil mujer hoy con su ejemplo
Vuestra flaqueza insulta y su venganza. —
No ofrecimos vencer, pero juramos
Perecer con denuedo en la demanda
O alzarnos libres: ¿lo olvidasteis?... Tiempo
No es ya de recordar vuestra palabra:
Quien duda entre los hierros y la muerte
No merece guardar la fe jurada. —
Dudarais, sí, dudarais en buen hora,
Cuando Castilla toda vacilaba
Entre sufrir el yugo ó levantarse;
Temblarais ante el trono del Monarca;
Sufrierais en silencio, como esclavos,
Si el temple de hombres libres os faltaba. —
No entónces tanta sangre se vertiera;
No entónces adquirierais tanta fama,
Para mancharla ahora indignamente...
¿A qué lidiar con sin igual constancia,
A qué, Toledo, resistir gloriosa,
Prometiendo á la faz de toda España
Imitar (si el destino le era adverso)
La suerte de Sagunto y de Numancia?...
¡Ah! Toledo tan sólo lo ofrecia:
Medina lo ofrecia y realizaba.
No vacilaron, no, sus nobles hijos
Entre la ruina y la servil infamia;
No temblaron al ver junto á sus puertas
Ardiendo ya las enemigas hachas,
Y encenderse los techos, y arruinarse
Los ricos templos y opulentas casas:
Bienes, amigos, deudos, padres, hijos,
Veian perecer entre las llamas...

PUEBLO.

¡Qué horror!

VIUDA.

Y entre el estruendo y los clamores
Sólo el grito escuchaban de la patria. —
Buscad entre las ruinas, que áun humean,
Buscad esa clemencia celebrada
Del fiero vencedor : ved sus piedades,
Y rendíos despues. — Pero si os falta
Hasta para rendiros fortaleza;
Si temeis que quebranten su palabra
Los contrarios, y bárbaros se venguen;
Si piden una víctima... miradla,
Pronta ya á perecer por redimiros :
Cargadme de cadenas, á las plantas
Del vencedor llevadme; en mí su enojo,
En mí podrá saciar su injusta saña.
No dudeis que él acepte tal ofrenda :
Una débil mujer, idolatrada
Por su inocente esposo asesinado,
A tan fieros verdugos será grata. —
Pero más pura aún, ménos culpable
La víctima querrán... ¡Hijo del alma!
¡Hijo del gran Padilla!... el tierno cuello
Ofrece á la cuchilla que, inhumana,
Huérfano te dejó... ¡Sus duros filos
En tí se emboten y á Toledo salvas!

PUEBLO.

¡Padilla!

VIUDA.

No; no profaneis su nombre,
Al ir á demandar, cual suma gracia,
Que os concedan vivir entre cadenas;
¡No pronuncie su nombre quien no arda
De libertad en el furor divino!

PUEBLO.

¡O muerte ó libertad!

VIUDA.

Muerte, y no infamia.
¡*Libertad!* al lidiar en los combates,
El infeliz Padilla apellidaba;
¡*Libertad!* al caer lleno de heridas;
Y al cortar la cuchilla su garganta,
De ¡*Libertad!* el sacrosanto nombre
Entre sus yertos labios resonaba.
¡Imitadle! — Murió por vuestra gloria:
O vengadle ó morir: él os lo manda.

LASO.

¿Y os dejaréis llevar de un loco acento,
Por el furor dictado y la venganza?
¡No, toledanos! que el peligro apremia,
No es tiempo de ilusion; la muerte amaga...

PUEBLO.

¡O muerte ó libertad!

ÁVALOS.

Eterna gloria
Vuestra eleccion magnánima os prepara:
¡A morir ó á ser libres! — Noble anciano,
La respuesta llevad, y al escucharla,
Tiemblen los enemigos de Toledo.

LOPEZ.

¡Qué frenesí! Buen Dios, ¿me conservabas
Por tantos años la cansada vida,
Para ver el destrozo de mi patria?...
Amigos... hijos mios... ¿no hay remedio?

ÁVALOS.

La respuesta llevad.

LOPEZ.

¡Ah! cuanto tarda
Mi labio en pronunciarla, os doy de vida:

Mañana, entre el conflicto de las armas:
Mañana, en las angustias de la muerte,
Recordaréis ya tarde mis palabras!...
Seguir no puedo... el llanto y los sollozos
Mi pecho oprimen y mi voz embargan...
¡Adios, patria infeliz... adios por siempre!...

ESCENA II.

ÁVALOS, LASO, VIUDA *con su* HIJO, MENDOZA, MIEMBROS DE LA JUNTA, *y* PUEBLO.

ÁVALOS.

El triunfo, toledanos, os aguarda,
Apénas luzca el venidero dia;
Corred á apercibiros: la constancia,
El valor y obediencia han de salvaros,
Si el Dios de la Justicia nos ampara. —
¡Toledanos, al triunfo, á la victoria!

PUEBLO.

¡A vencer ó morir!

VIUDA.

Ilustre patria
Del inmortal Padilla: digna eres
De que por tí su sangre derramára.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

(Es de noche: habrá una lámpara en el fondo del teatro).

ESCENA PRIMERA.

LASO. MENDOZA.

LASO.

¿Adónde me conduces?

MENDOZA.

Ya seguro
Puedes hablar: ninguno nos acecha:
Lejos las guardias...

LASO.

¡Cual infames reos,
A favor del horror de las tinieblas,
Con recelo y pavor han de ocultarse
Los que a la patria libertar intentan!
¡Terrible situacion!

MENDOZA.

¡Ah! ¡Libertarla!...
Vana toda esperanza lisonjera,
Voló ya de mi pecho... ¿No le viste
Encenderse en furor, rugir tremenda
La plebe, amenazar, y el débil llanto
Trocar en grito de implacable guerra?
¿Qué vale la razon contra el torrente
Del conmovido pueblo? La prudencia
Atribuyó a temor: en su delirio,

Con desprecio escucharon tus postreras
Voces de paz; corrieron á las armas;
Y quizá en este instante, ya...

LASO.

Ya tiemblan.—
Mal conoces, amigo, la inconstancia
Del alterado vulgo: teme, espera;
Ya insulta, ya suplica, ya amenaza;
Un soplo enciende la terrible hoguera,
Apágala otro soplo.—¡Cuántos, cuántos,
Que cual héroes gritaban, la secreta
Voz del infame miedo obedecian!
El puñal de la plebe los aterra
Más que el hierro enemigo; y la seducen
Y halagan sus pasiones... ¡Si los vieras,
Há pocas horas, trémulos buscarme,
Cercarme pavorosos, mil promesas
De seguir mis consejos repetirme,
De obedecer mi voz!...

MENDOZA.

En vano intentan
Las vidas libertar: arrebatados
Del torbellino de la plebe ciega,
Todos, todos corremos á la muerte...

LASO.

Esa plebe, que juzgas tan resuelta
A perecer, en el tremendo trance
La verás desmayar, y en la refriega
Abandonar sus jefes... Ahora mismo,
Arrepentidos ya de su fiereza,
Cercados de sus hijos, entre el llanto
De madres y de esposas, con la horrenda
Imágen de la muerte ante sus ojos...
Temen su ruina y el perdon anhelan.

MENDOZA.

Una voz, una voz bastó á inflamarlos;
Una voz bastará para que vuelvan
Al antiguo furor.—El solo nombre
Del inmortal Padilla, la presencia
De su heroica viuda, al precipicio
Los llevará frenéticos...

LASO.

¿Y anhelas
Estorbar tantas muertes?

MENDOZA.

Con mi vida...

LASO.

¿Consentirás que impedimento sea
Una mujer á la salud de un pueblo?

MENDOZA.

Yo... si acaso pudiere...

LASO.

Un medio queda
Seguro, necesario... ¿Estás resuelto?

MENDOZA.

A todo.

LASO.

Bien: la prueba, sí, la prueba
Al punto exijo.

MENDOZA.

¿Cuál?

LASO.

¿Dónde se halla
Esa indócil mujer?

MENDOZA.

Deten la lengua,
Suspende, tente, Laso; no pronuncies
Tu atroz designio... Tente, ó la respuesta
Mi espada te dará... Ya en este instante
Mi juramento olvido y mis promesas,

Y tu riesgo y el mio y el del pueblo...
Sólo escucho á mi honor. —

LASO.

¿Deliras?... ¿Sueñas?...
¿O por lavar tu mancha de inconstante
Me sonrojas con bárbaras sospechas?
¿Qué imaginaste?... ¿Acaso que mi acero,
Terrible solamente en la pelea,
El descuidado pecho traspasára
De una débil mujer?... Tan baja idea
Envileció tu mente al concebirla.
¡Yo asesino!

MENDOZA.

Perdona, tal ofensa
No cupo en mi amistad: perdona, Laso,
Mi turbacion, los males que nos cercan,
Mi afecto á esa infeliz, á su hijo tierno...
Disculpen, caro amigo, mi imprudencia.

LASO.

Yo te disculpo, sí; pero la patria
Te acusa, te acrimina, te condena:
Va á perecer, ¿y dudas?... Ya, ya cae,
¿Y no tiendes el brazo á sostenerla?...
Ese mentido honor, esos afectos
De que tanto blasonas, hoy debieras
Sacrificar á là salud del pueblo...
Mas no; que el mismo afecto que profesas
A esa infeliz familia, hoy te prescribe
Lo que la patria por mi voz te ordena.
Todos perecen, si la patria espira;
Si ella se salva, sálvanse con ella
Amigos, deudos, todos... ¡Ay! Terrible
Urge el peligro; los instantes vuelan;
¿Y áun dudas indeciso?

MENDOZA.

Con tus voces
Siento ya renacer mi fortaleza:
A todo estoy dispuesto.

LASO.

En tal conflicto,
Un medio de salvarnos solo queda...

MENDOZA.

¿Y es?...

LASO.

Impedir que esa mujer altiva
Al pueblo se presente; sorprenderla
En su mismo aposento, amenazarla
Si levanta la voz; guardar las puertas...

MENDOZA.

¡En mí se ha confiado, y yo la vendo!

LASO.

No la vendes, la amparas, la preservas
De inevitable ruina; breves horas
De prision, para siempre la libertan.

MENDOZA.

Mi honor... mi fe...

LASO.

Tu honor y fe te mandan
Que la salves: recuerda la promesa
Que en los brazos hiciste de Padilla,
Al ir á entrar en la fatal refriega.
Salvar su esposa y su inocente hijo
Allí juraste; cúmplelo, ¿qué esperas?
Padilla desde el lóbrego sepulcro
Te lo prescribe; él mismo, si viviera,
No dudaria aprisionar su esposa;
Su único medio de salvarla fuera.

MENDOZA.

Sereno en el peligro, imperturbable
En el sangriento horror de la pelea,
Siempre me viste; mas ahora tiemblo...
Y femenil pavor mis miembros hiela...
Con la negra apariencia de alevoso,
¿Cómo osaré mostrarme en la presencia
De esa engañada víctima?... La muerte,
La muerte más tranquilo recibiera.

LASO.

¿De una mujer ilusa y delirante
La momentánea cólera te arredra?
¿Al que anhela frenético su ruina
Las armas prestarás? ¿O con violencia
Le alejarás del hondo precipicio?

MENDOZA.

¿He de sufrir su enojo?

LASO.

Pues perezca;
Y su aplauso obtendrás. (En ademan de irse.)

MENDOZA. (Deteniéndole.)

¡No! ¡viva... viva!

LASO.

Cuando en el seno plácido se vea
De su ilustre familia, cuando mire
Feliz al pueblo, y la horrorosa guerra
Trocada en paz dichosa, cuando abrace
Al hijo de su amor... ¡Ah! ¡qué sincera
Será su gratitud! *A ti lo debo,*
Te dirá cariñosa, *madre tierna*
Hoy vuelvo á ser por ti; por ti respiro;
Paz y vida me diste, honor y hacienda.

MENDOZA.

¡A salvarla, á salvarla!

LASO.

Sí, que es muerte
La menor dilacion: cerca me esperan
Mis leales amigos, que acaudilla
El valiente Guzman. A tu prudencia
Y a su fiel sumision á tus mandatos
El éxito confio de esta empresa:
Aguardadlos aqui, mientras yo vuelo
Adonde mas importa mi presencia...
Es necesario sorprender a un tiempo
A Hernando y sus parciales, sin que puedan
Armarse, reunirse ni oponerse...
Caudillos y soldados solo esperan
Que levante la voz para seguirme:
Darles yo la señal, abrir las puertas,
Y entrar las tropas reales, sera un punto...
Calles y plazas, porticos y almenas,
Se veran de soldados guarnecidos...
La oscuridad, el susto, la sorpresa
El animo helarán de los facciosos:
Sin acuerdo, sin guia, sin defensa,
Sin distinguir amigos ni contrarios,
¿Cómo resistirán?... Adios: se acerca
El término feliz de tantos males...
Tardar es crimen: vacilar, flaqueza.

ESCENA II.

MENDOZA solo.

MENDOZA.

El éxito corone tu esperanza:
La fortuna te guie... ¡Oh noche! Lleva

Contigo el duelo y el horror y el llanto;
Y el nuevo sol tranquilos ya nos vea.—
¿Qué sordo ruido, el lúgubre silencio
Interrumpe?... ¿Qué escucho?... Alguien se acerca.

ESCENA III.

MENDOZA, VIUDA, *un* ESCUDERO *siguiéndola.*

VIUDA. (Al escudero.)

Premiaré tu favor, aunque tardío;
Retírate; ¡secreto!... y nada temas.

ESCENA IV.

MENDOZA, VIUDA.

VIUDA.

¡Feliz presagio! El cielo favorable
Te presenta á mi vista... Arde encubierta
Atroz conjuracion, y ya amenaza
Próxima á reventar... Vé, corre, vuela,
Alarma al pueblo, anima á los valientes...
Si el débil sexo combatir me veda,
Yo alentaré á los mios; yo á tu lado
Sabré triunfar ó perecer... ¡Perezcan
Los pérfidos traidores! ¿Quieren sangre?
Su sangre correrá.—Báñese en ella
El pueblo, y más feroz y más terrible
Se arrojará á la lid... ¡Ni paz, ni tregua,
Ni perdon, ni piedad: ó triunfo ó muerte!—
¿Mas qué advierto?... ¿Vacilas? ¿Te amedrentas?
¿Dudas?... ¡Ah! con razon: el artificio
Desconociendo y la perfidia horrenda,

Imposible imaginas que cupiese
En castellanos pechos tal bajeza.
¡Cómo te engaña tu honradez! No dudes;
Mil cobardes traidores nos rodean;
En tí sólo confio...

MENDOZA. (Con voz baja.)

¿Dónde, dónde
Me esconderé?

VIUDA.

¿Qué dices?... ¿Débil tiemblas
Cuando esgrimir debieras el acero?
¿La amistad, el honor, tantas promesas
Olvidaste en un punto? ¡Ah! no es posible...
¡Amigo de Padilla!... hoy á tu diestra
La venganza confio de su muerte;
Hiere, mata, destruye, arruina, incendia
Cuanto se oponga á tu furor... ¡Dichoso
Si el pecho infame á traspasar aciertas
Del traidor Laso, que á los viles guia!...
¡Cómo envidio tu suerte! ¡Oh! ¡si pudiera
Blandir el hierro y derramar su sangre,
Y mi rabiosa sed saciar en ella!

MENDOZA.

No es traidor Laso...

VIUDA.

¿No? Mi fiel García
Seducir se dejó por sus promesas;
Pero ya, arrepentido y pesaroso,
De revelarme acaba su flaqueza.—
Miéntras dudas, los pérfidos se arman;
Quizá el alcázar con furor ya cercan;
Quizá ya rompen los robustos quicios;
Ya el puñal nos amaga...

MENDOZA.

Nada temas;
Yo... tu vida aseguro...

VIUDA.

¿Y mi venganza?

MENDOZA.

Es tarde...

VIUDA.

¡Es tarde! ¿Y clavas en la tierra
Los encendidos ojos, y enmudeces,
Y tu rostro me ocultas con vergüenza?
¡Me has vendido, cruel!...

MENDOZA.

¡Ah! por salvarte.
Mi excesiva amistad...

VIUDA.

Aparta, deja...
¡Mal haya tu amistad!

MENDOZA.

El riesgo urgia;
Dudoso el pueblo, inútil la defensa,
Sin valor los soldados, Laso instaba...

VIUDA.

¿Le has ofrecido, aleve, mi cabeza?

MENDOZA.

Le exigí tu perdon.

VIUDA.

¿Qué prometiste?

MENDOZA.

Impedir que tu inútil resistencia
Te llevase al patíbulo; estorbarte
Que animases al pueblo á la defensa,
Y al pueblo, á tí y al hijo sepultáras...

VIUDA.

Si cumplirlo creiste, tu flaqueza
Consultaste tan sólo, no mi aliento;
Guarda, guarda á los tuyos las cadenas :
Dignos sois del perdon. (En ademan de irse.)

MENDOZA. (Deteniéndola.)

¿A dónde, á dónde
Los pasos dirigís?

VIUDA.

Adonde muera,
O satisfecha deje mi venganza.

MENDOZA.

¡Piedad, piedad de vos!

VIUDA.

¡Ah! cesa, cesa
De insultarme con voces engañosas;
No he menester aleves que me vendan:
Valientes necesito, y vengadores
Del caro esposo y de la patria opresa.

MENDOZA.

Si con toda mi sangre borrar puedo
La falta de un momento de flaqueza...
Si alcanza á disculpar la amistad pía
El crímen que ella misma produjera...
Si demasiado amor á vuestro hijo
Fuere delito que perdon merezca,
¡Perdonadme, señora, perdonadme!

VIUDA.

Quien mi perdon y amistad desea,
No gime, no se abate, no suplica:
Si espada tiene y valerosa diestra,
En el vil corazon de los traidores
Allí busca el perdon.

MENDOZA.

Si no expusiera
Más que mi vida, al punto le alcanzára;
Pero un pueblo infeliz...

VIUDA.

Lava tu afrenta
En la enemiga sangre.

MENDOZA.

En vano... en vano...

VIUDA.

Decís bien, es en vano: ¿quién intenta
Infundirle valor á un alevoso?...
¡Ay de vosotros, si por vez postrera
Oye el pueblo mi voz! En vuestros pechos
Afilará su espada, y más tremenda
Será ruina y pavor á los contrarios. (En ademan de irse.)

MENDOZA.

Los pasos suspended... Mirad que os cercan
Mil y mil riesgos; si moveis la planta,
Por do quiera un puñal, á cada huella
Hallaréis un sepulcro.

VIUDA.

Mis leales...

MENDOZA.

Su inútil amistad te es más funesta
Que el rencor enemigo; tus contrarios
Quieren salvarte; y ellos te condenan...

VIUDA.

A la gloria me guian...

MENDOZA.

A la muerte.

VIUDA.

Su dón les agradezco, si me vengan.

MENDOZA.

Perded toda esperanza: en este instante,
Quizá ya las murallas y las puertas
Con sus armas guarnece el enemigo:
Hácia este alcázar presurosos vuelan
Los amigos de Laso...

VIUDA.

Antes el pueblo
Sabrá vuestra perfidia.

MENDOZA.

Ya se acercan...

VIUDA.

¡Un momento, fortuna! (Sale denodadamente.)

MENDOZA.

A tus insultos
Responderé muriendo en tu defensa.

(Siguiéndola.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

(Sigue siendo de noche.)

ESCENA PRIMERA.

VIUDA, *entrando con precipitacion y como fuera de sí.*

¿Dónde os lleva el furor?... ¡Tened, impíos!...
No me siguen... ¡Oh Dios! Mas el estruendo
Crece y atruena... los aleves triunfan,
Y sorprendido el valeroso pueblo,
Víctima cae de la atroz perfidia.
Si algun medio quedára... Mas desierto
Está el alcázar; todos me abandonan...
Mendoza, él solo, entre el tropel inmenso
De conjurados, levantó en mi apoyo
Su voz... fué en vano: en el tumulto envuelto,
Cercado de puñales y asesinos,
Yo ví brillar su irresistible acero
Y abrirme senda... en vano: entre el tumulto
Despareció á mi vista... quizá ciegos
Le dieron atroz muerte... ¡Ah! ¡los cobardes
Ni áun este último bien me concedieron!
Con bárbara piedad mis amenazas,
Mis quejas, mis insultos desoyendo,
De mí alejaban los agudos filos...
La cadena crüel sobre mi cuello
Vi ya pendiente, y la apiñada turba,
Formando en derredor un muro espeso,

Cerrarme el paso... ¡Oh noche! á tus tinieblas
Debo mi fuga y libertad. — Si el pueblo
Aun pudiera escucharme... Mas en vano
Con tan grata ilusion me lisonjeo:
Ya se acercan los bárbaros verdugos;
Ya escucho su clamor; ya, ya los veo
Arrastrarme al cadalso... ¡Amado esposo!
Te sigo, al fin te sigo; el mismo hierro
Que te arrancó de mis amantes brazos
Va á unirme á tí... ¡Dichosa!... ¡Ay! por mis miembros
Corre un sudor de muerte... pavoroso
Se estrecha el corazon dentro del pecho,
Y hiélase mi sangre... Ante el suplicio
Quizá me falte el desigual aliento...
Quizá mi lengua con inciertas voces
Implore el vil perdon... ¡Sagrados cielos,
Concededme morir cual digna esposa
Del heroico Padilla! ¡Unico premio
A tanto sacrificio, os lo demanda
Esta inocente víctima! — Mi esfuerzo
Siento ya renacer: ¡venid, crueles,
Preparad los más bárbaros tormentos:
Yo ante vosotros correré al suplicio;
Yo en el cadalso con tremendo acento
Haré temblar tiranos y verdugos!

ESCENA II.

VIUDA, MENDOZA.

VIUDA.

¿Aun vives?

MENDOZA.

Por mi mal; el hado adverso
Me ha negado aplacarte con mi sangre.

VIUDA.

¡Amigo, fiel amigo!...

MENDOZA.

Bien merezco
Tan grato nombre oir; tú, tú me viste
Alzar la voz en el tumulto horrendo,
Arrollar el tropel de conjurados,
Y tus pasos guiar... ¡Cuál mi tormento,
Cuál creció mi furor, cuando impelido
De tanta multitud corro y te pierdo,
Y grito, y no respondes, y me arrojo
A la cerrada turba, la penetro,
Te busco por do quier y no te hallo!...
Ciego, desesperado, apeteciendo
Hallar la muerte, *¡ah, pérfidos traidores!*
Grito con ronca voz, y revolviendo
Acá y allá la centellante espada,
Acometo á los viles, que dispersos
Sálvanse apénas con la presta fuga...
Al confuso clamor, al ronco estruendo
De las armas, acuden conjurados,
Crece su bando, dóblase su aliento,
Me cercan, me amenazan... los insulto,
Resisto... inútilmente: el fuerte acero
Salta roto á los golpes, y no alcanza
A sostenerme mi rendido esfuerzo.
Desarmarme, caer y abalanzarse
La turba sobre mí, fué en un momento;
¡Muera! sonó en mil labios; mil puñales
Vi amenazar mi inalterable pecho.—
Cierta era ya mi muerte, cuando llega
El caudillo Guzman, oye mi acento,
Reconoce á su amigo, habla, intercede,
En sus brazos me ampara, y dividiendo
El confuso tropel, me restituye

La vida y libertad.—¡Oh! ¡cuán funesto
Me pareció su.dón en aquel punto!...
Aun mal seguro, de tu suerte incierto,
Ansioso de salvarte, horrorizado
Al contemplar el inminente riesgo
De la patria, discurro por las calles,
Perdida la razon, con mil afectos
El corazon turbado... Al tiempo mismo,
Los conjurados, cual torrente inmenso,
La ciudad inundaban; á sus voces
Con ronco estruendo retumbaba el viento,
Y un lúgubre silencio sucedia,
Redoblando el horror. — Yo los vi ciegos
Correr calles y plazas, y furiosos,
Las antorchas frenéticos blandiendo,
Amenazar incendio, y muerte, y ruina...
Confuso, sorprendido el triste pueblo,
¿Qué pudo hacer en tan fatal conflicto?
Callar, temblar, ceder...

VIUDA.

¿No queda medio
De salvarnos?

MENDOZA.

Ninguno.

VIUDA.

¿Ni la fuga?

MENDOZA.

Cercado está el alcázar; por momentos
Llegarán los contrarios... Su venida
En dura incertidumbre ansia Toledo,
Por evitar los bárbaros horrores
Del popular tumulto; entre ambos riesgos
El yugo elige por gozar reposo.

VIUDA.

¡El yugo elige!

MENDOZA.

A tan fatal extremo
La redujo el destino.

VIUDA.

Yo, más fuerte,
De mi destino triunfaré.

MENDOZA.

No es tiempo...

VIUDA.

¿Tienes valor?

MENDOZA.

Lo sabes.

VIUDA.

¿Mis mandatos
Juras obedecer?

MENDOZA.

A tu precepto
Sabré morir.

VIUDA.

Más duro sacrificio
Voy á exigir de tu amistad.

MENDOZA.

Mi esfuerzo...

VIUDA.

Quizá no baste á tan terrible prueba...

MENDOZA.

Bastará.

VIUDA.

Hiere, pues.—Hiere mi pecho,
Líbrame del cadalso y de la infamia;
¡Grata será la muerte que deseo,
Si de tu amiga mano la recibo!...
Mas presenciar el bárbaro contento

Del vencedor, y ver á sus verdugos
Ligar mis brazos con pesados hierros,
Conducirme al suplicio entre los ayes
Del pueblo amedrentado... ¡Ah! los perversos
Le vedarán hasta el llorar mi muerte;
Y á la crueldad uniendo el menosprecio,
«*¡Ved vuestro triunfo!*» gritarán feroces,
Al presentarle mi cadáver yerto...
¡Ay, caro amigo!... á tan tremenda imágen
La voz me falta y ríndese mi aliento...
Si á compasion te mueven mis desgracias,
Líbrame de tan bárbaros tormentos.

MENDOZA.

Templad vuestro dolor...

VIUDA.

Sé compasivo:
¡Hiéreme, por piedad!

MENDOZA.

¡Hasta qué exceso
Os lleva la pasion! —Acostumbrada
A sufrir el rigor del hado adverso,
Quizá juzgais mayores vuestros males
Cuando van á finar.

VIUDA.

Sólo hay un medio.
De que acaben... la muerte.

MENDOZA.

Vos, vos misma
Redoblais vuestro amargo sentimiento,
Imaginando riesgos que no existen;
Amigos y contrarios sus esfuerzos
Unen para salvaros; con clemencia
Os brinda el vencedor; y Laso mesmo...

VIUDA.

¡Confias en tiranos y alevosos!

MENDOZA.

En su interes, no en su virtud.—Cómpleto
Ven ya su triunfo, y afianzado el trono
Que alzó en Castilla el despotismo fiero...
¿Qué les valiera derramar más sangre?
¿A qué un nuevo delito sin provecho?
Vivid, vivid segura...

VIUDA.

¿Con infamia?

MENDOZA.

En dulce paz, que por tan largo tiempo
Huyó de vuestro seno.

VIUDA.

¡Yo rendida
Ante los piés del vencedor, pidiendo
Besar la torpe mano salpicada
Con sangre de mi esposo!... ¡Antes los cielos
Castiguen mi perjurio con sus rayos!
¡Antes morir mil veces!

MENDOZA.

¡Tal acento
En boca de una madre!

VIUDA.

De la esposa
Del inmortal Padilla.

MENDOZA.

Los afectos
Que natura os inspira...

VIUDA.

Mi promesa...

MENDOZA.

Olvidad vuestro horrible juramento:
Recordad que sois madre...

VIUDA.

Sí...

MENDOZA.

¡Sois madre!
Huérfano, solo, abandonado...

VIUDA.

¡Oh cielos!

MENDOZA.

Con vuestra muerte, el inocente hijo
Al insulto y furor quedára expuesto.

VIUDA.

El inocente...

MENDOZA.

Entre el comun conflicto,
Sólo él disfruta de apacible sueño;
Allá reposa, ajeno de sus males...
¡Cuál fuera su dolor y desaliento,
Si al despertar, buscando las caricias
De tierna madre, hallára el triste lecho
De sañudos semblantes rodeado!

VIUDA.

¡Hijo de mis entrañas!... Heredero
De la funesta gloria de sus padres,
¡Sé más feliz que entrambos!... ¡Ah! no puedo
Imitar la constante fortaleza
Del glorioso Padilla... El, resistiendo
Al paternal amor con alma heroica,
Por no abatir el indomable cuello,
Dejaba al hijo en luto y desamparo...

MENDOZA.

¡No!... Le dejaba en el materno seno:
Le dejaba en tus brazos amorosos;
Tu pecho, escudo á su sencillo pecho
Era, tu vida amparo de la suya...
Pero sin tí...

VIUDA.

¡Infeliz!... ¡Ni áun el consuelo
De recibir mi postrimer abrazo!...

MENDOZA.

¿Qué pronunciais?... Mas en tus ojos veo
Brotar, á pesar tuyo, el tierno lloro:
Triunfa naturaleza... A sus preceptos
¿Cómo una madre resistir pudiera?

VIUDA.

Triunfa, sí, triunfa; y el fatal secreto
De mi flaqueza arranca... ¡Ay! no publiques
De una mísera madre el desconsuelo;
Oculta mis temores, mis angustias;
Guarda ilesa mi fama...

MENDOZA.

Te prometo
Guardar tu honor y vida...

VIUDA.

La de un hijo
Encargo á tu cuidado... ¡Ultimo obsequio
Que puede hacerte mi amistad! Defiende
Su débil existir... ¡graba en su pecho
El amor á sus padres, la memoria
De su gloriosa muerte, y odio eterno
A los viles tiranos!... ¡Teman, teman
Que preserve su vida el justo cielo,
Para vengar á la oprimida patria!

MENDOZA.

¿Qué delirio os perturba? ¿Y eran estos
Los tiernos sentimientos que anunciaba
Vuestro lloro? ¡Insensato! ¿A qué pretendo
Aconsejar á quien mi voz no escucha?
Con dura voz é irresistible acento
Convencerá vuestra tenaz porfía...

VIUDA.

¿Quién?

MENDOZA.

La necesidad.—El yugo es cierto;
Inútil el furor... Venganza, fuga,
Hasta la muerte es imposible.

VIUDA.

¡El cielo
Nunca niega ese arbitrio al desgraciado!

MENDOZA.

Esta vez lo negó.—Suena el estruendo;
Amigos y enemigos á porfía
Vuelan para salvaros...

(Suena á lo léjos el estruendo de los conjurados.)

VIUDA.

Ya te veo,
Terrible Sombra, alzarte amenazando,
Y señalarme el desangrado cuello
Y las hondas heridas... Ya te escucho
Recordarme el tremendo juramento...
¡Antes muerta que esclava! Vuelve, vuelve
Al sepulcro tranquila... Te obedezco.

MENDOZA.

¡Qué ciego frenesí!

VIUDA.

¡Querido esposo!

(Crece cada vez más el estruendo y la confusion.)

PUEBLO Y CONJURADOS. (Desde adentro.)

¡Perdon! ¡perdon!

MENDOZA.

¿Escuchas los acentos?

VIUDA.

Me apresuran la muerte...

MENDOZA.

Te perdonan.

VIUDA. (Dirigiéndose al tropel, que se acerca.)

¡Esclavos, que abomino y que desprecio,
Gozad vosotros del perdon infame:
Mi libertad hasta el sepulcro llevo!

(Saca prontamente un puñal, hiérese, y al caer la sostiene Mendoza; al mismo tiempo que salen precipitadamente Laso y Lopez, seguidos de soldados del ejército real, y de un tropel de conjurados con armas y hachas encendidas.)

FIN DE LA TRAGEDIA.



LA NIÑA EN CASA,

Y LA MADRE EN LA MÁSCARA.

COMEDIA.

ADVERTENCIA.

Como el mejor de nuestros poetas cómicos modernos habia ya presentado en varios cuadros las resultas de la educacion apocada y monjil, que solia darse á las hijas en España, me propuse por argumento de esta composicion censurar un vicio diferente, más comun en el estado actual de nuestras costumbres; cual es el que se origina, en el teatro del mundo, del mal ejemplo y del descuido de las madres. El público, al parecer, ha juzgado fiel la pintura; habiendo acogido favorablemente esta comedia, representada por primera vez en Madrid, á fines del año de 1821, y posteriormente en los demás teatros de España, y en algunos de América.

Hallándose el Autor en París, se representó con gran éxito en aquella capital un *vaudeville* en dos actos, con el mismo argumento y situaciones principales que esta comedia: tenia por título: *La Mère au bal et la fille à la maison.*

PERSONAS.

DOÑA LEONCIA, *madre de doña Inés.*
DOÑA INÉS.
DON PEDRO, *hermano de doña Leoncia.*
DON LUIS.
DON TEODORO.
JUANA, *criada de doña Leoncia.*
PERICO, *criado de don Teodoro.*

La escena en Madrid, en la casa de doña Leoncia.

El teatro representa una sala decentemente adornada, con una puerta en el foro, por la que se entra de la calle; á la derecha la puerta de la habitacion de don Luis; á la izquierda la del cuarto de don Pedro; en el mismo lado otra puerta que conduce á las demás habitaciones de la casa.

LA NIÑA EN CASA,

Y LA MADRE EN LA MÁSCARA.

COMEDIA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS Y DON PEDRO, *que entra de la calle.*

DON PEDRO.

¡Jesus, qué plomo de hombre!...
Perdone usted el mal rato,
Amigo don Luis; ahí cerca
Tropecé, por mis pecados,
Con un eterno hablador,
Que me ha tenido hora y cuarto,
Sin dejarme respirar.

DON LUIS.

Sólo siento que ha pasado
La hora de ir á nuestro asunto.

DON PEDRO.

¿Qué remedio? Si no han dado
Las doce y tocan á misa,
Aun me tiene el judiazo
Del mercader en la calle...
¡Qué charlar! Un escribano

Y un procurador hambriento
No ensartan más; pero al cabo
Dió una noticia importante,
Y es que á Cádiz ha llegado
Correo de Veracruz.

DON LUIS.

Ya estaba yo con cuidado,
Sin noticias de mi padre.

DON PEDRO.

Pues mi dichoso cuñado
Tampoco ha escrito en diez meses;
Estarán apisonando
Talega sobre talega,
Y más que de arriba abajo
Se hunda el mundo. Yo no sé
Como resolvió enviaros
Vuestro padre á pretender...

DON LUIS.

Nunca me sentí inclinado
Al comercio.

DON PEDRO.

Pues tampoco
Aprendereis, en diez años,
El papel de pretendiente;
Teneis juicio, sois honrado,
Ni adulais ni sois molesto...
¿Y quereis venga á buscaros
La toga? ¡No es mal capricho!

DON LUIS.

Pasaré con más descanso
Mi vida; ¿qué se ha de hacer?

DON PEDRO.

Eso sí, tan mesurado
Siempre... Mas de algunos dias

A esta parte os he notado
Que estais triste y pensativo:
¿Qué teneis? Habladme claro,
Ya conoceis mi carácter:
Si aquí en casa os han faltado
Al obsequio que se debe...

DON LUIS.

No cabe más agasajo
Que el que todos me dispensan.

DON PEDRO.

Si algun pícaro criado
No os sirve como á mí mismo...

DON LUIS.

Todos se esmeran...

DON PEDRO.

Si acaso
La niña con sus vivezas
Os ha disgustado en algo...

DON LUIS.

No, no por cierto, don Pedro.

DON PEDRO.

Ya lo acerté: os ha enfadado,
Con alguna impertinencia,
Mi bendita hermana, claro:
Ella es buena, es obsequiosa,
Tiene un corazon honrado;
Pero ¿cabeza? ya va;
Siempre en sus modas pensando,
Siempre haciéndose la niña...

DON LUIS.

Pero, señor...

DON PEDRO.

Ya he notado
Que no estais contento en casa;

Y si mi hermana ó mi diablo
Tiene la culpa, le juro...

DON LUIS.

Por Dios, que os estais cansando,
Y no es nada, nada de eso...

DON PEDRO.

La verdad, yo he sospechado
Que ya no os gusta Inesita
Como al principio; soy franco:
Y segun mis conjeturas,
Vuestro padre y mi cuñado
Os enviaron á España,
Con el proyecto entre manos
De casar los herederos.
No porque felices ambos
Vivais en el paraíso;
No, por cierto, ni soñarlo:
A estilo de comerciantes,
Con el tintero en la mano,
Ajustarian la boda
Como azúcar y cacao:
Veinte pones, veinte pongo,
Son cuarenta, y llevo cuatro.
Esto es sólo una sospecha;
Pero, pues solos estamos,
Imitando mi franqueza,
Decidme si voy errado.

DON LUIS.

No lo sé; pero Inesita...

DON PEDRO.

No os desagrada...

DON LUIS.

Es un pasmo
De belleza, su carácter

Ingenuo, afable su trato,
Dócil, discreta, festiva...

DON PEDRO.

Pues, hombre, ¿en qué estais pensando,
Que no la sacais de penas?
¿Me poneis los ojos bajos
Y callais á lo novicio?
Será preciso con garfios
Arrancaros las respuestas;
Tiene ligeros los cascos
La muchacha, ¿no es así?...
Mujer, diez y siete años,
La educacion de la córte,
Las amiguitas, el trato
Con mozalvetes del dia,
La madre... ya tropezamos
Con la piedra... ¿No es verdad?

DON LUIS.

Puesto que estais empeñado
En que he de satisfaceros,
Os mostraré ingenuo y franco
Mi corazon.

DON PEDRO.

Por supuesto.

DON LUIS.

Con usted sólo; y guardando
El secreto que es debido,
Tomar pudiera en mis labios
A una familia á quien debo
Tantos favores...

DON PEDRO.

Al grano.

DON LUIS.

Omito el decir á usted

Cuán pronto quedé prendado
De Inesita; la amé tierno:
Busqué en sus ojos el pago
De mi amor, cobré esperanzas;
Mis expresiones hallaron
Ternura, en vez de desvío;
Y, ciego de enamorado,
No aspiraba á más ventura
Que á lograr su hermosa mano;
Pero bien pronto mis gustos
Acibaró el desengaño;
Hallé voluble su genio,
Y que los malos resabios
De una educacion de moda,
Iban sin cesar labrando
En su corazon sencillo:
A tertulia, desde el palco,
Al baile, desde el paseo,
Sin aficion al cuidado
Ni al arreglo de la casa,
En los objetos más vanos
Consumió su atencion toda.
Desde entónces fuí notando,
Que á su pasion sucedia
El despego más extraño;
Que hallaba adusto mi genio,
Porque, su bien anhelando,
No alababa sus caprichos;
Como los jóvenes fatuos
Que de contínuo la cercan:
Uno de ellos...

DON PEDRO.

¿El bellaco
De don Teodoro?

DON LUIS.

Ese mismo;
Su orgullo lisonjeando,
Pintándole el matrimonio,
No como el yugo templado
Del amor y de las leyes,
Sino como el medio franco
De gozar más libertad,
Le hizo ver en mí un tirano
Que aspiraba á esclavizarla.
A los consejos dañados
De su amistad lisonjera,
Muy en breve se mezclaron
Los obsequios amorosos...
En fin, para no cansaros,
Me robó (¡ay triste!) el amor
De Inesita, siendo vanos
Mis esfuerzos por mostrarle
La razon; su pecho incauto,
Más expuesto por más dócil,
No resistió al falso halago
Del amor propio, al deseo
De lucir en el teatro
Del mundo, cual sus iguales,
Al mal ejemplo inmediato
De una madre inadvertida...
Pero hablar con un hermano
De estas cosas, es muy duro...

DON PEDRO.

Sí, pues estaré esperando
A que me digais que es loca...
Hace unos cuarenta años
Que tuve yo esa noticia.

DON LUIS.

No quise yo decir tanto,

Ni fuera razon tampoco;
Sólo si manifestaros
Que, no ménos que su hija,
Es víctima del contagio
General de las costumbres;
Por no sufrir los sarcasmos
De la turba corrompida
De insolentes cortesanos,
Sigue del lujo y la moda
Los extravagantes pasos,
Sin que la edad la corrija,
Ni la enmiende el desengaño.
Sé muy bien que es incapaz,
Aunque en riesgo tan cercano,
De faltar á los deberes
Del honor y de su estado;
Pero á un orgullo pueril
Su opinion sacrificando,
Más que ser mala, procura
Ante el mundo aparentarlo.
A su hija misma disputa
Los obsequios y agasajos
De jóvenes pisaverdes;
De esta lucha resultando
Mil lances, que dan materia
De diversion á los vagos,
Y de lástima á los cuerdos.
Yo que tan interesado
Estoy en su propio honor...
Me parece que oigo pasos,
Y sintiera...

DON PEDRO.

Étela aquí,
Que viene por su retrato.

ESCENA II.

DON LUIS, DON PEDRO, y DOÑA LEONCIA, *que entra de la calle, y se sienta despues.*

DOÑA LEONCIA.

Si no me da un tabardillo,
Tengo la sangre de hielo:
¡Qué Madrid! Ni un lugaron
De la Mancha estará ménos
Surtido... Nada de gusto...

DON PEDRO.

Téngalos usted muy buenos.

DOÑA LEONCIA.

¿Ahí estás tú, linda maula?
¡Vengo para cumplimientos
Segun el humor que traigo!

DON LUIS.

¿Venís mala?

DOÑA LEONCIA.

No por cierto,
Don Luisito; son cuidados
Que las señoras tenemos.

DON PEDRO.

¿Y cuál es el que te aflige?...
Un abanico te apuesto
A que lo acierto.

DOÑA LEONCIA.

¿A que no?

DON PEDRO.

¿No hay palco en el coliseo
Este Carnaval?

DOÑA LEONCIA.

El doce.

DON PEDRO.

¿Se ha puesto el doguillo enfermo?

DOÑA LEONCIA.

Tampoco.

DON PEDRO.

Va la tercera.

DOÑA LEONCIA.

No te devanes los sesos,
Porque no lo has de acertar.

DON PEDRO.

Ello es de grave momento.

DOÑA LEONCIA.

Ya se ve.

DON LUIS.

¿Podrá saberse?

DOÑA LEONCIA.

Para la noche tenemos
Una máscara dispuesta;
Y esta mañana me encuentro
Que me faltan mil adornos
Para el traje... Busco, veo,
Registro tiendas, modistas...
¡Todo antiguo, todo viejo,
Ningun capricho gracioso!...

DON PEDRO.

¡Vaya! si no hay ya gobierno
En este Madrid.

DOÑA LEONCIA.

¿Te burlas?

DON PEDRO.

No tal; ántes me lamento

De que está el mundo perdido;
Pero, dime, ¿dónde bueno
Va la música esta noche?

DOÑA LEONCIA.

Casa de aquel caballero
Tan rico de Andalucía...

DON PEDRO.

Así es muy fácil el serlo,
Con deber y no pagar...

DOÑA LEONCIA.

Eso sí, darle de recio
A la espada de dos filos,
Desollar... ¿Y qué tenemos?
Con tomar agua bendita,
Te quedas luego tan fresco.

DON PEDRO.

Supongo que irá la niña
A la fiesta.

DOÑA LEONCIA.

No, por cierto;
Se queda en casa.

DON PEDRO.

¿Y por qué?
La máscara es un portento
Para escuela de moral.

DOÑA LEONCIA.

Pues por lo mismo no quiero
Llevarla donde hay desórden.

DON PEDRO.

En dándole el buen ejemplo
De ir su madre la primera...

DOÑA LEONCIA.

¡Hola! ¿Con que ya tenemos
Predicador cuaresmal?

DON PEDRO.

Fuera sermon en desierto.

DOÑA LEONCIA.

Te he dicho ya que voy sola,
Que en casa á Inesita dejo,
Porque luego no me gruñas.

DON PEDRO.

Maldito si te agradezco
La fineza ; ¿ te parece
Que la causa no comprendo?
Es que el padre provincial
Se deja encerrado al lego,
Para retozar más libre...

DOÑA LEONCIA.

¡ Ay, qué lengua !

DON PEDRO.

Porque entiendo
A la gente veterana...
¿ No ves que soy perro viejo?...
Yo no sé, amigo don Luis,
Si os divertirá lo mesmo
Que á mí : cuando voy á un baile,
Como ni danzo ni juego,
Ni echo flores á las damas ;
De una silla me apodero,
Y no pasa alma viviente
Sin que pague su derecho,
Como en portillo de guardas.
Pero en nada me entretengo
Como en mirar á las viejas,
Cuando grita el bastonero :
¡ Contradanza ! Aquí fué Troya...
Las jóvenes, al momento,
Cada cual con su pareja,

Se colocan, por supuesto,
A la cabeza del baile;
Los generales más diestros
Desde allí ordenan el plan;
Dan la voz de mando, y luégo
Las órdenes se circulan
Al batallon de refuerzo,
Que se extiende á retaguardia;
Por lo regular compuesto
De muchachuelas bisoñas,
Y cadetes inexpertos.
Pues aquí, amigo don Luis,
Es donde encuentran su puesto
Las inválidas ilustres,
Que, llenas de honrosos premios
En cien años de servicio,
Aspiran á más trofeos.

DOÑA LEONCIA.

¿Callarás?

DON PEDRO.

Allí es el verlas
Mover el pesado cuerpo,
Al veloz paso de ataque;
Allí el correr sin aliento,
Descargando medio siglo
Sobre el pobre compañero...

DOÑA LEONCIA.

¡No basta ya la paciencia (Levantándose.)
Para un hablador tan necio!

DON PEDRO.

Pues callaré; estáte quieta;
Si no te enfadas, te tengo
Que preguntar una cosa.

DOÑA LEONCIA.

Pues díla.

DON PEDRO.

¿Saber podremos...
Dónde has dejado á Inesita?

DOÑA LEONCIA.

Estará de vuelta luégo;
Fué casa de unas amigas...

DON PEDRO.

¿No lo dije?... Devaneos
De una madre casquivana,
Descuidos que en algun tiempo
Pueden costarnos muy caros.

DOÑA LEONCIA.

Fué con Juana...

DON PEDRO.

¡Buen sugeto!

DOÑA LEONCIA.

Es muchacha de razon.

DON PEDRO.

No la iguala el Cancerbero,
Para guardar un serrallo...

DOÑA LEONCIA.

¡Ni hay honra que esté á cubierto
De tu lengua!

DON PEDRO.

Pero, díme,
Mujer: ¿te parece cuerdo
Dejar ir con la criada
A la niña?

DOÑA LEONCIA.

No está lejos
La casa.

DON PEDRO.

Pues más cercano
Está á las veces el riesgo.

DOÑA LEONCIA.

Ya les dije que cuidado...

DON PEDRO.

¡El aviso fué discreto!
¿Y por qué no fuiste tú?

DOÑA LEONCIA.

¿Con que no podré un momento
Separarme de mi hija?...

DON PEDRO.

Por mi voluntad, ni medio.

DOÑA LEONCIA.

¡No era mala esclavitud!

DON PEDRO.

Para madres de estos tiempos
Dices bien: les duele mucho,
En las calles y paseos,
Llevar la fe de bautismo
Por delante; y yo por eso
No les diera otro castigo,
¿Ni cabe mayor tormento
Que ver andar á la niña
Como un bergantin velero,
Y detrás ir á remolque
El casco pesado y viejo
De la madre, aparentando
Que sale del astillero?...
Y lo más triste del caso
Es, cuando el diablo travieso
Les sugiere á las muchachas,
Que al ir pasando por medio
De un corro de pisaverdes,
Vuelvan la cara diciendo:
Madre... madre... ¡Haya malvadas!...

DON LUIS.

¡Hola! Inesita...

DOÑA LEONCIA.

¡Me alegro!

ESCENA III.

DON LUIS, DON PEDRO, DOÑA LEONCIA, DOÑA INÉS, JUANA.

DOÑA INÉS.

Luisito, muy buenos dias;
¡Felices! tio; ¿no he vuelto
Pronto, mamá?

DOÑA LEONCIA.

Sí, mis ojos.

DOÑA INÉS.

Hemos venido corriendo
Por no tardar.

JUANA.

Y unos coches,
Sin querer, nos detuvieron
Ahí en la Puerta del Sol.

DON PEDRO.

Por eso, Juana, no es bueno
Ir por calles excusadas.

JUANA.

Pues siempre busco lo ménos
Concurrido...

DON PEDRO.

Se conoce.

JUANA.

No tengo sabroso el genio,

Para sufrir los moscones
Que al pasar echan requiebros.

DON PEDRO.

Haces bien.

JUANA.

Yendo cruzando
Por la esquina de Correos,
Nos requebró un perillan;
Y si el brazo no detengo...

DON PEDRO.

¿Seria algun hombre indecente?...

JUANA.

Sí, señor.

DON PEDRO.

Tan descompuesto,
Tan mal vestido...

JUANA.

¡Seguro!

DON PEDRO.

Mala cara...

JUANA.

Hasta era tuerto.

DON PEDRO.

Viejote...

JUANA.

¿Pues le vió usted?...

DON PEDRO.

No, Juana, pero sabiendo
Tu virtud, sospeché al punto
Que era horrible, pobre y viejo.

DOÑA LEONCIA.

No hagas caso. (A Juana.) Yo no he visto
Unos colores más feos... (A Doña Inés.)

(Doña Leoncia y doña Inés habrán estado examinando, durante este diálogo, algunas cintas que ha traido la última.)

DOÑA INÉS.

Acérquese usted, Luisito,
A dar su voto.

DON LUIS.

No entiendo,
Inesita, de esas cosas;
Y errára de medio á medio.

DOÑA INÉS.

¿Cuándo ha de aprender usted
A ser un buen consejero
De tocador?

DON LUIS.

Me parece
Que si no mudo de genio,
Tarde ó nunca.

DOÑA LEONCIA.

Yo no he visto
Un mozo ménos dispuesto
A complacer á las damas:
¿Tan poco le merecemos
A usted?

DON LUIS.

Todo lo contrario:
No hay quien haga más aprecio
De las señoras que yo;
Sé la atencion y respeto...

DOÑA LEONCIA.

¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué atrasado!
Ni un finchado caballero
Portugues dijera más.
Conviene vayais perdiendo
Los resabios de provincia;
Es menester más despejo,
Mayor franqueza en el trato

Con las damas; sois discreto,
Y oscureceis vuestras prendas
Con tanto comedimiento.

DOÑA INÉS.

Lo mismo le digo yo.

DOÑA LEONCIA.

¿No sabeis que fray Modesto
Nunca llegó á provincial?
Adquirid cierto gracejo,
Cierta viveza y donaire
Para hablar al bello sexo.

DOÑA INÉS.

¿Lo ve usted?

DOÑA LEONCIA.

¡Y cuántas veces
Un equívoco travieso,
Una alusion maliciosa
Hará lucir vuestro ingenio,
Y os conquistará el amor
De una dama!

JUANA.

Yo reniego
De los hombres taciturnos;
¡Pero los hay hechiceros,
Tan gitanos, tan graciosos...
A mí más me gusta un feo
Con sal...

DON PEDRO.

¡Bravo! ¿Tambien tú
Te has metido á dar consejos?
¡La de la sal!... de cocina
Y de echársela al puchero
Entenderá, si la dejan.—
No os faltan buenos maestros,

Don Luisito, y en dos dias,
Un cortesano completo
Podeis salir de esta casa...
Por mi parte, lo que siento
Es no hallarme ya en edad... (A Doña Leoncia.)
¿Lo dudas? Pues no soy lerdo;
Y á mí con pocas lecciones
Bastaba; que bien comprendo
Acá traducida en tonto
La leccion: á ver si miento:
Escuche usted, don Luisito,
La urbanidad y el respeto
Con las damas, son ya propios
De señoritos gallegos,
O mayorazgos de aldea;
Los jóvenes de talento
Y educacion cortesana
Han de ser libres, resueltos,
Con casadas y solteras;
Y sólo se exige de ellos
Que doren con algun chiste
Sus insolentes conceptos.
Entónces no hay que temer;
La de más adusto genio
Os da con el abanico
Un golpecito, diciendo:
¡Vaya, que es usted el diablo!
¿Cuándo ha de estarse usted quieto,
Y tener juicio?... La madre
De carácter más severo
Os dice, guiñando el ojo:
«*Repare usted que hay enfermos,*
Y no es ocasion de hablar...»
Las niñas, al mismo tiempo,
Retozándoles la risa

Y con la vista en el suelo,
Procuran disimular
Que la indirecta entendieron...

DOÑA LEONCIA.

¡ Corta !... ¡ corta !... ¡ Qué tijera !

DON PEDRO.

¿ No voy bien, señor maestro?

ESCENA IV.

DON LUIS, DON PEDRO, DOÑA LEONCIA, DOÑA INÉS, JUANA, DON TEODORO.

DON TEODORO.

¡Toda la familia junta!
Así me gustan las casas,
Arregladitas... Señoras,
A ustedes fuera insultarlas
Preguntarles cómo están;
Basta el mirarles la cara,
La tez, el color... Me alegro (A don Pedro.)
De veros, que há una semana
Que no lograba ese gusto.

DON PEDRO.

Yo le doy á usted mil gracias
Por su atencion.

DON TEODORO.

Hay personas
Que naturalmente agradan
Por su buen ángel...

DON PEDRO.

¡ Seguro!

DON TEODORO.

Se lo dije á vuestra hermana
Desde que os ví.

DOÑA LEONCIA.

Ciertamente.

DON TEODORO.

Aunque uno tenga sus faltas,
Ligerezas de muchacho,
El mérito siempre encanta
Donde quiera que se halle...

DON PEDRO.

Deje usted...

DON TEODORO.

Se me antojaba
Que áun se os conoce un poquito
La fluxion.

DON PEDRO.

No será nada.

DON TEODORO.

Con todo, algun cocimiento
De flor de llanten y malvas...

DON PEDRO.

Voy mejor, gracias á Dios.

DON TEODORO.

Es que si luego se arraiga
Ese dolor... Ya se ve:
Meditaciones, la larga
Lectura, graves cuidados...

DON PEDRO.

La edad, la edad.

DON TEODORO.

¡Pues no es mala
La aprension! ¿Usted se burla?

La edad... Quisiera acertarla...
A ver si le yerro mucho:
La vista viva, la planta
Firme... Serán... ¿treinta y ocho?

DON PEDRO.

Y otros doce de adehala.

DON TEODORO.

No es posible.

DON PEDRO.

Cuente usted:
Soy el mayor, y á mi hermana
Le llevo unos cinco años...

DOÑA LEONCIA. (Con suma viveza.)

Teodoro, oiga usted.

DON PEDRO. (Aparte.)

Aguanta,
Que yo ya me he sacudido
El zángano.

DOÑA LEONCIA.

¿Qué se habla
Hoy por la Puerta del Sol?

DON TEODORO.

De noticias de importancia
Pocas, muy pocas; anoche
Anduvieron á estocadas
En la partida de juego...
¡Si la paciencia no basta
Para sufrir al marqués!...
¡Qué trapalon!... Triunfa, gasta,
Juega, miente, petardea!...
¡Pues la mujer... ya es alhaja!
Y su eterno cirineo
No es muy bobo... Mesa franca,
Coche puesto, ropa limpia...

Pero ciertas voces andan
De que va á perder el pobre
La prebenda, y que la sacan
A oposicion... Pues yo apuesto
A que el capitan la gana,
Entre dos mil concurrentes:
No hay quien asalte una plaza...
De amor, ni un plato sopero
Con más arte... Hasta á la maula
De la Isabel engañó;
Bien que la niña...

DON PEDRO.

Ya escampa.

DON TEODORO.

Desde el año de ocho acá
Ha desplumado en sus garras:
Tres oficiales franceses,
Dos polacos, al fantasma
Del contador italiano...
¿Y de los nuestros? No es nada:
A un consejero, á un doctor,
Al ricote de la Habana
Que quebró... ¿No os acordais? (A doña Leoncia.)
El que tuvo las palabras
Con aquel capigorron,
Que con la andaluza gasta
Todo el beneficio simple...

DOÑA LEONCIA.

No caigo.

DON TEODORO.

Y ella se llama...
¿No la conoceis, don Pedro?
Una buena moza, alta,
Blanca y rubia... el mejor fruto

Que han dado las Alpujarras...
¿Ni usted, Luisito?

DON LUIS.

Tampoco.

DON TEODORO.

Pues es preciso que Juana
Haga memoria: la madre
Va vestida de beata,
Con sayal de san Antonio.

JUANA.

¿La que salió desterrada,
Por hallarle aquel marido
El contrabando en su casa?

DON TEODORO.

La misma; jamás he oido
Ocurrencia de más gracia:
¿No la sabe usted, don Pedro?
Pues fué entónces muy sonada...

DON PEDRO.

¿Quiere usted venir, Luisito:
Concluiremos en mi sala
La cuentecilla pendiente?

DON LUIS.

Como usted guste.

ESCENA V.

DOÑA LEONCIA, DOÑA INÉS, JUANA, DON TEODORO.

DON TEODORO.

Me agrada
El modo de despedirse:
A la francesa... Son mañas
De los señores de juicio:

Si se les dice una chanza,
Se ponen serios; y luego
De noche toman la capa,
Se calan bien el sombrero,
Van volviendo atras la cara,
Y andan armados en corso
Cruzando por la Fontana.

DOÑA LEONCIA.

Hoy venís de buen humor.

DON TEODORO.

¡Pues si es verdad; si me enfadan
Pecadores vergonzantes
De guardilla!...

DOÑA LEONCIA.

No me engañan
A mí tampoco.

DON TEODORO.

¡El Luisito!... (A Doña Inés.)
Pues de esta vez no se escapa
Sin que sepais sus milagros...
¿Sonó la puerta?...

DOÑA LEONCIA.

No es nada.

DON TEODORO.

Capaces son de escucharnos...

DOÑA LEONCIA.

Pues vamos á la otra sala,
Y allí con satisfaccion...

DON TEODORO. (A doña Inés.)

En sabiendo usted las gracias
Del tal novio, no haya miedo
Que sienta perder la alhaja.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INÉS y JUANA, *en ademan una y otra de coser algunos adornos mujeriles.*

JUANA.

¿Por eso tan abatida?
No lo creyera á no verlo.

DOÑA INÉS.

¿Te parece poco?

JUANA.

¡Vaya!
Nunca ha llorado por ménos
Una mujer... Señorita,
Si usted no ensancha ese pecho,
Va á ser mártir en el mundo.
Yo tambien tuve algun tiempo
Disgustos y niñerías:
Quise bien, rabié de celos,
Y una riña con el novio
Bastaba á quitarme el sueño;
¿Y qué saqué? Desengaños.
¿Querer á los hombres? ¡Fuego!
Fingir amor, engañarlos,
Echar á cien el anzuelo:
Si uno se escapa, otro cae;
Si uno se muere, otro al puesto;

Y en clavándose algun bobo,
Casorio, y negocio hecho.

DOÑA INÉS.

No me aflige el no casarme;
Aunque en verdad te confieso
Que amo á Teodoro, y quisiera
Sin obstáculos ni riesgos
En breve llamarle mio...
Sólo este estado violento
De incertidumbre y de dudas,
El ver sus finos obsequios
A mi madre, el verme esclava,
Y que áun decir que le quiero
Ha de ser en mí delito...

JUANA.

¡Ahí es nada! ¿No ha de serlo?
¡Una soltera querer!
No faltaba más. Un gesto,
Una seña, una mirada,
Es peor que un sacrilegio
En una pobre doncella.
«Niña, cuidado con eso;
»No vuelvas atrás la cara;
»No me gustan secreteos;
»No te asomes á la reja...»
¡Mal haya tantos consejos
De las madres! ¿Y por qué
No dan ellas el ejemplo?...
Pero es la ley del embudo;
En ellas todo está bueno:
Bailan, juegan, se divierten,
Llevan al lado el cortejo,
Dejan en casa al marido...
Y el pueblo, el bendito pueblo
¿Qué dice?... Nada; que es moda.

¿Pues cuándo llegará el tiempo
De moda para nosotras?

DOÑA INÉS.

Calla, loca.

JUANA.

¡Si me quemo
De ver lo que pasa hoy dia!
Las unas tienen derecho
De hacer cuanto les da gana;
¿Y las otras? Ni por pienso:
La opinion... el qué dirán...
El pudor, el embeleco...
¡Ay, Dios mio! ¡Quién saliera
De este triste cautiverio,
Y lográra echar el gancho
Aunque fuera á un moro negro!
Pero no, que al tal Perico
Le he de cantar un solfeo
Que no ha de querer oirme...
Y usted, señora, lo mesmo
Debiera hacer con su amo...

DOÑA INÉS.

No dices mal.

JUANA.

Pues á ello:
Hoy mismo, si hay ocasion,
Hablarle poquito y bueno.
Por él ha dejado usted
A don Luis, que aunque es tan serio,
Al fin es jóven y rico;
Por él está usted sufriendo
La mala cara del tio;
Por él no tiene un momento
De tranquilidad y gusto:

Si habló á mi madre en secreto,
Si la acompañó al teatro,
Si juntos los dos se fueron
Al baile...

DOÑA INÉS.

¡Mira esta noche
Lo que me espera!...

JUANA.

¡Reniego
De quien lo sufre! Nosotras
En nuestro cuarto cosiendo,
Luego á cenar como monjas,
Y á la cama; miéntras ellos
Á la comedia, á la danza,
Á estar bailando y riendo
Hasta ya salido el sol...
Vendrá muy cansada luego
La mamá; se acostará;
Nos levantarémos quedo,
No despierte y se incomode...
¡Vaya! No tengo yo genio
De sufrir tanto.

DOÑA INÉS.

¿Y qué quieres
Que haga yo?

JUANA.

Poner remedio:
Decir al tal don Teodoro
Cuantas son cinco; y si luégo,
Luégo, no quiere casarse,
Sin más plazo ni más tiempo
Que el que se le da á un ahorcado,
Pasaporte, y viento fresco.

DOÑA INÉS.

Pero ¿cómo he de atreverme

A manifestar deseos
De que acelere la boda?

JUANA.

Pues pudrirlos en el pecho,
Sufrir, rabiar, y entre tanto...

DOÑA INÉS.

No sé qué hacer... pero temo
Dar un disgusto á mi madre.

JUANA.

Pues dejarle libre y quieto
Al don Teodoro, y despues...

DOÑA INÉS.

Calla, mujer...

JUANA.

No hay más medio
De que haya paz en la casa.

DOÑA INÉS.

Tienes razon...

JUANA.

Pues hacedlo;
Olvidarle...

DOÑA INÉS.

No más, Juana...

JUANA.

Decirle que en ningun tiempo
Tiene que pensar...

DOÑA INÉS.

Por Dios...

JUANA.

¿Pues qué adelantais sufriendo
Y dilatando el martirio?

DOÑA INÉS.

Pero, ¿y mi madre?...

JUANA.

¡No es bueno
El escrúpulo! ¿Y por qué
Le ha de tener tanto miedo
Al dulce nombre de *suegra?*
Si al principio le hace gestos,
Ella se acostumbrará;
Y si no, pronto remedio:
Antes de pasar tres años
Ya le llamará algun nieto,
Abuela, abuelita mia...

DOÑA INÉS.

Siempre estás de fiesta.

JUANA.

Y siento
No estarlo más; pero chito,
Que me parece han abierto
Una puerta...

DOÑA INÉS.

Si es don Luis...

JUANA.

Ese mismo caballero.

ESCENA II.

DOÑA INÉS, JUANA, DON LUIS.

DON LUIS.

¡Válgame Dios, qué aplicada!
Hasta en la siesta...

DOÑA INÉS.

Tenemos
Que acabar estos adornos
Para la noche, y no hay tiempo.

DON LUIS.

Supongo ireis á lucirlos
Al teatro.

DOÑA INÉS.

No por cierto;
Son para mamá; ni áun voy
Esta noche al coliseo.

DON LUIS.

¿Y por qué?

DOÑA INÉS.

No tengo humor.

DON LUIS.

¿De veras?

DOÑA INÉS.

Como lo siento.

DON LUIS.

No es decir que me engañeis,
Pero lo extraño.

DOÑA INÉS.

¿Y no puedo
Tener tambien mis caprichos?

DON LUIS.

Ya... pero con todo eso...
Carnaval... no ir al teatro...
Y áun me parece que advierto
Que estais un poco encendida...

DOÑA INÉS.

Estoy há rato cosiendo,
Y me duele la cabeza.

DON LUIS.

Yo dijera... pero temo
Que me llameis malicioso.

DOÑA INÉS.

Decidlo, no tengais miedo.

DON LUIS.

Si lo acierto ¿sereis franca?

DOÑA INÉS.

Sí, lo seré.

DON LUIS.

No lo creo.

DOÑA INÉS.

¿Por qué?

DON LUIS.

Porque las mujeres
Muy rara vez suelen serlo.

DOÑA INÉS.

No está mala la lisonja;
Por mi parte la agradezco.

DON LUIS.

No es la culpa de ellas, no.

DOÑA INÉS.

¿Pues de quién?

DON LUIS.

Bien podeis verlo
Por vuestra propia experiencia...

DOÑA INÉS.

Os juro que no os entiendo.

DON LUIS.

Harto será: ¿pues acaso,
Desde los años más tiernos,
A qué enseñan á las niñas?
A ocultar dentro del pecho
Los gustos más inocentes,
A disfrazar sus deseos,
A desmentir con sus voces...
¡Qué! ¿suspirais?

DOÑA INÉS.

No por cierto,
Seria casualidad.

DON LUIS.

Más vale así. ¿Pero tengo
Razon en lo que decia?

DOÑA INÉS.

Tal vez...

DON LUIS.

En este momento
Lo está probando usted misma...

DOÑA INÉS.

¿Cómo?

DON LUIS.

Con ese silencio.

DOÑA INÉS.

¿Pues qué quiere usted que diga?

DON LUIS.

Lo que sintais.

JUANA.

Sin rodeos
Ni embustes; cuanto habeis dicho
Es, señor, el Evangelio.

DOÑA INÉS.

¡Ay, don Luis! ¡Y cómo envidio
Él ser hombre!

DON LUIS.

Así lo creo;
Ni fingen ni disimulan...

DOÑA INÉS.

Al ménos pueden no hacerlo;
¡Pero nosotras... nosotras!...
Una voz, un solo acento,
Una mirada, es un crímen...

DON LUIS.

¿Mas, en fin, yo no merezco
De usted ni una confianza?

DOÑA INÉS.

No tengo ningun secreto,
Ni estoy triste.

DON LUIS. (Con vehemencia.)

Yo quisiera
Que me contaseis al ménos
Por vuestro mejor amigo;
Ninguno con más derecho,
Ninguno, Inesita, nadie...
Mas me olvidaba... Mudemos
De conversacion.

DOÑA INÉS.

¿Por qué?

DON LUIS.

¿Ha salido ya don Pedro,
Juana?

JUANA.

Hace más de una hora.

DON LUIS.

En el café...

JUANA.

Por supuesto;
Allí estará con su gente
De peluquin revolviendo
Los huesos á todo el mundo,
Hablando mal y gruñendo
De los jóvenes del dia,
Para celebrar sus tiempos.

DOÑA INÉS.

¿Callarás, Juana, esta tarde?...—
Me parece estais suspenso,
Don Luisito.

DON LUIS.

Estoy pensando

e he de pasar el tiempo
ı ir al Prado...

DOÑA INÉS.

¿Y no más?

DON LUIS.

sé yo!...

DOÑA INÉS.

¿Si el mal ejemplo
isimulo en las niñas...

DON LUIS.

ad.

DOÑA INÉS.

Irá cundiendo
) contagio á los hombres?

DON LUIS.

;... Voy á ver si encuentro
café á vuestro tio.

DOÑA INÉS.

tirse.

DON LUIS.

Lo agradezco.
piés de usted... (Se queda parado)

DOÑA INÉS.

¿No os vais?

DON LUIS.

ıba... Mas voy corriendo,
; vaya... Hasta la noche.

DOÑA INÉS.

is bien en huir del riesgo.

DON LUIS.

ıqué riesgo?...

DOÑA INÉS.

Del contagio.



DON LUIS.

¿Qué contagio?... No me acuerdo.

DOÑA INÉS.

Del disimulo en las niñas...

DON LUIS.

Yo estoy libre.

DOÑA INÉS.

Lo celebro.

ESCENA III.

DOÑA INÉS y JUANA.

JUANA.

Señorita... señorita...

DOÑA INÉS.

¿Qué dices, Juana?

JUANA.

Sospecho
Que hay reliquias...

DOÑA INÉS.

No, te engañas.
Estimo á don Luis, le aprecio,
Le quise, pero me inspira
Más amistad y respeto
Que no amor: el no encontrar
Obstáculos ni tropiezos
Para nuestra union, el verle
De continuo y sin recelo,
Y el no oponerme rival
Que despertase mi afecto,
Le hizo entibiar poco á poco.

JUANA.

Quizá quisiera usted ménos
A don Teodoro, si no...

DOÑA INÉS.

¡Ay, Juana!

JUANA.

¿Os toqué muy recio
En la herida?

DOÑA INÉS.

Yo no sé...
Ni yo misma decir puedo
Lo que sufro.

JUANA.

Lo conozco.

DOÑA INÉS.

Mirarle á cada momento,
Y apénas poder hablarle;
Estar con rostro sereno
Y la sonrisa en los labios,
Cuando me falta áun aliento;
Sufrir sin poder quejarme;
Callar, y abrasarme en celos...
No, Juana, no me es posible
Tolerar tantos tormentos;
Sin juicio estoy.

JUANA.

No, por Dios,
No os aflijais.

DOÑA INÉS.

Y no encuentro
Ni remedio ni esperanza,
Ni áun una persona al ménos
Que tome parte en mi suerte...

JUANA.

No lloreis.

DOÑA INÉS.

Mi padre léjos...
Mi tio, es verdad, me quiere,

Pero aborrece en extremo
A Teodoro, y por su gusto...

JUANA.

¿Cómo ha de querer el viejo,
Que un jóven franco y garboso
Saque á lucir su dinero?
Primero os verá cien veces
Llevar palma en el entierro.

DOÑA INÉS.

Si es mi madre...

JUANA.

¿Vuestra madre?
¡Pues no era malo el empeño!
Si esperais para casaros
Tener su consentimiento,
Ahí cerca están las Descalzas...
¡Y con Teodoro! Por cierto
Celebrará la eleccion.

DOÑA INÉS.

¿Con que nunca esperar debo
Ser su esposa?

JUANA.

¿Y por qué causa?...
¿No le amais? ¿No os tiene afecto?...
Pues queriendo dos amantes,
¿Qué son cien viejas, cien viejos,
Padres, abuelos y tios,
Familia, amigos y deudos?

DOÑA INÉS.

Pues, Juana, mucho le amo,
Pero á tanta costa...

JUANA.

Creo
Que le amais poco.

DOÑA INÉS.

Mi vida...

JUANA.

Pues si le amais, y estais viendo
Que si os parais en pelillos,
Nunca llegará á ser vuestro.

DOÑA INÉS. (Levantándose.)

¡Nunca!...

JUANA.

¿Pues lo duda usted?

DOÑA INÉS. (Con vehemencia.)

¡Y en este sitio! aquí mesmo,
A mi vista, ante mis ojos
Otra más feliz!... ¿Qué es esto?...
¿Ines, has perdido el juicio?
¡Qué sospecha!... Me avergüenzo
De mí misma... Compadece
El estado en que me veo,
Juana, y por Dios, no me culpes.

JUANA.

¡Yo, señora!

DOÑA INÉS.

En ningun tiempo
Sepa nadie...

JUANA.

¿Qué decís?

DOÑA INÉS.

Yo en adelante te ofrezco
Ser más prudente...

JUANA.

Señora...

DOÑA INÉS.

Sabré encerrar en mi pecho
Mi pasion; sabré ocultarla,
Aunque me cueste el esfuerzo
La vida; diré á Teodoro...

ESCENA IV.

DOÑA INÉS, JUANA, DON TEODORO.

DON TEODORO.

¿Qué, bien mio?

DOÑA INÉS.

¡Ay, Dios!

JUANA.

Por cierto
Nunca á mejor ocasion
Pudierais llegar.

DOÑA INÉS.

Si os debo
Alguno cariño, Teodoro,
Dejadme en este momento
A solas...

DON TEODORO.

¿Por qué?

DOÑA INÉS.

Mañana...

DON TEODORO. (Se sienta.)

De esta silla no me muevo
Sin saber cuánto ha pasado.

DOÑA INÉS.

En otra ocasion, que temo
No se levante mi madre.

DON TEODORO.

¡Pues tengo bonito genio,
Para volverme á la calle
Con la píldora en el cuerpo!

DOÑA INÉS.

Yo os lo diré.

DON TEODORO.

Dilo ahora.
¿Ha echado sermon el viejo?

DOÑA INÉS.

No, señor.

DON TEODORO.

¿Fué la mamá?

DOÑA INÉS.

Tampoco.

DON TEODORO.

¿Pues qué hay de nuevo,
Para tantas ceremonias?

DOÑA INÉS.

Nada... nada...

DON TEODORO.

Así lo creo.

JUANA.

Y acierta usted. Todo el caso...

DOÑA INÉS.

Calla, Juana...

JUANA.

Sin rodeos...

DOÑA INÉS.

¡Calla!

JUANA.

No me haga usted señas;
Si no lo digo, reviento.

DOÑA INÉS.

¡Pues yo me iré...

DON TEODORO. (Levantándose y deteniéndola.)

No, mi vida.

DOÑA INÉS.

Si algo os merece mi afecto,
Dejadme que me retire
Un instante, pronto vuelvo.

DON TEODORO.

Ahora mismo has de escucharme.

DOÑA INÉS.

Mi madre...

DON TEODORO.

Estará durmiendo.

JUANA.

Ya se ve; para ir despues,
Sin soltar su cirineo,
A bailar toda la noche.

DON TEODORO.

Calla, bachillera...

JUANA.

Y luego :
« ¡*Mucho te quiero*, *Inesita* ! »

DON TEODORO.

¡ Mala lengua !

JUANA.

Usted al juego,
Al Prado, á la fiesta, al baile,
Y ella llorando y gimiendo...

DOÑA INÉS.

Yo te aseguro...

JUANA.

La pobre
Hecha un mártir.

DON TEODORO.

No hay remedio :
Ha de hablar aunque la ahorquen.

DOÑA INÉS.

¡ Juana !

JUANA.

Si ya en estos tiempos
Es malo decir verdades.

DON TEODORO.

Por san Francisco te ruego
Que calles solo un minuto.

JUANA.

Ya pasó.

DOÑA INÉS.

Yo no sosiego,
No despierte mi mamá...

DON TEODORO.

Pues que Juana esté en acecho
En la puerta, y nos avise...

JUANA.

¡Yo avisar!... lo que deseo
Es que os coja en el garlito,
Y os arranque los cabellos.

DON TEODORO.

Con mil diablos, vé á la puerta;
Que mañana te prometo...

DOÑA INÉS.

Vé, Juana, yo te lo pido.

JUANA.

Ya voy.

DON TEODORO. (Cogiéndola del brazo.)

Pronto...

JUANA.

Cepos quedos,
Que puede verlo la vieja...

DON TEODORO.

¡Ah, bribonaza!

JUANA.

En tosiendo...

DON TEODORO.

Ya estamos.

DOÑA INÉS.

No te descuides.

JUANA.

Buena atalaya habeis puesto. (Yéndose hácia la puerta.)

DON TEODORO.

Inés mia, ¿y es posible
Que puedo hablarte un momento
Con alguna libertad?

DOÑA INÉS.

¡Son tantos vuestros deseos!

DON TEODORO.

¿Pues lo dudas?

DOÑA INÉS.

Yo no dudo
Lo que por mis ojos veo.
Pero, en fin, no es ocasion
De perder estos momentos
En quejas; sólo quisiera
Saber de usted...

DON TEODORO.

¿Qué?

DOÑA INÉS.

Si puedo
Mereceros un favor...

DON TEODORO.

Cuánto valgo, cuánto tengo,
Mis bienes, mi vida, todo
Es tuyo.

DOÑA INÉS.

Yo no apetezco
Tanto...

DON TEODORO.

¿Pues qué es lo que quieres?

DOÑA INÉS.

Que vuelva usted á mi pecho
La paz (¡ay Dios!) que ha perdido...

JUANA. (Viniendo y hablando de prisa.)

Que no sea usted embustero;
Que le cumpla la palabra;
Que no engañe á dos á un tiempo...

DON TEODORO. (Remedándola.)

Que el diablo te lleve, amén.

DOÑA INÉS.

Juana, por Dios.

JUANA.

Ya me vuelvo. (Yéndose.)

DON TEODORO.

¿Ahora callas, y suspiras?
¿Ni una palabra merezco?

DOÑA INÉS.

No me es posible, Teodoro,
Explicaros los tormentos
Que sufro; ni está en mi mano
Disimularlos más tiempo.

DON TEODORO.

¡Tú sufrir!... ¿Y qué cruel?...

DOÑA INÉS.

Ahora no se trata de eso:
Sólo si...

DON TEODORO.

¿De qué, mi vida?

DOÑA INÉS.

De que pongamos remedio.

DON TEODORO.

El que gustes; por mi parte...

DOÑA INÉS.

Dadme palabra.

DON TEODORO.

La ofrezco.

DOÑA INÉS.

Mirad que es duro el partido.

DON TEODORO.

Dilo, pues.

DOÑA INÉS.

Nunca más vernos.

DON TEODORO. (Despues de una breve suspension.)

¿Y tienes valor siquiera
De decirlo?... Mas sospecho
Que te burlas.

DOÑA INÉS.

No, Teodoro:
Harto me cuesta el esfuerzo;
Pero es preciso.

DON TEODORO.

¿Y por qué?

DOÑA INÉS.

Porque lo tengo resuelto.

DON TEODORO.

Sin duda ya no me amas...

DOÑA INÉS.

¡Ojalá! (Con ternura.)

DON TEODORO.

¿Pues á qué efecto
Separarnos?

DOÑA INÉS.

Porque así
Será más fácil...

DON TEODORO.

Te entiendo:
Olvidarme, ¿no es verdad?

DOÑA INÉS.

Bien quisiera; mas no puedo.

DON TEODORO.

¿Lo quisieras?

DOÑA INÉS.

¡Qué sé yo!...
En tal situacion me veo,
Que ni sé lo que me pasa,
Ni tampoco lo que quiero;
Sólo sé que es insufrible
Este contínuo tormento;
Y que si callo, me abraso;
Y si llego á hablar, me pierdo.

DON TEODORO.

No llores, mi bien, no llores.

DOÑA INÉS.

Pues abrazad ese medio
De salvar á una infeliz...

DON TEODORO.

¿Y no hay otro?

DOÑA INÉS.

No le encuentro.

DON TEODORO.

Yo sí.

DOÑA INÉS.

¿Cuál?

DON TEODORO.

Hablar hoy mismo
A tu madre.

DOÑA INÉS.

Es vano intento.

DON TEODORO.

¿Por qué?

DOÑA INÉS. (Con ternura.)

¡Ingrato, tú lo sabes!

DON TEODORO.

No lo sé; pero si vemos

Que se obstina en oponerse
A nuestros justos deseos,
Entónces... Inés... ¿me amas?

DOÑA INÉS.

¿Lo preguntas?

DON TEODORO.

No tardemos
En ser felices...

DOÑA INÉS.

¿Y cómo?

DON TEODORO.

Pronto lo sabrás.

DOÑA INÉS.

¿No puedo
Saberlo ahora mismo?

DON TEODORO.

¿Quieres?

DOÑA INÉS.

Sí, Teodoro, te lo ruego.

DON TEODORO.

Quizá no tengas valor...

DOÑA INÉS.

¡Te adoro, y no he de tenerlo!

DON TEODORO.

¿Juras ser mi esposa?

DOÑA INÉS.

Sí.

DON TEODORO.

Pues oye el único medio
De ser en breve dichosos...

JUANA. (Sale corriendo.)

Que viene...

DON TEODORO.

Adios.

JUANA.

Ya no hay tiempo.

(Don Teodoro se queda en medio de la sala, doña Inés se sienta y coge la costura, inclinando la cabeza para ocultar el rostro; Juana se queda en pié hasta despues.)

ESCENA V.

DOÑA INÉS, JUANA, DON TEODORO, DOÑA LEONCIA.

DOÑA LEONCIA. (Al salir se encara con D. Teodoro.)

¡Hola!... ¡Que sea norabuena!
¿Tanto bueno por mi casa,
Sin saberlo yo?

DON TEODORO.

Ahora mismo...

JUANA.

En este momento acaba...

DOÑA LEONCIA.

Calla tú.

JUANA.

Yo iba á llamaros...

DON TEODORO.

Dije que no os despertára
Por dejaros sosegar.

DOÑA LEONCIA.

Yo le doy á usted mil gracias
Por su fineza...

DON TEODORO.

Previendo
La mala noche que aguarda...

DOÑA LEONCIA.

Si os digo que lo agradezco.

DON TEODORO.

Estarse hasta la mañana
Sin dormir...

DOÑA LEONCIA.

Lo estimo mucho.

DON TEODORO.

Hallándoos tan delicada...

(Se acerca y le dice en tono bajo.)

Y sabiendo el interes
Que me tomo...

DOÑA LEONCIA. (Aparte á D. Teodoro.)

¡Ah, buena maula!...
Ya las pagará usted todas.

(Juana estará ya sentada, cosiendo al lado de doña Inés, y le habla en tono bajo.)

JUANA.

Señorita.

DOÑA INÉS. (En voz baja.)

Juicio, Juana.

DON TEODORO. (En voz alta.)

Pues ha de estar divertida
La funcion...

DOÑA LEONCIA. (En voz baja.)

Bien preparada
Voy yo para divertirme.

DON TEODORO. (En voz baja.)

¿Por qué motivo?

DOÑA LEONCIA. (En voz baja.)

Por nada.

DON TEODORO. (En voz baja.)

¿Pues qué habeis visto?

DOÑA LEONCIA. (En voz baja.)

Negadlo.

JUANA. (En tono alto.)

Señora, ¿usted no repara
Que esa labor va torcida?

DOÑA INÉS.

Bien lo advierto.

JUANA.

Pues quitarla.

(Don Teodoro se aparta de doña Leoncia, y dice alto, paseándose por el teatro, y acercándose algunas veces, segun denoten los versos.)

DON TEODORO.

Banca, baile, buena cena,
Mucha gente convidada... (Aparte á doña Leoncia.)
Yo os daré satisfaccion.

DOÑA LEONCIA. (Aparte á D. Teodoro.)

No es menester.

JUANA. (En tono alto.)

Si se os pasa
El punto.

DOÑA INÉS.

Ya le cogí.

DON TEODORO.

Si es la fiesta cual la alaban,
No ha de haber otra en la córte;
Los disfraces y las galas
Van á asombrar.

JUANA.

En mi tierra
Tambien salen mogigangas
Por el Corpus; yo ví una
Con diablillos de dos caras...

DON TEODORO.

Mujer, ¿qué entiendes tú de eso?

DOÑA LEONCIA.

Aquí, Juana, no te llaman...

DON TEODORO. (En tono bajo.)

Siempre usted con niñerías...

DOÑA LEONCIA. (En tono bajo.)

No piense usted que me engaña;
Aunque callo y sufro... puede...

JUANA. (Tose de propósito.)

¡Maldita sea mi garganta!

DON TEODORO. (En tono alto.)

Pues... como digo... la cosa...

DOÑA INÉS. (Aparte, y levantándose.)

No puedo más; vente, Juana.

DOÑA LEONCIA.

¿A dónde vas?

DOÑA INÉS.

A mi cuarto.

DOÑA LEONCIA.

¿Qué tienes?

DOÑA INÉS.

Un poco mala
De la cabeza.

DON TEODORO.

Si es cosa
De médico...

DOÑA INÉS.

Muchas gracias.

DON TEODORO.

Voy volando...

DOÑA INÉS.

No, señor.

DON TEODORO.

Será de estar aplicada
Por la siesta.

DOÑA INÉS.

Puede ser.

DOÑA LEONCIA.

Si es jaqueca, se le pasa
En acostándose un poco.

DON TEODORO.

Siempre es bueno que le hagan
Una taza de café...

DOÑA LEONCIA.

Sí, niña; y luego descansa,
Aunque sea en el sofá;
Juana quedará encargada
De mandarme los vestidos...

DOÑA INÉS.

Yo lo haré.

DOÑA LEONCIA.

No, que estás mala;
Juana lo hará: el de teatro
Y el otro.

JUANA.

Estoy enterada.

DOÑA LEONCIA.

Y que al tiempo de vestirme,
No me empiecen á hacer falta
Otras mil cosas...

DON TEODORO.

¿Pues dónde
Vais á vestiros?

DOÑA LEONCIA.

A casa
De mis primas: desde anoche
Quedamos apalabradas
Para ir juntas al teatro...
Supongo, si hay quien nos haga
El favor de acompañarnos...

DON TEODORO.

Es regular que yo vaya
Un rato... Quedan tres noches...

DOÑA INÉS.

Adios, mamá.

DOÑA LEONCIA (A Juana.)

Hazle la taza
De café; (A Inés.) y ántes de irnos
Te dejaré sosegada.

DOÑA INÉS.

Me aliviaré; no me acuesto.

DON TEODORO.

Es que si luego recarga...

DOÑA INÉS.

No querrá Dios.

DON TEODORO.

Mas con todo,
Si la jaqueca se agrava...

DOÑA INÉS. (Con énfasis.)

No temais: segun me siento,
Pronto me veré curada.

(Doña Inés se retira; Juana habrá recogido la costura, y la sigue hácia los cuartos de adentro.)

ESCENA VI.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

(Doña Leoncia se sienta mostrando disgusto; D. Teodoro se acerca fingiendo timidez, siéntase á corta distancia, y se aproxima por grados.)

DOÑA LEONCIA.

Para enfermero mayor
De un hospital sois alhaja.

DON TEODORO.

¡Maliciosa!...

DOÑA LEONCIA.

¿Pues es malo
Celebrar vuestra eficacia?

DON TEODORO.

En viendo yo padecer...

DOÑA LEONCIA.

Y más en teniendo faldas
La paciente...

DON TEODORO.

Y aunque no.

DOÑA LEONCIA.

Y si es bonita y muchacha...

DON TEODORO.

¡Como á mí me gustan tanto!...

DOÑA LEONCIA.

¡A usted! ¿Y quién le levanta
Ese falso testimonio?...

DON TEODORO.

No lo diga usted por chanza,
Que es una verdad.

DOÑA LEONCIA.

Lo creo.

DON TEODORO.

Nunca á mí me han hecho gracia
Las mozuelas: presumidas,
Inconstantes, casquivanas;
Ni saben querer, ni saben
Cómo se cautiva el alma...

DOÑA LEONCIA.

En eso teneis razon:
Yo no sé qué gusto sacan
Los hombres, de enamorarse
De esas mocosas.

DON TEODORO.

¡Qué fatuas!
Risas, señajos, melindres,
Cuatro frases estudiadas,

Y ve aquí todo su amor.
A mí tan sólo me agrada
Una mujer de talento,
De una edad proporcionada,
Juiciosa, bella, sensible,
Que sepa como se paga
El amor... ¿pongo un ejemplo?...

DOÑA LEONCIA.

¡Ah, bribon!...

DON TEODORO.

Sin otra falta,
Que ser un poco celosa
Con quien de veras la ama.

DOÑA LEONCIA.

Y tiene razon.

DON TEODORO.

Ninguna.

DOÑA LEONCIA.

Le sobra.

DON TEODORO.

Estais engañada.

DOÑA LEONCIA. (Alzando la voz.)

Me desespero...

DON TEODORO. (Lo mismo.)

Si os digo...

ESCENA VII.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

JUANA.

¿Ha de ir la cinta plegada,
O sólo cosida al aire?

DOÑA LEONCIA.

¿Pues no te dije que á tablas?

JUANA.

Se me olvidó.

DOÑA LEONCIA.

¡Qué cabeza!

JUANA.

Ni que fuera valenciana.

(Al irse hace señas de amenaza á don Teodoro.)

ESCENA VIII.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

DON TEODORO.

Todo es aprension, capricho...

DOÑA LEONCIA.

Si á mí nada se me escapa.

DON TEODORO.

Es engaño.

DOÑA LEONCIA.

Va de muchas.

DON TEODORO.

Si no le hablé dos palabras.

DOÑA LEONCIA.

Si os ví yo con estos ojos...

DON TEODORO.

Pregúntelo usted á Juana.

DOÑA LEONCIA.

¡Buen testigo!

DON TEODORO.

¿Por qué no?

ESCENA IX.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

JUANA.

Me parece que no alcanza
La cinta.

DOÑA LEONCIA.

Pues poner otra.

JUANA.

Voy al instante...

DOÑA LEONCIA.

Pues anda...

(Juana se retira, y habiendo entrado, vuelve luégo á salir y habla á su turno.)

(A don Teodoro.) Yo quiero ser sola, sola.

DON TEODORO.

Teneis razon.

DOÑA LEONCIA.

Sola, ó nada.

JUANA. (Al salir.)

¿Pongo la azul, ó la verde?

DOÑA LEONCIA.

Pon la que te diere gana.

JUANA.

Yo por no errar...

DOÑA LEONCIA.

Si me ardo...

DON TEODORO.

No os impacienteis.

DOÑA LEONCIA.

Despacha,
Que es muy tarde.

JUANA.

Voy, señora...

DOÑA LEONCIA.

Más despacio.

ESCENA X.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

DOÑA LEONCIA.

Se me abrasa
La sangre, con gente torpe.

DON TEODORO.

Y luego el pecho lo paga.

DOÑA LEONCIA.

¡Buen cuidado le da á usted!

DON TEODORO.

Más que si yo lo pasára.

DOÑA LEONCIA.

¡La pícara que lo crea!

DON TEODORO.

Dejad, por Dios, esas chanzas...

DOÑA LEONCIA.

Son veras.

DON TEODORO.

Tengamos paz:
Se echó la bandera blanca,
Y esto se acabó.

DOÑA LEONCIA.

¡Si acaso!...
Me teneis muy enfadada.

DON TEODORO.

¿Quereis amargar la fiesta?
Pues á fe que bien amarga
Me espera á mí.

DOÑA LEONCIA.

Pues, ¿por qué?

DON TEODORO.

Y por fin, si la encontrára
Tan grata como otras veces...

DOÑA LEONCIA.

Explíquese usted.

DON TEODORO.

No es nada.

DOÑA LEONCIA.

Hablad claro...

DON TEODORO.

Mi familia
A cien leguas de distancia;
Yo en Madrid contra su gusto,
Porque una pasion me arrastra...

DOÑA LEONCIA.

Pero ¿no puedo saber?...

DON TEODORO.

Me ven así, y se propasan...

DOÑA LEONCIA.

Por Dios, Teodoro, por Dios,
Que ya me teneis en ascua...

DON TEODORO.

No es cosa grave...

DOÑA LEONCIA.

Decidla:
Quizá podré remediarla.

DON TEODORO.

Bien podeis; pero... ¡primero!...
Le diré que si me agravia
Esta noche, si me insulta,
Aun sé manejar la espada.

DOÑA LEONCIA.

Pero, ¿quién?...

DON TEODORO.

Ese villano
De asentista... ¡echar bravatas
Por tres miserables onzas...
Al fin plebeyo!

DOÑA LEONCIA.

¡Acabára
Usted, ¡con doscientos santos!
Que estaba como azogada,
Creyendo que era otra cosa...

DON TEODORO.

Cuando del honor se trata
De un hombre... ¡Si lo supiera
Mi tio el oidor de Canarias!

DOÑA LEONCIA.

Pero, ¿por qué ha de saberlo?
¿Acaso en Madrid os faltan
Amigos?

DON TEODORO.

¡Pedirles yo!
Antes...

DOÑA LEONCIA.

Pero, si se halla
Una persona que os sirva,
Aunque no cual deseára... (Saca una bolsita con dinero.)

DON TEODORO. (Fingiendo distraccion.)

¡Verme así!

DOÑA LEONCIA.

Mucho más siendo
Persona de confianza... (Le alarga la bolsa con timidez.)

DON TEODORO.

Mas ¿qué es esto? ¿usted tambien
Contra mí?... ¡Porque me hallan
Sin recursos...

DOÑA LEONCIA.

¿Qué es lo que dices, muchacha?

DOÑA INÉS.

No habrá mujer más querida,
No habrá madre más amada
En el mundo...

DOÑA LEONCIA.

Si no sé...

DOÑA INÉS.

Ya es inútil que se haga
Usted la desentendida;
Yo he escuchado cuanto hablaba
Teodoro...

DOÑA LEONCIA.

Pero ¿qué oiste?

DOÑA INÉS.

Si sus súplicas no alcanzan,
Mi amor, mis ruegos, mi llanto...

DOÑA LEONCIA.

Álzate, muchacha, alza,
Y explícate.

DOÑA INÉS.

No me muevo...

DOÑA LEONCIA.

Por Dios, que ya estoy cansada;
Habla claro.

DOÑA INÉS.

Y tú, Teodoro,
Ruega, dobla tus instancias,
Échate á sus piés.

DOÑA LEONCIA.

¿Qué dices?

DOÑA INÉS.

Si le quiero, y él me ama...

DOÑA LEONCIA.

¿A quién?

DOÑA INÉS.

Si os pide mi mano...

DOÑA LEONCIA.

¡Pide tu mano!... ¿Qué hablas?
Quita, infame, si no quieres...

DOÑA INÉS.

Si en algo os ofendo...

DOÑA LEONCIA.

Calla,
¡Deshonra de tu familia...

DOÑA INÉS.

Oidme, por piedad...

DOÑA LEONCIA.

¡Aparta!

DOÑA INÉS.

No, madre mia...

DOÑA LEONCIA.

¡Tu madre!...
Yo sabré serlo, hija ingrata;
Yo sabré serlo.

DOÑA INÉS.

¡Por Dios...

DOÑA LEONCIA. (A D. Teodoro.)

¿Y así, vil hombre, se engaña
A una inocente?

DON TEODORO.

Escuchadme.

DOÑA LEONCIA.

Salid pronto de mi casa,
Y nunca más...

DON TEODORO.

Pero, oidme...

DOÑA LEONCIA. (A doña Inés.)

¿Aun estás aquí, malvada?

DOÑA INÉS.

Yo me iré...

DOÑA LEONCIA.

Quítate al punto
De mi vista, ántes que haga
Un ejemplar.

DOÑA INÉS.

Yo me iré...

DOÑA LEONCIA.

¡Pronto...

DOÑA INÉS.

Ya me voy...

DOÑA LEONCIA.

¿No acabas?

ESCENA XII.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

DOÑA LEONCIA. (A D. Teodoro.)

¿No os he dicho... ¿Y tú tambien, (A Juana.)
Qué esperas aquí?

JUANA.

Aguardaba
A saber si los vestidos...

DOÑA LEONCIA.

Tíralos por la ventana.

JUANA.

Es que si...

DOÑA LEONCIA.

Vete allá dentro.

JUANA.

Pero yo...

DOÑA LEONCIA.

La más culpada
Eres tú.

JUANA.

¿Yo?

DOÑA LEONCIA.

¡Encubridora!

JUANA.

¡Decirle á una mujer blanca
Esa expresion...

DOÑA LEONCIA.

Más mereces.

JUANA.

Mi familia es tan honrada
Como la mejor.

DOÑA LEONCIA.

¡A dentro!

JUANA.

Tengo una hermana casada
Con un cuadrillero.

DOÑA LEONCIA.

Vete.

JUANA.

Y un primo hidalgo en la Mancha.

DOÑA LEONCIA.

Vete, con mil de á caballo.

JUANA.

Y nunca ha habido en mi casta
Ningun sambenito.

DOÑA LEONCIA.

Vete.

JUANA.

Que si tuviéramos plata,
No nos faltaran papeles
Como todos...

DOÑA LEONCIA.

¡Vete, Juana!

JUANA.

Pero sin el din, no hay don.

DOÑA LEONCIA.

¿Qué demonio de ensalada
Estás revolviendo?

JUANA.

Digo... (Con mucha rapidez.)
Digo que no digo nada.

ESCENA XIII.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

DOÑA LEONCIA. (Despues de una breve suspension.)

No creyera, caballero,
Hallarme nunca en el caso
De deciros...

DON TEODORO.

Yo tampoco
Pude nunca imaginarlo.

DOÑA LEONCIA.

No tema usted que le haga
Reconvenciones ni cargos,
Que si sois hombre de honor,
Bien podeis adivinarlos.
Sólo le suplico á usted
Que jamás, ni por acaso,
Ni de mí, ni áun de mi nombre,
Volvais siquiera á acordaros.

DON TEODORO.

¿Y habla usted de veras?

DOÑA LEONCIA.

¡Cómo!

¿Teneis acaso el descaro
De fingir...

DON TEODORO.

Pero, hable usted;
Y por lo ménos sepamos,
Qué motivo ó qué pretexto...

DOÑA LEONCIA.

El hablar es excusado
Con un hombre...

DON TEODORO.

Siga usted.

DOÑA LEONCIA.

Que acaba de dar tal pago
A mi amistad.

DON TEODORO.

Si á lo ménos
Se explicára usted más claro,
Yo os diera satisfaccion.

DOÑA LEONCIA.

¡Satisfaccion! Ni pensarlo.

DON TEODORO.

Pues callaré; ¿quereis más?
Aun siendo yo el agraviado...

DOÑA LEONCIA.

¿En qué? Diga usted.

DON TEODORO.

En nada:
Si ya os he dicho que callo.

DOÑA LEONCIA.

¿Y qué pudierais decirme?

DON TEODORO.

Que me está usted insultando,
Debiendo darme las gracias.

DOÑA LEONCIA.

¡Las gracias! ¿Estais soñando?

DON TEODORO.

Lo dicho, dicho: las gracias.

DOÑA LEONCIA.

Será de haberme engañado.

DON TEODORO.

¡Yo engañar!

DOÑA LEONCIA.

Y á una hija incauta,
Habérmela alucinado
Con esperanzas...

DON TEODORO.

¿De qué?

DOÑA LEONCIA.

¿No lo dijo ella bien claro?

DON TEODORO.

¿Y qué dijo?

DOÑA LEONCIA.

¿Estabais sordo,
Ú os agrada el escucharlo?

DON TEODORO.

¡Y una señora de mundo,
De talento despejado,
Va á hacer caso de una niña!

DOÑA LEONCIA.

¿Pues no tengo de hacer caso?...
¿No dijo que usted la amaba,
Que anhelaba usted su mano?

DON TEODORO.

Pero yo ¿qué contesté?

DOÑA LEONCIA.

Nada.

DON TEODORO.

Pues pleito acabado.

DOÑA LEONCIA.

Quien calla otorga, y usted...

DON TEODORO.

Iba ya á desengañaros,
Y me cerrasteis la boca.

DOÑA LEONCIA.

Si no tuviera ella datos,
No hubiera dicho...

DON TEODORO.

Es verdad:
Las niñas de quince años
Nunca piensan que las quieren
Sin motivos muy fundados.

DOÑA LEONCIA.

¿Con que nunca le habeis dicho
Que la quereis?

DON TEODORO.

Supongamos
Que se lo haya dicho; bien:
¿En eso se perdió algo?
¿O es un delito tan grave
Echar un requiebro vano?...
¿No vengo acá con frecuencia?
¿No la estoy viendo y tratando
De contínuo?... Yo soy jóven,
Vivo, alegre, atolondrado,
Si quereis; ella muchacha,
Y además vivo retrato
De una persona... ¡Ah, señora!
Perdonad si iba á nombraros.
Ya sé que os disgusto en ello;
Mas no es tan fácil mandato,
Olvidar á una persona
A quien de veras se ha amado.
Sólo le aseguro á usted
Que jamás le he insinuado
Nada de boda...

DOÑA LEONCIA.

Y entónces,
¿Cómo creyó?...

DON TEODORO.

No es extraño.
¿Ignora usted que las niñas,
Con el más leve agasajo,
Ya piensan que las adoran?
¿No sabeis que están soñando
Con novios y casamientos,
Y más si, por sus pecados,
Han leido cuatro novelas
Que les trastornen los cascos?

DOÑA LEONCIA.

Pero usted mismo, usted mismo,
¿Qué me estaba suplicando
Cuando ella entró?

DON TEODORO.

¿No lo oisteis?
Licencia para casarnos.

DOÑA LEONCIA.

¿Y así me lo dice usted?

DON TEODORO.

¿Pues yo acaso lo he negado?...
¿Hice mal?

DOÑA LEONCIA.

Usted me insulta...

DON TEODORO.

Y viéndome en aquel caso,
¿Qué otro arbitrio me quedaba?
Yo me hallaba á vuestro lado,
Recibo vuestra fineza,
Siento un violento arrebato
De pasion, pierdo el sentido,
Voy á besar vuestra mano,

Miro á la puerta, y las veo
Llegar, quedarse escuchando...

DOÑA LEONCIA.

¿Con que usted las vió?

DON TEODORO.

¡Señora!
¿Pues no os habeis enterado
Hasta ahora?

DOÑA LEONCIA.

No, á fe mia.

DON TEODORO.

Pues lo único que yo extraño
Es vuestra santa paciencia;
Desde ahora mismo os declaro
La prudente Abigäil,
Cuando no me habeis matado.
¿Hablar yo de veras?... ¡Vaya!
¿No me visteis tan turbado
Que no supe qué decir,
Y anduve titubeando?...
Os miré, no me entendisteis;
Os hice señas, fué en vano:
Yo en ademan de cariño,
Una hija vuestra mirando,
Usted afable, su honor
Expuesto á algun juicio falso...
¿Y qué quiere usted que hiciera?
Echar por cualquier atajo:
Si al pronto me ocurre, os pido
Casarme con vuestro hermano.

DOÑA LEONCIA.

Yo anduve torpe...

DON TEODORO.

No tal;
Yo solo soy el culpado.

DOÑA LEONCIA.

Pero si yo no sabia...

DON TEODORO.

No merezco vuestro trato,
Ni pisar vuestros umbrales...

DOÑA LEONCIA.

Mirad que áun estoy temblando
Del susto...

DON TEODORO.

Y ahora me voy,
Cumpliendo vuestro mandato.

DOÑA LEONCIA.

No se vaya usted.

DON TEODORO.

Preciso.

DOÑA LEONCIA.

¿Quereis matarme á quebrantos?...
Pues haga usted lo que quiera.

DON TEODORO.

¡Vaya! las paces hagamos,
Y pelitos á la mar.
¿Por qué no os vais aviando
Para salir, que ya es hora?

DOÑA LEONCIA.

Segun me siento, no salgo.

DON TEODORO.

¿Y por qué?

DOÑA LEONCIA.

No estoy muy buena.

DON TEODORO.

En distrayéndoos un rato,
Os aliviaréis.

DOÑA LEONCIA.

No tengo
Humor.

DON TEODORO.

¿Ni vais al teatro?

DOÑA LEONCIA.

No, señor.

DON TEODORO.

¿Ni al baile?

DOÑA LEONCIA.

Ménos.

DON TEODORO.

¿Con que es riña de muchachos
La nuestra?

DOÑA LEONCIA.

¿Pues yo qué digo?

DON TEODORO.

Juicio, señora, y tengamos
La fiesta en paz; sea usted dócil;
Compóngase usted, y vamos
Casa de las primas; luego
Podeis pensar más despacio,
Lo que hayais de hacer.

DOÑA LEONCIA.

Si voy,
Me estoy sentada en un lado,
Sin ir á parte ninguna.

DON TEODORO.

No será poco milagro.

DOÑA LEONCIA.

¿Por qué razon?

DON TEODORO.

Yo me entiendo.

DOÑA LEONCIA.

Se engaña usted.

DON TEODORO.

¿Qué apostamos
A que vais á la funcion?

DOÑA LEONCIA.

Ántes bien quiero dejaros
Más libertad, yendo solo.

DON TEODORO.

¿Se vuelve á torcer el carro?...
No sea usted niña.

DOÑA LEONCIA.

Pues bien;
Sólo por no disgustaros
Voy á casa de las primas.

DON TEODORO.

Muchas gracias.

DOÑA LEONCIA.

Y, cuidado,
Que no me muevo de allí.
¡Juana, Juana!

ESCENA XIV.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

JUANA. (Desde adentro.)

Voy volando...
(Al salir.)
¿Qué manda usted?

DOÑA LEONCIA.

La mantilla.

ESCENA XV.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO.

DOÑA LEONCIA.

Por usted tan sólo hago
Este sacrificio.

DON TEODORO.

Siento
Que se moleste usted tanto,
Por mi causa.

DOÑA LEONCIA.

Ya no voy.

DON TEODORO.

¡Dale, bola! ¿A que me enfado?...

ESCENA XVI.

DOÑA LEONCIA, DON TEODORO, JUANA.

JUANA. (Yendo á poner la mantilla á doña Leoncia.)

Aquí está.

DOÑA LEONCIA.

Préndela bien.
¿Se ha acostado ya la niña?

JUANA.

No, señora.

DOÑA LEONCIA.

¿Y dónde está?

JUANA.

En su cuarto recogida.

DOÑA LEONCIA.

¿Ha tomado ya el café?

JUANA.

Un poco.

DOÑA LEONCIA.

Si no se alivia,
O se empeoráre, avisad...

JUANA.

¿Dónde?

DOÑA LEONCIA.

Aun estoy indecisa...

Quizá... no sé... Que, primero,
Vayan casa de mis primas;
Y si no estuviere allí...

(A don Teodoro.)

¡Me quema usted con sus risas!

DON TEODORO.

¿Pues yo acaso?...

DOÑA LEONCIA.

¿Estoy yo ciega?

JUANA.

¿Y los vestidos se envian?

DOÑA LEONCIA.

No.

DON TEODORO.

Tenedlos á la mano
Por si luego...

DOÑA LEONCIA.

¡Hay tal porfía!
¿No he dicho ya que no voy?...
Y cuenta, no estés dormida
Cuando vuelva nuestro huésped
Y mi hermano; y á Inesita
Le has de decir de mi parte...
Mejor es que no le digas
Nada: acuéstala temprano,
Hazle unas yemas mejidas,
O cualquier cena ligera...
Y dile que esté tranquila,
Que no voy tan enfadada...
¿Me entiendes?

JUANA.

Ya entiendo.

DOÑA LEONCIA.

Y cuida
De que no sepa que yo...

JUANA.

Le diré que es cosa mia.

DOÑA LEONCIA.

Pero temo que las dos
Teneis la capa cosida;
Y así como tú le encubres...

JUANA.

¿Qué dice usted? Mi familia
Es tan buena y tan honrada...

DOÑA LEONCIA.

Vámonos de aquí de prisa,
Don Teodoro, no nos vuelva
A ensartar la retahila.
¡Y cuidado con la casa!

JUANA.

Yo voy con mi cara limpia
Por todas partes.

DOÑA LEONCIA.

Adios. (Yéndose.)

DON TEODORO. (En voz alta.)

Quede usted con Dios, Juanita,
(Con secreto.)
Está al cuidado, que luego...

DOÑA LEONCIA. (Volviendo la cara.)

¿Qué dice usted?

DON TEODORO.

Le decia,
Que no haga caso...

JUANA.

Eso no;
Yo he de chillar si me pisan.
(Al ir á entrar por la puerta de adentro.)
¡Pues anda buena la casa
Con la vieja y con la niña!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

JUANA, PERICO.

(Entran los dos por la puerta del foro, Juana delante, y Perico con timidez. Habrá una luz en una mesa.)

PERICO.

¿Estamos solos?

JUANA.

Sí, entra.

PERICO.

¿Y el viejo?

JUANA.

Fuera de casa.

PERICO.

¿Y el señor que no se rie?

JUANA.

Tambien. ¿De cuándo acá gastas
Tanto miedo?

PERICO.

Es que ahora traigo
La más solemne embajada,
Que se encomendó á escudero;
Y está en un tris que me valga
Cien doblones, ó cien palos.

JUANA.

Dila.

PERICO.

¿Dónde está tu ama?

JUANA.

En su cuarto. ¿Quieres verla?

PERICO.

Dile que al momento salga;
Que le traigo...

JUANA.

Antes de ir,
Te he de decir dos palabras
Por última vez...

PERICO.

Despues
Te escucharé.

JUANA.

Aunque me hagas
Mil pedazos, no he de ir.

PERICO.

Si no es tu gusto, no vayas;
Sólo va á decir en ello,
Que no se case tu ama
Ni tú, cuando en esta noche...

JUANA.

Hombre, ¿qué dices?

PERICO.

¿Yo? nada.

JUANA. (Acariciándole.)

¡Cáspita, qué genio tienes!

PERICO.

Déjate de juego, y anda
A llamarla.

JUANA.

Dime ántes...

PERICO.

Si no me replicas nada,
Te lo digo.

JUANA.

Me convengo.

PERICO.

Hace un rato que entró en casa
El amo, con un sugeto
Muy serio y de mala traza:
Se encerraron los dos solos,
Hubo voces y patadas;
Se fué el tal; y el amo, al punto,
Me preguntó donde estaban
Las maletas, y demás
Preparativos de marcha;
Y miéntras yo los reüno,
Escribe, me da esta carta
Para Inesita, y me dice:
« En mano propia has de darla,
» Y vuelve; que aquí te espero
» Con las cosas preparadas
» Para marchar esta noche». —
¿Qué dice usted? — « Hazlo y calla»,
Me responde secamente;
Y al ir á salir, me llama
Y me dice: « Si tú quieres
» Casarte tambien con Juana,
» Y se resuelve á seguirnos,
» Acompañando á su ama,
» Yo os ofrezco cien doblones ».

JUANA.

¡Cien doblones!... Voy... (En accion de irse corriendo.)

PERICO.

Aguarda.

JUANA.

Es que si se pierde tiempo...

PERICO.

Cuidado que persüadas
A Inesita...

JUANA.

¿Soy yo tonta?
¡Cien doblones y casaca!

PERICO.

No te des contra esa puerta.

ESCENA II.

DOÑA INES, JUANA, PERICO.

DOÑA INÉS.

¿Qué ruido es este?

PERICO.

Que Juana...

JUANA.

Que Perico...

DOÑA INÉS.

Dilo tú.

PERICO.

Señora, mi amo me manda
Con esta carta, y me dijo...

DOÑA INÉS. (Tomándola.)

¿Tiene respuesta?

PERICO.

Y la aguarda
En casa con impaciencia.

DOÑA INÉS.

¿Qué será?... Yo estoy turbada
Hasta saber... (La abre y lee con mucho interes.)

PERICO.

¡Ay, señora!
¡Si le viera usted la cara
Al dármela! ¡qué agitado!
Hasta la voz le temblaba.
Daba pena... (Aparte á Juana.) Instale tú.

JUANA. (Aparte á Perico.)

¡Pues me dormiré en las pajas
Con cien doblones al ojo!

DOÑA INÉS. (Leyendo la carta, prorumpe con agitacion.)

¡No; nunca!

PERICO.

Hasta las palabras
Se le ahogaban en la boca.

DOÑA INÉS. (Con ternura.)

¡Ay, Teodoro! no me amas,
Cuando me quieres perder.

JUANA.

Señorita...

DOÑA INÉS. (Distraida.)

¡Y me juraba
Quererme toda la vida!...

PERICO.

Pues, señora, ¿en qué os agravia,
Si está loco el infeliz?

DOÑA INÉS. (Con sequedad.)

Bien : devuélvele su carta...

PERICO.

¿Y la respuesta?

DOÑA INÉS.

Ninguna.

PERICO.

No vuelvo allá si me matan.

DOÑA INÉS.

¿Por qué?

PERICO.

Si no sabe usted
El estado en que se halla:
¡Qué hablar solo! ¡qué suspiros!
¡Pues no digo las miradas!
Daba miedo.

DOÑA INÉS. (Alargándole la carta.)

Toma, y vete.

PERICO.

¿Con que está usted empeñada
En darle ese trabucazo?...
¡Pobre señor, no te pagan
El cariño que tú tienes!

DOÑA INÉS.

¡Ojalá no le pagáran!

PERICO.

Pocas pruebas le da usted.

DOÑA INÉS.

¡Ay! si no tuviera tantas,
No se atreviera el crüel
A proponerme... ¡Insensata!
Yo le culpo, conociendo
Que sólo soy la culpada:
Yo le abrí mi corazon;
Yo le amé con toda el alma;
Yo le juré ser su esposa...
Pero ¿quién imaginára
Que abusára, hasta el extremo
De proponerme mi infamia?

JUANA.

Y al fin, ¿qué es lo que pretende?

DOÑA INÉS.

Hacerme desventurada
Por toda mi vida.

PERICO.

¿Quién?
¿El amo?... Mas bien se echára
En un pozo de cabeza.

JUANA.

Señorita, yo soy clara:
No puede ser.

DOÑA INÉS.

Yo tampoco
Nunca de él lo sospechára;
¡Pero al fin hombre!

JUANA.

No creo...

DOÑA INÉS.

Oye, y verás si te engañas.

(Lee la carta, interrumpiendo su lectura, segun denoten los versos que van interpuestos.)

«Amada Inés: Al leer estos renglones recuerda tus promesas: » llegó el momento de darme una prueba de tu pasion, y la mia » exige de tí un gran sacrificio. No hay medio: ó te resuelves á ser » mia, ó esta misma noche me pierdes para siempre...»

¿No ves tú lo que me quiere?
Mira cómo me amenaza
Con dejarme para siempre...
Y lo hará.

JUANA.

Siga usted; vaya.

DOÑA INÉS.

«Cansado de tener condescendencias con tu madre, me deter» miné hoy á pedirte por esposa... Tú viste las resultas: apénas » pude sufrir sus improperios, que acabaron con la más severa pro» hibicion de volver á hablarte en mi vida. En esta situacion an» duve indeciso sobre el partido que debia tomar; pero al fin pre» ferí disimular por el pronto, para desvanecer sus sospechas y

» persuadirle que saliese de casa. Ahora mismo la dejo en el teatro,
» y voy á manifestarte la resolucion que mi pasion me dicta: si es-
» tás resuelta á ser mi esposa, sígueme esta misma noche, y ven-
» zamos de una vez tantos obstáculos. »

JUANA.

¿Acerté ó no?

PERICO.

Por supuesto.

JUANA.

¿No veis como os da palabra
De casamiento?

DOÑA INÉS.

¿Dejando
Mi familia abandonada
Y expuesto mi honor?... ¡Jamás!
Sólo en pensarlo me agravia...

« Pasado mañana podremos estar en Toledo: allí quedarás de-
» positada en casa de un canónigo, tio mio, miéntras se disponen
» las cosas como corresponde. Tu familia misma, dado ya este paso,
» tendrá que ceder y prestar su consentimiento. ¡Ah, Inés mia!
» un momento de valor, y ántes de una semana eres mi esposa...
» Pero si por timidez ó falta de cariño no te determinas á seguir-
» me, óyelo, Inés, y grábalo en tu alma: ántes de tres horas ya
» estaré fuera de Madrid, y jamás volverás á oir ni mi nombre...
» ¡Quién sabe! Perdiéndote á tí, no le importa la vida á tu in-
» feliz... — *Teodoro.*»

(Se sienta en una silla, con abatimiento y distraccion.)

JUANA.

¡Pobrecillo!... Se conoce
Que estaba muy afligido,
Al escribir esa carta.

PERICO.

Si ustedes le hubieran visto...
Más pálido que un difunto,
Con los ojos encendidos...

JUANA.

No tengo yo corazon
Para oir lástimas.

PERICO.

Ni á tiros
Vuelvo allá sin la respuesta;
Es capaz de un desatino,
Segun le dejé.

DOÑA INÉS.

¡Infeliz!...

PERICO.

¡Con qué tristeza me dijo:
« Ahora veré si mi Inés
» Me tiene tanto cariño,
» Como me juró mil veces!»

JUANA.

Va el pobre á perder el juicio.

PERICO.

¿Tanto le queda?... ¡ojalá
Fuera ese solo el peligro!
Yo le escondí las pistolas...

DOÑA INÉS. (Con inquietud.)

¿Y quedó solo?

PERICO.

Preciso,
Si yo me vine...

DOÑA INÉS.

Pues vuelve
Al instante.

PERICO.

¿Y qué le digo?

DOÑA INÉS.

¿No lo sabes?

PERICO.

Para eso
Más vale tirarle un tiro.

JUANA.

Dice bien: así que sepa
Que siquiera habeis querido...

DOÑA INÉS. (Con sentimiento.)

Pero, ¿qué quiere de mí?

JUANA.

Yo qué sé. ¿No habeis leido
Su carta?

PERICO.

Bien claro está:
Sólo quiere...

DOÑA INÉS. (Con sequedad.)

¿No has oido
Que te vayas?

PERICO.

Sí, señora;
Ya me voy... ¡Pobre amo mio!
No sabes lo que te espera.
Si en algo puede serviros
Fuera de Madrid, yo siempre...

DOÑA INÉS. (Con tristeza.)

No, Pedro; yo te lo estimo...

PERICO.

Quede usted con Dios.

DOÑA INÉS.

Adios.

PERICO.

Yo soy hombre agradecido,
Y no he de dejarle ahora
Expuesto á tantos peligros.

DOÑA INÉS.

Haces bien... (Con abatimiento.)

PERICO.

Al fin del mundo
Estoy resuelto á seguirlo,
Sin abandonarle nunca...

DOÑA INÉS.

¡Ay, Inés!

PERICO.

Ya que he comido
Su pan, y todos le dejan...
Pero no quiero afligiros;
Quede usted con Dios.

DOÑA INÉS. (Se levanta velozmente.)

¡No, aguarda!
Cuida de él... Yo te lo pido
Con lágrimas de mis ojos...
Quizá un dia... ¡Qué delirio!
¡Nunca más volveré á verle!...

PERICO.

A media noche salimos
Sin falta.

DOÑA INÉS.

¡Nunca más verle!

PERICO.

Todo está ya prevenido
Para marchar... Y va bueno
Para emprender el camino:
Triste, con poca salud...

JUANA.

Cuéntele usted por perdido.

DOÑA INÉS.

Pero ¿tengo yo la culpa?

JUANA.

¿Y no podeis impedirlo
Con una sola palabra?

DOÑA INÉS. (Con turbacion y vehemencia.)

Dile... yo te lo suplico...
Dile que no me aborrezca,
Que nunca me eche en olvido,
Que me escriba alguna vez...
Dile que tan sólo exijo
Saber que vive, y se acuerda
De esta infeliz... No le pido
Que me conserve su amor;
Viva dichoso y tranquilo
Con otra... ya que su Inés
Tan desgraciada ha nacido...

JUANA.

No llore usted.

DOÑA INÉS.

Que ninguno
Le robará mi cariño,
Ni mi mano... que le quiero
Más que nunca le he querido;
Que soy suya hasta la muerte...
¿Se lo dirás?

PERICO.

Yo, lo mismo
Que usted me lo está diciendo.

DOÑA INÉS.

Y nota bien si al oirlo
Se enternece...

PERICO.

Bien está.

DOÑA INÉS.

Si pregunta con ahinco
Si me dejaste muy triste...

PERICO.

Bien.

DOÑA INÉS.

Y si está convencido
De mi amor, ó si me culpa...
Todo, todo has de advertirlo
Para contármelo.

PERICO.

¿Cómo,
Si á media noche partimos?

DOÑA INÉS. (Suspensa y abatida.)

Tienes razon... ¡Pobre Inés,
A qué estado te ha traido
Tu mala suerte!

JUANA.

Señora,
Usted está sin sentido
Y va á costarle la vida.

DOÑA INÉS.

¿Qué me importa?... Así me libro
De padecer.

JUANA.

Si quedára
Al ménos algun arbitrio...

DOÑA INÉS.

Ninguno, Juana, ninguno.

JUANA.

A mí sólo me ha ocurrido
Si quisiera usted...

DOÑA INÉS.

¿Qué?

JUANA.

Hablarle
Esta noche con sigilo.

DOÑA INÉS.

¿A quién? ¡A ese ingrato!... No:
Pues ha tomado el partido

De dejarme para siempre,
Vaya con Dios.

JUANA.

Yo confio
En que si os viera... Tal vez
Pudiera usted disuadirlo.

DOÑA INÉS.

No, Juana.

JUANA.

Pero á lo ménos
Lograba usted el alivio
De despedirse.

DOÑA INÉS.

¿Y qué logro
Con redoblar mi martirio?

JUANA.

Consolarse con llorar,
Hablar, reñir, conveniros
En el modo de escribirse...

DOÑA INÉS.

No querrá.

JUANA.

¿Por qué motivo?
Así que usted se lo diga...

DOÑA INÉS.

¿Cómo?

JUANA.

De un modo sencillo:
Viniendo á casa...

DOÑA INÉS.

¿Qué dices?

JUANA.

¿Y hay en eso algun peligro?

DOÑA INÉS.

¿Y si luego se supiera?

JUANA.

¿Por quién?

DOÑA INÉS.

No me determino.

JUANA.

Déjelo usted á mi cargo;
Y en quedando recogidos
Los señores...

DOÑA INÉS.

¿Y mi madre?

PERICO.

La deja pegando brincos
El amo, y viene de oculto...

DOÑA INÉS.

Le pueden ver los vecinos.

JUANA.

No haya miedo: abro la puerta,
Entra primero Perico
Á reconocer el campo,
Y el otro queda escondido
En la esquina.

DOÑA INÉS.

No me atrevo:
¡Yo, sola yo, sé el conflicto
En que está mi corazon!...

JUANA.

¿Y el suyo estará tranquilo?

DOÑA INÉS.

¿Y qué he de hacer?

JUANA.

Darle al ménos
Esa prueba de cariño;
Dejarle alguna esperanza,
Evitarle un precipicio...

DOÑA INÉS.

Yo bien quisiera...

JUANA. (A Perico.)

Pues corre...

DOÑA INÉS. (A Perico.)

No, aguarda...

JUANA.

Lleva el aviso...

PERICO.

Voy de un vuelo. (Vase corriendo.)

DOÑA INÉS.

Aguarda...

JUANA.

Sí;
Ni un galgo puede seguirlo.

ESCENA III.

DOÑA INÉS, JUANA.

JUANA.

¡Quiere tanto á su señor!

DOÑA INÉS. (Abatida.)

¿Qué voy á hacer?... Yo me pierdo.

JUANA.

¿Será la primera vez
Que se han hablado en secreto,
Dos personas que se quieren?

DOÑA INÉS.

Pues yo, Juana, no me atrevo.

JUANA.

¡No faltaba más ahora!

DOÑA INÉS.

Tú le dirás que lo siento;
Pero que no puede ser.

JUANA.

¿Quereis pagar con desprecios
Tanto amor?

DOÑA INÉS.

¿Y lo has creido?

JUANA.

¡Pues cabe un hombre más ciego!

DOÑA INÉS.

¡Por eso quiere dejarme!

JUANA.

Quizá si os amára ménos,
No os dejára.

DOÑA INÉS.

¿Y quién le obliga
A ausentarse?

JUANA.

El mismo extremo
De su pasion; el no estar
A todas horas expuesto
A lances como el de hoy...

DOÑA INÉS.

¿Y no ha encontrado otro medio
Más que el de dejarme así?

JUANA.

Por mi parte no le veo:
Sabiendo ya la señora...

DOÑA INÉS.

Quizá en pasando algun tiempo
Cediera...

JUANA.

¡Ceder el ama!
¿No conoce usted su genio?
¿No sabe usted que á ella sola
Quiere le rindan obsequios
Los hombres, y hasta le duele

Que os hagan un cumplimiento?
El pobre de don Teodoro,
Sólo á fuerza de quereros
Ha podido el infeliz
Tolerarla tanto tiempo.

DOÑA INÉS.

¿Y no sufro yo por él?

JUANA.

No por él, por no atreveros
A hablar claro á vuestra madre.

DOÑA INÉS.

Tú sabes cuánto la quiero,
Y cuánto me adora á mí.

JUANA.

Lo disimula á lo ménos.

DOÑA INÉS. (Con sequedad.)

Basta, Juana; calla, y vete.

JUANA.

Si cada vez que me acuerdo
De lo que pasó esta tarde,
No sé como me contengo.
El pobre mozo afligido,
Haciendo vanos esfuerzos
Por alcanzar la licencia:
Llega usted, oye su ruego,
Corre á los piés de su madre,
Se arrodilla con respeto,
Insta, llora... ¿Y cuál fué el fruto?
Sólo sufrir sus dicterios.

DOÑA INÉS. (Con abatimiento.)

Esa es mi suerte.

JUANA.

Ni áun quiso
Daros siquiera el consuelo
De escuchar á uno ni á otro...

Ya se ve: si ella en su pecho
Sabe que teneis razon,
¿Qué ha de hacer? Lucir los fueros
De madre, y dar muchos gritos
Para salir del aprieto.
Yo no sé lo que sentí,
Cuando ví con el desprecio
Que os echó fuera del cuarto.

DOÑA INÉS.

De acordarme me avergüenzo.

JUANA.

Y estando allí don Teodoro...

DOÑA INÉS.

Yo siquiera tuve aliento
Para levantar la vista...

JUANA.

¡Afrentar á un caballero,
Y echarle fuera de casa!...
Pero ¿con qué fundamento?
Porque, siendo hombre de bien,
Quiere con un fin honesto
A una niña que le ama,
Y la pide en casamiento.

DOÑA INÉS.

Es así.

JUANA.

Y si encontrára
El motivo más pequeño
Para oponerse...

DOÑA INÉS.

Verdad.

JUANA.

Pero si todos sabemos,
Aunque nos quiera hacer tontos,
El motivo verdadero.

DOÑA INÉS.

No más, Juana.

JUANA.

Y lo peor
Del caso es que va cundiendo
La noticia, y hace usted
Muy mal papel en el pueblo.

DOÑA INÉS.

No hay más que tener paciencia.

JUANA.

Más vale poner remedio.

DOÑA INÉS.

¿Y tengo alguno en mi mano?

JUANA.

¿Le ha olvidado usted tan presto?

DOÑA INÉS.

No me hables de eso en tu vida.

JUANA.

Así lo haré; pero temo
Que si vuela la ocasion,
Despues la echará usted ménos.

DOÑA INÉS.

No lo temas.

JUANA.

Puede ser,
Pero es difícil; en viendo
Que da mañana la hora
De venir á casa, y léjos
De mirarle á vuestro lado,
Ni áun sabeis su paradero...

DOÑA INÉS.

Mucho sufriré.

JUANA.

Y al fin,

Si fuera el plazo ligero;
¡Pero por toda la vida!

DOÑA INÉS.

¡Ay, Juana!

JUANA.

Y con el recelo
De que ya desesperado
Vaya á hacer un desacierto...

DOÑA INÉS. (Abatida.)

No querrá Dios.

JUANA.

O si acaso
Le sucede un contratiempo
En el camino... ¿Y por qué
Tantas molestias y riesgos?
Porque una madre obstinada
Prefiere sus devaneos
A hacer feliz á su hija...
Como da con un cordero,
Abusa, y hace muy bien;
Ya se anduviera con tiento
Si diera con otra, ó puede
Que ella perdiera en el juego.

DOÑA INÉS.

Pues yo más quiero sufrir...

JUANA.

¿Le parece á usted que es cuento
Lo que digo? Pues yo sola
Puedo contar cien ejemplos.
¿Qué le pasó á aquella amiga
Que se casó de secreto
Con el alférez?... Los padres
Quisieron tocar el cielo
Con las manos, ¿y despues?
Usted misma lo está viendo:

El viejo y la vieja riñen
Por mecer la cuna al nieto.
Si eso es más claro que el agua:
En no teniendo remedio,
¿Qué pueden hacer los padres?
Darse por muy satisfechos.
Y sino, suponga usted
Que al fin cede á los deseos
De don Teodoro...

DOÑA INÉS.

No tienes
Siquiera que suponerlo.

JUANA.

Ya lo sé; pero supongo
Que todo se halla dispuesto
Para marchar, que partimos,
Que llegamos á Toledo,
Que paramos en la casa
Del canónigo, y nos vemos
Regaladas cual princesas.
El escribe á algun sugeto
De importancia: viene acá,
Sufre el temporal deshecho
De la señora, la amansa,
Se queda el tiempo sereno:
«Yo la perdono; que venga...»
Parte volando un correo
Con la noticia: «¡A Madrid!
»¡El coche, los tiros, presto!»
El tio (que será gordo)
Viene llenando el testero
Del coche, ustedes al vidrio,
Yo en un calesin con Pedro...
Me parece, señorita,
Que ahora mismo lo estoy viendo.

DOÑA INÉS.

¿No callas, mujer, no callas?...
Mas, si no me engaño, siento
Ruido de pasos... (Levantándose.)

JUANA.

Y cerca.
¿Si no que llevó don Pedro
Su llave?

DOÑA INÉS.

Bien puede ser.

JUANA.

Pronto se ve... Dicho y hecho.

ESCENA IV.

DOÑA INÉS, JUANA, DON PEDRO, DON LUIS.

DON PEDRO.

No esperábamos, don Luis,
Encontrar tan buen hallazgo.

DON LUIS.

Mire usted si hicimos bien
En recogernos temprano.

DOÑA INÉS.

Ha sido casualidad:
Nos estuvimos un rato
Cosiendo... luego allá dentro
Sin saber qué hacer... y al cabo
Iba á recogerme ahora...

DON PEDRO.

Nosotros hemos andado
Sin saber qué hacer tampoco:
Se acabó tarde el teatro;
Dieron al salir las once,
Y anduvimos vacilando

Sobre ir ó no á alguna fiesta;
Pero al fin...

DON LUIS.

Y la acertamos
En no pasar mala noche.

DON PEDRO.

Pues álguien está escuchando
Que quizá de buena gana...

DOÑA INÉS.

Está usted muy engañado
Si habla por mí.

DON PEDRO.

Por ventura
¿Y qué tuviera de extraño?

DOÑA INÉS.

No digo yo que tuviese.

DON PEDRO.

Es propio en los pocos años
El gusto de divertirse;
Y más teniendo cercano
El ejemplo de una madre...
Yo, don Luis, no he visto cascos
Más ligeros en mi vida:
A la comedia, al sarao...
¿Y su casa? ¿y esta niña?
Mas que se las lleve el diablo.
Contemple usted con el gusto
Que estará Inés...

DOÑA INÉS.

¿Pues yo acaso
Estoy triste?

DON PEDRO.

¿Y no es así?

DOÑA INÉS.

Hace tiempo que no he estado

De mejor humor... Las dos
Hemos estado jugando
Y riendo... (A Juana.) ¿No es verdad?

DON PEDRO.

Y ahora de cerca reparo
Que estás pálida y llorosa.

DOÑA INÉS.

Tendré los ojos cargados
De coser; pero no sé,..
Sólo he sentido hace rato
Algun dolor de cabeza.

DON PEDRO.

Será quizá de reir tanto.

DOÑA INÉS.

¿Qué por fuerza he de estar triste?
Si ustedes quieren...

DON LUIS.

Cuidado,
Que yo no he dicho palabra.

DOÑA INÉS.

Aun dice usted más callando.

DON LUIS.

¿Porque hablé esta tarde erré,
Y ahora yerro porque callo?

DOÑA INÉS.

No digo tal; las mujeres
Somos las que siempre erramos,
Segun los hombres.

DON LUIS.

Tampoco
Tengo un concepto tan malo...

DOÑA INÉS.

¿No dijo usted esta siesta?...

DON LUIS.

Sólo dije que era raro

Hallar franqueza en ustedes;
Y ahora lo estais confirmando.

DOÑA INÉS.

Pues estoy triste.

DON PEDRO.

A mí es,
Y me tiene incomodado
El verte sola en la casa,
Y la otra vieja bailando.

DOÑA INÉS.

Deje usted que se divierta.

DON PEDRO.

¿Y yo se lo impido acaso?
Pero lo siento por tí;
Y ya me voy enfadando
De sufrir y de callar.

DOÑA INÉS.

¿No sufro yo más, y callo?

DON PEDRO.

Este angelito aquí solo,
Puesta mano sobre mano...
Sin divertirse, aburrida...
Si quieres jugar un rato
Entre los tres...

JUANA.

¿Con jaqueca?

DON PEDRO.

Si estás mala, no tratamos
De incomodarte.

DOÑA INÉS.

Yo sólo
Me detuve á saludaros;
Pero ya me iba á acostar.

DON PEDRO. (A Juana.)

Pues anda, vé, y dale un baño (A Doña Inés.)

De piés : quizá te mejores;
Y si se ofreciere algo,
Que me llamen.

DOÑA INÉS.

Está bien.

JUANA.

Yo quedo con el cuidado.

DON LUIS.

Que usted se alivie.

DOÑA INÉS.

Mil gracias ;
Buenas noches.

ESCENA V.

JUANA, DON PEDRO, DON LUIS.

DON PEDRO.

Lleva al cuarto
A la niña, y luego vuelve.

JUANA.

¿Y traigo ya preparado
El cocimiento?

DON PEDRO.

No pienso
Acostarme tan temprano.

JUANA.

Pues me parece que advierto
Más hinchazon en el lado.

DON PEDRO.

No me duele mucho ahora.

JUANA.

No se ande usted chanceando
Con las muelas...

DON PEDRO.

Si no es nada...

JUANA.

¡He visto yo tantos casos!...
Más vale que usted se acueste.

DON PEDRO.

¿Y de cuando acá has tomado
Tanto interes en mis muelas?

JUANA.

¿Ve usted, don Luis, lo que gano
Con ser cuidadosa?

DON PEDRO.

No;
Yo te lo estimo.

JUANA.

Los amos
Todos son unos; y siempre
Saca una pobre este pago.

ESCENA VI.

DON PEDRO, DON LUIS.

DON PEDRO.

Esta es otra que bien baila;
¡Mire usted á quien se fia
El cuidado de la casa
Y la guarda de una hija!
Con más juicio las he visto
Encerradas en Sevilla.

DON LUIS.

No tiene mucho, en verdad.

DON PEDRO.

Así se pierden las niñas,

Adquieren malos resabios,
Se despierta su malicia...

DON LUIS.

Seguramente, es fortuna
El que descubra Inesita
Tan buen fondo.

DON PEDRO.

¿Y piensa usted
Que su carácter la libra
De riesgos? Ella es un ángel,
Es dócil, franca, sencilla;
Pero más le temo así.
Si sólo tiene á la vista
El espejo de una madre
Casquivana y distraida;
Y para aumentar el daño
Está al lado todo el dia
De una moza desenvuelta,
¿Qué espera usted en su vida?

DON LUIS.

En eso teneis razon.

DON PEDRO.

Lo que á mí me maravilla,
Es que con tales ejemplos
Aun conserve todavía
Algun candor.

DON LUIS.

Ya vió usted
Como se puso encendida
Al faltar á la verdad.

DON PEDRO.

Aun es la pobre novicia
En el arte de fingir;
Mas con todo, si se aplica,
Es mujer y aprenderá.

DON LUIS.

Por mas esfuerzos que hacia
Para fingir buen humor,
Mostraba hasta en su sonrisa
Algun pesar.

DON PEDRO.

Yo jamás
La he visto tan distraida
Ni tan triste... Ya se ve;
Tiene la pobre la espina
De la máscara...

DON LUIS.

Pues yo
Sospeché si ya sabria
Alguna cosa... Las voces
Suelen cundir tan aprisa...

DON PEDRO.

¿Pero es cierto?

DON LUIS.

Por su casa
He sabido la noticia,
Aunque con mucha reserva.

DON PEDRO.

Veremos si se confirma;
Él es pájaro de cuenta.

DON LUIS.

Pues todas sus picardías
No le valen ya en Madrid:
Los acreedores le ostigan:
Uno le amenaza á palos,
El otro con la Justicia...

DON PEDRO.

Pues entónces no hay recurso.

DON LUIS.

¿Qué recurso? Si le pillan,

Al hospital ó á la cárcel.
El ya se ha puestó en franquia,
Y anochece y no amanece.

DON PEDRO.

Pues no será poca dicha
Para esta casa.

DON LUIS.

Así es.

DON PEDRO.

Habrá paz en la familia;
Y veremos si mi hermana
Conoce sus tonterías,
Y acaba de abrir los ojos...
Por lo ménos mi sobrina
Ganará mucho... ¿Y quién sabe
Si en perdiéndole de vista?...
Dicen que el primer amor
O tarde ó nunca se olvida;
¿No es usted de ese dictámen?

DON LUIS.

Así dicen.

DON PEDRO.

Yo creia
Que usted por propia experiencia...

DON LUIS.

Quizá...

DON PEDRO.

Las cosas sencillas:
¿Podreis olvidar á Inés?

DON LUIS.

¡Olvidarla yo! en mi vida.

DON PEDRO.

¿Y os da vergüenza el decirlo?

DON LUIS.

Soy franco : me mortifica
El verme pospuesto á otro.

DON PEDRO.

Pues yo no tengo perdida
La esperanza de llamaros
Mi sobrino; ¿os pesaria?

DON LUIS. (Con expresion.)

¡Ah, don Pedro! Inés, ó nadie.

DON PEDRO.

Jóven honrado, esa misma
Pasion que á usted le sonroja,
A mis ojos le acredita;
Pues no cabe amor tan puro
En un alma corrompida.
Ame usted, amigo mio,
Ame usted; que vendrá el dia
Del premio, y quizá no tarde.

DON LUIS.

Sólo esas voces me animan.

DON PEDRO.

Yo salgo fiador : ¿os basta?
Yo conozco á mi sobrina,
Sé que os amó, y siempre queda
Algun fuego en las cenizas.

ESCENA VII.

DON PEDRO, DON LUIS, JUANA.

JUANA. (Con el cocimiento.)

Aquí va.

DON PEDRO.

Llévalo adentro.

ESCENA VIII.

DON PEDRO, DON LUIS.

DON PEDRO.

Este es el mundo: á Inesita
No le dejan ir al baile,
Y esta privacion le aviva
Las ganas; y usted pudiendo...

DON LUIS.

A mí muy poco me incitan
Esas fiestas; era tarde,
Mal tiempo, usted se venia;
¿Qué habia de hacer? Ahora tomo
Cualquier obra entretenida,
Y me divierto leyendo
Hasta que el sueño me rinda.

ESCENA IX.

DON PEDRO, DON LUIS, JUANA.

JUANA.

Ya está todo prevenido.

DON PEDRO.

Vamos... No sé qué daria
Por dormir toda la noche;
Pero estas muelas malditas...

DON LUIS.

Quizá con el cocimiento
Paseis la noche tranquila.

DON PEDRO. (Yéndose.)

Dios lo quiera; hasta mañana.

JUANA.

Oiga usted, señor: ¿se estila
Despedirse á la francesa?

DON PEDRO.

Perdone usted, señorita.

JUANA.

Mire usted, más honra tengo
Que tienen muchas usías.

ESCENA X.

DON LUIS, JUANA.

DON LUIS. (Al irse.)

Adios, Juana; buenas noches.

JUANA. (Volviéndose.)

Que duerma usted bien... y aprisa,
Sin que pueda despertarle
Ni un cañon de artillería.

ESCENA XI.

DOÑA INÉS, JUANA.

JUANA. (Yendo á entrar por la puerta del interior de la casa.)

Vamos á ver...

DOÑA INÉS.

¿Se acostaron?

JUANA.

Cuidado que no nos sientan.

DOÑA INÉS.

Dices bien; vente allá dentro.

JUANA.

Antes...

DOÑA INÉS.

Si áun no estoy resuelta...

JUANA.

¿Cómo no? pues ahora mismo
¿Qué dijo usted?

DOÑA INÉS.

Ya me pesa.

JUANA.

¿Y por qué?

DOÑA INÉS.

Si no me atrevo...
Si no sé lo que recela
Mi corazon... Tú saldrás;
Y le dirás que siquiera
Me dé este gusto.

JUANA.

Si salgo,
Antes de escuchar mi arenga
Toma la posta y se va.
¿No es mejor que se convenza
Por sí mismo? ¿que os escuche,
Que os hable, que él propio os vea
Llorar?

DOÑA INÉS.

No tengo valor.

JUANA.

Quizá lograréis que ceda
A vuestro ruego, ó le dais
El último *adios* siquiera.

DOÑA INÉS.

¡El último! ¡Ay, Juana mia!

JUANA.

Así á lo ménos os queda
Ese consuelo; sino,

Se marcha ántes que amanezca,
Y hasta la muerte.

DOÑA INÉS. (Con vehemencia.)

Pues ve...
Pero no, detente, espera...

JUANA.

¿Qué quiere usted?

DOÑA INÉS.

Que me dejes.

JUANA.

¿Y no voy?

DOÑA INÉS.

No.

JUANA.

Me da pena
El veros en ese estado;
Y si dura más...

DOÑA INÉS. (Se sienta con abatimiento)

No temas;
No durará este pesar
Tanto como tú recelas...
¡Teodoro, yo te lo juro!...

JUANA.

Si en este instante os oyera,
Si os viera tan abatida...

DOÑA INÉS.

Por Dios, Juana, no te muevas
De mi lado...

JUANA.

¿Qué teneis?

DOÑA INÉS.

Yo no sé qué angustia es esta,
Que ni áun puedo respirar...

JUANA.

Háblele usted, aunque sea

Un minuto, y que se vaya.

DOÑA INÉS.

No, Juana; ya estoy resuelta.

JUANA.

Pero un solo instante...

DOÑA INÉS.

No.

JUANA.

¿Y si el infeliz espera?

DOÑA INÉS.

Tú le desengañarás.

JUANA.

Yo... la verdad... mejor fuera
Mandar con otro el recado.

DOÑA INÉS. (Con sentimiento.)

¡Tú tambien, Juana!

JUANA.

Me cuesta
Tanto trabajo el decirle...

DOÑA INÉS.

Pues bien: no vayas.

JUANA.

Si fuera
Otra cosa...

DOÑA INÉS.

Ya lo sé.

JUANA.

Perico estará á la puerta,
Y él mas bien... Si quiere usted,
Verá usted qué pronto entra.

DOÑA INÉS.

No dices mal.

JUANA.

El vendrá
Para hacer la descubierta,

Como quedamos; y entónces
Le dice usted lo que quiera.

DOÑA INÉS.

Es que si entiende Teodoro...

JUANA.

¿No se dijo que estuviera
En la esquina? Verá abrirle
Al descubridor; se alegra;
Y cuando piense él entrar,
Ya se encuentra al otro fuera.

DOÑA INÉS.

Y luego el pobre Teodoro...

JUANA.

Yo no sé cómo os entienda:
Tan pronto quereis hablarle,
Tan pronto decís que os pesa,
Luego quereis que yo vaya,
Despues que Perico venga...

DOÑA INÉS.

¡Ni yo me entiendo á mí misma!

JUANA.

Pero, al fin, ¿en qué se queda?

DOÑA INÉS.

Yo no sé.

JUANA.

¿Llamo á Perico?

DOÑA INÉS.

Haz, Juana, lo que tú quieras.

ESCENA XII.

DOÑA INÉS *sola*.

(Continúa sentada, mostrando agitacion y abatimiento.)

DOÑA INÉS.

Inés... Inés... un momento
De valor... Ni él mismo sepa
Lo que le quiero... ¡Crüel!
Yo sola, afligida, expuesta
A las iras de mi madre,
Y él por su gusto se ausenta...
¡Quién sabe!... Quizá ha buscado
El pretexto de la ausencia
Para burlarse; quizá
Otro amor... Pero, ¿qué pruebas
Tengo yo?... ¿No habló á mi madre?
¿No le pidió la licencia?
¿No me propone el ser mio?
Pues, Inés, ¿de qué te quejas?...
¡Ay! yo sola, yo le pierdo:
Por mí el infeliz se aleja;
Por mí todo lo abandona;
Por mi culpa á la hora esta,
Quizá mañana... ¡Dios mio!
Ya en el mundo no me queda
Ni áun la esperanza de verle...
Pero, Teodoro, no temas
Que tu Inés te falte nunca,
Ni que olvide sus promesas;
Su amor, su vida, su alma,
Todo es tuyo... Donde quiera
Que vayas, aunque me olvides,
Aunque nunca más te vea,

'ú sabrás, Teodoro mio,
ˢi tu Inés te amó de veras.

ESCENA XIII.

DOÑA INÉS, DON TEODORO, JUANA, PERICO.

Doña Inés se levanta sobresaltada al oir la voz baja de don Teodoro; éste habrá estado parado en la puerta desde el final de la escena anterior; vendrá con un vestido de baile, cubierto con un sobretodo; Perico y Juana vienen detras, y todos con silencio.)

DON TEODORO.

Inés...

DOÑA INÉS.

¡Ay!

DON TEODORO.

¿Te vuelvo á ver?

DOÑA INÉS.

¿Qué has hecho, Juana, qué has hecho?

JUANA.

¿Yo... señora? si al abrir
El mismo se metió dentro.

DOÑA INÉS.

Todos me venden... adios.

DON TEODORO. (Deteniéndola.)

Oyeme sólo un momento.

DOÑA INÉS.

No, Teodoro.

DON TEODORO.

Un sólo instante.

DOÑA INÉS.

Si nos sienten, nos perdemos.

DON TEODORO.

No nos oirán.

DOÑA INÉS.

Compadece
El estado en que me veo...

DON TEODORO.

¿Temes mis reconvenciones?
No, Inés; ya sé lo que tengo
Que esperar de tí; lo sé.

DOÑA INÉS.

Tú verás...

DON TEODORO.

Sé que te pierdo,
Que voy á ser desgraciado,
Que para siempre me alejo
De tu vista...

DOÑA INÉS.

¡Para siempre!

DON TEODORO.

Lo dije, y no me arrepiento.

DOÑA INÉS.

¿Y así lo dices, ingrato?

DON TEODORO.

¿Tú quejas? ¡tú que me has hecho
Infeliz!

DOÑA INÉS.

Yo no, Teodoro.

DON TEODORO.

¡Tú que olvidaste tan presto
Tus palabras, tus promesas,
Los más santos juramentos!...

DOÑA INÉS.

No es culpa mia.

DON TEODORO.

¿No es tuya?
¿Pues de quién?... Pero ya veo
Tu turbacion. ¿No respondes?

¿No tienes siquiera aliento
Para hablarme?... ¡No es tu culpa!
Dices bien: yo, que tan ciego
Me abandoné á mi pasion;
Yo, que olvidé por tu afecto
Bienes, fortuna, familia,
¿Yo soy quien te reconvengo?
No, Inés; tú tienes razon:
Yo solo soy el que debo
Reconvenirme.

DOÑA INÉS.

¡Teodoro!

DON TEODORO.

Yo, que imaginé sincero
Tu cariño...

DOÑA INÉS.

¿Y no te amo?

DON TEODORO.

¡Amarme tú!... Hubo algun tiempo
En que necio lo creia;
Pero ese mismo recuerdo
Me atormenta más ahora.
Yo, tranquilo, satisfecho
Con tus promesas, ansiando
Llegase el feliz momento
De verte mia... lo juras,
Ni un instante me detengo
En pedir tu mano, y sufro
Insultos y menosprecios...
Pero me queda mi Inés;
Ese era el solo consuelo
De mi corazon; me ama,
Sabe que no hay otro medio
De ser mi esposa; verá
Que á costa de un leve riesgo

Somos felices... Te escribo,
Vuelven, pregunto... ¡Qué léjos
Estaba yo de esperar...

DOÑA INÉS.

¡Ay, Teodoro! No lo niego:
Te quiero más que á mi vida;
Pero no con tal extremo,
Que sacrifique á mi gusto
De una familia el sosiego,
El tierno amor de una madre,
Mi inocencia, mi concepto,
Mi honor...

DON TEODORO.

¡Tu honor!... ¿Pues acaso
He tratado de ofenderlo?
¿Podrá tu madre á su antojo
Negar su consentimiento
Para nuestra union, y tú
Por un temor indiscreto
Dejarás de ser mi esposa?
¡Tú por su capricho necio
Infeliz toda tu vida,
Por no exponerla á un momento
De pesar, de que ella propia
Ha de avergonzarse luego!...
¡Tu familia!... Y por ventura
¿Quién le ha otorgado el derecho
De esclavizarte á su gusto?...
Pregunta, indaga qué hicieron
Ellos mismos, ó si acaso
No nos dieron el ejemplo.
¿Callas?... ¿dudas?... ¿ó presumes
Que seremos los primeros
En burlar la tiranía
De unos padres indiscretos?...

No, Inés mia; tú me amas;
Tú puedes premiar mi afecto
Con tu mano... ¿Y la retiras? (La accion.)

DOÑA INÉS. (Con abatimiento.)

Déjame, yo te lo ruego.

DON TEODORO.

¿Que te deje?...

DOÑA INÉS.

Sí, Teodoro.

DON TEODORO. (Con resolucion.)

Adios.

DOÑA INÉS.

¿Te vas?

DON TEODORO.

¿No te dejo?
¿No hago tu gusto?

DOÑA INÉS.

¡Tan pronto!

DON TEODORO.

Y para nunca más vernos.

DOÑA INÉS.

¿Nunca, Teodoro?...

DON TEOBORO.

Jamás.

DOÑA INÉS.

Pues... adios... (Con suma languidez.)

DON TEODORO.

¿Lloras?

DOÑA INÉS.

No puedo
Resistir más... Pero, dime:
¿Podré esperar á lo ménos
Que te acuerdes de tu Inés?

DON TEODORO.

Sí, Inés; yo te lo prometo.

DOÑA INÉS.

¿Me escribirás?

DON TEODORO.

Quizá ántes
Acabarán mis tormentos:
Tú lo sabrás... Inés mia,
No te ha de quedar recelo
De que fué falso mi amor;
Adios.

DOÑA INÉS.

Espera un momento...

DON TEODORO.

¿Para qué?

DOÑA INÉS.

¿Te canso ya?

DON TEODORO.

No, Inés; ¿pero á qué exponernos
Sin fruto? ¿A qué atormentarnos?

DOÑA INÉS.

Ingrato, bien te comprendo:
Te soy molesta, y quizá
Se ha convertido tu afecto
En odio...

DON TEODORO.

¿En odio, mi vida?

DOÑA INÉS.

Pero yo no lo merezco;
No, Teodoro; ¡Dios lo sabe!...
Si pudieras ver mi pecho,
Tú mismo me disculpáras.

DON TEODORO.

¿Y es posible que te pierdo
Con tanto amor?...

DOÑA INÉS.

Sí, Teodoro;
Mi suerte así lo ha dispuesto

DON TEODORO.

¿No está en tu mano el vencerla?

DOÑA INÉS.

No me es posible.

DON TEODORO.

¿Y nos vemos
Por última vez ahora?

DOÑA INÉS.

¡Ay!...

DON TEODORO.

¿Ni nos queda el consuelo
De morir juntos?...

DOÑA INÉS.

¡Dios mio!!!

DON TEODORO.

¡Y yo vacilo un momento!
Inés mia, adios, adios...

DOÑA INÉS.

Aguarda... Yo desfallezco...

DON TEODORO.

Inés mia, hasta la muerte...

(Toma su mano con expresion, en ademan de despedirse; doña Inés se arroja á sus piés, y él procura sostenerla.)

DOÑA INÉS.

Tuya soy... tuya...

DON TEODORO.

¿Qué es esto,
Inés?

DOÑA INÉS.

¡Ten piedad de mí!
Mi vida misma te entrego;
Mi honor, que es más que mi vida...

DON TEODORO.

¡Esposa mia!... (Ya puedo
Llamarte con este nombre),
Mi esposa, mi bien, mi dueño,
¿Tú arrodillarte á mis piés?

DOÑA INÉS.

¿Quieres más?... Mira cual beso
Tu mano, y la riego en llanto...

DON TEODORO.

Álzate.

DOÑA INÉS.

¿No estás contento?
¿Me quieres más humillada?

DON TEODORO.

¡Tú humillada, cuando debo
Besar la tierra que pisas!

DOÑA INÉS.

Mi honor, mi honor... Y te ofrezco
Ser tu esclava, no tu esposa...

DON TEODORO.

No me traspases el pecho
Con tus sospechas.

DOÑA INÉS.

¿Lo juras?...

DON TEODORO.

Te lo juro por el cielo,
Por mi vida, por mi amor...
Pero, Inés, no malogremos
Ocasion tan favorable...

(Doña Inés muestra abatimiento y profunda distraccion hasta el fin de la escena.)

DOÑA INÉS.

Dispon de mí... Ya no tengo
Más voluntad que la tuya.

DON TEODORO.

Juana, Perico, al momento
A disponer...

(Perico y Juana habrán estado en el fondo del teatro, como hablando en secreto, hasta este punto en que se acercan.)

JUANA.

¿Es verdad,
Señorita?... Pero advierto
Que está usted llorosa...

DOÑA INÉS.

No...

JUANA.

Si yo claro lo estoy viendo,
¿A qué oculta usted la cara?

DOÑA INÉS.

De mí misma me avergüenzo:
Vuélveme, Teodoro mio,
Mi inocencia...

DON TEODORO.

Está á cubierto
Con tu esposo.

PERICO.

¡Y qué marido!

DON TEODORO.

Pero no perdamos tiempo;
Vamos, Juana.

JUANA.

¿Saco ropa?

DON TEODORO.

Ya me ofende ese silencio;
Inés, ¿te pesa el ser mia?

DOÑA INÉS.

No, Teodoro; pero al ménos
Deja que piense en mi suerte;
¿En eso acaso te ofendo?

DON TEODORO.

Me afliges.

DOÑA INÉS.

Harto me pesa;
Pero déjame el consuelo
De llorar... No pido más.
¿Te parece que no he hecho
Bastante por tí?...

DON TEODORO.

Alma mia,
Pide mi sangre y la vierto;
Pero no miren mis ojos
Que lloras en el momento
Más dichoso de mi vida.

DOÑA INÉS.

¿No es justo mi sentimiento?

DON TEODORO.

Sí.

DOÑA INÉS.

¿Pues cómo he de olvidarle?
¿No abandono cuanto quiero
En el mundo: casa, padres?

DON TEODORO.

¿Y no sabré agradecerlo?

DOÑA INÉS.

Aquí mismo, aquí nací...

DON TEODORO.

Desecha esos pensamientos.

JUANA.

¿Con que saco aquel vestido?...

DOÑA INÉS.

El que quieras.

DON TEODORO.

Vuelve presto.

ESCENA XIV.

DOÑA INÉS, DON TEODORO, PERICO.

DON TEODORO.

¿Por qué tan triste, Inés mia?

DOÑA INÉS.

Temprano, temprano empiezo
A temer.

DON TEODORO.

Pero, ¿qué temes?
Quizá áun ántes que creemos
Estemos aquí de vuelta.

DOÑA INÉS.

Pero, ¡cuánto en ese tiempo
Va á sufrir mi pobre madre!...

DON TEODORO.

¿A qué viene ese recuerdo?
¿Tienes gusto en afligirte?

DOÑA INÉS.

No puedo, por mas que quiero,
Dejar de pensar en ella...

DON TEODORO.

Piensa en los gustos completos
Que has de gozar á su lado...

DOÑA INÉS.

¡Hija ingrata, este es el premio
Que das á tanta ternura!...

DON TEODORO.

¡Qué vano temor! si luego
Ella propia ha de alegrarse.

DOÑA INÉS.

Y entre los dos cuidarémos
De hacerla feliz... ¿Lo harás?

DON TEODORO.

Tendrá en mí un hijo, no un yerno.

DOÑA INÉS.

Pero... ¿y si no me perdona...

DON TEODORO.

No te inquiete ese recelo,
Inés mia : en nuestros brazos
Muy pronto la estrecharémos.

DOÑA INÉS.

¡Dios lo quiera! Y si consigo
Que olvide mi desacierto,
Y me eche su bendicion,
Nada en el mundo apetezco.

DON TEODORO.

¿No lo has de lograr, mi vida?
Te ha de parecer un sueño
Que lo dudaste siquiera.

ESCENA XV.

DOÑA INÉS, DON TEODORO, JUANA, PERICO.

(Juana saca un lío de ropa y un vestido de camino para doña Inés.)

DON TEODORO.

¿Viene todo?

JUANA.

Aunque revuelto.

(Juana coloca el lío sobre la mesa, y viene á poner el vestido á doña Inés, que se muestra muy triste y pensativa.)

DON TEODORO.

¿Qué tienes, mi bien, qué tienes?
No sabes cuánto padezco
De verte así.

DOÑA INÉS.

Yo no sé
Qué triste presentimiento...

DON TEODORO.

No te violentes; suspira
Con libertad.

DOÑA INÉS.

Si no puedo...

JUANA.

Señorita, ¿está usted muerta?
Teneis tan pesado el cuerpo,
Que me cuesta...

DON TEODORO.

Ayuda, Inés.

DOÑA INÉS.

¡Mira, mira como tiemblo;
Y ten compasion de mí!

DON TEODORO.

Ánimo, Inés, un esfuerzo,
Y nos salvamos.

PERICO.

¡Valor!

DOÑA INÉS.

¡Ay, Teodoro! yo no acierto
A dar un paso...

DON TEODORO.

Yo al lado
Te sostendré.

DOÑA INÉS.

¿No hay remedio,
Por fin, Teodoro?

DON TEODORO.

¿Ahora dudas?

DOÑA INÉS.

Quizá tú mismo en tu pecho
Me estés culpando...

DON TEODORO.

No, Inés;
¿Imaginas que no aprecio
Tu fineza?

DOÑA INÉS.

¡Madre mia!
¿Qué será de tí en sabiendo
Mi fuga?

DON TEODORO.

No te acongojes.

DOÑA INÉS.

Quizá en el primer momento
Me echará su maldicion...

DON TEODORO.

Desecha vanos recelos...

DOÑA INÉS.

Yo voy á ser su deshonra,
Yo voy á cubrir de duelo
A una familia inocente...

DON TEODORO. (Conduciéndola.)

Por Dios, Inés, no tardemos.

JUANA. (Toma la luz y el lío.)

Yo alumbraré hasta bajar.

DON TEODORO.

¡Ánimo!

DOÑA INÉS.

¡Qué desconsuelo
Cuando mañana lo sepan...

JUANA.

Vamos saliendo con tiento...

Juana lleva la luz, y va un poco delante de doña Inés; ésta camina hácia la puerta, conducida de la mano por don Teodoro; Perico va detras. En este punto suena un fuerte campanillazo, como de llamar á la puerta de la calle: doña Inés va á caer desmayada, y la sostiene Juana, que en el mismo momento deja caer la luz, la cual se apaga. Don Teodoro y Perico muestran la turbacion que es natural.)

DOÑA INÉS.

¡Ay de mí!...

DON TEODORO.

Inés...

JUANA.

Nos perdimos.

DON TEODORO.

¿Quién será?

JUANA.

No sé.

DON TEODORO.

¿Qué hacemos?

PERICO.

Tirarnos por un balcon...

DON TEODORO.

Vamos á ver si podemos
Moverla...

JUANA.

Si está cadáver...

PERICO.

El diablo mismo la ha muerto,
Para hacer que nos ahorquen...

JUANA.

Señorita...

DON TEODORO.

Inés...

PERICO.

Más recio.

¡Señorita!!!

DON TEODORO.

Calla, bruto.

PERICO (Aparte.)

Si encontrara un agujero
Donde agazaparme... (Suena otro campanillazo.)

JUANA.

¡Aprieta!

DON TEODORO.

No hay que abrir.

PERICO.

Ya lo sabemos;
Pierda usted cuidado.

DON PEDRO. (Desde su alcoba.)

¡Juana!

JUANA.

¿Esto tambien?

PERICO.

¿Es el viejo?

JUANA.

El mismo; y si sale...

DON PEDRO. (Desde adentro, y esforzando la voz.)

¡Juana!!!

JUANA.

Vamos á llevarla adentro,
Y ustedes se esconden...

DON TEODORO.

Bien. (A Perico.)
Ayuda aquí.

PERICO. (Continúa sin hacer caso.)

Voy corriendo... (Aparte.)
Pero es á esconderme

DON TEODORO.

Aprisa.

PERICO.

Tengo tan maldito tiento
Para andar á oscuras...

DON TEODORO.

Ven.

PERICO.

Ya dí con la puerta... bueno.

Se entra por la puerta del cuarto de don Pedro, creyendo ser la que conduce á las habitaciones interiores de la casa.)

ESCENA XVI.

DON TEODORO, DOÑA INÉS, JUANA.

DON TEODORO,

¿Dónde te has metido, infame?

JUANA.

Perico, vente derecho,
Hácia mi voz.

DON TEODORO

¿No respondes?

(Suena ruido dentro del cuarto de don Pedro.)

JUANA.

Me parece que allá dentro
Suena ruido.

DON TEODORO.

¿Qué hago?

JUANA.

¿Y yo?
Si usted no acude, la suelto.

DON TEODORO.

Tenla.

DON PEDRO. (Al salir.)

¡Ladrones!... ¡ladrones!...
No te has de escapar, gran perro.

ESCENA XVII.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INÉS, JUANA, PERICO.

(Don Teodoro se encamina hácia el lado opuesto á aquel en que suena el ruido, á tiempo que don Luis sale de su cuarto con una luz en la mano izquierda y en la derecha una espada; doña Inés sigue desvanecida en los brazos de Juana; don Pedro sale con bata y traje de dormir, agarrando á Perico, que se desase de sus manos; en aquel momento de sorpresa todos quedan inmóviles y suspensos por un instante.)

DON LUIS. (Yendo á acometer á don Teodoro.)

¡Infame!

DON TEODORO.

Tened.

DON PEDRO.

¿Qué haceis?

DON LUIS.

Derramar su sangre indigna.

DON PEDRO.

Pero, sepamos...

DON LUIS.

¿Qué más?
¿No veis á vuestra sobrina
Y á estos malvados?..,

DON TEODORO.

Yo vine...

DON LUIS.

¿A qué?

DON TEODORO.

La hallé... que salia...

DON LUIS.

¡Vil seductor! Yo sabré
Arrancarte, con la vida,
La verdad...

DON PEDRO.

Tened, don Luis.

DON TEODORO.

Por Dios...

DON PEDRO.

Juicio; y no consiga
Perdernos este villano.

DON TEODORO.

Yo... mi honor...

DON LUIS.

¿Veis su osadía?
Aun se atreve á hablar...

DON PEDRO.

Mirad
Que en este lance peligra
El honor de Inés y el nuestro.
Calma, don Luis; no se diga
Que nos faltó la prudencia,
Cuando más se requeria.

DON LUIS.

¿Pero ha de quedar impune?

DON PEDRO.

Luego hay tiempo; lo que insta
Es cuidar de esa infeliz...

(Don Pedro y don Luis se acercan á doña Inés; don Teodoro permanece á alguna distancia inmóvil y turbado.)

DON PEDRO.

Inés...

DON LUIS.

Apénas respira... (Mirando á don Teodoro.)
¡Malvado!

DON PEDRO (A Juana.)

¿Le has dado agua?

JUANA.

Yo por mí me resistia;
Pero...

DON PEDRO.

No pregunto eso.

JUANA.

Y tambien la señorita;
Pero ellos instaron tanto...

DON PEDRO.

Yo la sostendré. Una silla (A Juana.)
Y un vaso de agua... ¿No vas?

(Colocan en la silla á doña Inés, y Juana recoge del suelo la vela, la enciende y se va adentro.)

JUANA. (Aparte.)

¡Qué cara!... Dios nos asista.

ESCENA XVIII.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INÉS, PERICO.

DON LUIS.

Será una congoja.

DON PEDRO.

Puede;
El susto, la lucha misma
De pasiones, la violencia
Que la infeliz sufriria...

DON LUIS. (A don Teodoro.)

¡Malvado, ve aquí tu obra!
¿No osas levantar la vista?
Mira y complácete.

DON PEDRO.

Juicio;
Que no ha sido poca dicha
Que nos cueste esto tan solo...
Y sino, por buenos dias
Nos quedaba que llorar.

Mire usted si yo sentia
Con razon tanto abandono;
Pero esta infeliz me inspira
Sólo lástima; su madre,
Su madre es la que me irrita.

ESCENA XIX.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INÉS, PERICO; JUANA, ***con un vaso de agua.***

DON PEDRO.

Tráela aquí.

DON LUIS.

Dadle una poca.

DON PEDRO.

Me parece que suspira...
Inés...

DOÑA INÉS.

¡Ay!

DON PEDRO.

Haz por llorar.

DOÑA INÉS.

Juana... ¿quién?...

DON PEDRO.

Soy yo, Inesita.

(Doña Inés mira á un lado y á otro; y al ver á don Pedro y á don Luis, exclama:)

DOÑA INÉS.

¡Dónde me escondo, Dios mio!

DON PEDRO.

Vamos, hija, no te aflijas:
Ya pasó; no temas nada.

DON LUIS.

Beba usted, no le repita
La congoja...

DOÑA INÉS.

¡Por piedad,
Dejadme morir!

DON PEDRO.

¿Deliras,
Muchacha?... Estando á mi lado
Ya debes estar tranquila;
Lo sé todo, y te disculpo.

DOÑA INÉS.

¡Disculparme!

DON PEDRO.

Sí, hija mia.

DOÑA INÉS.

No merezco yo ese nombre.

DON PEDRO.

¿Por qué?

DOÑA INÉS.

Esa bondad misma
Es un puñal para mí:
Reñidme, llamadme indigna
De vuestro amor; insultadme...
Decidme lo que me dicta
Mi corazon; nada más...
Así veré si se alivia
Este peso que me ahoga...

DON PEDRO.

Llora, no temas; suspira...

DOÑA INÉS.

¿No lo haceis?... Ríñame usted;
No tema usted que le diga
Ni una palabra siquiera...
Vereis si os oigo sumisa,
Si os pido perdon, y os beso
Los piés. (En ademan de arrodillarse.)

DON PEDRO.

Levántate, hija,
Y en mis brazos...

DON LUIS. (A don Teodoro.)

Mira, infame,
La víctima que perdias.

(Doña Inés vuelve con sorpresa la cara, y ve á don Teodoro, que está á alguna distancia.)

DOÑA INÉS.

¡Es él!... ¡Oh, Dios!...

DON PEDRO.

¿Por qué tiemblas?

DOÑA INÉS.

Que se aparte de mi vista;
Yo os lo suplico...

DON PEDRO.

Aun no sabes
Quién es.

DON TEODORO.

Yo sólo querria...

DON LUIS.

¿Ve usted, ve usted su insolencia?
¿Y quiere usted que reprima
Mi cólera?

DON PEDRO.

No olvidemos
Que el honor de mi sobrina
Pende de que esto se calle...
La ofensa no es vuestra, es mia,
Y yo sé...

DON TEODORO.

Si usted me oyera,
Quizá compadeceria...

DON PEDRO.

No abuseis de mi paciencia:

Sé quien sois, sé vuestra vida,
Vuestros vicios, y la causa
De vuestra fuga... Hija mia,
Da muchas gracias á Dios,
Que, ya en el borde, te libra
Del precipicio... Sino,
Deshonrada, envilecida,
Abandonada cual otras,
De su infame mano ibas
A recibir tu castigo...

DOÑA INÉS.

¡ Me estremezco !...

DON PEDRO.

Tu familia,
Tus pobres padres, tú propia;
Víctimas de la perfidia
De un seductor...

DOÑA INÉS.

Me juró
Ser mi esposo; con su firma
Me lo ofreció... Vedla, vedla...

(Dándole la carta.)

No os engaño : así encubria
Su intencion; sólo así pudo
Persuadirme... Ingrata hija,
No tienes disculpa, no.

DON LUIS.

No se aflija usted.

DOÑA INÉS.

Yo misma
Quiero confesar mi crímen;
Quiero quedar confundida
A vuestros ojos; y luego
Llorar por toda la vida...

DON LUIS.

Antes debeis consolaros;
Y que este suceso os sirva
De leccion, no de tormento.

DOÑA INÉS.

¡Ah, don Luis! ¡cuánto me humilla
Esa virtud! Todos, todos
A sonrojarme conspiran.

DON PEDRO. (Al acabar de leer la carta.

¡Qué maldad!... Si no mirára...

DON TEODORO.

Ruego á usted que me permita
Decir sólo...

DON PEDRO.

¿Qué quereis?

DON TEODORO.

Sé que es justa vuestra ira;
Que teneis razon en todo;
Que en usted tan sólo estriba
Mi suerte, y podeis perderme;
Si lo haceis, la culpa es mia:
Lo sufriré sin quejarme.
Mas ya que por buena dicha
Se ha evitado tanto mal,
Haced la gracia cumplida:
No por mí, no lo merezco;
Pero una honrada familia,
Mi anciana madre infeliz,
En quien caerá mi ignominia...

DON LUIS.

No hay que fiarse.

DON PEDRO.

Dejadle.

DON TEODORO.

Si teme usted que ahora finja,

Don Luis, se engaña usted mucho,
Yo os lo juro; ¡y Dios permita
Que este horror á mi conducta
Me dure toda la vida!

DON PEDRO.

Id con Dios, infeliz jóven;
Que si es tal vuestra malicia
Que olvidais esta leccion,
Pronto hallaréis vuestra ruina.
Sólo tengo que advertiros
Que si sé que un solo dia
Permaneceis en Madrid...

DON TEODORO.

No lo temais; yo me iba...

DON PEDRO.

Ya lo sé.

DON TEODORO.

Y áun cuando no,
Con mucho gusto lo haria
Por pagar vuestra bondad.

DON PEDRO.

Y cuenta que alma nacida
Llegue á entender... ¡porque entónces!...

DON TEODORO.

No me haga usted la injusticia
De creerme ya tan malvado:
Esta noche, á la hora misma
Que salga de aquí, me voy;
Y no omitiré fatiga
Hasta abrazar á mi madre...
¡Quién sabe!... Quizá afligida
Con mi culpable abandono,
Habrá muerto en la desdicha...

DON PEDRO.

Bien, Teodoro, buen anuncio:

Quien se enternece no dista
De la virtud... Id con Dios.

DON TEODORO.

Antes, dejadme que os pida
Perdon á todos...

DON PEDRO.

¿Qué haceis?

DON LUIS. (A don Pedro.)

¡Qué bondad! ¡cuánto me admira
Vuestra prudencia! Yo ciego...

DON PEDRO.

Dejaos de filosofías
A media noche... Al negocio.

(Se dirige hácia Perico, que estará en un rincon del teatro.)

Bribon, de buena te libras,
Porque Dios quiere; mas oye:
Como llegue á mi noticia
Que hablas, sólo una palabra...

PERICO.

Descuide usted; que áun me pican
Las espaldas, y no dejo
De correr en veinte dias.

ESCENA XX.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INÉS, JUANA.

DON PEDRO. (Fijando la atencion en Juana.)

Tambien, en amaneciendo,
Se hará una limpia por casa...
Idos, Teodoro, por Dios;
No vuelvan los que llamaban...

DON TEODORO.

Os repito...

DON PEDRO.

No tardeis,
Mirad que el tiempo se pasa.

ESCENA XXI.

DON PEDRO, DON LUIS, DON TEODORO, DOÑA INÉS, DOÑA LEONCIA, JUANA.

(Al salir don Teodoro, encuentra con doña Leoncia, que viene vestida lujosamente de turca, con una mascarilla en la mano, y entra con precipitacion. Don Teodoro vuelve á entrar en la sala, y se aparta á un lado.)

DOÑA LEONCIA.

¡No lo dije!... Aquí el bribon...

DON PEDRO.

Esto sólo nos faltaba.

DOÑA LEONCIA. (A doña Inés.)

¿Y tú tambien, picarona?...
¿Qué es esto?

DON PEDRO.

¿Qué ha de ser? Nada.

DOÑA LEONCIA.

Yo lo sabré... ¡Indigna hija!

DOÑA INÉS.

¡Madre!

DON PEDRO. (Deteniendo á doña Leoncia.)

¿Estás loca?

DOÑA LEONCIA.

¿Te apartas?
¡O vive Dios...

DON PEDRO.

Tente, loca.

DOÑA LEONCIA.

Ya nos veremos las caras
Despues.

DON PEDRO.

Déjala, y no apures
Mi paciencia.

DOÑA LEONCIA.

¡La malvada!

DON PEDRO.

¡Chito!

DOÑA LEONCIA. (A Juana.)

Y tambien esa infame.

DON PEDRO.

¡Chito!

DOÑA LEONCIA.

Y el otro canalla
Que encontré al salir... ¡Bribones!

DON PEDRO.

Mujer del diablo, ¿no callas?

DOÑA LEONCIA.

Pero ¿qué es esto? ¿qué es esto?

DON PEDRO.

¿No lo ves? Que nos dió gana
De ir de máscara esta noche.

DOÑA LEONCIA.

No me estreches á que haga
Un desatino...

DON PEDRO.

Cuidado,
Que la paciencia se acaba,
Y te has de acordar. ¡No es cosa,
Que siendo la más culpada
Nos venga á quemar la sangre!

DOÑA LEONCIA.

Pero...

DON PEDRO.

No hay peros que valgan;
Que ya me enfadaste.

DOÑA LEONCIA.

Hermano,
Si yo sólo preguntaba...

DON PEDRO.

¿Lo quieres saber? Pues oye,
Te lo diré en dos palabras:
A esta pobrecita niña
Le tocó por su desgracia
Una madre vieja y loca;
Se vió sola, abandonada...

DOÑA LEONCIA.

Por Dios, Pedro...

DON PEDRO.

Amaba á un hombre:
Dió crédito á sus palabras:
Quiso salir de tu yugo:
Y si un momento te tardas,
La pierdes y nos deshonras...
¿Quieres más?

DOÑA LEONCIA.

Bien me lo daba (A don Teodoro.)
El corazon... ¡Hombre infame!...

DON PEDRO.

Váyase usted, y no haga
Caso...

DON TEODORO.

Yo quisiera ántes...

DON PEDRO.

Id con Dios; que á ella le basta
Lo que yo le diga... Adios.

ESCENA XXII.

DON PEDRO, DON LUIS, DOÑA INÉS, DOÑA LEONCIA, JUANA.

DON PEDRO.

A veces, don Luis, no alcanza
La paciencia: por un tris
No sucede una desgracia;
Sabe que tiene la culpa,
Y en vez de darme las gracias
Porque callo...

DOÑA LEONCIA.

Que me ahogo... (Echándose sobre una silla.)
Por Dios un vaso de agua,
Que me muero...

DOÑA INÉS.

¡Madre mia!
¿Qué tiene usted?

DOÑA LEONCIA.

Pronto, Juana,
Este turbante...

DON PEDRO.

Así fuera...

DOÑA LEONCIA.

Aflójame la lazada
Del ceñidor...

DON PEDRO.

¡Con cien años,
Y andar de reina sultana!

DON LUIS.

Ya eso pasó, y nunca más...

DON PEDRO.

¿Nunca más?... Hasta mañana.

DON LUIS.

Con este lance...

DON PEDRO.

No importa:
En dando en ser mentecata
Una vieja; hasta la muerte.
Pero ella allá se las haya;
Que la estafen, que la burlen,
A mí no me importa nada;
Mas por lo tocante á Inés...

DOÑA INÉS.

Yo sola, yo soy la causa
De estos pesares.

DON PEDRO.

No, hija.

DOÑA INÉS.

Por mí no hay paz en la casa;
Por mí es infeliz mi madre;
Por mí riñe usted...

DON PEDRO.

Te engañas:
La muy loca...

DOÑA INÉS.

Y yo quisiera
Que de una vez se cortáran
Tantos disgustos.

DON PEDRO.

¿Y cómo?

DOÑA INÉS.

Si mis padres...

DON PEDRO.

Vamos, habla;
¿Qué quieres?

DOÑA INÉS.

En un convento...

DON PEDRO.

¿Oye usted á esta muchacha,
Don Luis?... ¡Buena vocacion!
¿Mas por qué no alzais la cara
Y respondeis?... ¡Ah, hijos mios!
Yo no pierdo la esperanza
De daros quizá este nombre.

DON LUIS.

No sabeis cuánto me agrada
En vuestra boca.

DON PEDRO. (A doña Inés.)

¿Y á tí?...
No hay que ponerse encarnada;
Que no exijo la respuesta.

DOÑA INÉS.

Por Dios, tio, no me haga
Usted sonrojarme más;
Otra más afortunada...

DON PEDRO.

Bueno; lo que tú quisieres:
Tranquilízate y descansa
En mí, que yo sé muy bien
Que el tiempo todo lo allana,
Y cuando dos se han querido...
Pero, ¿qué es eso, muchacha?
¿Lloras?

DOÑA INÉS.

Mi madre... mi madre...
Si su cariño me falta,
No tengo gusto en el mundo.
¿Está usted muy enfadada
Conmigo? (Acercándose á su madre con timidez.)

DON PEDRO.

Acércate á ver.

DOÑA INÉS. (Abrazando á su madre.)

¡ Madre mia !

DOÑA LEONCIA.

¡ Hija del alma !
¡ Hija !!!

DON PEDRO.

Don Luis, ¿ qué os parece ?

DON LUIS.

Que no sé lo que me pasa
En este instante.

DON PEDRO.

Id tambien,
Que me parece os aguarda
Como á un hijo : ella es así...
Pero en el fondo no es mala...
Llegue usted.

DON LUIS.

(Se acerca y besa con respeto la mano de doña Leoncia.)

¡ Señora !

DOÑA LEONCIA.

¡ Hijo !

DON PEDRO.

¿ Has sentido nunca, hermana,
Un placer igual ?... Responde.

DOÑA LEONCIA.

Estoy tan avergonzada...

DON PEDRO.

No hay que hablar ya de ese asunto...
Pero, mujer, ¿ te se saltan
Las lágrimas ?

DOÑA LEONCIA.

¡ Hija mia ! (Volviendo á abrazarla.)

DOÑA INÉS.

¿Me perdona usted mi falta?
¿Me quiere usted como ántes?

DOÑA LEONCIA.

Déjame, que me traspasas
El corazon... Aquí, Inés;
No te muevas para nada;
Que áun me parece mentira
Que te tengo; y por mi causa...

DOÑA INÉS.

Yo tuve la culpa, yo.

DON PEDRO.

¿Volvemos á las andadas?
¡Pues es cómoda la hora!...
Vámonos pronto á la cama,
Que es lo que importa; y cuidado
Que el que vuelva á hablar palabra
De este lance, ahora ni nunca...

DOÑA LEONCIA.

Tú verás desde mañana
Mi conducta.

DON PEDRO.

Bien está;
Pero mira que si andas
Otra vez con tonterías...

DOÑA LEONCIA.

No, no lo temas: mi casa,
Mis hijos, y nada más.
¿Sí!... (A doña Inés.)

DON PEDRO.

Tú verás lo que ganas
En ello; pero sino,
Ya te tengo decretada
La sentencia.

(Coge del suelo la careta que traia doña Leoncia y se la muestra.)

Dí: ¿la ves?...
Pues ahora voy á encerrarla;
Y en viendo torcerse el carro,
Sin hablarte una palabra,
Te la enseño... y ya me entiendes.

DOÑA LEONCIA.

No haya miedo.

DON PEDRO.

Ella va al arca.

DOÑA LEONCIA.

No saldrá, te lo aseguro:
Estoy muy desengañada.

DON PEDRO.

Será así; pero con todo,
Nada se pierde en guardarla:
¡Y ojalá todas las madres
Tuvieran otra en su casa!

FIN DE LA COMEDIA.

MORAYMA.

TRAGEDIA.

ADVERTENCIA.

Compuse esta tragedia seis años despues de *La Viuda de Padilla*, y como ménos mozo y más avisado, procuré escoger un argumento que ofreciese ménos inconvenientes, y que se brindase de mejor grado á una composicion dramática. La casualidad tambien me favoreció en mi eleccion : acababa de caer en mis manos, no sé cómo, un libro muy vulgar en España, pero que yo no habia leido hasta entónces, la *Historia de las guerras civiles de Granada;* y bien fuese por lo extraño y curioso de la obra, bien por el interes que debia excitar en mí, ausente á la sazon de mi patria y con pocas esperanzas de volverla á ver, lo cierto es que la lectura de tal libro me cautivó mucho, y que tuve por buena dicha poder sacar de él un argumento alusivo cabalmente á mi país natal y á propósito para presentarse en el teatro.

Este concepto, que formé entónces, no se ha mudado hasta el dia, á pesar del trascurso del tiempo y de mi mayor experiencia; y así debo confesar con ingenuidad que el argumento de esta composicion me parece, no solamente bello, sino

que reune todas las condiciones requeridas por los mejores maestros del arte. Mis elogios en este punto son tanto más de creer, cuanto tal vez no hago con ellos sino dar armas contra mí mismo; pero áun cuando así sea, y áun suponiendo que el público condene esta composicion, siempre me quedará una conviccion íntima de que no ha sido por culpa del argumento, sino de mi mal desempeño.

Hasta debo decir, por si este aviso pudiere ser de algun provecho á los jóvenes que se dediquen á la dramática, que esta clase de asuntos, populares en una nacion, ofrecen no pocas ventajas al poeta; pues despiertan más fácilmente el interes del público, y allanan uno de los puntos más escabrosos en este arte, cual es la *exposicion* del drama. Seguro estoy de que con sólo oir los cuatro primeros versos de esta tragedia, ya saben los espectadores la mitad de lo que hay que decirles para enterarles del argumento: la época de la accion, el lugar en que pasa, las personas más importantes que en ella intervienen, mil circunstancias, en fin, que dan mucha luz para la inteligencia del drama, sin que sea necesario insistir luego en ellas con prolijidad y fastidio. Cuando el espectador ve representado al vivo lo que oyó contar desde su infancia, siente un placer sumamente grato; coteja con gusto sus vagos recuerdos con los sucesos que ve ante sus ojos; y léjos de mirar en la escena con indiferencia y frialdad á unas personas cuyo

nombre oye por primera vez, las ve, las contempla, las sigue, por decirlo así, como personas conocidas, y no puede ménos de tomar más parte en su suerte. Una de las causas que, en mi concepto, han hecho tan popular en Inglaterra al célebre Shakspeare, es el haber presentado en el teatro retazos de la historia de su país, leyendas comunes, tradiciones del pueblo; y este es uno de los mejores medios que pudieran emplearse, si es que no me engaño, para que llegasen á poseer los españoles un teatro trágico nacional, y cesase la escasez y descrédito de que se resiente en ese punto su literatura. Por cuyo motivo deben mirarse con cierta indulgencia todas las tentativas de esta clase, ya que no por su mérito, por el fin á que se encaminan.

Tal vez en esta última reflexion haya influido tambien, no lo niego, mi propio interes; porque siendo esta la primera composicion dramática que me he atrevido á imprimir, sin tener ántes la autorizacion del público obtenida en el teatro, no me está mal indicar todas las razones plausibles que puedan excusar mi arrojo.

PERSONAS.

MORAYMA, *viuda de Albinhamad, caudillo de los abencerrajes.*

BOABDIL, *rey de Granada, hermano de Morayma por parte de padre.*

AYXA, *madre de Boabdil, repudiada por el rey Muley Hazen.*

ALÍ, *caudillo de los zegríes.*

MAHOMAD, *caudillo de los gomeles.*

FÁTIMA, *amiga de Morayma.*

UN NIÑO, *hijo de Morayma.*

ACOMPAÑAMIENTO *de Boabdil, y una* GUARDIA DE AFRICANOS.

La escena en Granada, en el palacio de la Alhambra.

MORAYMA.

TRAGEDIA.

ACTO PRIMERO.

(En este acto, así como en los dos siguientes, el teatro representa un salon magnífico de arquitectura arábiga, con una puerta principal en el foro, por donde entran los que se supone vienen de afuera; otra puerta á la derecha, que conduce á la habitacion de Morayma, y otra á la izquierda, que da paso á los demás aposentos del palacio.)

ESCENA PRIMERA.

BOABDIL, ALÍ.

ALÍ. (Al entrar por la puerta del foro.)

No más temor, Boabdil: Granada toda
Segunda vez por su señor te aclama;
Miéntras el sol naciente ve proscrita
La abencerraje tribu destrozada,
Y léjos de estos muros con afrenta
Los que el hado salvó de tu venganza.

BOABDIL.

¿Será cierto...

ALÍ.

Gran Rey, los ecos llegan
Hasta las altas torres de la Alhambra;
Y ellos, mejor qué yo, podrán mostraros
De un pueblo veleidoso la inconstancia.
Los mismos que rebeldes sostenian
Del bando infiel las locas esperanzas,

Y á vuestro débil padre apellidando,
Arrojaros del trono amenazaban;
Esos los mismos son que ahora maldicen
De su reinado la memoria aciaga,
Y á la facciosa tribu persiguiendo,
Tu augusto nombre y tu justicia ensalzan.
Leve escarmiento y poderoso amago
Han trocado en temor su altiva audacia,
Y la vertida sangre, para siempre,
La corona en tus sienes afianza.

BOABDIL.

A tí la debo, á tí... Dudoso, incierto,
Cercado de peligros y asechanzas,
Al rigor de mi estrella, ya sin guia,
Fortuna, cetro y vida abandonaba;
Por una infiel mi lecho profanado,
Mi diadema de un padre amenazada,
De un inconstante pueblo receloso,
Aborrecido de mi propia hermana...

ALÍ.

¡De Morayma, señor!

BOABDIL.

¿Y tú lo dudas?
¿Sus acciones, su llanto, sus palabras,
Su terrible silencio no lo muestran?

ALÍ.

Aun está abierta la reciente llaga,
Y excusa su dolor... Aunque agraviado,
La pasion no me ciega hasta culparla:
Al cabo Albinhamad era su esposo...

BOABDIL.

¿Pero no era tambien el que manchaba
Su tálamo y el mio? ¿El que insolente
La sediciosa tribu acaudillaba?...
Tú mismo...

ALÍ.

Y si áun viviese, de sus hombros
La cabeza mil veces derribára... —
Pero el dolor de su infeliz viuda[1],
Los vínculos estrechos que la enlazan
Con mi Rey...

BOABDIL.

Esos mismos, no lo dudes,
Su rencoroso enojo más arraigan.
¿Lo has olvidado, Alí? Su astuta madre,
Con el repudio de mi madre ufana,
Por cimentar su triunfo en la discordia
Nuestro amor entibió desde la infancia;
Miéntras el ciego rey, anteponiendo
La prenda de su amor, con una esclava,
A la sangre zegrí que me ennoblece,
Nuestros comunes celos enconaba;
¿Y te sorprende, Alí, que me aborrezca?...
El influjo materno, las desgracias
Del destronado padre, la memoria
De un esposo á quien ciega idolatraba,
Y á quien llora cual víctima inocente,
Hasta ese fruto de su union infausta...
¡Quién sabe si la pérfida en él funda
De vengarse la bárbara esperanza,
Y de asentarle en el paterno trono!...
Pero no es justo, en ocasion tan grata,
Acibarar con míseras sospechas
El sumo gozo que me inunda el alma:
Ya triunfamos, Alí; ya sin rivales
Nuestra ilustre familia se levanta
Más gloriosa que nunca; y libremente
Podré gozar de un trono que cercaban
Tantos riesgos y sustos; desde hoy sólo,
Merced á tus servicios, soy monarca.

ALÍ.

Mucho me honrais, señor...

BOABDIL.

Sí, caro amigo;
Hoy de mis labios lo sabrá Granada;
Y agotando las gracias y los premios...

ALÍ.

A mí, gran Rey, vuestra amistad me basta:
Y en tan sagrado asilo reposando,
¿Qué podré ya temer?

BOABDIL.

¿Pues quién osára
Contra tí, quién...

ALÍ.

Vuestras bondades mismas
Contra mí excitan la envidiosa rabia
De encubiertos rivales, que desprecio;
Pues si tengo enemigos, tengo lanza.
Más altos tiros, y de augusta mano,
Que el respeto me veda hasta el nombrarla...

BOABDIL.

Prosigue...

ALÍ.

Dispensadme...

BOABDIL.

Yo lo exijo.

ALÍ.

Temo ofenderos...

BOABDIL.

Nada temas: habla.

ALÍ.

Vuestra madre...

BOABDIL.

Tan presto no la culpes:
Quizá te engañe una apariencia vana

O algun desden, de su altivez nacido,
Y su amistad agraviarás sin causa.
¿Cómo al caudillo, al héroe de su estirpe,
Al que su afrenta y nuestra afrenta lava,
Al que en el trono del mudable esposo
Coloca á un hijo y su poder realza?...

ALÍ.

¡Ah, señor! ese sólo, ese es mi crímen:
Quisieran que Boabdil sólo gozára
La vana pompa del poder supremo,
En vil tutela y sempiterna infancia;
Y que humillado el inconstante esposo,
Nuestra gloriosa tribu avasallada,
Vos, rey sólo en el nombre, ajena mano
Las riendas del Estado manejára.
Bien lo sabeis, señor, que en vuestro pecho
Mil veces he notado cual luchaban
El respeto filial y la costumbre,
Con la altivez tan propia de un monarca.
Mas lastimo quizá, sin yo intentarlo,
De vuestro pecho la sensible llaga,
Y sintiera tal vez...

BOABDIL.

¡Ay, fiel amigo!
Si vieras el estado de mi alma...
¡Qué digo tú!... los míseros esclavos
Con lástima y piedad me contempláran.
Pero ¡mi madre! Alí, disimulemos.

ESCENA II.

BOABDIL, AYXA, ALI.

BOABDIL.

Ya lo sé, madre augusta: estais vengada;
Y el escucharlo yo de vuestro labio
Era el solo placer que me faltaba.
Venid, y entre mis brazos... ¿Mas qué miro...
Cuando llena de júbilo aguardaba
Que volaseis á darme las albricias,
¿Lenta llegais y apareceis airada...
¿Qué es esto? Hablad, decid: ¿qué causa oculta
Vuestro contento y mi ventura amarga?

AYXA.

Gózala tú completa: vé y escucha
La aclamacion y vivas de Granada;
Miéntras tu triste madre, en su palacio,
Ante las mismas puertas de su estancia
Oye de un hijo maldecir el triunfo,
Y al cielo á gritos demandar venganza.

BOABDIL.

¿Y quién el infeliz?...

AYXA.

¿Tú lo preguntas?
¿Tú que consientes su insolente audacia,
Y con débil y vil condescendencia
Insultos sufres y cobarde callas?
¡Tú lo preguntas! ¡Tú! — Si es que lo ignoras,
No léjos, ahora mismo, en este alcázar
Vaga la aleve, y tu furor provoca...

BOABDIL.

¡Ay, si otro fuese que mi propia hermana!

AYXA.

¡Tu hermana!... Dices bien : ella es el fruto
De la union vil que me cubrió de infamia,
Ella, el amor de mi perjuro esposo,
Ella, la hija de una infame esclava...
¡Y es tu hermana!... Pues bien : respeta en ella
El delito de un padre, que amenaza
Tu trono, y áun tu vida, y abandona
De una madre infeliz la triste causa;
Mas óyeme, Boabdil, oye el presagio
De una mísera madre que te ama :
Quizá no está distante el negro dia
En que tarde recuerdes mis palabras;
Y sirvas con tu ruina de escarmiento
Al que desprecie á una mujer airada.
¿Lo dudas?... Ven, y mírala furiosa,
De un pueblo entero que á su Rey alaba,
Turbar el gozo, y, con recuerdos tristes,
Renovar las heridas mal cerradas.

BOABDIL.

Parte veloz, Alí: venga al instante.

ESCENA III.

BOABDIL, AYXA.

AYXA.

¡Ay, cuánto arriesgas, si un momento tardas...
No conoces, Boabdil, áun no conoces
La condicion del pueblo: leve causa
Le despierta, le agita, le conmueve:
A encender torna la encubierta llama,
Y en la falsa piedad buscando luego
Pretexto á su furor, desfoga el ánsia
De derribar y escarnecer impune

Los ídolos que pérfido adoraba.
Aun los mismos que al lado de tu trono
Blasonan de lealtad, quizá en su alma
Sienten ver fenecidas las discordias
Que su poder y orgullo acrecentaban;
Quizá astutos anhelan el momento
En que al favor recurras de sus armas;
Y á su vez enfrenando al Rey y al pueblo,
Hagan temblar al pueblo y al Monarca.
Hasta ese amigo, en quien tan ciego fias...
Mas aquí se encamina con Morayma:
Sé una vez rey, ó sufre sus denuestos;
Que yo no sé escuchar á quien me agravia.

ESCENA IV.

MORAYMA, BOABDIL, ALÍ.

MORAYMA. (Deteniéndose un instante al salir.)

¿Más víctimas, Boabdil?

BOABDIL.

Por vez postrera
Óyeme atenta; y en tu mente graba
Lo que voy á anunciarte.

MORAYMA.

Yo creia
Que, libre ya de riesgos, me llamabas
Para sellar y coronar tu triunfo
Derramando la sangre de tu hermana.
¿Me engañé?... No; ¿qué puede contenerte?
Léjos ya huyeron de la ingrata patria
Los hijos que culpaban su bajeza,
Y tu poder injusto refrenaban;
Los que quedan, minístros de tu ira,
A una voz tuya del puñal se arman;

Y el pueblo vil las víctimas espera
Para besar tu huella ensangrentada.

BOABDIL.

¿Hasta cuándo, Morayma, con insultos
Acusarás mi necia tolerancia?
¿Hasta cuándo... Mas óyeme, repito,
Por la postrera vez: si temeraria
En provocar mi cólera te obstinas;
Si, á tu ciego delirio abandonada,
No escondes y sepultas para siempre
El fuego indigno que tu pecho abrasa;
Si olvidando tu honor, tu Rey, tu hermano,
Por el esposo infiel que me afrentaba,
Su odioso nombre á repetir volvieres...

MORAYMA.

¡Miéntras viva!

BOABDIL.

Pues tiembla, desgraciada,
Tiembla.

MORAYMA.

¿De quién? ¿De tí... Mira mi frente,
Y consulta tu pecho. —¿Mas no alzas
La vista? ¡Qué! ¿Boabdil, temes mirarme?...
No temas, no; mi voz no te demanda
La sangre de un esposo, á quien impíos
Tus bárbaros verdugos inmoláran;
Ella misma, purísima, inocente,
A estremecerte, á confundirte basta. —
¡Y pretendes que, ingrata á un tierno esposo,
Nunca su nombre de mis labios salga!
Pues bien: nunca le oirás; yo te lo juro.
¿Mas qué esperas lograr si ántes no acallas
El interno y voraz remordimiento,
Que te está corroyendo las entrañas?
¿Qué esperas? dí: ¿vivir sin sobresalto?

¡Ah! no es mi débil voz la que te espanta
Y en tu furor te hunde... es la de un padre
Que su usurpado cetro te reclama;
Es la voz de mi esposo asesinado,
La triste voz de la oprimida patria,
La voz de tus delitos, la del cielo
Que á los fieros tiranos amenaza...

BOABDIL.

¿Me conoces, Morayma, me conoces?

MORAYMA.

Sí; y desafío tu impotente rabia.

BOABDIL.

¡Calla, infeliz!...

MORAYMA.

Apresta tus verdugos;
Los suplicios más bárbaros prepara;
Mas ¡ay de tí! que en su furor el cielo
Tu horrendo fratricidio sólo aguarda.
¿No escuchas cual invocan su justicia
Tantas madres y esposas desoladas,
Tantos míseros huérfanos, que piden
La sangre de sus padres derramada?...
¡Ay! tú tambien... tambien, amado hijo,
Tú pides la de un padre... tambien alzas
A un justo Dios las inocentes manos,
Y acusas de sus rayos la tardanza.

BOABDIL.

Confiad en sus rayos; pero ántes
Yo los mereceré.

MORAYMA.

¿Pues qué te falta
Para colmar tus crímenes? ¿mi muerte?
¿Por qué tardas, tirano, por qué tardas?

BOABDIL. (Despues de una breve suspension.)

No; sosiega, Morayma, y vé tranquila;
No morirás... Confia en mi palabra.

MORAYMA. (Con sobresalto.)

¿Qué me anuncias, Boabdil?... Dí: ¿qué me anuncia
Ese pérfido rostro, y esa amarga
Sonrisa, más funesta que tu enojo?
Dímelo, por piedad...

BOABDIL.

No temas nada;
Vivirás, vivirás.

MORAYMA.

¡Ay! no es la muerte
La que me hace temblar; oculta causa
Con súbito terror mis miembros hiela,
Y con horrendo pasmo me acobarda...
Por compasion, al ménos, desvanece
Tan dura incertidumbre; habla, amenaza,
Descarga de una vez el duro golpe;
Yo le resistiré.

BOABDIL.

No temas nada:
Retírate; vé en paz.

ALÍ.

Idos, princesa;
Y no más, con sospechas infundadas,
Querais vos misma redoblar las penas
Que os cubren de dolor; vuestras desgracias
Disculpan, á los ojos de un hermano,
Las ofensas que hicisteis al monarca;
Y ya compadecido las olvida...

BOABDIL.

Sí; dices bien, Alí. (A Morayma.) Vé sosegada.

ESCENA V.

BOABDIL, ALÍ.

ALÍ.

¡Qué bien asienta á un rey su propia injuria
Saber y perdonar! Miéntras, cegada
Por el mismo dolor que la atormenta,
La infeliz vuestra cólera excitaba,
Supísteis refrenar el justo enojo
Y respetar benigno sus desgracias.
Ellas solas dictaron sus insultos,
Que no su corazon; acostumbrada
A largo padecer, teme, sospecha,
Nuevos tormentos en su mente labra;
Y hasta la misma diestra de un hermano
Contempla con mortal desconfianza.
¡Cuán digna es de piedad! Llegará dia
En que su acerba angustia mitigada
Y libre su razon, tantas ofensas
Ella propia recuerde sonrojada,
Y áun dude haber forjado en su delirio
Los injustos recelos que os agravian.

BOABDIL.

Injustos son, Alí...

ALÍ.

¿Pues quién temiera
Que un monarca, un hermano, se vengára
Amagando crüel la triste vida
De una mujer inerme y desgraciada?

BOABDIL.

En vano teme por su vida, en vano;
Vivirá por su mal.

ALÍ.

¡Señor!

BOABDIL.

Pensaba,
Despreciando feroz la misma muerte,
Desafiar impune mi venganza;
Y la imprudente, para herirla á salvo,
El indefenso pecho me mostraba...
¡Llorarás, llorarás, incauta madre!

ALÍ.

¿Qué decis?

BOABDIL.

¡Llorarás! que en vano aguardas
Poner fin con la muerte á tus tormentos,
Y unirte al vil esposo que adorabas;
Aquí, á mi vista, hollando á pesar tuyo
La tierra con su sangre salpicada,
Léjos de un hijo, imágen del aleve...

ALÍ.

¿Y es posible, señor?...

BOABDIL.

Por sola gracia
La muerte invocarás.

ALÍ.

Templad la ira;
Aplacaos, gran Rey.

BOABDIL.

Yo me olvidaba
De serlo; y la imprudente en su delirio
La venda me arrancó que me cegaba.

ALÍ.

¿No merezco, Boabdil, saber al ménos...

BOABDIL.

Hoy de mis reinos para siempre salgan
Los viles restos de la infame estirpe;

Sigan los torpes hijos las pisadas
De sus padres, y acabe de esa tribu
El nombre odioso y la memoria infausta.

ALÍ.

Nadie cual yo (bien lo sabeis); ninguno
Odió más su altivez y su arrogancia;
Y este brazo, este acero, son testigos
De que supe lidiar hasta humillarla.
Mas ya, proscritos los traidores padres,
Vuestra augusta diadema asegurada...

BOABDIL.

¡Ah! no lo está, miéntras me cerque uno
De esa progenie infiel; tú con las armas
Abatirla sabrás, no conocerla;
Los padres han dejado vinculada
Su aversion á mi trono, á mi persona;
Sus pérfidas esposas, halagadas
Con la esperanza de vengarse un dia,
A odiarme enseñan en la misma infancia
A sus aleves hijos, y en su pecho
Con rencorosa hiel los amamantan.
Léjos, léjos de mí; léjos desfoguen
En vanas quejas su impotente rabia;
Y no, imprudente, viboreznos crie
Que despues envenenen mis entrañas.

ALÍ.

Meditadlo, señor; el tiempo mismo
Los irá uniendo al trono y á la patria;
La voz de la razon, el ver perdidas
De vengarse las vanas esperanzas,
La muerte ó proscripcion de los caudillos,
El riesgo mismo en que se ve Granada
Con el asedio del feroz cristiano,
Borrará al cabo áun la memoria amarga
De la civil discordia...

BOABDIL.

El nombre sólo
De la traidora tribu, sus desgracias,
Con la misma presencia de sus hijos
A los ojos del pueblo retratadas,
Bastáran á encenderla. Pues triunfamos,
No nos pierda una necia confianza,
Ni una falsa piedad hoy nos seduzca,
Que sangre y llanto costará mañana.
Ya está resuelto.

ALÍ.

Meditadlo un dia;
Dejad que el pueblo vuestro triunfo aplauda,
Sin nuevos males...

BOABDIL.

De raíz los curo,
Si arranco de raíz la infame planta;
Y hoy que he triunfado y premio á los lëales,
Lloren los sediciosos mi venganza.

ALÍ.

Señor...

BOABDIL.

Sígueme, Alí; y, á un tiempo mismo,
Mi bondad y rigor sepa Granada.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

MORAYMA, FÁTIMA.

MORAYMA.

Déjame, por piedad...

FÁTIMA.

¿Dónde, Morayma,
Dónde llevais los vacilantes pasos?
Un momento tened; ¿no lo merecen
Mi amistad, mi cariño, tantos años
De llorar como propios vuestros males...
¡Ay! hubo un tiempo en que el menor cuidado
Comun era á las dos; ya no soy digna
Ni áun del triste placer de consolaros.

MORAYMA.

¡Ay, tierna amiga!...

FÁTIMA.

Respirad siquiera;
Partid vuestros tormentos y quebrantos,
Y así se aliviarán.

MORAYMA.

¡Tú no eres madre!

FÁTIMA.

¡Qué turbacion! ¡Oh Dios! Al punto huyamos
De esta estancia fatal... Ved que, cercadas
De espías y asesinos, vuestro llanto,

Vuestro dolor acechan; y áun ya vuelve,
Ya quizá vuestra voz oye el tirano...

MORAYMA.

Yo le busco.

FÁTIMA.

¡A Boabdil!

MORAYMA.

Y ahora á sus plantas
Postrada me verás.

FÁTIMA.

¡Vos humillaros,
Vos rogar á Boabdil!

MORAYMA.

¡Tú no eres madre...
Yo lo soy... yo lo soy...

FÁTIMA.

¿Y así olvidando
Vuestro valor antiguo, la constancia
Que no abatieron infortunios tantos,
Ni amenazas, ni insultos, ni peligros,
Ni el ver á un tierno padre destronado,
Y á un esposo morir entre verdugos...

MORAYMA.

¡Ay! ¡me quedaba un hijo!...

FÁTIMA.

¡Y qué! ¿el tirano
Amenaza su vida?

MORAYMA.

Hoy para siempre
Arrancarle pretende de mis brazos...
¡Para siempre... No, bárbaro; primero
Nos verás espirar.

FÁTIMA.

Quizá infundados
Vuestros temores son; una apariencia,

Una pérfida voz, un rumor vago,
El mismo amor de madre os alucina...

MORAYMA.

No, Fátima; yo propia, yo he escuchado
El decreto crüel... Turbada, inquieta,
Acosada de míseros presagios,
De Boabdil me aparté, más que su ira,
Su pérfida clemencia recelando;
Cuando á las mismas puertas del alcázar
El bárbaro decreto promulgaron.
Yo, Fátima, le oí; yo con asombro
Noté cesar el popular aplauso,
Y escuché entre el silencio pavoroso
Las voces que mi pecho traspasaron...
El inhumano Rey, en su venganza,
Ni áun perdona los restos desgraciados
De la tribu infeliz, los tiernos hijos
Hoy del materno seno arrebatados...
No; jamás, ¡hijo mio!... nunca, nunca,
Miéntras tu madre aliente.

FÁTIMA.

Aunque irritado
Pronunciára Boabdil la atroz sentencia,
Al fin os va á escuchar: es vuestro hermano;
Su propia sangre anima á vuestro hijo...

MORAYMA.

¡Ay, Fátima! es el hijo desdichado
Del triste Albinhamad: hoy mismo, hoy mismo,
Su puro corazon sobresaltado
Nuestro mal presagió... Nunca tan tierno
Me abrazó al despertar; nunca su mano
Mis ojos enjugó tan cariñosa,
Con tan sensible afan... y reclinando
Su triste rostro en mi agitado pecho,
Le regó el inocente con su llanto...

¡Inocente! la gloria de tu padre
Es tu crímen, tu ruina.

FÁTIMA.

Mas en tanto
Que os quedan esperanzas de salvarle,
No os rindais al dolor: quizá humillaros
Sólo intenta Boabdil; quizá no anhela
Sino haceros temblar con el amago.

MORAYMA.

Hoy me verá á sus piés: hoy satisfecho
Su orgullo quedará.—Mas si obstinado
Persiste en su furor; si envilecida
Ruega la hija de Hazen, y ruega en vano...
¡Ay, Boabdil!...

FÁTIMA.

Ved que llegan...

MORAYMA.

Fuí esposa
Del gran Albinhamad: no lo he olvidado.

ESCENA II.

MORAYMA, FÁTIMA, ALÍ, MAHOMAD.

ALÍ.

Morayma, dispensad si interrumpiendo
Vuestro justo dolor...

MORAYMA.

¿Venís acaso
A gozaros en él... Un solo instante,
Un momento esperad; y coronado
Vuestro triunfo vereis.

ALÍ.

No tal ofensa
Injusta nos hagais: si procuramos

Triunfar de quien ansiaba nuestra ruina,
Sabemos respetar al desgraciado;
Y no há mucho, yo propio intercediendo...

MORAYMA.

¡Tú, zegrí, tú!...

ALÍ.

Jamás finge mi labio
Lo que mi altivo pecho contradice:
Ciego en amar y aborrecer, soy franco;
Persigo á un enemigo, le destruyo;
Mas no lo sé abrazar y asesinarlo.
No lo ignorais, Morayma: frente á frente
Contrasté la altivez de mis contrarios;
Los odié, los vencí.

MORAYMA.

La vil perfidia
Pudo sólo vencerlos, no tu brazo...

ALÍ.

Este brazo, Morayma, há pocas horas,
Supo abatir su orgullo temerario.

MORAYMA.

¡Ay! ¡mi infeliz esposo no vivia!
No vivian sus míseros hermanos,
Los héroes más valientes de su estirpe,
En el patio fatal asesinados.

ALÍ.

Culpad á sus testigos, á sus jueces,
No á mí, que opuesto al castellano campo,
Al ordenar el Rey mi pronta vuelta,
La nueva supe del terrible estrago...
Si en vida los odié como rivales,
Sentí su aciago fin como esforzados.—
Y ¡ay! ojalá que una beldad funesta
No hubiera encarnizado nuestros bandos;
Y quizá unidas las rivales tribus

Contra el comun contrario guerrëando,
No llorára la patria tantos males,
Ni vos, ni el mismo Hazen. — Pero si el hado
Así lo decretó; si vuestro padre,
Mi nobleza y servicios olvidando,
Al jefe abencerraje me pospuso
Y afrentó mi linaje, ya manchado
Con el repudio injusto de su esposa...
¿Seré el culpable yo de tanto daño?
Vos misma me mirarais con desprecio,
Si supiera sufrir tales agravios.
Y áun quizá de mi estirpe, de mi gloria
Me pudiera olvidar; mas me robaron
Mi amor, mis esperanzas, mi contento,
El solo premio que anhelé triunfando...
¿Callais, Morayma!... ¿Enmudeceis confusa...

MORAYMA. (Volviendo de su distraccion.)

Mucho tarda Boabdil; Fátima, vamos
A morir ó á salvar á un triste hijo,
Único bien que el cielo me ha dejado.

FÁTIMA.

Deteneos...

MAHOMAD.

¡El Rey!

ESCENA III.

MORAYMA, FÁTIMA, ALÍ, MAHOMAD, BOABDIL *con* ACOMPAÑAMIENTO *y* GUARDIA.

MORAYMA. (Arrojándose á los piés de Boabdil.)

¡Hermano mio...

BOABDIL.

¿Qué haces, Morayma?

MORAYMA.

Deja que abrazados

Tenga tus piés hasta obtener tu gracia...
Aguarda, escucha, mira el triste estado
De esta madre infeliz...

BOABDIL.

Alza: ¿qué quieres?

MORAYMA.

Soy madre, ¿y lo preguntas... Si olvidarlo
Has podido en tu enojo un solo instante,
Mira mi humillacion, mira mi llanto,
Y ten piedad de mí... Sí, hermano mio,
Perdona mis insultos, mis agravios
A mi inmenso dolor, y no te vengues
En mi inocente hijo... Sin amparo,
Huérfano, desvalido, el tierno niño
No tiene más asilo que mis brazos...
¡Ten piedad de los dos!... Yo te lo ruego
Por el amor de mis primeros años,
Por tu sangre que corre por sus venas,
Por nuestro triste padre... mas si airado
Te obstinas en vengarte, si no puedes
Borrar de tu memoria mis agravios,
Yo la culpada, yo; mi infeliz hijo
¿En qué pudo ofenderte? ¿en qué es culpado...
¡Ay! ¡áun ignora el inocente mio
El nombre de su padre desgraciado!...
¿Y así apartas el rostro... ¿Así desprecias
A esta afligida madre... ¡Ni áun alcanzo
Respuesta en mi dolor! — Pues bien: no temas
Que vuelva á importunarte con mi llanto;
Concédeme una gracia; y para siempre
Quédate en paz, Boabdil... No te demando
Más merced, más favor: seguir á un hijo,
Vivir, llorar con él. El desdichado
Sólo á llorar aprenderá conmigo;
Yo, hermano, te lo juro: de mi labio

Jamás sabrá su nombre, sus desgracias...
Mas déjale vivir en el regazo
De esta madre infeliz; no le condenes
A morir en tan triste desamparo...
Muévate á compasion tu propia sangre,
Su inocencia, su edad... Arrebatado
De su hogar, de su patria, de los suyos,
¿Qué fuera dél sin mí?... Sólo al pensarlo
Me estremezco de horror... Yo podré al ménos
Buscarle un triste asilo en reino extraño;
Yo guardaré su vida; yo, su escudo,
Su defensa, su guia... yo á su lado
Aliviaré mis penas... y ¡ay! ¡el cielo
Me otorgará morir entre sus brazos...

BOABDIL.

No, tú, querida hermana, cual yo propio,
Vivirás respetada en mi palacio...

MORAYMA.

¿Y el hijo de mi amor...

BOABDIL.

Feliz, tranquila,
A la sombra del trono de un hermano...

MORAYMA. (Con mayor inquietud.)

¿Y mi hijo... Y mi hijo?

BOABDIL.

Compadezco
Su desgraciada suerte y tu quebranto...

MORAYMA. (Con el extremo del dolor.)

¡Piedad, Boabdil, piedad!

BOABDIL.

Mas todo cede
Al bien y á la quietud de mis vasallos.

(Boabdil se dirige á su aposento, seguido de su comitiva y guardia; Morayma permanece inmóvil; los demás acuden á consolarla.)

ESCENA IV.

MORAYMA, FÁTIMA, ALÍ, MAHOMAD.

FÁTIMA.

Morayma, triste amiga...

ALÍ.

No á tal punto
Os dejeis abatir... Aun queda campo
Abierto á la esperanza; áun hay quien tome
Más parte en vuestras penas y cuidados
Que vos misma pensais.

FÁTIMA.

Alzaos al ménos;
Dejad correr el reprimido llanto,
Suspirad libremente...

MAHOMAD.

Nadie os oye
Que no tenga piedad de vuestro estado...

ALÍ.

Que no esté pronto á interceder con ruegos,
A exponerse por vos; ¡el cielo santo,
Que sabe mi verdad, testigo sea!

FÁTIMA.

Venid, llorad entre mis tiernos brazos;
Aliviad ese peso que os oprime,
Que os parte el corazon...

MAHOMAD.

Quizá aplacado
El mismo Rey...

MORAYMA.

(Arroja á Mahomad una mirada de indignacion; y dirigiéndose hácia la parte por donde se fué Boabdil, dice, con el acento del furor reprimido:)

¡Boabdil... ¡Boabdil... ¡soy madre!...

FÁTIMA.

¿Qué haceis? tened, oid...

ALÍ.

Un solo paso,
Una voz, un acento, una imprudencia
Roba toda esperanza; ya son vanos
El insulto, el furor, y sólo pueden
Hacer vuestro destino más infausto;
¡Ved que os perdeis, Morayma!

MORAYMA.

¿Y qué pudiera
Perder ya en esta vida...

ALÍ.

Un hijo amado
Á quien debeis salvar.

FÁTIMA.

Infeliz madre,
Mirad por vos, por él...

ALÍ.

De vuestro labio
Quizá pende su suerte en este dia;
¡No lo olvideis, Morayma!

FÁTIMA.

El desdichado
(Vos misma lo dijisteis) ya en el mundo
No tiene más asilo, más amparo
Que su madre...

MORAYMA.

¡Hijo mio!...

ALÍ.

Sí, áun es vuestro;
Aun quedan esperanzas de salvarlo...

FÁTIMA.

¿No lo escuchais?... Es vuestro; quizá hoy mismo

Volvereis á estrecharle en vuestros brazos,
Sin temor, sin recelos...

MORAYMA.

¡Hijo mio!
¡Hijo mio... (Yéndose enternecida.)

ALÍ. (A Fátima.)

Corred, seguid sus pasos,
No la dejeis ni un hora, ni un instante
Expuesta á su furor...

FÁTIMA.

¡Ay! ya ha triunfado
El tierno amor de madre; y sólo anhela
Desahogar junto á un hijo su quebranto.

ESCENA V.

ALÍ, MAHOMAD.

ALÍ.

¿Has sentido jamás, dime, has sentido
Tan grata compasion... Acostumbrado
De la guerra al estrago y los horrores,
Ni yo propio concibo el sobresalto
Que mi pecho agitó. ¡Con qué ternura
Expresaba la triste su cuidado!
¡Qué sensible, qué hermosa aparecia
En su acerbo dolor... Su voz, su llanto,
Su abatido ademan, su amor á un hijo,
Con su orgullosa condicion luchando,
Su olvido de sí misma, su abandono...
¿No la has visto, Mahomad? ¿No has observado
Más prendas y atractivo en su amargura
Que ostentó nunca en sus dichosos años?...
Habla, responde...

MAHOMAD.

Déjame que absorto
Te escuche y calle; deja que asombrado
Dude si eres Alí.

ALÍ.

Sí, soy el mismo
Que de Morayma al padre destronando,
Vengué á un tiempo á su esposa, á mi familia,
A la oprimida patria; quien, osado,
Supo abatir á la orgullosa tribu
Del fiero abencerraje...

MAHOMAD.

Y cuando el hado
Te ofrece completar con su exterminio
Tu triunfo...

ALÍ.

¿Debo acaso deshonrarlo,
Persiguiendo á sus hijos inocentes?...
No, Mahomad, no; señálame contrarios
Dignos de mi valor, no tiernos niños
Que no tienen más armas que su llanto.
¡Infelices!

MAHOMAD.

Sus padres, por vengarse,
Su orfandad y peligros olvidaron;
¡Y tú olvidas tus riesgos, tus injurias,
La gloria de tu estirpe por salvarlos...
¡Ay, caro Alí! recelo que en tu alma
No es la sola piedad la que ha labrado
Tan extraña mudanza... Mas advierto
En tu silencio y rostro demudado,
Que algun secreto á mi amistad encubres;
Y debo por mi parte respetarlo.

ALÍ.

No, querido Mahomad; no hay en mi pecho

Secretos para tí: sincero y franco,
No sé disimular; mas deja al ménos
Que confuso me sienta y sonrojado,
Al mostrar á tu vista mi flaqueza...
¡Ay! yo esperé, celoso y despechado,
Olvidar, entre el bélico tumulto,
El tierno amor de mis floridos años...
Luché gran tiempo, le juzgué extinguido,
Y mi triunfo canté. ¡Mas qué engañado
Estaba, caro amigo! Cuando sólo
Sentia del furor los arrebatos,
Del odio y la venganza; amor movia
Mi voluntad, mi corazon, mi brazo...
Amor vengaba su desaire injusto,
Del fiero Hazen el trono derribando;
Amor á hierro y fuego perseguia
A mi rival y su orgulloso bando...
¿Qué más? Sin yo advertirlo, el amor era
Quien, en odio implacable disfrazado,
Al causar de Morayma las desgracias,
Se complacia en su dolor amargo;
¡Cuán á mi costa lo conozco ahora!
Apénas triunfo y mi venganza sacio,
Vuelvo en torno la vista, y ya no encuentro
Ni opresor, ni rivales, ni contrarios...
Sólo á Morayma, mísera, agobiada
Al grave peso de infortunios tantos.
Quise gozarme en su afliccion; y entónces
Sentí con mengua mi funesto engaño.
¡Cuál mi sorpresa fué! Su dolor mismo,
Su constancia, su triste desamparo,
Más bella la ofrecieron á mis ojos;
Y los afectos todos acallando,
Amor renace en mi agitado pecho:
Lo rinde, lo avasalla cual tirano.

Mas no es aquel amor, blando, apacible,
Que con inquieto afan hizo tan gratos
De mi dichosa juventud los dias;
No, amigo, no; violento, despechado,
Es furor, es delirio, busca sólo
Obstáculos y riesgos; y no hallando
Con quien luchar y desfogar sus iras,
En mí venga los males que ha causado.
¡Qué horrible situacion! Me odio á mí mismo,
Compadezco á Morayma, la idolatro,
Maldigo mi victoria; y cuando siento
Traspasado mi pecho con su llanto,
Recuerdo que la infiel á un rival llora,
Su suerte envidio y en furor me abraso.
Hoy mismo... ¡qué rubor... al ver su pena,
Al compartir su angustia y su quebranto,
Alguna vez en su infelice hijo
Sólo ví al hijo de un rival odiado...
Mas no importa, Mahomad; juré ampararle,
Y en su favor haré más que he jurado.

MAHOMAD.

¿Y si Boabdil...

ALÍ.

No temas que me niegue
Tan liviana merced: debe á este brazo
El trono que hoy ocupa; me ha ofrecido
Mis servicios premiar con larga mano,
Y no puede olvidarlo tan en breve;
No lo receles, no.

MAHOMAD.

Ya asegurado
Sobre el trono se ve; ya nada teme...

ALÍ.

Pero sabe que Alí no sufre ingratos.—
Y si él, ciego, se obstina en su venganza,

¿Debemos por ventura abandonarlo
A su propio furor... No es de lëales
Dejar perderse á un rey: es de malvados.
Hartas lágrimas cuesta y harta sangre
La discordia civil; ya que triunfamos,
No hagamos más odioso nuestro triunfo
Y el trono á tanta costa levantado;
Quizá nosotros mismos, quizá un dia
Lloráramos ¡ya tarde! haber soltado
La cadena al lëon, y sin defensa
Vernos á sus furores entregados...
Mas no será: corramos presurosos
A aplacar á Boabdil; y cimentando
Su trono en la clemencia, juntamente
A la patria y al Rey fieles seamos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

AYXA, MAHOMAD.

MAHOMAD.

Así pasó, gran Reina; en el delirio
De su ciega pasion, me abrió su pecho;
Y áun entónces dudé ver hermanadas
Tanta altivez, tanta bajeza á un tiempo.
Esclavo vil de su pasion mezquina,
Lástima me inspiraba y menosprecio;
Mas al ver su arrogancia, á duras penas,
Mi justo enojo refrené encubierto.
En vano por vengar vuestras injurias
Se armaron tantos ínclitos guerreros;
En vano por romper el comun yugo
En la terrible lucha perecieron.
Cual si á él solo debierais la venganza,
Su existencia la patria, el Rey su cetro,
De su vana altivez lisonjeado,
A su valor no encuentra digno premio.
¡Ah! no tan fiero apareció á mis ojos
Cuando, el poder de Albinhamad temiendo,
De la valiente tribu que acaudillo
Me demandó el favor; sagaz fingiendo
Vengar nuestra opresion y vuestra afrenta,
No mostraba más fin ni más anhelo
Que redimirnos del indigno oprobio
Del yugo abencerraje... Yo sincero
Le creí; le fié mi hacienda y vida;
Vertí mi sangre en tan glorioso empeño;

Y ya que el cielo nos concede el triunfo:
Ya que por tierra derribados vemos
Al tirano, al valido, á sus parciales:
Cuando otro bien no ansiamos ni otro premio
Sino ver, ante el trono confundidos
A tantos héroes celebrar su esfuerzo,
¡Uno sólo, uno sólo osa insolente
La gloria reclamar del vencimiento!

AYXA.

¡Ah! no es la estéril gloria á la que aspira:
Su pérfida ambicion levanta el vuelo
Más alto que imaginas; ni tú propio,
Su inseparable amigo en tantos riesgos;
Tú, en quien finge con doble alevosía
Depositar sus íntimos secretos,
Le conoces aún; yo sola supe
La máscara arrancarle y conocerlo.—
Recuérdalo, Mahomad; yo en su venganza,
En su amor, en su cólera, en sus celos
Descubrí su ambicion; yo la ví astuta
Sacrificar sus propios instrumentos,
Mudar de nombre, de disfraz, de senda;
Y encaminarse siempre al mismo intento.
Ufano de su estirpe y poderío,
No reconoce igual, amigos, deudos;
Y el dominio de un rey sufriendo apénas,
Rival del trono, finge sostenerlo.
Pero ya no hay Hazen ni abencerrajes
Ya arrastrado Boabdil de los consejos
De su privado infiel, agravia, aleja
Los que más pruebas de lealtad le dieron;
Y áun, de su propia madre recelando,
Al ambicioso Alí se entrega ciego.
Tú le verás en breve cuál ostenta
De Albinhamad la pompa y valimiento;

Y á la sombra del trono, insulta impune
Al contrario, al amigo, al Rey y al pueblo.

MAHOMAD.

¡Infeliz dél!... Reciente, ante sus ojos,
En su mismo rival ve su escarmiento;
Que por mudar de nombre, y no de yugo,
Tantos héroes su vida no expusieron.

AYXA.

¿Qué esperan, pues? Si en el peligro mismo,
Si cuando el triunfo áun vacilaba incierto,
Ya el ambicioso Alí los insultaba,
Sus servicios pagando con desprecios;
¿Qué esperan cuando, firme en su privanza,
Rival no tenga ni temor ni riesgo?

MAHOMAD.

Aun no es tarde...

AYXA.

¡Aun no es tarde! ¿Y cuánta ruina,
Cuánta sangre no cuesta á un reino entero
Haber dejado al fiero abencerraje,
Antes de herirle, asegurar su imperio?
¡Qué piadoso, qué cauto hubiera sido
Quien ahogando en su mismo nacimiento
Su ambicion y poder, salvára á tantos,
Escarmentando al opresor soberbio!...
¡Cuántas veces, Mahomad, cual fiel amiga,
Cercano te he mostrado el mismo riesgo,
Si la ambicion de Alí no refrenabas!
Pero sordo á mi voz, te vi indiscreto
Forjar tú propio la servil cadena
A la patria, á los tuyos, á tí mesmo.

MAHOMAD.

¡A mí!

AYXA.

Sí, Mahomad; no sufre iguales

El ambicioso Alí; miéntras incierto
Tú aguardas, dudas, tímido amenazas,
Él firme, imperturbable en su proyecto,
Sigue, adelanta, impávido se arroja:
O víctima ó tirano: no halla medio.

MAHOMAD.

Pues víctima será.

AYXA.

¿Qué has pronunciado?
Calla, Mahomad; y si en tu noble pecho
Arde la indignacion, el justo enojo
Que ya en tu rostro retratados veo,
No el éxito aventures, y áun tu vida,
Con vanas voces que disipa el viento.
Refrena tu furor; aguarda, acecha
La ocasion oportuna; y cuando ciego
Él propio corra y llegue al precipicio,
El amago y el golpe sienta á un tiempo.—
No tardará, Mahomad; desvanecido
Con su gloria y poder, ve con desprecio
En el débil Boabdil su propia hechura,
Y en derredor de sí tímidos siervos.
En tanto sus amigos y enemigos,
Pesarosos de ser vil instrumento
Del comun opresor, fingen amarle,
Y ansian su ruina, trámanla en secreto;
Y hasta el mismo Boabdil...

MAHOMAD.

¡Boabdil!

AYXA.

¿Te admiras...
Aprende de su madre á conocerlo:
El que indócil sufrió de un padre el mando,
El que desdeña y odia mis consejos,

Mal sufrirá, ya libre del peligro,
En su vasallo un acreedor soberbio.

MAHOMAD.

¿Y qué será cuando le escuche osado,
La amenaza dorando con el ruego,
Interceder por los proscritos hijos
De la alevosa tribu... No pudiendo
Entre la pompa del solemne triunfo
Hablar ántes al Rey, sufrió violento
Tan corta dilacion; mas muy en breve...

AYXA.

Pues á él propio su ruina confiemos.—
No lo dudes, Mahomad; y si advertido
De su amor y sus pérfidos intentos
Le oye Boabdil; si el nombre de Morayma
Despierta su rencor y sus recelos,
Hoy quizá... Mas el cielo nos le envia:
Tan propicia ocasion no malogremos.

ESCENA II.

BOABDIL, AYXA, MAHOMAD.

BOABDIL.

¡Es posible que en dia tan solemne,
Cuando el aplauso y general contento
Cercan mi trono, entre el glorioso triunfo
Busco ansioso á una madre y no la encuentro!

AYXA.

¿Y á qué, Boabdil... Al lado de tu trono
No faltan cortesanos lisonjeros,
Que en público aclamando tu victoria,
Sus despojos codicien en secreto;
Deja á una madre el doloroso encargo
De velar en tu bien; y miéntras ellos

Con su pérfido encanto te adormezcan,
Podrá á lo ménos descubrir tu riesgo.

BOABDIL.

¿Qué riesgo? ¿Qué decis?... Dejadme un dia,
Dejadme respirar sólo un momento,
Sin nuevos sobresaltos... ¡Salgo apénas
De tan larga zozobra, y cuando espero
Reposar un instante en paz tranquila,
Ya empiezan á inquietarme otros tormentos!...
Si hay más peligros, por piedad siquiera
Dejad que los ignore: yo os lo ruego.

AYXA. (A Boabdil.)

Pues bien: no los sabrás: vive tranquilo. (A Mahomad.)
Sígueme, y sella el labio.

BOABDIL.

¿Qué es aquesto?
¿Tambien sabe Mahomad?...

AYXA.

Tan sólo sabe
Cumplir de su monarca los deseos;
Dejarle en paz, y con su triste madre
Prever sus males, y guardar silencio. (Hace ademan de irse.)

BOABDIL.

¡No; tened, escuchad... ¡No, madre mia,
No me dejeis así... Decidme al ménos
Qué brazo me amenaza, y no en tal duda
Me dejeis batallar con mis recelos.
¿Quién el aleve, quién? ¿Hay uno solo
En quien poder fiarme...

AYXA.

Cuando ciego
En una sola mano deposites
El poder y la suerte de tu imperio;
Cuando á ajena merced incauto entregues

Tu corazon, tu libertad, tu cetro,
Pregúntalo á tí mismo.

BOABDIL.

Hablad siquiera,
Proseguid, aclarad...

AYXA.

¿Quieres saberlo...
No de mi labio, no; primero escucha
Las justas quejas del airado pueblo,
El clamor de tu córte, que abatida
Murmura en vano, y ve con sentimiento
Trocado en vil pupilo de un vasallo
Al que nació para señor de un reino.
Mas no los oigas, no; sordo á sus voces
Y á los fieles impulsos de tu pecho,
Ama tu ceguedad, duerme tranquilo
Junto al profundo abismo ya entreabierto...
Mas por última vez oye á una madre,
Que de un hijo infeliz presiente el riesgo:
El que probó sus fuerzas contra el trono
Mal aprendió, Boabdil, á sostenerlo.

BOABDIL.

¿Qué me anunciais?

AYXA.

¿Te asombras?

BOABDIL.

No más dudas;
Decid su nombre: ¿Alí... Mas no recelo
De su amistad; no madre, no es posible:
Él miró con piedad mi cautiverio
Bajo un padre obcecado; él vengar quiso
Mi opresion, mis agravios y los vuestros;
Y enlazando su suerte con la mia,
Por mí expuso su vida á tantos riesgos...

AYXA.

¡Por ti... Calla, Mahomad; y compadece
A tu Rey infeliz.

BOABDIL.

Rompe el silencio;
Pronto.

MAHOMAD.

¡Ah, señor...

AYXA. (Indicándole que calle.)

Mahomad...

BOABDIL.

Yo te lo mando.

MAHOMAD.

No os irriteis, señor: ya os obedezco.—
Mas dispensad á mi amistad antigua
Que sienta y llore el doloroso extremo
A que me fuerza mi deber; yo un dia
Tambien, cual vos, imaginé sincero
El corazon de Alí; yo uní á los suyos
Mis votos, mis conatos, mis esfuerzos,
Cual si al único fin se encamináran
De vuestra gloria y del comun provecho.
Mas... disculpad al infeliz... él mismo
De sus propias acciones no era dueño,
Y creyendo quizá serviros sólo,
De una débil pasion era instrumento...

BOABDIL.

¡Qué sospechas... Acaba.

MAHOMAD.

No tan breve,
Le condeneis, señor: ni el largo tiempo,
Ni sus mismos conatos han bastado
A librarle del triste cautiverio...
Fué su primer amor: desde su infancia
No tuvo otra pasion ni otro deseo;

Y ya cercano al logro de su dicha,
Vió su bien en los brazos de otro dueño...
Él mismo, no há un momento, en esta estancia,
Me mostró los combates de su pecho;
Mas en vano, señor; la larga lucha,
La ausencia, los obstáculos, los riesgos
En frenesí rabioso han convertido
Su primitivo amor; ni oye consejo,
Ni escucha la razon, ni ve barreras;
Sólo ve cerca al anhelado objeto;
Y hoy, libre de rivales y contrarios,
Él se teme á sí mismo, y yo le temo.

BOABDIL.

¡Desgraciado Boabdil, ni un solo amigo!...
Yo le he visto, solícito exponiendo
Su propia vida por alzarme al trono;
Y cuando apénas, de temor ajeno,
A su lealtad me atrevo á confiarme,
Ya me fuerza á mirarle con recelo!...
¿Mas sabe si la infiel...

MAHOMAD.

Es desgraciada;
Le amó en su juventud; no ve otro medio
De libertar á un hijo...

BOABDIL.

¿Y Alí acaso...

MAHOMAD.

Le ha ofrecido salvarle á todo riesgo.

BOABDIL.

¿Quién lo escuchó?

MAHOMAD.

Yo propio.

BOABDIL.

¿Cuándo?

MAHOMAD.

Ahora.

BOABDIL.

¿Dónde?

MAHOMAD.

En este lugar.

BOABDIL. (Suspenso y caviloso.)

¡Así el perverso
Con fingida piedad me disfrazaba
Su criminal amor... ¡Así por premio
De mi clemencia, el pérfido exigia
De mi mayor contraria el torpe afecto...

AYXA.

¡Ay, ojalá que el solo amor dictase
Su funesta pasion... Mas yo entreveo
En ese mismo amor hondos designios,
Que sólo de pensarlos me estremezco.
Alí de sangre real... Alí caudillo
De numerosa hueste... el pueblo inquieto
Fácil de seducir... tu lecho estéril...
Morayma, hija de Hazen... ¡Ay, quiera el cielo,
Tu corona y tu vida preservando,
Desmentir mi fatal presentimiento!

BOABDIL.

¿Mas qué he de hacer... Decidme; aconsejadme
En tan grave peligro...

AYXA.

¿Y dónde el riesgo,
Dónde está sino en tí? La propia sombra
De tu poder te espanta; y abatiendo
La majestad del trono, débil tiemblas
Ante el ídolo vil que alzaste un tiempo.
¿Lo has olvidado ya? ¿No es obra tuya
Su orgullo, su poder, su valimiento...

Habla, y ese coloso que te asombra
A un leve soplo le verás deshecho.

BOABDIL.

Vos, vos le conoceis...

AYXA.

Conozco á entrambos:
Temo tu ceguedad; á él le desprecio. —
Ese mismo poder, esa osadía,
Que temible le ofrecen á lo léjos,
Su propia ruina son: desengañados
Sus amigos más íntimos, sus deudos,
Aborrecen su yugo, y de tu rostro
Esperan la señal de su escarmiento.
Medítalo, Boabdil; sé Rey un dia,
O quizá tarde aspirarás á serlo.

BOABDIL.

Antes... Mahomad, de tu lealtad me fio:
Indaga sus designios, sus intentos,
Sé fiel y espera el premio; mas no olvides
Que pende tu cabeza del secreto.

MAHOMAD.

Señor, mi vida es vuestra... Mas él viene.

BOABDIL.

Evitaré su vista...

AYXA.

No es ya tiempo.

ESCENA III.

BOABDIL, AYXA, ALÍ, MAHOMAD.

ALÍ.

Gran Rey, si ufano del reciente triunfo,
Hoy al nacer el sol fuí el primero
Que os dió tan fausta nueva, y de Granada

Os móstró la obediencia y el contento;
Dispensadme, si odiando la lisonja,
A reclamar vuestra piedad me atrevo;
Ya que tan breve el riguroso bando
Ha trocado los vivas en lamentos.
Bien lo preví, señor: los que más fieles
Vuestra gloriosa causa sostuvieron,
Ven con dolor, en inocentes niños
De sus padres vengar los desafueros;
En tanto que las madres afligidas,
Sus tristes hijos presentando al pueblo,
Su compasion imploran, y convierten
El comun gozo en amargura y duelo.
Todo es consternacion: más que los ayes,
Terror infunde el general silencio,
Y en inquieta zozobra esperan todos
Que revoqueis el rígido decreto. —
Yo lo espero tambien; yo, que tan sólo
Aguardo esta merced, y parto luégo
A reprimir del fiero castellano
El vano orgullo y temerario intento.
No sé cuál pueda ser; mas de la torre
Que domina el vecino campamento,
Se nota su inquietud, y apercibirse
La numerosa hueste con secreto.
Quizá de los vencidos las reliquias,
Que al enemigo campo se acogieron,
Habrán lisonjeado su esperanza
Con falsas nuevas que creyó el deseo;
Quizá con su expulsion postrada juzgan
A la ciudad en triste desaliento;
Y confusa, aterrada, ya la pintan
Cual fácil presa al español soberbio;
Mas en breve, señor, desengañado,
Aprenderá á su costa á conocernos;

Y viniendo á insultarnos en los muros,
Nos verá provocarle en campo abierto.

BOABDIL.

Sí, parte, caro amigo, honor y gloria
De tu patria, columna de mi reino;
Parte, y vuelve á mis brazos coronado
De nuevo lauro, á recibir el premio.
¿Qué no te debo, Alí? Tú hoy aseguras
Del Estado la paz; y no contento
Con vencer sus internos enemigos,
Ya á nuevos triunfos aspirar te veo.
Tú los conseguirás: la inmensa hueste,
Con tu voz animada y con tu ejemplo,
Apénas oiga la señal guerrera,
Segura partirá del vencimiento.
No lo retardes, no; yo el grato anuncio
Voy á dar á los ínclitos guerreros,
Y á mostrar cuán gozoso te confío
La defensa y la gloria de mi imperio. (Hace ademan de irse.)

ALÍ.

Si al propio tiempo revocais piadoso...

BOABDIL.

Corre á triunfar, Alí; deja que el pueblo
En su ciega inconstancia hoy tal vez llore
Lo que mañana aplaudirá contento.

ESCENA IV.

AYXA, ALÍ, MAHOMAD.

ALÍ. (Despues de un breve silencio, reprimiendo su enojo.)

¿Es este el galardon... Mas no te culpo,
Imprudente Boabdil; oculta veo
La ingrata mano...

AYXA.

Otros testigos busca
Para escuchar tus quejas; y te advierto
Que la esposa y la madre de tus reyes
Nunca puede humillarse á tal extremo.

ESCENA V.

ALÍ, MAHOMAD.

ALÍ.

¡Ah! bien merezco tolerar insultos...

MAHOMAD.

Calla, infeliz...

ALÍ.

¿Por qué?... Los que pudieron
Tan en breve olvidar mis beneficios
Callar deben, no yo.

MAHOMAD.

Deja á lo ménos
Que solos, sin testigos ni asechanzas...

ALÍ.

¿Y qué puedo temer?... Ya nada arriesgo:
Cierta es mi ruina, cierta; el temor sólo
Detiene ya su brazo.

MAHOMAD.

No tan presto
La imprudencia confundas del orgullo,
Con un odio mortal...

ALÍ.

Ménos recelos
Me infunde esa altivez que osada insulta,
Que de Boabdil los pérfidos obsequios.

MAHOMAD.

¿Qué dices...

ALÍ.

Sí, Mahomad; en su alabanza,
En sus falsas caricias, en el ceño
Que su forzado halago desmentia,
Descubrí la ponzoña de su pecho.
¿No le viste, colmándome de elogios,
Fingir olvido, despreciar mi ruego;
Y so color de apresurar mi triunfo,
De sí alejar á un acreedor molesto?...
Ya le agobian mis grandes beneficios:
Pronto querrá librarse de su peso.

MAHOMAD.

No lo dudo, será; ¿mas hay motivo
Para culparle aún... Quizá, secreto,
Algun pesar su pecho atormentaba...

ALÍ.

No me he engañado, no: dudé algun tiempo
Miéntras su afan disimulaba en vano;
Mas al oïr sus pérfidos acentos,
Escuché mi sentencia.

MAHOMAD.

¿Y te confia
Su hueste y la defensa de su reino
Para darte más armas? ¿A tal punto
Llegára su imprudencia...

ALÍ.

A tal extremo
Le arrastra su pavor: tímido, débil,
Por evitar el inminente riesgo
Se expone á mil lejanos, y no cuida
De un porvenir dudoso... Quizá ménos
Al frente le intimido de las tropas
Que en la ciudad: así se libra á un tiempo
De mi importuna vista, y me abandona
De la azarosa guerra al trance incierto...

¡Quién sabe... Quizá el pérfido me envia
Cual víctima al suplicio; y al momento
Que vencido me mire y afrentado,
Me inmola á su quietud... Mas áun es tiempo
De prevenir el golpe ó de vengarle. (En ademan de irse.)

MAHOMAD.

¿Dónde, imprudente, adónde...

ALÍ.

Ni yo mesmo
En mi furor lo sé.

MAHOMAD.

Fiel á tu lado...

ALÍ.

No, querido Mahomad; pues tanto debo
A tu antigua amistad, corre, sondea
La intencion de Boabdil; cuál su recelo,
Cuáles son sus designios... Yo entretanto
Vuelo á ver á Morayma; y si en el riesgo
Que á entrambos amenaza, una voz suya,
Una leve esperanza añade fuego
A mi ciego furor... con harta sangre
Han de comprar mi ruina los perversos.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

(El teatro representa un salon perteneciente á la habitacion de Morayma.)

ESCENA PRIMERA.

MORAYMA, ALÍ, FÁTIMA.—UN NIÑO, *hijo de Morayma.*

MORAYMA.

No más, Alí, no más; ¡hoy pierdo un hijo,
Y osas hablar de amor! ¿Qué más hicieras,
Si despues de salvarle y de vengarme,
Demandáras la justa recompensa...
Pero es más fácil con promesas vanas...

ALÍ.

Nunca, de Alí, lo fueron las promesas:
¿Qué exigís? Pronto estoy.

MORAYMA.

¿Qué es lo que exijo?
Dí qué exige tu agravio, tu defensa,
Tu venganza, tu vida...

ALÍ.

Mi amor basta.

MORAYMA.

¡Siempre amor... ¡siempre amor... Vuélvete, deja
Con su dolor á esta afligida madre;
Quizá ahora mismo tu señor te espera,
Para arrancar de los maternos brazos...

ALÍ.

No me insulteis, Morayma; Alí dió muestras
De que sabe humillar á los altivos,
No oprimir á la mísera inocencia.

MORAYMA.

Quien sostiene en el trono á su verdugo...

ALÍ.

Hoy sabrá, á pesar suyo, defenderla.

MORAYMA.

Mal la defiende, Alí, quien ve su riesgo,
Y tarda un solo instante en socorrerla.

ALÍ.

Si tardo, culpa es vuestra: una palabra,
Y vuelo á perecer en su defensa...

MORAYMA. (Despues de una suspension.)

¡Alí, salva á mi hijo... En tanta angustia
No exijas de una madre otra respuesta.

ALÍ.

Adios, Morayma, adios; ¿hay ya peligros
Que puedan asombrarme...

MORAYMA.

Aguarda, espera;
No corras temerario al precipicio...

ALÍ.

No lo temais: mi solo nombre aterra
A Boabdil en el trono; mis parciales,
Mis amigos y deudos le rodean;
Y el pueblo todo, á compasion movido,
Sólo aguarda mi voz y mi presencia,
Para oponerse al bárbaro decreto...

MORAYMA.

Y despues... ¡ah, imprudente, cuál te ciega
Ese inútil valor... Doy que conspiren
En tu favor las tribus más guerreras,
Que alce el pueblo la voz, que intimidado

Boabdil revoque la fatal sentencia...
¿Mas quién mañana, quién de su venganza
Nos podrá defender?

ALÍ.

La misma diestra.

MORAYMA.

Hoy que afirmas al pérfido en el trono,
Con doblez y rencor tu lealtad premia;
¿Y esperas guarecerte de sus tiros,
Provocando su enojo con ofensas...
Desengáñate, Alí: quizá el ingrato
Tus beneficios perdonar pudiera;
Quizá te perdonára la osadía
De oponerte á su bárbara violencia;
Pero nunca Boabdil dejará impune
El amar á Morayma.

ALÍ.

¿Y yo pudiera
Dejarle impune arrebatar mi dicha,
Pagar mis beneficios con afrentas?
¡Ah! no lo receleis: sólo el perderos
Años costó de destructora guerra;
Tal vez Boabdil recordará ya en vano
Lo que mi amor y mi venganza cuestan.

MORAYMA.

Si tu amor, tu venganza tanto pueden;
Corre, da la señal; mas ántes piensa
Que no hay tregua ni paz con un tirano,
Y que se arruina el que se venga á medias:
O Boabdil ó Morayma.

ALÍ.

Ya he elegido;
¡Adios, Morayma, adios!

MORAYMA.

¡Él te defienda!

ESCENA II.

MORAYMA, FÁTIMA.

MORAYMA. (Despues de un corto silencio.)
¿Callas, Fátima, callas... ¿Qué te admira?

FÁTIMA.
Dejadme que confusa apénas crea
Lo que yo propia oí: ¡la fiel esposa
Del gran Albinhamad, la que tan tierna
Lloró su injusta muerte, y por vengarla
Su propia sangre con placer vertiera,
Hoy su constancia olvida, hoy da esperanzas...
¡Y á quién, buen Dios, á quién...

MORAYMA.
Fátima, cesa
De traspasarme el corazon: mi amiga,
Mi consuelo, mi alivio en tantas penas
Llega á dudar de mí... ¡Fátima teme
Que de mi esposo la memoria ofenda...
Yo esperé de tu amor que ni un instante
Mi constancia agraviases con sospechas,
Y que al cabo de tantos infortunios,
A tu infeliz amiga conocieras.

FÁTIMA.
¿Mas debí recelar... ¡Ah! no es posible;
No es Morayma capaz de tal bajeza.
Cuando ciego de amor, Alí no duda
Cumplir á todo trance su promesa,
Y por salvar de su rival al hijo,
De sí se olvida y áun la vida arriesga;
¡Una falsa esperanza, una perfidia
Serán su único premio y recompensa!

MORAYMA.

No, Fátima, jamás; salve á mi hijo,
Y no me culpará.

FÁTIMA.

Mas si él anhela
Tan sólo vuestro amor y vuestra mano...

MORAYMA.

Tranquilízate, Fátima; no temas
Que pérfida ni infiel tu triste amiga...

FÁTIMA.

Proseguid; acabad...

MORAYMA.

No estés inquieta:
¿No me ves... ¿no me ves? Ya más tranquilo
Late mi corazon.

FÁTIMA.

Más me amedrenta
Esa aparente calma, esa sonrisa
Que el antiguo furor. Logre siquiera
Saber de vuestro afecto...

MORAYMA.

Que hoy perdia
Al hijo de mi amor, que su defensa
Pendiente estaba de mi propio labio,
Que un momento dudé; mas que tremenda
La triste voz de mi infeliz esposo
Me mandó libertarle... No más quieras
Saber de mí; no más. Si hoy apiadado
El cielo oye mis súplicas: si venga
De un caro esposo la inocente sangre,
Y me concede por merced postrera
Dejar seguro á mi adorado hijo...

FÁTIMA.

¡Ay, triste amiga...

MORAYMA.

¿Lloras... ¡Siempre queda
Al desdichado un medio de salvarse!
No llores, no, por mi... quizá mis penas
Hoy mismo acabarán. Mas si tan grata
Te ha sido mi amistad, aqui te queda
En quien probar tu amor y tu memoria...
Sé, Fátima, su madre; de ti aprenda
A amar á la virtud; dile que sólo
Hasta salvar su vida y su inocencia
Mi vida conservé... que le vi libre,
Que di gracias al cielo, y satisfecha
Volé á abrazar á mi adorado esposo...

FÁTIMA.

¿Qué decis, tierna amiga? ¡En vos cupiera
Ese designio atroz...

MORAYMA.

Y cuando llore
A su mísero padre... cuando vea
Con respeto y terror la triste fuente
En que perdió la vida... ¡*aquí sus penas*,
¡Aquí lloraba tu afligida madre...
¡Aquí besaba la sagrada tierra,
Teñida aún con su inocente sangre...
¿Se lo dirás... Si, Fátima; y observa
Su angustia, su dolor... si te pregunta
Si su madre infeliz le amaba tierna...
¡Ay, hijo mio! Ven, ven á mis brazos;
Y mira si te amo...

(Va á abrazar á su hijo, y suspéndese asombrada, como si oyese ruido hácia la puerta.)

¿Mas qué suena...
¿Oiste, Fátima, oiste?

FÁTIMA.

El dolor mismo
Os finge esa ilusion...

MORAYMA.

No; ya se acerca
El confuso rumor, y con espanto
La sangre toda en mi interior se hiela...
¡Ellos son... ¡ellos son... ¡Hijo del alma,
Quizá te abrazo por la vez postrera...

(Morayma ampara con sus brazos á su hijo, al ver entrar la guardia africana de Boabdil y á él en seguida.)

ESCENA III.

MORAYMA, BOABDIL, FÁTIMA, GUARDIA AFRICANA.

BOABDIL.

¡Pronto: cumplid mi órden! ¿Qué os suspende?
¡De entre sus mismos brazos con violencia
Arrancadle al instante!

MORAYMA.

¡Antes mi vida...
¡Ay de mí!

(Morayma cae desmayada al quitarle su hijo; Fátima la sostiene; y el jefe de la guardia parte con el hijo de Morayma, al recibir la órden de Boabdil.)

BOABDIL.

A tí lo fio; y tu cabeza
Me responde, Aliatar, de su custodia.—
Vosotros, apartad de mi presencia
A esa aleve...

FÁTIMA.

¡Señor!

BOABDIL.

Si la amas tanto,
Dile que un hijo me responde de ella.

(Fátima retira á Morayma, que áun permanece desvanecida, ayudándole algunos de la guardia de Boabdil, que no habrán ido con Aliatar.)

ESCENA IV.

BOABDIL.

Ya respiras, Boabdil; ya desarmaste
A esa pérfida hermana... ¿Y no te queda
Un contrario más fiero y más temible...
¡Desdichado Boabdil, cuál es tu estrella!
Temer, vengarte, odiar aborrecido,
Y maldecir tú mismo tu grandeza.

ESCENA V.

BOABDIL, MAHOMAD.

MAHOMAD.

No hay ya duda, señor: habló á Morayma:
Juró exponer la vida en pro y defensa
De su proscrito hijo: pidió en premio
Su corazon, su mano... Mas no era
Bastante aún el libertar á un hijo;
¡Exigen más, señor... Pero se niega
Mi labio á pronunciarlo...

BOABDIL.

Di; no tardes...

MAHOMAD.

Sangre exigen tambien.

BOABDIL.

¿Y cuál?

MAHOMAD.

La vuestra.

BOABDIL. (Despues de una suspension.)

¡Piden mi sangre! ¡y quién, mi propia hermana!

MAHOMAD.

Yo con horror y asombro pude apénas
Escucharlo de Alí: ciego de ira,
De amor y de venganza, ante las puertas
De este alcázar le hallé; su voz, su rostro
Manifestaban su pasion funesta,
Aun más que los acentos mal formados
Que su furor dictaba...

BOABDIL.

¿Mas qué intenta?
Nada me ocultes, nada.

MAHOMAD.

En su delirio
Apénas él lo sabe; mas no encuentra
Barreras que le atajen, ni peligros
Que no atropelle osado. Sólo anhela,
El amor de Morayma; y vos, vos solo
Sois ya el único obstáculo.—Yo en prueba
De mi antigua amistad, procuré en vano
Refrenar su pasion; mas su violencia
Cómplices busca en su fatal designio,
No razon ni consejo; y cual si fuera
Igual en todos el amor, la ira
Que á tal punto le arrastran, ni áun sospecha
Que le puedan negar su voz y brazo
Pará el crímen atroz que hoy mismo intenta.

BOABDIL.

¡Hoy mismo...

MAHOMAD.

Sí, gran Rey: á una voz suya,
Armadas juzga las terribles diestras

De sus deudos y amigos; sublevado
El inconstante pueblo en su defensa;
Y por saciar su amor, la triste patria
De sangre y luto y mortandad cubierta.

BOABDIL.

¡Ay, Mahomad... en tí sólo, en tí confia
Tu desgraciado Rey... vé, corre, vuela,
Preven á los caudillos más lēales...

MAHOMAD.

Ya lo están, no temais.

BOABDIL.

¿Y quién pudiera...

MAHOMAD.

Vuestra madre, señor, que previó cauta
El aleve designio.

BOABDIL.

Mas si llega
A conmoverse el pueblo...

MAHOMAD.

Aun ve aterrado
El estrago y la ruina que le cuesta
La discordia fatal; y aunque mostrára
Su estéril compasion, cuando ya vea
Que en vez de llanto se le pide sangre,
¿Por ajeno interes querrá verterla?

BOABDIL.

Con todo, vé, no tardes; oye, indaga...

ESCENA VI.

BOABDIL, MAHOMAD, AYXA.

AYXA.

¿Qué haces, Boabdil, qué haces? ¿A qué esperas?

BOADBIL.

¡Ah, madre mia! en tan crüel conflicto
No, no me abandoneis...

AYXA.

¿Y qué te inquieta?
Ya su lealtad te ofrecen mil caudillos...

BOABDIL.

¿Mas dónde está el traidor? ¿qué es lo que intenta?
¿Ha concitado al pueblo?

AYXA.

Un fiel esclavo
Le llevó con ardid la infausta nueva
De la prision del hijo de Morayma;
Y la misma pasion que ahora le ciega,
Su brazo detendrá. Mas no es bastante
Suspender su atentado; hoy mismo es fuerza
Que de una vez acaben para siempre
Su ambicion, sus designios, su soberbia.—
¡Y callas... ¡y áun vacilas... Pues bien: baja,
Baja del trono como débil hembra,
No te vengues cual rey; pero no aguardes
Que tu madre infeliz víctima sea
De tu propia flaqueza, y vil escarnio
De un fiero usurpador... ¡Antes perezca,
En las ruinas del trono sepultada,
Que sufra infame tan indigna afrenta... (En ademan de irse.)

MAHOMAD.

No, gran Reina, dignaos...

BOABDIL.

¡Mi propia madre
Así me desampara!

AYXA.

¿Y qué aprovecha

Con inútiles voces advertirte
Tu peligro, tu ruina... Hoy te aconseja
Tu desgraciada madre; hoy ves cumplirse
Su fatal vaticinio; y cuando espera
Que al punto acudas á evitar el golpe,
¡Incierto dudas, y cobarde tiemblas!

BOABDIL.

No tiemblo, no; pero dejadme al ménos
Deliberar...

AYXA.

Un rey no delibera:
O se venga ó perece.

BOABDIL.

¿Mas qué medio
De vengarme?

AYXA.

¿Lo ignoras?

BOABDIL.

Cuando apénas
Respira el pueblo de tan larga lucha...

AYXA.

Tu misma indecision hoy le condena
A nuevos infortunios: sólo un golpe,
Una víctima sola le liberta
De destrozar él propio sus entrañas,
Tu trono afirma, tus insultos venga...
¡Y osas dudar aún... Espera, aguarda
A que vuelto el traidor de su sorpresa,
Sabedor de su riesgo y tus designios,
Si el débil pueblo su favor le niega,
Se presente á las tropas...

BOABDIL.

¡No! volemos
A acelerar su ruina; mas no sepa

Que penetré su infame alevosía...
Corre, Mahomad: disipa sus sospechas,
Suspende su furor... Y vos, en tanto,
Venid; á vos me entrego... y pues me fuerzan
A ser crüel y á derramar más sangre,
Sálvese un pueblo, y el traidor perezca.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

(Es de noche; el teatro representa el famoso *patio de los Leones*, con la fuente de este nombre en medio; várias calles de agrupadas columnas forman el contorno, que se pierde á larga distancia; óyese de cuando en cuando el sordo ruido del viento, y se divisa en el suelo una compuerta de hierro, que denota cerrar la entrada de un camino subterráneo.)

ESCENA PRIMERA.

MORAYMA, FÁTIMA.

MORAYMA. (Acercándose lentamente.)

¿Tiemblas, querida amiga... ¡Ay! tú no eres
Infeliz cual Morayma... Este silencio,
La soledad, la noche, el triste sitio,
El eco sordo del lejano viento,
Con majestad terrible lisonjean
Mi profundo dolor... y apénas huello
Estas sangrientas losas, me parece
Que á mi querido Albinhamad me acerco.
Allí, Fátima, allí...

(Dirígese á la fuente, hinca una rodilla en tierra, y queda abandonada á su melancolía.)

FÁTIMA.

¿Y así vos misma
Quereis acrecentar vuestros tormentos,
En vez de consolaros... Hoy que sufre
Tan grave angustia vuestro tierno pecho,
¿Venís incauta á este lugar aciago,
A renovar tan míseros recuerdos...

No, triste amiga, no; quizá fingido
Fué el misterioso aviso, y Alí mesmo
Lo ignorará tal vez... Pero si intenta,
A favor de la noche y del secreto,
Hablaros y salvar á vuestro hijo,
Cual anunció el esclavo, ¿no hay más medio
Que venir á esta estancia pavorosa,
Que en su furor maldijo el mismo cielo...
¡Ay, tierna amiga! huyamos de este sitio,
Fatal á la inocencia... yo os lo ruego
Por mi ley, por mi amor...

MORAYMA.

¡Sí, caro esposo,
Ya oigo tu triste voz... y si conservo
Mi amarga vida por salvar á un hijo,
Tu imágen, tus delicias... ¡Con qué extremos
De amor y de ternura le abrazabas
En la noche fatal... Aun te estoy viendo,
Al recibir el pérfido mandato,
No poder apartarle de tu seno,
Dejarle entre mis brazos, y mil veces
Por la postrera vez volver á verlo...
¡Ay, triste esposo, quién, quién me dijera
Que era la última vez... Quizá tu pecho
Lo presagió lëal; más no quisiste
Partirme el corazon... Yo te ví lento
Seguir á tu verdugo, y con los ojos
Despedirte de mí... ¡Con qué tormentos,
En el trance fatal te acordarias
De tu infeliz Morayma...

FÁTIMA.

Hácia lo léjos
Suena rumor...

MORAYMA.

¿Qué dices?

FÁTIMA.

Pronto, huyamos..

MORAYMA.

Alí será; no temas: los perversos
No osarán profanar con su presencia
Esta mansion de muerte... Ven; lleguemos.

ESCENA II.

MORAYMA, FÁTIMA, ALÍ.

ALÍ.

Morayma...

MORAYMA.

Él es... ¿Adónde está mi hijo?

ALÍ.

En este mismo instante vais á verlo.

MORAYMA.

¡A mi hijo... No así, no así te burles
De esta mísera madre... ten al ménos
Piedad de su dolor... Dime si vive,
Si está afligido, si me busca inquieto...

ALÍ.

Vos misma lo vereis.

MORAYMA.

¿Será posible?

ALÍ.

Sí, desgraciada madre: al fin el cielo
Os mira con piedad; y cuando en vano
Redoblé mis inútiles esfuerzos;
Cuando apénas hallé quien no temblase
Al contemplar mi arrojo; y de ira ciego,
A perecer impávido corria,
O á sublevar al inconstante pueblo,
Un esclavo lëal me dió el aviso

Del último infortunio... y al momento
Temblé por vos, por vuestro tierno hijo...

MORAYMA.

¡Ay! yo tambien temblé; yo ví su riesgo,
Al recobrar la vida; y que yo propia,
Yo traspasaba su inocente pecho.

ALÍ.

Ese mismo temor, vuestro peligro,
Vuestro expreso mandato suspendieron
Mi inútil frenesí; dudé indeciso,
Vacilé largo espacio... Mas el celo
Del fiel Mahomad me socorrió piadoso,
Me salvó de mí mismo: no era tiempo
De elegir, de dudar: mi propio amparo
Hasta mi triunfo os era más funesto
Que el odio de Boabdil; y ya veian
Mis tristes ojos su puñal sangriento...
En tanta angustia, en tan crüel conflicto,
El cielo mismo nos inspira el medio
De salvar á esa víctima inocente...

MORAYMA.

¿No me engañas, Alí... Volveré á verlo,
A abrazarle otra vez?

ALÍ.

El oro pudo
Lo que en vano esperé de mi ardimiento:
Con dádivas, con ruegos, con promesas
A Aliatar sedujimos; y el deseo
De gozar en su patria sus tesoros,
Su pecho nos rindió.

MORAYMA.

¡Dios justo y bueno,
Esta afligida madre te bendice
Por tu inmensa merced! Vuelve á mi seno,

Vuélveme, oh Dios, á mi adorado hijo,
Y abrazados, contentos moriremos...

FÁTIMA.

¿Qué decís?

ALÍ.

¿Qué anunciais... Libre, seguro
La aurora le verá; ya con secreto
Está su pronta fuga concertada...

MORAYMA.

¿Léjos de mí... ¡Jamás!

ALÍ.

¿Y qué otro medio
Nos queda de salvarle?

MORAYMA.

¿Y no le queda
El de morir conmigo... Quizá el cielo
Nos quiere unir á su inocente padre...

FÁTIMA.

¡Ah! no insulteis en tan fatal momento
Su inefable bondad; ya que piadoso
Os salva á un hijo de tan grave riesgo,
No querais exponer su triste vida,
Y al cielo calumnieis.

ALÍ.

Él nos ha abierto
La funesta prision: él ha arrancado
La triste presa á su verdugo fiero:
Él nos muestra la senda: él nos prescribe
Libertar esa víctima... ¡y tremendo
Ya, ya os demanda su inocente sangre,
Si os negais á su voz... Pero no temo
De vos tanta crueldad: justo es el llanto,
Justo vuestro dolor y desconsuelo;
Os apartais de vuestro tierno hijo...
Mas recordad tambien que un breve esfuerzo

De las garras le salva de la muerte;
Y que mañana para siempre es vuestro.
Por esa oculta subterránea senda,
Que labró de Boabdil el torpe miedo,
Le conduzco seguro hasta mi campo:
En él hallará asilo; mis guerreros
Guardarán cual depósito sagrado...

MORAYMA.

Calla, Alí... ¿No escuchais... Ya oigo á lo léjos
Silenciosas pisadas... ¡Es mi hijo!
Voy á verle, á estrecharle... Mas el viento
Burló mi triste afan... ¡Ah! tú me engañas:
Le perdí para siempre.

ALÍ.

Compadezco
Vuestra tierna inquietud...

MORAYMA.

¿Y por qué tarda?
¿A quién lo encomendaste? ¡En tanto riesgo
Le abandonaste así... Quizá á estas horas
Amenazan su vida... tú, tú mesmo
Le vendiste tal vez... Mas no, perdona;
Mira la situacion en que me encuentro,
Y ten piedad de mí... Corre á buscarle,
Vuelve con él... ¿No vas?

ALÍ.

Ya llegan: vedlo.

ESCENA III.

MORAYMA, FÁTIMA, ALÍ, MAHOMAD *con el* HIJO *de Morayma;* ALIATAR, *que se queda en el fondo del teatro, y trae oculta con el albornoz una antorcha encendida.*

(Los actores, en esta escena, se colocarán de esta suerte: Morayma en el centro; á su derecha Fátima, y á su izquierda Alí; al lado de éste, y cerca del camino subterráneo, Mahomad.)

MORAYMA. (Corriendo hácia su hijo.)

¡Ven, hijo mio, ven!

MAHOMAD.

¡Pronto! ¡á salvarle!

MORAYMA. (Sentándose en un banco de piedra.)

Así, hijo mio, enlázate á mi cuello;
Más todavía, más... ¿Quién en el mundo
Podrá ya separarnos... ¿Mas qué advierto?
¿Lloras tambien... Yo lloro de ternura,
De volverte á estrechar contra mi seno...
No temas, no; te encuentras en los brazos
De tu madre infeliz.

ALÍ.

No malogremos
Tan propicia ocasion...

MAHOMAD.

A cada instante
Se aumentan los obstáculos y riesgos...

FÁTIMA.

¡Quién sabe si á estas horas ya el tirano...

MORAYMA.

¿Y qué quereis de mí?

ALÍ.

Sólo queremos
Salvar á vuestro hijo.

MORAYMA.

¿Y arrancarle
De mis brazos... No; ¡nunca! Antes prefiero
Morir con él mil veces. — No, hijo mio,
No tienes que temblar: yo te defiendo.

FÁTIMA.

¡A qué punto, Morayma, triste amiga,
Os ciega la pasion y el sentimiento!
¿Cómo olvidar podeis que há un solo instante
Le llorabais perdido!...

ALÍ.

¿Y que ahora mesmo,
En poder del tirano y sus verdugos,
A una voz suya todos perecemos!

MORAYMA.

Pues salvaos.

ALÍ.

¡Salvarnos. . No, Morayma,
No así agravieis nuestra amistad y afecto;
Si temblamos, por vos sólo temblamos
Y por ese inocente.

MORAYMA.

No há un momento
Que te tengo, hijo mio; ¡y ya pretenden
Apartarme de tí!

ALÍ.

Pero si vemos
Que de un momento solo, de un instante
Pendiente está su vida...

MAHOMAD.

Y que el postrero
Es este ya quizá...

MORAYMA.

Pues bien, dejadme;
Pronta estoy á morir.

FÁTIMA.

Ved que ese empeño...

MORAYMA.

¡Tú tambien contra mí... Dejadme todos,
Dejadme con mi hijo; nada temo.

ALÍ. (Despues de una breve pausa.)

¿Estais resuelta...

MORAYMA.

Sí.

ALÍ.

Mahomad, amigo,
Sálvate tú... conduce al campamento
A ese infeliz tambien; y allí en mi tienda
Hallará mis tesoros... ¡A lo ménos
No sufra yo el dolor de ser testigo,
Causa de vuestra muerte!

MAHOMAD.

Compañero
En todos tus peligros...

ALÍ.

No, no quieras
Más infeliz hacerme... yo agradezco
Tu generosa oferta, y con mi sangre
Pagártela querria; mas te ruego,
Por última merced, que aquí me dejes,
Y te salves al punto.

MORAYMA.

¡Alí...

ALÍ.

No tengo
Nada más que pedirte... y que no olvides

A tu mejor amigo... (Alargándole la mano.) Adios; ¡el cielo
Te ampare y te proteja!

MORAYMA.

¡Alí...

ALÍ.

¿Qué aguardas?
Vete, amigo, vé en paz... Sabes há tiempo,
Que sé esperar la muerte.

MORAYMA. (Levantándose con precipitacion.)

No; detente,
No te vayas, Mahomad... Yo sola debo
Ser infeliz, yo sola... ¡Hijo del alma!
Ya te perdí.

ALÍ.

Vuestro dolor acerbo
Os hace ver mil riesgos que no existen:
¿Qué pudierais temer?

MORAYMA.

¿Qué es lo que temo...
No tienes hijos, no; si los tuvieras,
No me lo preguntáras.

ALÍ.

Mas si advierto
Que vuestro mismo amor os representa
Mil soñados peligros...

MORAYMA.

¿Y si ciertos
Fueran tal vez... ¡Dios mio! de pensarlo
Siento un sudor de muerte...

ALÍ.

Sin recelo
Entregadme, Morayma, á vuestro hijo:
Alí le lleva, y le protege el cielo.

FÁTIMA.

No dudeis, triste amiga : un solo instante
De valor, y está en salvo.

MORAYMA.

¿No hay remedio?

ALÍ.

¿Y cuál otro nos queda?

MORAYMA.

¿No hay ninguno?

ALÍ.

Por mi parte, Morayma, no lo encuentro.

MORAYMA.

¡Ninguno... Infeliz madre, salva á un hijo,
Y espira de dolor... Yo te lo entrego,
Alí... mi vida misma te confio,
Más que mi vida, sí... Pero á lo ménos
Que le vuelva á abrazar... ¡ved que hasta el alma
Se me arranca con él!

(Morayma ya en el acto de entregar á su hijo, vuelve á retirarlo y le abraza.)

FÁTIMA.

¿Mas á qué efecto
Prolongar, triste amiga, la amargura
Del duro sacrificio? Un solo esfuerzo,
Uno solo, Morayma...

MORAYMA.

Sí... estoy pronta...
Mas no sé qué fatal presentimiento
Me oprime el corazon...

FÁTIMA.

La misma lucha
Que estais en este instante padeciendo,
Os causa esa congoja...

MORAYMA.

No lo creas;

Este afan, esta angustia que ahora siento
No la sentí en mi vida; y es presagio
De mayores desdichas... ¡Yo te pierdo,
Hijo mio, te pierdo! de una madre
El corazon no miente.

FÁTIMA.

Resolveos,
Desventurada amiga...

ALÍ.

De vos sola
Pendiente está su suerte...

FÁTIMA.

Animo, aliento,
Morayma...

MORAYMA.

Sí... ya voy... toma en tus brazos...
¡Hijo de mis entrañas! Vedlo, vedlo,
No me quiere soltar.

FÁTIMA.

Dádmele...

MORAYMA.

Voy...

FÁTIMA. (Desprende de los brazos de Morayma á su hijo, y se lo entrega de pronto á Alí.)

Sálvale, Alí.

MORAYMA.

¡No, aguarda... Ya no puedo
Más...

FÁTIMA. (Sosteniéndola.)

¿Qué teneis?

ALÍ. (A Mahomad.)

Consuela tú y ampara
A esa infeliz, en tanto que yo vuelo
A salvar á su hijo...

MORAYMA.

¡Aguarda...

ALÍ.

¡Pronto...
Aliatar...

(Este se habrá ido ántes acercando, y acude presuroso.)

MORAYMA.

¡Un instante...

ALÍ.

Adios; te ofrezco
Perder por él la vida.

MORAYMA.

¡Un solo instante...
¡Siquiera por la angustia que padezco...

(Aliatar habrá ya abierto la compuerta, ayudándole Mahomad, y estará dentro del subterráneo con la antorcha encendida; Alí entra velozmente detras de él con el niño; Fátima detiene en sus brazos á Morayma; Mahomad se aleja y desaparece.)

ESCENA IV.

MORAYMA, FÁTIMA.

MORAYMA. (Se acerca, y se inclina hácia el camino subterráneo, cuya puerta habrá quedado abierta.)

¡Hijo mio... hijo mio... ¡Cómo llora
La prenda de mi alma...

(Híncase de rodillas con el mayor abatimiento.)

¡Dios eterno,
Amparo y protector de la inocencia,
Tú que ves la afliccion y desconsuelo
De esta madre infeliz, salva á mi hijo,
Y ampara su orfandad... ¡Yo te lo ruego
Por la inocente sangre de su padre,

Por las amargas lágrimas que vierto,
Por mi inmenso dolor... ¡Salva á mi hijo!

(En este punto óyese un confuso rumor en la senda subterránea, y se distingue la voz de Alí, que exclama:)

ALÍ.

¡Asesinos...

MORAYMA. (Alzándose despavorida.)

¡Gran Dios!

FÁTIMA. (En ademan de contenerla.)

¿Qué haceis? ¡Teneos...

(Óyese más profunda y desfallecida la voz de Alí.)

ALÍ.

¡Asesinos...

MORAYMA.

¡Apártate... ¡Hijo mio!
Yo moriré á tu lado...

FÁTIMA.

¿Y ese estruendo...

(Suena en el fondo del teatro un ruido espantoso, y se oyen los gritos de la guardia.)

GUARDIA. (Dentro.)

¡Traicion... ¡traicion...

FÁTIMA. (Arrojándose á los piés de Morayma.)

¡Tened...

MORAYMA. (Con el pasmo del dolor.)

¿Oiste el quejido?
¡Murió... murió... su sangre correr veo...

ESCENA V.

MORAYMA, FÁTIMA, BOABDIL, AYXA, MAHOMAD,
GUARDIA AFRICANA *y* GENTE DEL PALACIO.

(Entran precipitadamente por todos lados la guardia y los satélites de Boabdil, con sables desnudos y antorchas encendidas: síguelos el Rey, y poco despues Ayxa, que se colocará á su derecha, y Mahomad que se quedará algo detras; Fátima se aparta un breve espacio; Morayma permanece inmóvil.)

BOABDIL. (Al salir.)

Corred, volad, buscad por todas partes;
Hasta en el mismo centro de la tierra
Perseguid al malvado... ¡Aquí Morayma!
No hay duda, amigos, la traicion es cierta.

AYXA. (Señalando la compuerta de hierro.)

¿No ves, Boabdil, no ves?

BOABDIL.

Id al instante,
Y conducidle muerto á mi presencia.

(Los más de la guardia permanecen en la escena, algunos corren y entran en el subterráneo.)

MORAYMA. (Enajenada y fuera de sí.)

¿Y mi hijo, Boabdil? ¿Dónde le ocultas?
Vuélvemelo, crüel, y que siquiera
Le abrace al espirar...

BOABDIL.

¡Hola! llevadla
Donde jamás su voz á escuchar vuelva.

MORAYMA.

¡Sin mi hijo... no... no... yo no le dejo
En tu poder, malvado; tú quisieras
Arrancarle la vida, y él no tiene
Más amparo que yo.

